Tú tan PERFECTO y yo tan DESASTRE

SERIE DESASTRES 1

Helena Sivianes



Tú tan perfecto y yo tan desastre

Helena Sivianes

SERIE DESASTRES I



TÚ TAN PERFECTO Y YO TAN DESASTRE

Helena Sivianes

Una historia de amor fuerte y libre,

capaz de luchar contra las diferencias,

los prejuicios, el tiempo y las responsabilidades.

Jacklyn es nueva en la universidad.

Killiam vive su vida lo mejor que puede.

Ella tiene muchas normas.

Él solo tiene una.

Cuando Jacklyn viaja desde la pequeña ciudad de San Angelo hasta Austin para ingresar en la Universidad de Texas, deja atrás unos padres que no quiere ni nombrar para seguir su sueño. Llevaba dos largos años deseando llegar a este día, desde que su hermano mayor se había ido de casa. Necesitaba empezar a disfrutar su nueva independencia, de la experiencia universitaria. Ha dejado a su novio del instituto, y nada le va a amargar la experiencia.

Killiam está en su tercer año de universidad, se ha metido en más líos de los que recuerda, pero como es el *quarterback* y el nuevo capitán del equipo de fútbol, se lo perdonan todo. Es un ligón empedernido y tiene una regla clara: nunca, NUNCA, se liará con una estudiante de primero, porque solo dan problemas. Pero ¿qué pasa cuando esos problemas parecen ser la única solución?

Tú tan perfecto y yo tan desastre es la historia de Jackie y Killiam, la primera parte de la serie Desastres.

ACERCA DE LA AUTORA

Helena Sivianes nació el 18 de agosto de 1984 en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que, cuando leía, se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela, no ha dejado de escribir, teniendo más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece; de ahí

salió esta novela como reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica *new adult* con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Índice

1

Llegó cansada, con ganas de entrar en la habitación y dejarse caer en la cama, pero sabía que para que eso ocurriera aún quedaba bastante. Ahora estaba entrando por las puertas de la residencia Axis West. No era de las más baratas del Campus, pero sí de las pocas que ofrecía un espacio confortable y en la que solo tenía que compartir la habitación con una persona, y eso le daba bastante privacidad. Había encontrado aquel alojamiento después de investigar durante el largo verano, mientras trabajaba todas las horas posibles en Shenaningans, un bar deportivo cerca de donde vivía y donde había disfrutado muchísimo. Sus padres no estaban contentos de que su hija trabajara, pero no pudieron evitarlo. Aquello solo fue una pequeña concesión en un trato que no era nada beneficioso para ella.

Tras encontrar la residencia, había hablado con Catherine, la chica que ya ocupaba la otra habitación desde el año anterior, y le había parecido lo suficientemente normal como para aceptar la propuesta de compartir el precio del alojamiento. Por lo visto, hasta el curso anterior, su habitación la había ocupado una chica que había decidido que la experiencia universitaria no era lo que quería para su vida. Era toda una suerte que, con tan poco tiempo, encontrara un buen alojamiento.

Cargaba a su espalda una mochila de marca y una de sus manos tiraba de una maleta de ruedas mientras miraba el papel en el que llevaba apuntada la planta y el número del apartamento en el que esperaba poder pasar los próximos cuatro años. En el interior de su

coche aún quedaban un par de cajas más. Su vida se reducía a solo esas pocas pertenencias, las únicas que le importaba conservar, pero había decidido dar aquel paso, necesitaba hacerlo para dejar atrás una vida de la que no quería pararse a pensar.

Se acercó a un pequeño mostrador de recepción. Un chico alto, moreno y con una sonrisa llena de metal la saludó nada más que se encontró frente a ella. Tras explicarle quien era y presentarle su identificación, le entregó unos papeles en los que confirmaba que había hecho el pago de la reserva, más la parte proporcional que le correspondía de los primeros seis meses. Él le entregó las llaves de la que sería su nueva casa. Le indicó cuál de los varios ascensores que había tenía que coger, además de explicarle que, en la zona exterior, disponía de una plaza propia para su vehículo, cosa que le alegró saber.

Siguió las indicaciones y se encontró frente a una puerta de color blanco, con unos números de color dorado. Metió las llaves en la cerradura y, tras darle un par de vueltas y entrar, se sorprendió de que aquel espacio pareciera mucho más amplio de lo que se intuía en las fotos. La luz entraba con fuerza a través de los grandes ventanales, que al parecer daban a una pequeña terraza. El salón era acogedor, un sofá de tres plazas de color amarillo albero frente a una mesa baja de color caoba, lo que hacía aquella zona bastante confortable para descansar o compartirlo con su nueva compañera de apartamento. El suelo era laminado en madera y el espacio de líneas abiertas, por lo que estaba comunicado a una pequeña cocina, donde una isla les daba el espacio a dos personas para poder comer. La cocina era pequeña, pero lo suficientemente equipada para poder cocinar. En la conversación con la chica que se convertiría en su compañera, ya habían acordado tener un fondo común para la compra de alimentos, ahí eran donde irían sus ahorros de verano. Lo llevaba todo planeado para el tiempo que pudieran compartir aquel precioso apartamento juntas.

Cuando estaba dispuesta a abrir una de las puertas que daba acceso a las habitaciones, la puerta del apartamento se abrió y un hombre cargado con una enorme caja entró hablando a alguien que iba detrás de él, y que Jacklyn no podía ver desde la posición desde la que se encontraba.

—No entiendo por qué decidiste traer todas estas cosas a casa

durante el verano, se podrían haber quedado aquí.

El hombre dejó la caja sobre el suelo, en el momento en que se fijaba en la chica de pequeña estatura, pelo castaño y rostro salpicado de pecas que estaba de pie en medio de la estancia. Dio los pasos que le separaban de ella y extendió su mano para presentarse y saludarla.

—Buenos días, soy Richard. Me imagino que serás Jacklyn, la nueva compañera de apartamento de mi hija. —Ella le encajó la mano que le ofrecía y lo saludó dibujando una sonrisa que había aprendido a mostrar a los clientes durante los meses de verano, y que todos consideraba dulce y encantadora.

—Papá, haz el favor de salir de aquí. —La chica que lo acompañaba, y la que ella identificó como Catherine por las fotos que habían compartido, se adelantó para colocarse junto a ella—. Llegamos a un trato.

—Sí, pero esta caja pesaba tres veces más que tú —respondió el hombre.

—Hola, soy Jacklyn, pero pueden llamarme Jackie.

Catherine, que lucía un precioso vestido amarillo con pequeñas margaritas blancas moteadas, se abalanzó hacia ella ignorando que le había tendido la mano como a su padre. Era más alta que ella, y cuando la rodeó con sus brazos, la levantó del suelo y dio un par de vueltas.

—Yo soy Cat —respondió soltándola al fin en el suelo y girándose hacia su padre —. Ahora que ya ves que la chica que va a dormir a mi lado no tiene pinta de psicópata, creo que puedes quedarte tranquilo e irte a casa. Estaré bien. —Se dirigió a su padre sin dejar de abrazar a Jacklyn en el proceso.

—¿Me lo prometes? —dijo el hombre acercándose a ella y tocándole la cabeza como si se tratara de una niña pequeña. Ella le sonrió abiertamente.

—Sí, no seas pesado. Te mantendré informado cada día a la misma hora.

El hombre se fue después de darle un afectuoso abrazo a su hija, despedirse de Jacklyn con un gesto de cabeza. Cat, su nueva compañera de habitación, se giró hacia ella y, de nuevo, sin venir a cuento y de manera totalmente incomprensible, se puso a dar saltos y gritos por toda la habitación. No pudo evitar reírse por la situación. Nunca en su vida había conocido a nadie tan alegre. Tan feliz, tan loca

como la chica con la que compartiría aquella nueva experiencia en su vida.

Cuando al fin se tranquilizó, se giró hacia la enorme caja y, al abrirla, en su interior vio que había muchas más cajas, pequeñas, todo súper ordenado, y no pudo evitar mirar la maleta y la mochila que había dejado junto al sofá, donde había metido todo lo que necesitaba sin ningún tipo de orden, ya que lo único que le importaba cuando embalaba su equipaje era salir de allí, dejarlo todo atrás. Su casa, sus supuestas amistades. Su vida.

—Esto no es lo que parece. —Cat miró a Jackie y supo sin preguntar qué era lo que estaba pasando por su cabeza—. Mi padre es un maniático del orden y es quien se ha encargado de prepararlo todo. Bueno, yo he elegido la ropa, pero es él quien lo ha empaquetado. Creo que es algo que le viene por su trabajo. Es demasiado estricto y no deja nada sin etiquetar o guardar correctamente.

A Jackie le sorprendió la velocidad con la que hablaba la chica, con un acento que le hacía saber que no era del sur como ella. Gesticulaba muchísimo con las manos, por no hablar de que no dejaba de cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro, como si el suelo estuviera cubierto de brasas ardiendo. Le pareció súper adorable, y algo le decía que aquella chica con el pelo corto, moreno y una mecha de un tono rosa sobre su flequillo, se convertiría en una buena amiga.

—Es militar, ¿sabes? Pero no es un militar de esos severos que no permiten a sus hijos salir hasta tarde, hacerse un pircing o tener una hora de vuelta que haga reír a sus amigos. Yo nunca he tenido problema con eso. Si así fuera, no tendría esta mecha, ni los *piercings* ni tatuajes. —Llevaba un pequeño aro en la nariz y en las orejas lucía bastantes más de distintos tamaños—. Solo cuando mi madre murió se puso algo más coñazo, pero solo fue durante un tiempo, hasta que ambos nos acostumbramos a estar sin ella y nuestra vida se volvió algo más normal.

—Lo siento… —consiguió decir Jackie. Un pequeño nudo le apretó en el pecho al sentir envidia de que ella tuviera un padre que la quisiera tanto.

—*Naah*, eso pasó cuando tenía siete años. Han pasado ya doce. Claro que echo de menos a mi madre y todo eso, pero mi padre ha sabido rellenar el cariño que falta por su parte.

Empezó a sacar cosas de las pequeñas cajas que había sacado de la

más grande, y fue colocándolas en la isla de la cocina y en la mesa pequeña que había en el salón. Jackie estaba asombrada por la energía que desprendía, porque mientras estaba haciendo aquello, no dejaba de contarle cosas, de donde iba a colocar los utensilios de cocina o qué lado del sofá prefería para cuando decidieran sentarse a ver algo en compañía y no en la soledad de su habitación.

—Si crees que hablo mucho, solo tienes que pedirme que me calle. No me molestará.

—No te preocupes, la verdad es que no me supone ningún problema que hables por los codos. Yo soy más bien callada, así que podrás rellenar mis silencios.

—Eso de ser callada se va a acabar, lo mío es contagioso, te lo puedo asegurar, Jackie. Por cierto, me encanta tu nombre, me parece guay.

Le sonrió en forma de respuesta. Solo había una persona en el mundo que la llamara por ese diminutivo, y era la persona que más quería y que, aunque en los últimos dos años hubieran estado más distantes, era por el bien de ambos, así que cuando tuvo claro que acabaría en la universidad de Austin, era porque de aquella manera estarían uno cerca del otro, aunque tenía claro que evitaría entrometerse en la vida de él, de la misma manera que él se lo había prometido a ella.

—Vamos a hacer un trato —soltó de repente Cat, sacándola de sus pensamientos—. Hoy te vas a venir a una fiesta conmigo y si decides que no te gusta, no insistiré en que me acompañes a ninguna más durante el curso.

No tenía claro que aquello fuera un buen plan, pero Cat no dejaba de insistirle, así que acabó aceptando, pero para ello tenía que recoger el par de cajas que aún tenía en el coche y terminar de adecentar la habitación que quedaba libre. Su nuevo hogar durante aquel curso.

Era bastante grande, tenía una cama de matrimonio en el centro de la habitación. La residencia les dejaba las sábanas, cosa que era bastante cómodo para alguien como ella, que prácticamente viajaba con lo puesto y que tendría que ir de compras para poder llenar la cantidad de huecos que quedarían vacíos una vez que colocara las cosas de todas sus cajas. Había un pequeño armario empotrado que era lo suficientemente grande como para guardar su ropa. También disponía de un pequeño escritorio, ideal para las horas de estudio. La

ventana daba al interior de la residencia, desde ella se veían las ventanas y terrazas de otros apartamentos, y al mirar abajo, ya que estaban en una tercera planta, pudo ver una zona común con una piscina en la que en aquel momento había varias personas ocupando las tumbonas que la rodeaban. Todo lo que había allí y en la cercanía al campus empezaba a compensar cada vez más el haber tomado la decisión de ir a Austin.

Se dejó caer en la cama cuando ya lo tenía todo colocado: la ropa en el armario, su ordenador sobre el escritorio, que había movido hasta colocarlo bajo la ventana, y los pocos libros que había podido rescatar de su casa en una estantería que había justo encima de la cama. En la única mesita de noche que había entre el armario y la cama había dejado su teléfono móvil, con un número que había adquirido en una gasolinera justo cuando estaba entrando en Austin. Pensaba empezar su vida desde cero, y lo había empezado con aquella primera decisión. Solo su hermano tenía su nuevo número, por lo que sabía que nadie se pondría en contacto con ella.

Una sensación de soledad le apretó el pecho al darse cuenta de todo lo que había dejado atrás. No se arrepentía de su decisión, no era eso, simplemente se daba cuenta de que siempre había estado sola, de que, aunque viviera bajo el mismo techo que sus padres, ellos nunca habían estado con ella de la forma que se espera que unos padres lo hicieran. Sus amigos, o esos que creía sus amigos, solo se acercaron a ella por quien era, por todo lo que la rodeaba y porque creían que estando junto a ella podrían conseguir una tajada del pastel, como Ryan.

Unos golpes de nudillo en la puerta de la habitación la sacaron de sus pensamientos, y se levantó para abrir. Frente a ella estaba Cat con una enorme sonrisa en la cara y un precioso vestido de color gris, con unas diminutas rayas en rojo, en las manos. Sin pedir permiso, Cat entró en su habitación y dejó el vestido encima de la cama para después abrir su armario.

—Lo que sospechaba, aquí no hay nada que sirva para donde vamos a ir hoy. —Se giró hacia Jackie y la miró de arriba abajo—. Esto tiene que servirte, aunque yo sea algo más alta que tú, estoy segura de que incluso con las preciosas curvas que tienes, a ti te quedará mejor que a mí.

Volvió a girarse hacia el armario y metió la cabeza en su interior.

Jackie la miraba asombrada por la naturalidad con la que actuaba. Cat ya se había cambiado de ropa, llevaba unos shorts vaqueros cortos hasta casi la mitad de su muslo y una camiseta de manga corta con franjas amarillas y blancas, bastante anchas, anudada al cuello, dejando su ombligo al aire. De esa manera pudo ver que llevaba un *piercing* también en aquel lugar.

—Bueno, pues ponte el vestido con las mismas deportivas que llevas, creo que es lo mejor. —Se golpeó con el dedo índice varias veces sobre la barbilla, como si estuviera pensando qué más podía ponerse Jackie—. Genial. Sí, ahora cámbiate, ponle un poco de glamur a tu cara, y te veo en diez minutos fuera.

A Jackie ni siquiera le dio tiempo a protestar y, aunque pareciera raro, se sintió bien. Por primera vez alguien le decía qué hacer sin sentir que la obligaban a ello. Aquello era totalmente diferente, y por eso le hizo caso. Cogió el vestido, ropa interior para cambiarse después de la ducha y su neceser para maquillarse un poco. No tenía ni idea de donde irían, pero no le importó, y menos aun cuando el atuendo era algo informal. Eso también era algo nuevo en su vida.

Tardó algo más de diez minutos en estar preparada, pero cuando salió de su habitación y vio cómo la sonrisa de Cat se hacía más amplia, sintió que había conseguido lo que quería. Había cometido una gran locura y algo que, si sus padres la vieran en aquel momento, sería un sermón seguro. Dentro del baño había cogido unas pequeñas tijeras que tenía en su neceser y se había cortado el flequillo en un corte recto, justo a la altura de sus cejas, y le encantaba como le quedaba. Se había alisado un poco el pelo, al menos lo que había podido con el poco tiempo que tenía, y se había atrevido con el maquillaje delineándose los ojos y poniéndose la máscara de pestañas suficiente para que estas parecieran mucho más largas de lo que eran; algo de sombra de ojos color cobre, coloretes rosas y el toque que más le gustaba y que nunca se había atrevido, aunque la barrita llevara dentro de su neceser bastante tiempo. Sus labios brillaban de un rojo tan intenso como el de las piruletas.

—Y a esto, señoras y señores, se le llama glamur.

Cat dio los pasos que la separaban de su nueva amiga, la cogió de la mano y la hizo girar sobre sí misma para ver cómo le quedaba aquel vestido. Como ya había intuido, se le ajustaba a cada una de las curvas de su cuerpo como un guante. Le llegaba justo por encima de

las rodillas, y la combinación con aquellas deportivas negras quedaba genial, por eso al momento la soltó de la mano y entró corriendo en su habitación para salir menos de un minuto después con una chaqueta de cuero que le tendió. El tiempo aún era caluroso en aquella época del año, pero era el mejor complemento para aquel vestido de tirantes finos, y sobre todo si la fiesta se alargara hasta bien entrada la noche.

Ambas salieron del edificio agarradas del brazo. Jackie llevaba un pequeño bolso donde había metido su cartera, el móvil, donde ya estaba el contacto de Cat, y las llaves de su coche.

—Tengo mi coche aquí al lado —dijo sacando las llaves y enseñándoselas.

—No nos va a hacer falta, tenemos la suerte de estar en una de las mejores zonas, lo que viene a traducirse en que las mejores fiestas están a pocas calles. Además, hoy tienes que beber algo conmigo, tenemos que celebrar que somos compañeras de apartamento y si conduces me será imposible convencerte.

A Jackie le bastó aquella respuesta para volver a guardar las llaves y dejar que su nueva amiga, porque la sentía así, la guiara por aquellas calles que nunca había pisado y, sin embargo, la hacían sentir mucho más segura que las de San Ángelo, donde se había criado.

Tal como había dicho Cat, habían cruzado un par de calles o poco más cuando empezaron a escuchar música y un extenso jardín apareció ante ellas. Jackie no esperaba que en una zona como aquella, rodeada de edificios altos, apareciera una casa tan majestuosa. La morena le explicó que pertenecía a una de las tantas fraternidades de la universidad y que prácticamente eran las únicas casas de ese tipo que encontraría por aquella zona.

Cat iba saludando a todas las personas que se encontraba por el camino, como si las conociera, porque cuando Jackie le preguntó quiénes eran, esta simplemente se encogió de hombros y tiró de ella hasta que entraron. Aquella casa era enorme, a la derecha había una pequeña sala de estar donde pudo ver a un par chicos sentados en un sofá jugando a la videoconsola, y a otros más rodeándolos y animándolos. Todos portando vasos rojos en las manos. Cat seguía tirando de ella por el pasillo que daba a un salón mucho más grande, ya que era de líneas abiertas, y se veía la cocina al fondo. En aquella casa había bastantes personas, y muchas de ellas con cazadoras que pronto reconoció como las del equipo de fútbol, y al momento se vio

buscando a esa persona que se prometió no molestar y que para su desgracia, allí estaba. El primer día que pisaba la ciudad, cuando aún no habían empezado siquiera las clases.

Tenía que haberle preguntado a Cat a qué tipo de fiesta asistirían y quiénes serían las personas que se podía encontrar allí. Si lo hubiera hecho, seguiría en el interior de su habitación dándole vueltas a lo que había sido su vida hasta hacía pocas horas.

2

La fiesta no estaba siendo nada del otro mundo, pero era un lugar cómodo en el que pasar el rato con tus antiguos y nuevos compañeros de facultad, un buen rato antes de que las clases empezaran en un par de días. Se notaba que aún faltaba gente, pero aquel grupo que estaba en la sala de entrada de la casa había llegado un par de semanas antes que cualquiera de los que estuvieran allí. Era algo a lo que estaban acostumbrados, empezar antes que todos y terminar los últimos.

No estaban participando en la batalla campal que aparecía en la pantalla del televisor. Uno de los integrantes de aquella fraternidad, y quien les había invitado, era Oliver, uno de los compañeros del equipo de fútbol americano y un friki en toda regla, pero era legal, como lo describían los cuatro chicos que estaban apoyados en la pared del fondo, con un vaso en la mano y colocados en una posición estratégica, desde donde veían a todas las personas que entraban en la casa, por lo que podían observar perfectamente a todas las chicas y por consiguiente, a todas las *gatitas* que ya empezaban a estar disponibles en el campus.

—Estamos en tercero, tíos. —comentó Killiam.

—Acuérdate de dejarle algo a tus *hermanos*. —Harris se colocó frente al chico que parecía el más delgado de todos, pero que realmente era el que más formado tenía cada uno de sus músculos, debido a la posición en la que jugaba—. Este año eres el puto capitán del equipo y si antes lo tenías fácil, ahora me da la impresión de que no nos dejas ni las sobras.

—No seáis idiotas —protestó riéndose con ganas—. El que me diga

que no ha mojado en cada fiesta que ha asistido está mintiendo.

Todos se miraron y antes de que ninguno de los cuatros pudiera apuntar nada más, empezaron a reírse con ganas, atrayendo la mirada de más de una de las chicas que estaban tanteando las distintas opciones para acercarse a ellos.

—Dos días y empiezan las clases. Aprovechemos antes de que el entrenador decida cortarnos las alas. —Harris dio un trago al contenido que quedaba en su vaso, se dio la vuelta y se despidió elevando el dedo corazón hacia los tres chicos que se quedaban atrás.

Antes de siquiera haber avanzado dos pasos, ya tenía a un par de chicas bajo el calor de sus brazos. Así de fácil lo tenían aquellos chicos, pero no solo era porque fueran jugadores de fútbol, además de ser chicos fuertes, sus caras convertían su atractivo en algo más que arrebatador y lo acompañaban con una simpatía impecable. Cada uno a su manera, pero nadie podía decir nada malo de ellos. Bueno, alguna *gatita* que no había conseguido tal vez todo lo que ella quería, pero esos comentarios se los llevaba el viento, y a ellos no les importaban.

—Joder, tío. —Cody se colocó delante de los otros dos compañeros que quedaban y empezó a ajustarse el paquete sin ningún tipo de vergüenza por el gesto, y sus compañeros ni siquiera le prestaron atención, ya estaban lo suficientemente acostumbrados a su manera de actuar—. Creo que debería empezar a buscar algo.

Davis le dio un último trago a su vaso y lo dejó en la mesa que tenían a su lado. Con un gesto de cabeza se despidió de sus compañeros esperando tener la misma suerte que Harris. Sabía que no lo tendría muy difícil, por eso cuando vio a unas chicas abandonar la casa por las puertas del jardín trasero, las siguió esperando que allí estuviera el premio gordo.

Killiam seguía con la mirada al frente, escuchando la voz distante de su compañero, y mejor amigo, que se había quedado en aquel rincón de la habitación con él. Se quejaba de que no se soltara más, de que siguiera esa estúpida norma de no beber más de dos cervezas, y de botellín a ser posible, porque de esa manera se quedaba tranquilo de que su bebida estaba de la misma manera en la que había salido de la fábrica. Él no era un santo, pero le había costado muchos años de esfuerzo llegar hasta allí, conseguir una beca en una de las mejores universidades que le podían dar el salto a la liga profesional, además de una carrera con la que labrarse un futuro si el plan A no salía bien,

pero sus compañeros no tenían los problemas que él, por lo que siguió ignorando a Cody hasta que vio a dos chicas pasar por el pasillo en dirección a la cocina y, sin darse cuenta, su posición cambió a la de caza.

—Hola, Killiam —saludó un chico con el que ya había compartido alguna que otra fiesta en el curso pasado—. Suelta esa botella, tengo algo mejor para ti.

Y es así como acabó bebiéndose tres chupitos de tequila, aunque con ello rompiera su regla principal, con un vaso rojo de contenido extraño y toda su atención puesta en seguir con la mirada a esas chicas que había visto entrar. Cody seguía a su lado, por lo que entendía que Killiam ya había elegido aquella noche, y eso significaba que habría muchas más chicas para el resto, y la manera en la que colocaba y recolocaba cada dos por tres su postura le decía a su amigo que él también había elegido quién sería la chica, siempre que ella no lo rechazara, con la que pasaría la última fiesta antes de empezar el campeonato universitario.

Llevaba una hora en aquel sitio y no podía dejar de observar a aquella chica castaña. Para su completo asombro, ella no había mirado en ningún momento en su dirección. Aquella chica era la elegida sí, pero no llegaría con ella a solo unos tonteos y delante de todos para que pudieran ver que no habían desaparecido juntos. Era una chica de primero, eso lo tenía claro. Una mirada demasiado inocente para un lugar como aquel. A Killiam se le antojaba como un pequeño cervatillo que empieza a dar sus primeros pasos en el mundo real, pero que no se siente aún preparado, y esas cosas le gustaban, pero no de la manera que necesitaba pasar aquella noche. Quería divertirse al ser la última fiesta antes de que empezaran las pruebas antidoping y todas esas mierdas que eran necesarias para que él y todos sus compañeros rindieran al cien por cien.

—Veinte pavos a que no te la tiras —soltó una voz a su espalda, y sin tener que girarse sabía que Cody era el único que podía hacer una de aquellas absurdas apuestas con la que picaba a todos sus compañeros de equipo.

Se giró para contestarle y, sin saber cómo, su mejor amigo ya tenía a una chica rodeándole el cuello e intentando meterle la lengua hasta la campanilla mientras él le apretaba el culo con tantas ganas que estaba consiguiendo que aquella falda demasiado corta empezara a ser

un cinturón, y de esa manera darle una buena visión del trasero de ella. Cody no tardaría en conseguir lo que buscaba y con ello un nuevo trofeo para el cajón de su cómoda, donde había varias prendas de ropa interior femenina.

Todos se burlaban de él diciendo que más de la mitad las había comprado él mismo para poder presumir, pero habían visto a demasiadas chicas hacer el paseo de la vergüenza cada mañana, por lo que solo lo hacían para molestarlo. Era de las cosas más divertidas que podían hacer en los ratos libres en aquel apartamento que compartían los cuatro desde el primer año, y que seguirían usando hasta que abandonaran la facultad, ya fuera antes de tiempo, porque hubieran conseguido un contrato que los acercara más a su sueño, o porque habían terminado con lo que habían ido a hacer allí.

—No es mi tipo —respondió Killiam volviendo la mirada a la chica y dándose cuenta de que ya no estaba al otro lado del salón.

—Claro que sí, K. Cualquier chica que suponga un reto para ti es tu tipo, y esa se ajusta a tus principales características para que yo me permita apuntarme al juego.

Intentó ignorar a su amigo, pero qué leches, tenía razón, y después de sus palabras se vio barriendo con la mirada el salón en su búsqueda, pero no la veía por ningún lado.

—Está subiendo a las habitaciones —le dijo su amigo al oído, lo suficientemente alto para que pudiera escucharlo por encima de la música, y después de darle un golpe en el hombro—. Gánate esos veinte pavos y deja de hacer el gilipollas por un año. Las de primero no muerden, hermano.

El capitán del equipo seguía a su presa desde cerca, pero intentando no llamar demasiado la atención para no espantarla y así poder pasar desapercibido. Él jugaba con ventaja, ya que conocía la casa, y ella parecía estar buscando algo con lo que no lograba dar, solo esperaba que no fuera un tío. No tenía ningunas ganas de dar ningún tipo de explicación del porqué iba detrás de una chica de primero, sobre todo porque no le apetecía darle un par de golpes a algún gilipollas cuando aún no habían empezado las clases.

Por su parte, Jackie estaba cada vez más nerviosa. Había perdido de vista a su compañera de habitación hacía ya varios minutos, le dijo que iba a saludar a alguien y cuando esta se dio cuenta de que se acercaba a la sala donde habían visto a todos los jugadores del equipo

de fútbol americano, ella había preferido quedarse allí, en aquella cocina, con un vaso en las manos del que no había probado aun ni una gota. Tenía sus motivos para no hacerlo, además se le daba bastante bien disimular gracias a su trabajo en el bar deportivo donde había trabajado aquel verano, haciendo imaginar a los que la invitaban que se tomaba las copas, cuando todas acababan en el interior del desagüe.

Había visto a Dean, su hermano, al que se había prometido no molestar, cruzando aquel salón con las intenciones muy claras detrás de varias chicas. Una amplia sonrisa se le dibujó en la cara recordando que él siempre había sido así, un chico que cuando se proponía algo iba a por ello sin importarle ni las consecuencias ni lo que los demás pensaran de él, pero el tema chicas siempre había sido algo que le había resultado relativamente fácil, quitando esa época en el instituto en la que tenía unos trece años y una pelusilla negra empezaba a asomar bajo su nariz. Ella lo había usado como armamento de gran calibre contra él cada vez que se enfrascaban en una de sus peleas, pero ahora su hermano había cambiado. Alto, moreno, con esos ojos de mirada penetrante y oscuros como el café, y esos rasgos latinos que ella no había heredado, al parecer sus padres decidieron repartir al cincuenta por ciento el ADN entre sus hijos. Cuando su hermano creció, ya nada ni nadie se le resistió.

Jackie soltó el vaso sobre la encimera de la cocina para salir de allí, ir al baño e intentar recordar el camino hasta la residencia. Si no conseguía encontrar a Cat en los próximos minutos, le mandaría un mensaje y la informaría de que se iba a descansar. El viaje de más de dos horas desde San Ángelo, desembalar sus pocas pertenencias y, sobre todo, el nerviosismo que llevaba acumulado en las anteriores semanas por su traslado a la universidad ya empezaba a hacer estragos en su cuerpo. Decidió subir a la planta superior para ir al baño, ya que el que había en la parte inferior estaba ocupado y había demasiadas personas esperando para usarlo.

Al llegar arriba y asomarse por si desde aquella posición podía divisar a Cat, vio a un chico con la chaqueta del equipo de los *Longhorn* mirando en su dirección. Era uno de los chicos del equipo de fútbol, además lo había visto con su hermano en alguna de las fotos que este le mandaba de los partidos que había jugado en el año anterior, pero lo que más le descolocó es que aquel chico avanzaba

con paso decidido sin dejar de mirarla, haciéndola sentir incomoda. Espalda ancha, brazos bien formados, cintura estrecha y piernas fuertes, además de una sonrisa ladeada con un marcado hoyuelo que la estaba poniendo demasiado nerviosa. Pensó que los colores de la universidad le quedaban demasiado bien, y se golpeó mentalmente en la frente por dejar que esos pensamientos tuvieran cabida en su cabeza, por lo que desvió la mirada de aquel chico que, aunque no quisiera pensarlo, sabía que estaba demasiado bueno hasta para la cordura de una chica como ella. Caminó por el pasillo intentando averiguar cuál de aquellas puertas que permanecían cerradas era el baño y poder después salir de allí sin ser vista por Dean.

Killiam se sorprendió con la intensidad que esa chica lo observaba desde lo alto de la escalera. Nunca lo habían mirado así. Estaba acostumbrado a que se derritieran por esa sonrisa ladeada que tan bien había aprendido a usar cuando supo el efecto que tenía en el sexo femenino. No solía llevar la chaqueta del equipo a las fiestas, pero ese día él y los chicos habían decidido que iba a ser un buen aliciente para que los alumnos que llegaban nuevos a Austin supieran identificarlos, sobre todo las chicas, aunque nunca entraba en sus planes que una de primer curso fuera alguien a la que llevarse a la cama y tener un poco de marcha, pero «qué demonios», pensó. Era el primer día y Cody un cabrón que sabía pronunciar las palabras adecuadas para que él cayera en el juego, pero había algo más en aquella chica de melena larga de un tono castaño claro, sabía que no había sido aclarado en una peluquería, lo sentía natural, al igual que la mirada directa que le había dedicado antes de darse la vuelta con un golpe de melena en la dirección donde se encontraban las habitaciones. Aquella era su única oportunidad de conseguir lo que quería.

Pasó la primera puerta y cuando la vio entrar en la segunda, una amplia sonrisa se le dibujó en la cara, parecía que la suerte estaba de su lado y pensaba aprovechar aquella situación.

Jackie entró en aquel pequeño saloncito sintiendo que invadía la privacidad de alguien. Todo se encontraba pulcramente ordenado. Desde el momento en que había asomado la cabeza sabía que aquello no era el baño. No pudo evitar entrar y pasar las manos por el dorso de los libros que había sobre la estantería de la derecha, ni observar los sillones que había al otro lado que compartían una pequeña mesita de centro en la que reposaban un par de libros. Caminó hasta ese

lugar y pasó los dedos por la portada del que más le había llamado la atención, y es que podía reconocer aquel libro desde la distancia si se lo pedían. No era normal ver una edición tan antigua de *El gran Gatsby*. Supo al momento que estaba bastante usado. No pudo evitar acercarse hasta aquel sillón, sentarse en él y tomar aquel libro que tan buenos recuerdos le traía. Se enfrascó en empezar a leerlo por millonésima vez, sin ser consciente de que otra persona había entrado en aquella habitación y se acercaba sigilosamente hasta ella, cuando una voz casi susurrada en su oído le hizo dar un pequeño saltito, por lo que el libro se le resbaló de las manos hasta caer al suelo.

—Hola, preciosa.

¿Conoces esa sensación en la que parece que el corazón se os va a salir del pecho?, pues eso era lo que le pasó a Jackie. Le empezó a latir con tanta rapidez que se llevó las manos sobre el pecho para intentar calmarse.

Junto a ella estaba aquel chico que había visto mirándola desde la escalera. Estaba demasiado cerca, desprendiendo un olor que la envolvió y que le resultó demasiado agradable.

Killiam le sonrió ampliamente mirándola directamente a la boca, y algo le decía que el rojo de sus labios era demasiado tentador y que si los probaba se convertirían en una gran adicción, por lo que sacudió la cabeza, puso un mínimo de distancia entre ambos y se agachó para recoger aquel libro, que él mismo había dejado aquella mañana sobre aquella mesita. Lo volvió a dejar en su sitio y se sentó junto a ella, esperando que respondiera a su saludo sin saber por primera vez en sus veintiún años qué más hacer.

Le apetecía volver a acortar la distancia entre ambos, incluso tirar de ella para sentarla en sus piernas, pero el pensamiento llegó más tarde que la acción, porque cuando se dio cuenta, ella ya estaba dejando caer su peso sobre él. Le rodeó la cintura con un brazo mientras le colocaba un mechón de pelo tras la oreja para poder así fijarse mejor en las facciones de su cara. Una nariz pequeña y respingona salpicada de pecas, unos labios carnosos y los ojos más grandes y expresivos que había visto en su vida.

Jackie dejó que la levantara, que tirara de ella como si no pesara más que una pluma y se le aceleró más el corazón cuando se sintió tan cerca de él. Estaba tan cerca, que con solo haber inclinado la cabeza

podría haberlo besarlo. Se puso demasiado nerviosa como para poder articular palabra. Se armó del valor suficiente para poner las manos sobre su pecho e intentar poner algo de distancia entre ambos, pero se dio cuenta al momento de su error al notar el calor que desprendía el cuerpo de aquel chico que la envolvía con su brazo.

—Soy Killiam —dijo él al ver que ella seguía callada.

«Jackie, respira hondo, céntrate y deja de tocarlo», pensó intentando poner en orden el incesante burbujeo que se había instalado en su estómago, y procuró ser esa chica dura en la que se había ocultado los últimos años de su vida.

—Y a mí eso me importa, porque…. —soltó de repente.

Killiam aguantó la risa por la forma en la que le había hablado, y no perdió la oportunidad de acercarse más para darle un beso demasiado pegado a la comisura de su boca.

—¿Buscas a alguien? —contestó ignorando su frase y dejándose caer sobre el respaldo del sillón, sin soltarla—, ¿o tal vez ya lo has encontrado?

«Joder, joder, joder». Se reprendía una y otra vez Jackie. Las piernas de aquel chico eran firmes a la vez que demasiado cómodas, y el brazo que la rodeaba la hacía sentir un calor en todo el cuerpo que nunca había sentido, moviéndose hasta la parte baja de su anatomía, haciéndole apretar las piernas inconscientemente para disimularlo.

Él tiró un poco más de ella y no pudo evitar pasar el pulgar de su mano de nuevo para colocar otro mechón de pelo tras la oreja para después deslizarlo por su cuello hasta la base de este y sentir cómo el pulso de ella se iba acelerando.

—¿De verdad que este juego te funciona? —Colocó sus manos en las caderas mostrándose desafiante—. No voy a ser una *grupie* de un musculitos. Conozco demasiado bien a los de tu clase y estoy segura de que tú tienes demasiadas chicas deseando abrirse de piernas. Yo no soy una de ellas —mintió, porque en aquel momento, sentada sobre sus piernas y con aquel pequeño beso, el roce de sus dedos y su mano en la cadera solo pensaba en que él insistiera un poco más para poder abalanzarse a su boca y así romper todas sus normas el primer día, sin importarle y pensando que realmente quedaban dos días y se podía permitir esperar un poco más.

—No estoy jugando, peque —respondió. Se pasó una mano por su pelo negro, despeinándose, pero haciendo que pareciera recién

follado. «Jackie, borra ese pensamiento de tu cabeza», se reprendió mentalmente—. De verdad me apetece perderme entre las tuyas y hasta ahora no te has negado.

—Pues ya lo estoy haciendo, así que… —Se levantó intentando parecer más firme de lo que se sentía y dar los pasos que la separaban hasta la puerta para poder salir de aquel salón en el que de repente hacía demasiado calor. Una vez que la abrió, se giró lo justo para verlo aún en la misma postura. Sentado, piernas abiertas, pelo despeinado y una mirada de lujuria que la llamaba a voces—… o te buscas a otra o…

—Empezamos de verdad un juego.

No, no iba a empezar un juego con él ni con ningún otro chico en la universidad. Había recuperado la cordura tras aquel lapsus. No iba a seguir el camino que todos creían que recorrería cuando entrara en la facultad. No iba a darle la razón a nadie, y menos a su madre, así que salió del salón ignorando que el chico más guapo y sexi que había visto en su vida había casi atravesado las barreras que tanto le había costado construir, y solo porque el corazón le había latido de una manera totalmente diferente de lo que nunca había hecho al tenerlo tan cerca.

Killiam se quedó allí sentando sin entender qué narices había pasado, aquella chica parecía receptiva a sus caricias, lo había notado en cómo se le había acelerado el pulso con el tacto de su pulgar al recorrer su cuello, y sin darse cuenta había desaparecido. Para cuando fue consciente de ello, salió a toda prisa de aquella habitación recorriendo el pasillo con rapidez hasta llegar a la baranda que daba al piso inferior, y empezó a buscarla. No la veía por ningún lado y empezó a impacientarse, sobre todo porque una de las *gatitas* se había colocado a su lado y empezaba a toquetearlo más de lo que necesitaba en aquel momento, sobre todo porque no quería que fuera aquella chica quien estuviera agarrando su brazo para llamar su atención.

De repente la vio junto a su amigo Cody, que estaba con esa chica morena con la que ya había tonteado alguna que otra vez el año pasado y de la que siempre decía que no era nadie importante, pero cada vez que tenía la oportunidad, allí estaban los dos dándose el lote.

Le dijo algo a aquella chica de la que no recordaba en ese momento el nombre y cuando se dio cuenta de que se levantaba para después despedirse de su amigo, se alejaron hacia la puerta. Se

deshizo de la chica que seguía intentando llamar su atención. Si él hubiera sido otro tío, seguramente se habría ganado un insulto, pero aquella lo despidió con un «llámame» que le sonó demasiado desesperado. La ignoró y anduvo todo lo rápido que pudo hasta que su amigo se puso delante de él impidiéndole el paso.

—Me debes veinte pavos —soltó con una amplia sonrisa en los labios.

Miró al frente buscándola, sin saber siquiera porque la perseguía, pero algo le decía que no iba a ser la última vez que se verían.

—Esto solo acaba de empezar.

Cody soltó una carcajada haciendo que varios de los que los rodeaban miraran en su dirección, había conseguido su propósito y se sentía satisfecho. Killiam sí que había comenzado un juego, no el que esperaba Cody. Lo único que no conseguía entender era por qué había cambiado en tan poco tiempo y por qué había aceptado aquel reto.

3

Aquella noche volvió a soñar con todo aquello que la atormentaba. Creía que, abandonando su pueblo para empezar una nueva vida le ayudaría a dejar todos sus problemas atrás, pero estaba muy equivocada.

Antes de marcharse había decidido no ir al baile de promoción con Ryan para que entendiera de verdad que la relación que habían mantenido durante los cuatro últimos años se había acabado, porque como esta siempre había sido intermitente, él seguía pensando que aquello era una nueva pataleta de su chica. Una niña mimada y demasiado caprichosa, pero Jackie no era así. Había decidido no aparecer por allí, pero una cosa era lo que ella decidiera y otra lo que le impusieran por sus responsabilidades.

Jacklyn no podía dejar de pensar que todo se fue al garete en el mismo momento en el que su popularidad, una que no había buscado, se había vuelto demasiado asfixiante y ya no podía controlarla. Ser hija del director de su instituto, un hombre bien pagado de sí mismo y además reconocido en su pueblo, no había sido nada fácil, y si a ello lo acompaña una madre que era la mujer a las que todas querían parecerse, la convertían a ella, sin querer serlo, en un ejemplo a seguir para las chicas de su edad.

Toda aquella responsabilidad, todo el estrés generado por un padre que exigía demasiado, una madre que planificaba todos sus días minuto a minuto y que la única persona que la apoyaba se hubiera ido hacía ya dos años, había conseguido que cometiera algunos errores, pero solo a ojos de los demás, porque ella simplemente había sentido

que durante aquel tiempo conseguía respirar, ser la chica que quería ser. No, no quería volver a sentirse el centro de atención de nada, y por eso había creado unas normas y había estado a punto de romperlas el primer día que había llegado a la universidad.

Se puso de rodillas en la cama para coger uno de los cuadernos que tenía en la estantería de su cabecera y allí, junto a su ejemplar de *El gran Gatsby*, estaba aquel cuaderno manoseado que poco a poco se había convertido en una especie de diario donde anotaba cosas que necesitaba no olvidar. Al abrirlo se le dibujó una amplia sonrisa; cualquiera que lo viera podía pensar que pertenecía a una chica de doce años, pero es que esa era la edad con la que empezó a decorarlo, con estúpidos *washi tapes*, cintas, bolígrafos y subrayadores de colores. En la tapa trasera había conseguido abrir una especie de bolsillo separando el papel de la encuadernación. De su interior sacó un papel donde había escrito unas semanas antes su lista de normas junto a Hansel, su jefa en el Shenaningans, la única que ella había sentido que de verdad la conocía y que le animó a realizar aquella lista si con ello creía que le iba a ser más fácil afrontar su nueva aventura, esa por la que había luchado tanto.

Se volvió a sentar en la cama colocado de nuevo los cojines a su espalda para estar más cómoda. Con la agenda en las manos la abrió para leerla en voz alta, esperando que su compañera de habitación siguiera dormida y no escuchara nada.

- Bajo ningún concepto recurrir a Dean.
- No interactuar con los futbolistas —de esta manera no molestaré a Dean—.
- No llamar a casa hasta el final del primer semestre si ellos no lo hacen primero.
- No permitirme sacar notas inferiores a un siete.
- Dejar a la Jacklyn antigua en San Ángelo. Ahora soy la nueva Jackie.

La leyó varias veces y le hicieron recordar que estaba preparada para hacer todo lo que se había propuesto. Conseguir graduarse y empezar una vida alejada de la autoridad de su padre, de las normas de su madre, de un pueblo que esperaba que ella fuera la próxima mujer influyente, pero casada con el hombre ideal, con una casa

repleta de hijos y una valla blanca delante de su hogar, donde la bandera de barras y estrellas ondeara orgullosa. No es que ella no soñara con un buen futuro, con tener todas esas cosas y muchas más, pero también quería enamorarse, ser la dueña de sus sueños y no el que parecía que habían planeado desde el momento en que supieron que iba a ser una niña. Su hermano también había sufrido, pero era un hombre, él tenía bien sujetas las riendas de su vida, o al menos una gran parte, porque aunque estuviera en la universidad y soñara con que algún ojeador de la NFL le pusiera un buen contrato por delante y de verdad pudiera hacer lo que le diera la gana. Su padre seguía insistiendo que cuando se licenciara terminaría siendo profesor en el instituto donde él estaba para acabar quedándose con su puesto cuando él se jubilara, pero ella sabía que su hermano era capaz de cumplir sus sueños, porque él la había enseñado a tener los suyos propios.

Escuchó ruidos fuera de la habitación, después de un grito de dolor, y se levantó con velocidad de la cama para salir de la habitación y no supo si ponerse a reír o a llorar con la imagen que se encontró en el salón.

Cat estaba sentada en el suelo con las piernas abiertas, y entre ellas un paquete de harina roto, por lo que todo el suelo estaba lleno de aquel polvo blanco, pero no solo era el suelo lo que había acabado de aquel color; ella, de pies a cabeza, estaba totalmente embadurnada. Sobre la isla de la cocina todo era un desastre, no sabía cómo no se había dado cuenta de que su compañera estaba haciendo aquello, pero es que cuando Jackie se metía en sus pensamientos desconectaba del mundo.

—No te quedes ahí parada y ayúdame —dijo intentando recoger con las manos la harina—. Esto no hubiera pasado si yo no hubiera querido ser una buena amiga y prepararte un buen desayuno.

Jackie se acercó intentando no pisar el suelo por la zona que estaba manchada. Con un gesto de cabeza su compañera le indicó donde estaba la escoba y el recogedor para que pudiera ir barriendo el estropicio mientras ella se sacudía la ropa levantando más polvo.

—Pero ¿qué pretendías hacer? —preguntó.

—Quería hacerte tortitas de la alegría. —La sonrisa de su cara se hizo más amplia.

Poco a poco el suelo volvía a ser de color madera y Cat se había

desecho de la camiseta de manga larga que llevaba para quedarse con una de tirantes finos. Quitó las cosas que quedaban en la isla y volvió a guardarlas en el frigorífico, bufando porque su invento no hubiera salido como esperaba.

—Mi padre me las prepara cuando estoy de bajón y algo me dice que el que ayer saliéramos de allí cuando mejor me lo estaba pasando era porque algo no anda bien.

A Jackie le cambió la cara porque cuando en la fiesta se había acercado a ella para decirle que se iba, no había esperado que Cat la acompañara, pero quiso hacerlo, despidiéndose de aquel chico de pelo rubio como la mantequilla y sonrisa de anuncio de dentífrico. Durante el camino de vuelta no le había preguntado en ningún momento qué había pasado, y por la mañana pretendía hacerle el desayuno para animarla. Un sentimiento de culpabilidad se le instaló en el pecho y estuvo a punto de ponerse a llorar delante de una desconocida.

—¡Ey, ey! —Cat se acercó a ella quitándole los utensilios de barrer de las manos y abrazándola, consiguiendo que un sollozo escapara de sus labios—. Por mí no tienes que preocuparte, Cody va a estar siempre ahí, si no, ya lo verás. Así que quiero una sonrisa amplia y pensemos qué vamos a desayunar, porque se me olvidó decírtelo cuando decidiste vivir conmigo: ¡soy un desastre en la cocina!

Cada vez lo tenía más claro. Haber decidido mudarse con aquella chica le iba a aportar mucha felicidad, y eso que apenas llevaban veinticuatro horas juntas.

Jackie se hizo hueco en la cocina, dándole a Cat la escoba para que fuera ella quien terminara de recoger los restos que quedaban por el suelo. Ella se dedicó a intentar organizar lo que había sobre la isla de la cocina y a pensar qué podía hacer con todo aquello. Huevos, algo de harina que se podía usar aún, azúcar, crema de cacahuete, leche, fruta… Sí, podía hacer algo con todo lo que tenía. Le dijo a Cat, cuando comprobó que ya había recogido todo y empezaba a trastear con lo que había por allí, que se fuera a su cuarto y se cambiara de ropa, que ella terminaría de preparar el desayuno y que estaba segura de que el padre de su nueva compañera se había encargado de dejar antes de que las dos ocuparan el apartamento. El orden que ponía aquel hombre le parecía lo más relajante del mundo, pero el pequeño desastre que su hija iba dejando a su paso hacía que entre ambos crearan una armonía casi perfecta.

Aunque no quería volver a pensar en todo lo que había dejado atrás, aún tenía cosas que le traían preciosos recuerdos porque, aunque sus padres la pusieran de los nervios y quisieran cosas para ella que no entraban en sus planes, los quería mucho. Su padre, tan perfeccionista, su despacho, donde no podía haber nada fuera de lugar, su escritorio en un orden exagerado… y su madre, que no es que fuera desordenada, simplemente usaba un orden aleatorio causado por los pocos años que se había dedicado a lo que le gustaba: el arte. Pintar cuadros preciosos que ahora estaban guardados en el desván… aquello se había acabado cuando nació su hermano Dean y había empezado a ser la mujer florero para una sociedad que no se la merecía.

Borró rápidamente esos pensamientos cuando Cat volvió al salón y se colocó a su lado para comprobar todo lo que había dispuesto sobre la isla para que ambas desayunaran.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —dijo sorprendida.

Jackie había aprendido a cocinar junto a Consuelo, la mujer que su madre tenía contratada en casa desde siempre. Había sido su niñera, la encargada de que su casa estuviera siempre limpia y, por su puesto, quien estaba ahí cuando Jackie necesitaba hablar de las cosas que con su madre no podía. Preparó tortitas, no sabía si estarían tan buenas como las que el padre de Cat le hacía a esta, pero estaba orgullosas de ellas. Había puesto varias en cada plato, con un plátano cortado a rodajas y todo bañado con un sirope que hizo con la crema de cacahuetes, además de café para ambas.

—Creo que me podría enamorar de ti.

Jackie se sorprendió por aquel comentario, ya que su amiga ya estaba devorándolas y tenía los carrillos de la boca a rebosar de comida.

—Bueno, tampoco es para tanto. —No le parecía que hubiera hecho nada del otro mundo. Estaba acostumbrada a preparar cosas más complejas.

Cat alabó sus dotes culinarias y cuando se dieron cuenta ambas habían terminado de desayunar, recogido la comida y se habían dejado caer en el sofá de la sala de estar. Encendieron la televisión y hablaron de todo lo que harían al día siguiente, cuando de verdad empezaban las clases. Cat le explicó que estaba estudiando Magisterio y que su sueño era poder darles clases a niños en exclusión social, ya

que por el trabajo de su padre había visto demasiado dolor y dificultades al cabo de los años y, por alguna razón, se sentía responsable de poder darles algo que ella no había tenido dificultad de conseguir. A Jackie le gustó oír aquello y ver que esa chica tenía una energía sobrecogedora y podría con eso y mucho más.

—¿Artes Escénicas? —se sorprendió Cat cuando le tocó a la chica de ojos color caramelo y pecas en la cara decir en qué quería especializarse —. Seguro que tenías los mejores papeles en el instituto.

Y en ese momento Jackie fue quien cambió el semblante de su rostro, porque aquello no era lo que ella quería, que la juzgaran por quien parecía ser, aunque en el fondo sabía que nadie iba desencaminado con aquellas afirmaciones. Ocultándole que su madre solo le permitiera dar aquellas clases de interpretación como *hobbie* y que quería que su hija se licenciara en derecho o algún grado que simplemente fuera una medalla reluciente en un currículo, porque no lo iba a usar. Cat notó el cambio, y al momento quiso aclarar qué había querido decir.

—Tía, es que eres súper guapa y te veo con el papel protagonista, con esa sonrisa tan bonita que tienes y que no muestras tanto como deberías.

—Si ni siquiera me conoces —dijo en un tono más brusco del que quería trasmitir. Estaba acostumbrada a estar a la defensiva cuando salía el tema de los estudios.

—Joder, Jackie, tranquilízate, que no te estoy juzgando. Solo te he dicho que me sorprendía, pero la verdad es que me parece que te viene como anillo al dedo, porque permíteme que te diga, y después tú decides si quieres que sigamos hablando o que seamos solo compañeras de apartamento, que no soy persona de guardarme lo que pienso, y por lo que veo tú sí.

Se levantó del sofá, la miro de arriba abajo y dio un par de vueltas por el pequeño salón, pensando de qué manera decirle aquello sin que la otra decidiera que la amistad que podían empezar a tener se arruinara el primer día. Cat era así, a veces demasiado intuitiva, y desde que habían hablado para compartir aquel lugar algo le había dicho que la chica necesitaba salir al mundo. Nadie con dieciocho años era tan estirada por decisión propia, y aquello era lo que sentía cuando miraba a Jacklyn a los ojos, que estaba escondiéndose, que había aprendido aquel papel para ocultarse de algo que no quería que

nadie viera, y no es que Cat necesitara que se lo contara todo de buenas a primera. Esperaba que fueran buenas amigas y que cuando se sintiera más cómoda se fuera abriendo a ella.

Jackie se había hundido en el sofá. Agachó la cabeza y se mordió el labio inferior, intentando aguantar las lágrimas que estaban a punto de salir de sus ojos para recorrer sus mejillas y recordarle una vez más que era una chica débil y que todos tenían razón, y que, aunque intentara parecer una chica rebelde con las ideas claras, solo sabía hacer las cosas bien cuando seguía las directrices de terceras personas.

Sintió cómo Cat se colocaba de cuclillas frente a ella y le ponía las manos en las rodillas. Carraspeó para que levantara la cabeza y, aunque no le gustaba que la vieran así, algo la impulsó a hacerlo, y le encantó ver la amplia sonrisa que aquella chica le brindaba. Sintió que debía escucharla, y por eso le devolvió la sonrisa, para que dijera todo lo que parecía estar quemándole en la punta de la lengua.

—¿Quieres estudiar Artes Escénicas? —Jackie asintió— ¿En qué quieres especializarte?

Jacklyn tragó saliva, era la segunda vez que le preguntaban aquello, como si de verdad su respuesta le importara a la otra persona. El primero en preguntárselo fue su hermano, con ese brillo en los ojos que siempre la animaba y le decía que ella era capaz de conseguir lo que quisiera. En aquel momento vio algo muy parecido en los ojos de aquella chica y lo expulsó. Lo dijo tal como lo sentía.

—Quiero estudiar interpretación, quiero poder subirme al escenario de un teatro. Que el mundo tiemble por los sentimientos que pueda transmitir haciendo un papel que me llegue al alma, que me haga llorar, reír. Disfrutar.

—Pues hazlo, no dejes que nadie te diga que no es tu profesión si es así como la sientes, y si tienes que caerte, pues para eso nos enseñaron a levantarnos y seguir caminando. —Cat la hizo levantarse del sofá y le pasó los dedos por las mejillas, eliminando lo que casi había sido un llanto—. Ahora vamos a entrar en tu habitación y vamos a revisar tu armario, porque creo que lo que llevas puesto, y no te estoy diciendo que no me guste, no es lo que a ti te gusta. Aprovechemos el domingo para saber qué es lo que quieres y qué tenemos que hacer para conseguirlo.

Las siguientes horas las pasaron entre la habitación de la una y la otra, sacando la poca ropa que Jackie había llevado, y se dio cuenta

de que la selección que había decidido llevarse solo era un pequeño reflejo de como vestía en San Ángelo. Sí que había varias blusas de las que su madre se sentía orgullosa, alguna que otra falda, pero todo fue transformado por una Cat que de nuevo la sorprendió. Cuando cogió aquellas prendas y se metieron en la habitación de su compañera, vio que esta tenía una máquina de coser, además de algo más de desorden del que ella solía soportar, pero en aquel momento estaba tan ilusionada que le dio igual sentarse en la cama y que Cat solo echara la ropa hacia el lado. Ella se hubiera puesto, como mínimo, a doblarla para que no se arrugara, pero estaba tan enfrascada viendo cómo su compañera se sentaba frente a aquella mesa llena de cosas, que solo tenía ojos para observar cómo iba quitando los botones de una de las blusas. Con las tijeras separaba aquellos puños que quedaban bien sujetos a las muñecas cuando la llevabas puesta y empezaba a tararear una canción que no conocía mientras, en el desorden de su habitación, aquella mesa era un caos ordenado.

—Cuando acabe con esta blusa se convertirá en una de tus prendas favoritas, tenlo claro —dijo mientras se ponía un alfiler entre los labios.

—Me sorprende que tengas esto aquí. —Aquello era un pensamiento. Jackie no pretendía decirlo en voz alta, pero lo hizo.

—Bueno, es más lógico de lo que puedas imaginar. —Cat se volvió a ella en su silla giratoria y continúo hablando mientras pasaba una aguja con hilo sobre la blusa—. Quiero a mi padre con locura, pero de moda entiende lo mismo que de ornitorrincos. Solo que existen, pero no nada más.

Jackie la miraba asombrada mientras ella seguía con su labor. Aquella chica era un todo terreno.

—Pues eso, lo que te iba diciendo. Mi padre viajaba mucho por trabajo hasta hace poco. Podíamos pasar entre tres meses o casi un año sin vernos, y cuando volvía a casa lo hacía cargado de regalos y de ropa, aunque no tenía mucha idea de las tallas. Imagínate regalarle a una chica de doce años algo para una de dieciséis. Sí, era como ponerme un saco de patatas encima, y sobre todo cuando lo que me traía no era de mi estilo, así que le pedí por Papá Noel una máquina de coser y, como mi padre no sabe hacer un simple regalo, a la tierna edad de trece años ya la tenía, y una chica venía a darme clases de

costura tres veces a la semana. Ahora me encanta ir a tiendas de segunda mano para darles una renovada vida más bonita a las prendas con potencial.

Cat volvió a girarse en su silla y, antes de que su compañera pudiera añadir nada más, la maquina empezó a funcionar y el sordo ruido que esta producía era lo único que llenaba la habitación.

Como no creía que pudiera hacer nada allí dentro, se dirigió a la cocina y decidió preparar algo de almorzar para ambas, porque su compañera cuando era pequeña había decidido que dar clases de costura era más importante que cocinar. Le hizo gracia ver lo diferente que eran ambas y lo mucho que se podían complementar en aquel apartamento.

Mientras estaba en la cocina, como aquello era una residencia de estudiantes, era lógico que se escucharan voces y todo lo que se quisiera a través de las puertas de la terraza que daba al patio interior, lo que no se esperaba era escuchar aquel nombre y que al mirar al frente, allí estuviera su hermano apoyado en la baranda del balcón que había justo enfrente de su apartamento.

4

Cody estaba tirado en aquel sofá, esperando a que su capitán terminara de echarle la charla a uno de sus compañeros. En la fiesta se había pasado bastante con el alcohol y estaba disfrutando al verlos allí a los dos. Davis con la cabeza cabizbaja y Killiam palmeándole la espalda después de haberlo obligado a levantarse de la cama para tomarse una pastilla con un vaso de agua.

Killiam tenía un humor de perros, y Davis no entendía por qué se ponía de aquella manera. No era la primera vez que se tomaba un par de copas de más o que, incluso, se fumaba algún canuto, ni sería la última. Todos en el equipo, y en especial los cuatro que ocupaban aquel apartamento, se tomaban en serio la universidad, por lo que Davis sabía que aún quedaban al menos un par de semanas para las primeras pruebas de doping y durante el verano se había comportado bastante bien si se hablaba de drogas. Él no tenía los problemas de su capitán con el dinero para pagar la matrícula de la facultad, y tampoco para pagar la parte que le correspondía del apartamento que compartían, no como Killiam, por lo que lo único que podía hacer era callarse y entender que su amigo quería que todos se comportaran, y más ese año, que ya estaban en tercero y la titularidad, si seguían jugando como el año anterior, estaba más que asegurada. Ya no eran los novatos.

—Tenemos que controlarnos un poco más este año, tienes razón —respondió cuando Killiam llevaba el tiempo suficiente callado como para que él imaginara que le tocaba decir algo, pero no era eso lo que le pasaba. Se enderezó y miró en la misma dirección que lo hacía su

mejor amigo, y le pasó exactamente igual que a él. Su semblante cambió al momento cuando se dio cuenta de quién era la persona que estaba frente a ellos, a pocos metros. Aunque hubiera un cristal que reflejara las nubes del exterior podría reconocer a su hermana en cualquier parte del mundo.

Claro que sabía que estaría allí, y si no había ido a buscarla para darle la bienvenida era porque ella así se lo había pedido, pero aquello era demasiada casualidad.

—Vaya, pero mira a quien tenemos ahí.

Cody se había levantado del sofá cuando vio que sus dos amigos se habían quedado demasiado callados mirando al frente, y se imaginó que este año, su vecina Cat, estaba dándoles de nuevo un espectáculo, pero no era ella quien estaba en aquel apartamento.

—Mira que cerca tienes a tu apuesta. —Sonrió —. Venga, te lo voy a poner fácil, vayamos con la excusa de que quiero decirle algo a Cat.

—¡Y una mierda!

Killiam y Cody se quedaron mirando a Davis. Claro que lo habían visto mosquearse mil y una vez, jugaban con él y en el terreno de juego era una fiera temida, bien conocida por las otras universidades, pero nunca lo habían escuchado ponerse así por una chica y Cody, aquel guaperas al que le encantaba apostar, soltó lo primero que se le pasó por la mente.

—La apuesta sube, cuarenta pavos a quien la consiga primero de los dos.

No lo vio venir, ni él ni Killiam que estaba a su lado. El puño de Davis voló con tal velocidad que golpeó el centro de la cara con tanta fuerza que hizo que se doblara en dos y acabara de rodillas en el suelo apretándose con fuerza con las manos e intentando controlar el dolor.

—Tío, contrólate, ya sabes cómo es este idiota. —Killiam intentaba ayudar a su amigo a ponerse en pie.

Davis estaba que hervía por dentro, y más sabiendo que hasta que no hablara con ella no podía abrir la boca y decirles a aquellos dos quien era la chica de enfrente, pero sí podía seguir el juego estúpido de Cody, no el de «intentar ligarse» a su hermana, pero sabía que Killiam no intentaría nada con ella si creía que entre ambos hubo algo en el pasado y aun no se habían puesto al día de lo que habían hecho aquel verano.

—Joder, tío, lo siento. —Ayudó a Killiam a meter a su compañero

en el interior del apartamento.

Aquel era uno de los más grandes de la residencia, por lo cual, de los más caros. Tenía cuatro habitaciones, una para él, la de Killiam, Cody y el desaparecido Harris, que realmente se llamaba Dean, como él, así que cuando entraron en el equipo el primer año, el entrenador decidió que llamarlos por el apellido era más cómodo, y después de tres años se habían acostumbrado.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Cody aceptando la cerveza de la disculpa que le ofrecía Davis.

—Alguien que conozco. —Cuando dijo aquello miró a Killiam y este le devolvió un gesto de cabeza, aceptando la retirada y consiguiendo que Davis se relajara un poco.

—Y has tenido con ella…

—Algo que no os importa a ninguno, pero que os tiene que servir para que no os acerquéis a ella. —Esperaba que con aquello no tuviera que dar más explicaciones.

—Cody. —Killiam llamó la atención de su compañero.

—Lo sé, lo sé. Aquí se acaba la apuesta. Tranquilo, hermano.

Killiam no dejaba de mirar hacia el exterior cada vez que sus amigos no se daban cuenta y Davis desvió la atención de su hermana, o eso creía, preguntando donde estaba Harris. No era normal que a tan pocas horas de que se acabara el domingo, y desde la fiesta de la noche anterior, no hubiera aparecido allí. El capitán del equipo no estaba prestando la atención que aquella conversación merecía, porque cuando lo nombraron tuvo que volver a preguntar.

—Que si sabes dónde está Harris —volvió a preguntar Davis, que lo miró con mala cara. Esperaba que de verdad no se interesara por su hermana.

Justo en aquel momento, el aludido entraba por la puerta y se fijó en cómo Cody se tapaba la nariz y en que sus ojos estaban vidriosos. Killiam le advirtió con la mirada que no dijera nada y Davis lo miró con cara de pocos amigos. Ya tenía él demasiados problemas como para preguntar qué había pasado, así que se dejó caer en el sofá.

A Davis no es que no le gustara la idea de que uno de sus amigos tuviera algo con su hermana, bueno, no le hacía ninguna gracia, pero si tenía que elegir a alguno de aquellos tres, aunque todos eran unos mujeriegos, incluyéndose a él, sin duda tenía claro que Killiam sería el mejor candidato. Claro está que su hermana nunca lo elegiría. Tenía

muchas de esas cosas que ella había dejado atrás y de las que quería huir.

Mientras, al otro lado del jardín interior, Cat salía de su habitación y se dio cuenta de que Jackie estaba cortando una cebolla en trocitos tan pequeños que en breve quedarían desintegrados, pero lo raro no era eso, sino que lo hacía mirando al frente, y no había que ser muy lista para imaginarse lo que podía haber pasado, aunque esperaba que no. Aquello era un juego que se traía con Cody y nadie más, así que le quitó el cuchillo de las manos, pero esta no se inmutó, así que hizo lo único que podía hacer.

Salió al balcón con su teléfono en la mano y dio un silbido que Cody reconocería perfectamente. Antes de que este saliera a la terraza, ella ya había tecleado con rapidez un mensaje de texto.

Cat: «*Espero por tu bien que mi compañera no se haya quedado catatónica por verte en bolas*».

Cody salió al balcón leyendo el mensaje y soltó una carcajada lo suficientemente fuerte para que todas las personas que estuvieran en sus terrazas pudieran escucharlo, incluido sus compañeros de equipo, que ahora estaban juntos en el salón poniéndose al día de lo que habían hecho aquel verano. A ninguno de aquellos tres le sorprendió que se levantara rápido para acudir a la llamada de aquella chica con la que ya llevaba varios meses tonteando, aunque todos sabían que no había nada serio, ya los habían visto por separado con otras personas, pero aprovechaban cada vez que podían para decirle que aquella chica morena lo tenía cogido por los huevos, y tenían claro que aquel momento les serviría para ello, pero Cody tenía a un cotilla en su interior, y que nombrara a su nueva compañera de apartamento hizo que le picara la curiosidad.

Cody: «*Sé que mi armamento es fabuloso, pero tranquila, sigo reservando las vistas solo para ti*».

Cat suspiró aliviada, no sabía si era porque su compañera no lo había visto como su madre lo había traído al mundo o porque dijera que solo se desnudaba para ella. Sabía que eso no era así, de la misma manera que ella tampoco era una santa y que, aunque ellos llevaran un rollo raro, que ya duraba más de lo que ambos habían imaginado, hacían lo que les daba la gana sin tener que darle explicaciones al otro.

Cody: «*La chica nueva ha tenido algo con Davis*».

Cuando Cat leyó aquello estuvo a punto de gritarle a Cody que fuera más concreto, pero él le hizo un gesto de que mantuviera silencio desde la distancia. Ambos se conocían demasiado bien. Ella se giró y miró hacia el interior. Jackie ya no estaba en el salón y la puerta de su habitación estaba cerrada. Había dejado toda la comida para la cena en la isla. Cat ignoró a Cody y este se molestó, pero sabía que no podía pedirle ningún tipo de explicación, por lo que se guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y se dejó caer junto Harris en el sofá del interior, y se incluyó al momento en la conversación.

Por su parte, Cat estaba de pie frente a la habitación de su nueva compañera de apartamento. Por momentos se le antojaba rara y por otros, mucho más. Había salido de la habitación con la blusa terminada, emocionada por enseñársela, así que usaría aquella excusa para entrar en la de Jackie, y si se quejaba le diría que aún no habían impuesto unas normas.

Al abrir la puerta la vio sentada en la cama, ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado. Jacklyn tenía una foto en sus manos y, cuando se acercó, aunque su intención no era mirar, aunque ya habían pasado al menos dos años de la foto, sabía que quienes aparecían en ella era Davis y Jackie.

—No me jodas… —Mil y una idea empezaron a saltar en su mente, y antes de que se hiciera una idea de lo que no era, Jackie quiso sacarla de su error.

—Esta foto es de hace prácticamente dos años, y el chico que está a mi lado es Dean Davis. Mi hermano.

—Pero…

—Sí, sí, lo sé. Nos parecemos lo que un huevo a una castaña, ambos lo tenemos claro, pero si vieras a mis padres, sabrías que compartimos genes.

Cat no le había pedido ninguna explicación ni Jackie tenía intención de que su historia se conociera tan pronto en la universidad, porque sabía que su hermano, perteneciendo al equipo, y sabiendo las posibilidades que tenía de firmar un buen contrato, la podrían a ella en el punto de mira de demasiadas personas, y ella ya no quería ser el centro de atención de nada.

Le explicó que esa era la última foto que ambos tenían juntos, que se la habían hecho cuando él se había ido a la universidad. También le explicó que ella había sido quien le pidió que intentaran relacionarse

lo mínimo posible mientras estuvieran juntos allí.

—Pero eres la hermana de Dean Davis, ¿sabes lo que significa eso?

—Peor todavía. Sé lo que es ser una Davis y, hazme caso, prefiero seguir usando el apellido de mi madre mientras esté aquí. —Había tanto dolor en aquella afirmación que Cat se mordió la lengua para no soltar el siguiente comentario.

Le hubiera gustado decirle que se le abrirían muchísimas puertas, y no solo las universitarias, porque tenía claro que los profesores la tratarían entre algodones. Aunque aquello ya no era el instituto, había cosas que no cambiaban. Las hermandades se la rifarían para que formara parte de la que le diera la gana, la invitarían a todas las fiestas, pero Cat no era estúpida, y menos aún egoísta, así que se dejó caer en la cama y cuando Jackie la acompañó, levantó la blusa tuneada sobre la cabeza de ambas y la chica que ahora llevaba el flequillo recto y que no quería que nadie supiera que era la hermana de uno de los jugadores estrella del equipo, dibujó una amplia sonrisa.

—Mañana empieza una nueva etapa de tu vida. —La hizo levantarse de la cama para después colocarle la blusa sobre el pecho —. Con esto te comerás el mundo.

Jackie se sintió mucho más animada después de haberle contado al menos cierta parte de todo lo que ocultaba de su vida pasada, y ambas decidieron hacer la cena para después, por insistencia de Cat, dormir juntas en la cama de esta. Aquella sería su primera fiesta de pijamas, pero no la última.

5

*E*l equipo al completo estaba con la lengua fuera después de que el entrenador Lewis les hubiera hecho correr más de cincuenta minutos, y más cuando era el primer día de entrenamientos y la mayoría habían pasado el verano sin hacer nada.

—Vamos, nenazas. Esto solo acaba de empezar.

Podía parecer duro, que su leguaje en la mayoría de las ocasiones no fuera el adecuado, pero los que ya habían entrenado con él en años anteriores sabían que no era más que una careta que se ponía, sobre todo aquellos primeros días en que los de primero se estaban jugando un puesto clave en el equipo. Killiam y los chicos habían sufrido lo mismo tres años atrás, por eso estaban conteniendo las risas al contemplar las caras de aquellos chicos que estaban rojos como tomates, algunos con cara de ganas de vomitar y los que menos, con demasiada confianza en sí mismos. Esos eran los que peor lo pasaban, porque al entrenador le gustaba darles más caña y que así demostraran más su potencial.

—Los chicos de tercero y cuarto podéis iros a los vestuarios. Los demás quiero que os dividáis en dos equipos, a ver de lo que sois capaces.

Todos hicieron caso al entrenador y fueron rápido a ducharse y cambiarse de ropa si querían disfrutar del espectáculo.

—Tío, ese chaval parece bueno —comentó Cody mientras se acomodaba en el asiento que ocupaba en las gradas.

—No está mal, corre bastante, pero debería hacer algo con sus manos.

Los cuatro compañeros de apartamento, acompañados por algunos chicos más del equipo, comentaban las jugadas de los chicos de primero. La mayoría habían llegado con becas deportivas, pero aquello no significaba que tuvieran un puesto asegurado en el equipo, al menos no en uno en el que su entrenador fuera Frederick Lewis.

Estuvieron allí hasta que el entrenador hizo que los de primero volvieran a correr y amenazó al resto del equipo con ponerlos a ellos también si no abandonaban las instalaciones. Disfrutaban de aquella primera semana, aunque los entrenamientos fueran duros, ya que era a lo que se dedicaban esos días mientras el resto de estudiantes empezaban sus clases y presentaciones.

—Vamos a tomarnos algo. —Davis era el que iba conduciendo el *jeep* de Cody en aquellos momentos.

—Lo que necesito es un puto café que me reactive —secundó Harris.

Aquella vez, pero no para sorpresa de sus amigos, Killiam se despidió de ellos, ya tenía otros planes, los mismo que los dos años anteriores. Lo dejaron frente al edificio principal, donde se encontraban las oficinas de financiación y hacia donde caminaba decidido, esperando que ese año hubiera tenido algo más de suerte con su beca. El año pasado pudo compaginar el equipo, sus estudios y un trabajo a duras penas, pero en el tercer curso no se podía permitir dejar de lado ninguno de los dos primeros. Eran su futuro y por ese motivo se había pasado todo el verano trabajando y pidiendo horas extras para poder pagarse todos los gastos no esperados. No se podía permitir el lujo que, de nuevo, sus compañeros hicieran de hermanitas de la caridad con él.

El edificio imponía, y no solo porque Charles Whitman decidiera que una masacre desde lo alto de su torre del reloj era una buena manera de llamar la atención, o que tuvieran que cerrarlo por la alta tasa de suicidios o intentos de estos. Sus más de noventa y cuatro metros de alto, sus treinta plantas, y sobre todo la increíble biblioteca de su interior, era lo que de verdad hacían de aquel edificio el centro no solo de la universidad, sino de aquella ciudad.

Killiam conocía aquel camino demasiado bien, por lo que podía hacerlo con los ojos cerrados. Incluso cuando entró por sus puertas, antes de dirigirse a las oficinas, lo saludaron no como uno de los jugadores estrella del equipo, sino como alguien que ya formaba parte

de todas las personas que ocupaban aquel lugar.

Tomó el ascensor hasta la planta trece, alguno podía pensar que, con ese número, la mala suerte en las oficinas de financiación estaba asegurada, pero para él era así. Aquel número marcaba muchas cosas en su vida y por eso, cuando tuvo la oportunidad el año anterior de elegir cuáles serían las cifras naranjas que estuvieran en su espalda, fue el elegido.

—Hola, señora Moore. Me alegro de verla.

La secretaría, una mujer mayor que llevaría allí seguramente desde que inauguraron el nuevo edificio, lo saludó afable, como siempre, ofreciéndole unos bombones que tenía en su escritorio, dentro de un viejo jarrón de cristal. Como cada vez que iba, aceptó uno de aquellos chocolates y se lo metió en la boca, demostrándole cuanto se lo agradecía. Su madre lo había criado lo mejor que pudo y cada vez que lo hacía recordaba aquella frase que le decía siempre: «eres un chico de Albany, un pueblo pequeño, pero no por ello menos educado, trata a los demás como quieres que te traten a ti».

Se despidió de ella con un gesto de cabeza cuando le indicó que ya podía entrar en la oficina. Como en los dos años anteriores, y en todas las visitas que había realizado a aquellas oficinas, el señor Williams, el que tanto le había ayudado, no se anduvo con rodeos y le explicó cómo estaba la situación financiera en aquellos momentos. Su deuda universitaria no había hecho más que crecer en aquellos dos años, pero en ese tercer curso no podía permitirse que lo hiciera más. Su madre ya se mataba horas trabajando en aquella gasolinera como para tener que pedirle un centavo más.

—Esto está bastante bien, chico —dijo aquel hombre de piel oscura—. Veo que sus datos académicos mejoraron bastante el año pasado.

Killiam esperaba que le diera buenas noticias, se había hartado de estudiar y, con los entrenamientos, aún tenía demasiadas horas de sueño atrasadas del año anterior. Necesitaba algo más que la beca deportiva, necesitaba que las asignaturas no le hicieran una nueva mella en sus escasos ahorros.

—¿Cree usted que será factible solicitar la ayuda?

—No tendrá que hacerlo. —Killiam lo miró con tristeza, si no conseguía aquella beca dudaba que pudiera realizar el segundo semestre, por lo que sus sueños se verían truncados—. Me reuní personalmente con las personas que llevan su expediente y con el

decano. Ha demostrado que no es una simple cabeza hueca que piensa solo en el fútbol americano y, sin que sirva de precedente, este año la universidad se hará cargo de todos los gastos referente a sus estudios que la beca deportiva no cubre.

Killiam dibujó una sonrisa tan amplia en su cara que creyó que se le desencajaría la mandíbula y, sin que el señor Williams lo viera venir, se levantó de la silla y fue hasta el hombre que le había dado aquella maravillosa noticia para abrazarlo.

—Tranquilo, chico. Sé que es una gran noticia, pero por favor, déjame en el suelo y permíteme que te lo explique todo.

Killiam se disculpó e intentó colocar bien la blusa del hombre, pero este se lo impidió. Ninguno de los dos volvió a sentarse porque el chico estaba nervioso con aquella noticia. Tenía esperanzas de que pudieran darle alguna ayuda complementaria, pero no aquello. El señor Williams le explicó que si una vez terminado el semestre sus notas y su expediente seguía tan impecables, aquella ayuda se extendería hasta el final del curso, porque estaban seguros de que sería un gran jugador de fútbol, y también un gran abogado si quería y se lo proponía y, hasta aquel momento, lo había hecho.

Salió de la oficina directamente hacia la secretaria y, sin que ella se lo esperara, le plantó un beso en la mejilla y tomó el ascensor hasta llegar a la planta baja. Aquello había que celebrarlo, y no dudó en mandarle un mensaje a los chicos para decirles que lo esperaran en la cafetería y se dirigió hasta allí, pero antes de llegar tenía que hacer una llamada.

—Hola, ratoncito. —Su madre seguía llamándole con aquel apodo a sus veintiún años y sacándole ya más de una cabeza de altura—. ¿A qué se debe esta llamada? ¿Has salido ya de la reunión?

Su madre sabía que tenía una cita, si alguien lo conocía bien, era ella, y se lo contaba todo, bueno, todo lo que un hijo puede contar a una madre sin que después ella lo pueda usar en su contra o la pueda avergonzar. Tenían una de esas relaciones que más de uno envidiaría.

Le contó todo lo que había pasado, y lo que más disfrutaron de todo aquello fue que después de que él no pudiera viajar en verano a casa y ella tampoco por el trabajo, aquellas Navidades sí podían organizar algo bueno para disfrutar juntos. Parecía que al fin la vida les estaba sonriendo, porque ella le dijo que su jefe, después de más de diez años trabajando en la gasolinera, había decidido que ya era hora

de que su sueldo fuera más acorde con la labor que allí realizaban. Cuando se despidieron prometieron llamarse en un par de días si sus obligaciones se lo permitían y acordaron desearse siempre las buenas noches aunque fuera solo con un mensaje de texto.

Mientras, a no muchos metros de donde él se encontraba, Jackie salía de sus primeras clases más entusiasmada de lo que esperaba. No conocía a nadie, pero no se había sentido desplazada en ningún momento. Claro que había personas que ya tenían sus propios grupos, que las clases estaban abarrotadas de alumnos y que aquello no iba solo de recibir clases de interpretación, eso se podía aprender pagándose clases con algún profesor de prestigio y, aunque sabía que sus padres no lo aprobarían, lo hubieran hecho después de muchas peleas e insistencia. Al menos habían accedido a que ella estuviera allí, en la universidad, estudiando algo que para ellos no le serviría en un futuro.

Se sorprendió que al salir, después de inscribirse en un grupo de estudios, ya que era algo que el profesor les obligaba a hacer, se encontrara con Cat en la puerta del edificio, esperándola. Cuando la vio, Cat se fue hacia ella captando la mirada de más de un alumno al verla correr con aquel extraño atuendo que había decidido ponerse aquella mañana. Llevaba una falda plisada de cuadros, tipo escocesa, y una enorme camiseta con el logo de la universidad, todo en los colores de esta. Jackie le había hecho caso y llevaba su «nueva blusa», que había combinado con unos vaqueros, a los que Cat también les había dado un nuevo toque rasgando por varios sitios y consiguiendo que su *look* fuera más actual, y no esos modelitos de chica buena que poblaban su armario.

—Primer día superado —dijo cuando la soltó de aquel abrazo demasiado efusivo.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Jackie no le había hablado de sus horarios, ni siquiera había salido en la conversación durante la extraña fiesta de pijamas improvisada.

—Digamos que tengo mis recursos. —Se acercó hasta su oído—. Y está loco por mí.

—Vaya, lo que viene siendo que te has saltado varias leyes de protección de datos…

—Bah, eso no tiene importancia, eres mi compañera de piso y, desde ayer, mi mejor amiga, así que déjame que te invite a algo en el

mejor sitio, o al menos al que está más cerca de aquí.

Jackie quiso protestar. Quería llegar a la habitación, ponerse cómoda y empezar a organizar el *planning* de estudio que le habían dado de las tres asignaturas de aquella mañana, pero algo le dijo que si quería empezar a sentir de verdad que había soltado lastres en su camino hasta allí, podía permitirse no ser tan estricta.

Entraron en un local que había cerca de la torre del reloj, el edificio central del campus. Aquel edificio le parecía fascinante y estaba deseando tener la oportunidad de poder visitar su biblioteca, por ahora se conformaría con observarlo desde fuera y disfrutar con lo que lo rodeaban, dándole a todo una luz y un calor tan fascinante que, aun habiéndose construido todo con distintos estilos y en distintas épocas, combinaban a la perfección.

Aquel local estaba atestado de alumnos. Algunos reían, otros se quejaban de todo el trabajo que tendrían que hacer aquel año, pero, todos coincidían en lo mismo. Estaban contentos de estar allí, de poder disfrutar de aquella experiencia y de exprimirla al máximo.

—Vaya, vaya, vaya. Si está allí Cody. —Cat se acomodó en la barra donde ambas estaban sentadas con un refresco en la mano.

Jackie miró en la dirección que le señalaba su amiga y se puso de pie con la intención de largarse de allí al momento, pero alguien se había colocado delante de ella, le había tomado de las manos, sorprendiendo a su amiga y captando la atención de todos los presentes, sobre todo de uno de los chicos que ocupaba la mesa del fondo y que, hasta ese momento, estaba pletórico de felicidad.

—JJ, ¿de verdad creías que no iba a buscarte?

Jackie se quedó totalmente inmóvil, sin saber cómo reaccionar, mientras aquel chico alto, de pelo rubio y ojos tan azules como el cielo de una mañana de verano la miraba intensamente. «No, no puede estar pasándome esto», pensó. Pero notaba el tacto de sus manos en la cara. El roce de unos pulgares que conocía demasiado bien y, cuando creía que el mundo terminaba de pararse, a la par que su corazón, el chico fue empujado hacia atrás para caer de culo al suelo soltado una palabra malsonante e intentando levantarse, pero la persona que lo había separado de Jackie lo miraba de una manera tan amenazadora que decidió levantarse con las manos alzada en señal de que no estaba buscando ningún problema.

—¡¿Qué cojones haces aquí, Ryan?!

Cat había cogido de la mano a Jackie y la había apartado de aquella escena, pero no se alejaron mucho, porque esta última no pensaba dejar que aquello pasara allí, menos cuando ella era la culpable de todo. La que había salido de San Ángelo huyendo, pero los problemas la habían seguido hasta allí.

Cat no era la única que no entendía lo que estaba pasando, ya que todos los chicos que ocupaban la mesa del final, de la que estaban hablando antes de que ocurriera todo, ahora estaban sujetando a uno de los chicos que la ocupaban y que había sido el causante de que aquel tal Ryan estuviera intentando no recibir un golpe del cabreado Davis.

—Dime que sabes qué está pasando aquí —susurró tras ella Cody, pero ella solo pudo negar con la cabeza.

Killiam, que era quien sujetaba a su compañero de equipo, no sabía qué pensar con lo que estaba pasando, pero ahora tenía claro que aquella chica solo le traería problemas si intentaba cualquier tipo de acercamiento, pero desde que la había visto entrar por la puerta de la cafetería, lo único que se le había pasado por la cabeza era levantarse a pedir algo a la barra, sin importarle que allí había servicio en mesa, para poder colocarse a su lado. Ahora, viendo la actitud de uno de sus mejores amigos, el que le había dicho que había tenido algo con ella ese verano, lo tenía más claro: ella era intocable, pero no había mirado a Davis, solo tenía ojos para aquel chico rubio. Notó cómo la mirada de ella se enturbiaba y le entraron ganas de soltar a su amigo y que le diera una paliza por lo que quisiera que hubiera hecho.

—¡Lárgate de aquí! —gritó Davis.

—Tengo que hablar con ella.

—Y una mierda, ella ya te dijo todo lo que tenía que decirte, y ahora ya sabes que estoy aquí para que no te acerques a ella. He aguantado todos estos años sin aparecer por casa porque ella me lo pidió, pero si tú apareces aquí, no tendré ningún inconveniente en partirte esa cara de idiota que tienes.

Jackie estaba empezando a marearse allí dentro, y entre Cat y Cody la sacaron al exterior del local y la acompañaron hacia unos bancos que había. Cody seguía sin entender nada de lo que pasaba y, aunque Cat tampoco, algo le decía que aquel chico era algo de lo que Jackie no querría hablar si no se encontraba preparada para ello, por

lo que no le preguntó nada. Simplemente se sentó a su lado agarrándole la mano.

—Tenéis que sacar a Dean de allí, por favor.

Cody le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se volvió a perder en el interior de aquel establecimiento. Las dos chicas estaban fuera, visiblemente nerviosas, y varias personas empezaron a salir de la cafetería, entre ellos uno de los camareros gritando que si no se iban de allí llamaría a la seguridad del campus. Observaron cómo Cody salía agarrando de un brazo a Dean, que nada más que vio a su hermana se acercó corriendo a ella para ponerse de rodillas frente a ella y tomarle el rostro entre las manos. Comprobó que estaba aguantando unas lágrimas que se había prometido que no volvería a derramar si Ryan era el causante, pero todo aquello no se lo esperaba, al menos no tan pronto.

—Jackie, ratoncita, vámonos de aquí.

Killiam se sorprendió al oír aquel apelativo cariñoso que había usado con ella y una presión extraña se le instaló en el pecho. Si no fuera porque no conocía de nada a aquella chica, y no creía en el amor, juraría que eran celos. Miró a sus otros dos compañeros que parecían tan sorprendidos como él. Cat se acercó al grupo y se colocó al lado de Cody.

—No es lo que parece.

Lo dijo bastante bajo, creyendo que solo la persona a la que iba aquel comentario sería quien lo escuchara, pero Killiam también lo hizo y, aunque su primer impulso una vez que habían salido de la cafetería era irse de allí y que aquellos dos solucionaran sus problemas, algo le impedía hacerlo si no conseguía más respuestas acerca de lo que estaba pasando.

—Por eso no quería venir aquí, Dean —sollozó Jackie—. No quiero que mis mierdas te salpiquen.

—Ratoncito, todo lo que tenga que ver contigo es de mi incumbencia, y más si ese hijo de puta ha aparecido aquí.

Se levantó para sentarse a su lado y hacer que apoyara su cabeza sobre su hombro para poder abrazarla y que sintiera que de verdad estaba a su lado y que, aunque le prometiera que intentaría no entrometerse en su vida en la universidad, eso no significaba que se ocuparía de ella si surgían problemas.

—Siempre he cuidado de ti y lo seguiré haciendo. Eso es lo que



hacen los hermanos, ¿recuerdas?

6

Aquel apartamento estaba sepultado en silencio. Cat estaba de pie tras la isla de la cocina mirando a los tres chicos que estaban sentados en su sofá. Todos callados. Procesando la información que habían escuchado momentos antes en aquella plaza frente a la cafetería, donde había sido revelado el secreto de que Dean Davis y Jacklyn Reed eran hermanos.

Mientras, en la habitación de esta, estaban los dos hermanos sentados en la cama sin decir nada. Dean esperaba que ella diera el paso y le contara qué demonios estaba pasando. Lo único que sabía de la relación que había compartido con aquel idiota era lo poco que ella le había querido contar unas semanas antes de que ella se graduara. Quería preguntarle qué era lo que de verdad escondía, pero sabía que cuando su hermana pequeña se cerraba, era prácticamente impenetrable, y entendía que él había roto aquel trato que le se habían comprometido a cumplir, pero no podía hacerlo si ella podía estar metida en algo de lo que él no pudiera protegerla.

—Jackie, necesito que me lo cuentes, o al menos que me expliques algo más para saber qué ha pasado.

Ella se tapó la cara con las manos, ahogando un nuevo sollozo. Se había prometido no volver a derrumbarse si Ryan decidía aparecer de nuevo en su vida, creía que tendría más tiempo para poder ponerla en orden y saber cómo enfrentarse a él y a todo lo que había pasado, pero no se planteó que él la seguiría hasta allí, sobre todo porque en ningún momento le había desvelado sus planes. Lo último que él supo de ella fue que se iría a estudiar a Columbia, porque ese era el futuro

que sus padres habían elegido para ella, que estudiaría lejos de donde vivían y que cuando volviera nada de todo lo que había pasado seguiría flotando en la sociedad donde se había criado.

A ella le había costado convencer a sus padres de que estudiar allí no solucionaría nada, y había llegado a un acuerdo con ellos de que al estar más cerca de casa, si las cosas no funcionaban, podría volver y hacer lo que ellos tenían planeado. Las únicas personas que podían haber revelado su paradero a su ex eran ellos, por lo que sus lágrimas no eran de tristeza, ni siquiera de miedo. Sentía odio, estaba muy cabreada y necesitaba respuestas.

—Dame tu teléfono, por favor.

Dean la miró y sin hacer ningún tipo de pregunta se sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo tendió a su hermana. No tuvo ni que buscar el número en la agenda para llamar. Estaba nerviosa y los dedos le temblaban cuando empezó a pulsar los botones en la pantalla. Su hermano observaba en silencio, lo único que se permitió hacer fue rodearla con su brazo por los hombros y apoyarla, porque entendía que esa llamada era lo último que quería hacer.

Por su lado, mientras el tono de llamada daba la señal, ella no sabía qué serían capaces de decirle sus padres una vez que descolgara, pero sí sabía que ella tendría que mantener la calma. Se llenó los pulmones del aire suficiente y, cuando lo empezó a expulsar poco a poco, usando esa técnica de relajación que le había enseñado su terapeuta meses antes, la voz de su progenitor sonó fuerte y seria al otro lado.

—¿Qué pasa? Dime que tu hermana está bien…

—Papá, soy yo, Jacklyn —respondió.

—¿Por qué me llamas desde el teléfono de tu hermano? ¿Estáis bien? ¿Le ha pasado algo?

Dean se levantó de la cama cuando ella lo miró, y supo sin que tuviera que usar palabras que ella necesitaba intimidad para esa llamada y que si él se mantenía a su lado acabaría arrebatándole el teléfono y diciendo cosas que no serían beneficiosas para ninguno de los dos, por lo que depositó un beso sobre su cabeza y salió de la habitación.

Una vez fuera, todos lo miraron esperando alguna respuesta, algo que les hicieran saber qué había pasado, pero él simplemente caminó

hasta el sillón que había junto a sus compañeros y se dejó caer, apoyando la cabeza sobre el respaldo y mirando al techo. Cody y Harris se miraron el uno al otro, pero fue Killiam quien se levantó del sofá, se colocó de pie con las piernas ligeramente separadas y sus manos sobre las caderas. Demostrando así porque era el líder del equipo, aunque no sabía si en aquel momento debería de usar su estatus para saber qué estaba pasando, pero al menos quería que su amigo supiera que estaba ahí si lo necesitaba, pero las palabras que salieron de su boca no era lo que tenía que decir, solo lo que quería saber.

—¿Tú hermana? Dijiste que habías tenido algo con ella. —Davis miró a su capitán y se encogió de hombros—. Todos sabíamos que tenías una hermana, pero cuando hablabas de ella parecía que lo hacías de una niña que no superaba los diez años.

Davis se sintió atacado con ese comentario, porque él nunca había desvelado la edad de Jackie, y si ellos habían tomado por sus comentarios que no era más que una cría, eso no era problema suyo, y así se lo hizo saber.

—Es mi hermana pequeña, siempre será una cría a mis ojos, aunque solo sea tres años mayor que ella y, si vosotros, mentes pervertidas, habéis llegado a una conclusión incorrecta, no es problema mío. Simplemente os dije que lo que yo tuviera con ella no era asunto vuestro.

Davis había ido subiendo el tono de su voz mientras se levantaba del sofá poniéndose de forma desafiante frente a su capitán, sin importarle ser unos centímetros más bajo. Él era más fuerte y ambos lo sabían, así que no se acobardaría.

Cat fue más rápida que los otros dos jugadores, que aún estaban sentados en el sofá, parecía que se estaban divirtiendo con la situación, porque se habían acomodado más. Ahora que tenían más espacio en el sofá, solo les faltaba un bol de palomitas. Ella, con su escaso metro setenta, se sintió pequeña entre ellos. Colocó sus manos en el pecho de cada uno, intentando que ninguno de los dos avanzara más en aquella extraña lucha de miradas que estaban teniendo.

—Haya paz, chicos.

—Yo que tú no me metería ahí, Cat. —Cody la llamó golpeando el hueco del sofá que había quedado—. Estas peleas de gallo se ven

mejor desde la barrera.

Aquel comentario hizo que las tres personas que estaba de pie en el salón lo miraran ahora a él, y cuando iba a decir algo más, la puerta del cuarto se abrió y Jackie salió de su interior. Se había cambiado de ropa y por la luz que desprendía su cara, había usado maquillaje para ocultar las lágrimas que había derramado durante el tiempo que había permanecido allí dentro. Miró a las cinco personas que había en el interior de aquel apartamento y analizó la actitud de los tres que estaban de pie en medio de aquel salón, que se le antojó demasiado pequeño para un grupo de cuatro jugadores de fútbol. Miró a su hermano, y este observó que Jackie se había recompuesto un poco. Le tendió el teléfono sin acercarse a ellos, para que fuera él quien se aproximara y así romper la extraña sensación de testosterona elevada que había sentido al verlos allí enzarzados en una conversación donde se sabía el centro de atención. Aquello no le gustó.

—Papá quiere que lo llames dentro de un rato—dijo cuando este llegó a su lado—. Le he dicho que mi teléfono se ha roto, no quiero que vengan a buscarme… Él se encargará de todo.

Las últimas palabras se le atragantaron, y a él no le hizo falta preguntar nada para saber que la llamada había sido de todo menos amable. Si tenía que hablar con su padre, tenía que saber qué decir para respaldar a su hermana, porque él se había sentido igual años atrás, cuando necesitó salir de allí. No sabía si conseguiría el futuro que anhelaba o acabaría volviendo a casa a cumplir con los deseos de sus padres, pero al menos se había permitido pasar tres años fuera de aquel manicomio dictador.

—No ha hecho falta que le preguntara si ellos le habían dado mi dirección a Ryan. Me ha dicho que lo solucionaría. Sé que lo hará, siempre y cuando mamá se quede al margen de todo esto.

Dean asintió. No necesitaba más información que esa, al menos por aquel momento. Se giró hacia sus compañeros, tomó a su hermana de la mano y fue hasta ellos.

—Bueno, chicos, esta es ratoncito, mi hermana. —Ella le golpeó el costado y él agradeció que después de lo que había pasado pudiera seguir sacándole una sonrisa—. Entiendo que con ese mote pensarais que era una niña, aunque para mis ojos sigue siéndolo, por lo que para vosotros también. Espero que os comportéis con ella y la respetéis, porque si no, os prometo que os cortaré los huevos y haré que os lo

traguéis.

Cody se levantó del sofá, fue el primero en acercarse a Jackie, y se presentó, siendo demasiado efusivo, ya que la cogió de la cintura y la levantó del suelo con sus potentes brazos para hacerla girar dentro de aquel salón en el que poco a poco la tensión se había ido disipando. Dean lo reprendió, pidiéndole que la soltara. Cuando este lo hizo le plantó un beso sonoro en la mejilla.

—Hola, hermanita. —Le guiñó un ojo provocador—. Yo cuidaré también de ti.

—Cody… —Volvió a llamarle la atención Dean.

Este levantó las manos en señal de rendición y se separó refunfuñando algo así como que era demasiado protector y que lo único que pretendía era quitarle algo de carga en sus responsabilidades como hermano mayor.

El siguiente en saludarla fue Harris, que fue bastante más comedido. Era el más grande de aquellos cuatro y una espesa barba cubría su rostro, si no fuera porque iba con la chaqueta del equipo, podría pasar por leñador con aquel pelo ensortijado, casi pelirrojo, y los ojos de un azul tan claro que parecía que te leían por dentro. Le dio un beso en la mejilla.

—Cody solo ladra —susurró en su oído.

Consiguió que se le escapara una risita que hizo que el chico que quedaba frente a ella, el otro compañero de apartamento de su hermano, notara que algo en su pecho golpeaba contra sus costillas. Aquella chica lo miraba como si supiera quién era y qué ocultaba frente a todo el mundo para que solo vieran lo que él quería: la estrella del equipo de fútbol, el próximo jugador que ficharía por alguno de los equipos grandes, que sería seleccionado en los *Draft* y dejaría los estudios. Le dio tanto miedo aquella reacción que estaba experimentando, que simplemente extendió su mano para saludarla.

Ella se lo quedó mirando y aceptó ese extraño saludo, que sorprendió a todo el grupo, aunque también entendían que Killiam y las chicas de primero no eran una buena combinación.

—Chicos, yo me voy —dijo el capitán metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros y avanzando hasta la puerta para salir de aquel apartamento. De repente se sentía demasiado extraño allí dentro, y ese apartamento, al ser bastante más pequeño que el de ellos, se le hacía demasiado asfixiante.

—Podíamos comer todos juntos. —Jackie se sorprendió a sí misma al decir aquella frase, sobre todo porque a quien miraba era al chico que acaba de pasar por su lado.

Cat dio un gritito acompañado de esos saltos que la caracterizaban y que hacían que pareciera la animadora de una fiesta infantil. Solo le faltaba estar rodeada de globos de colores y que sonara alguna estúpida canción de cuando Miley Cyrus aún era Hannah Montana. Los otros tres estuvieron de acuerdo con las chicas, y Killiam sintió que, si él decía que no, daría mucho que hablar, pero tenía que buscar cualquier excusa para evitar esa comida.

—Mañana entrenamos temprano, llevamos solo dos días, no podemos llegar cansados —dijo sin volverse siquiera a mirar a sus compañeros, esperando que aquello les hiciera cambiar de parecer.

—Podemos hacerlo aquí. —La voz de Jackie le llegó tan débil que incluso creyó que la había imaginado—. Quiero agradeceros que me ayudarais en la cafetería.

—Vamos, es solo una comida con las chicas, y ya estamos en los apartamentos. Quedan muchas horas para que nos vayamos a la cama. No seas aguafiestas, K.

Cody había dado los pasos necesarios para colocarse a su lado y ponerle una mano sobre el hombro, obligándole a girarse y que así aceptara la invitación. Sabía por qué Cody quería quedarse allí. La chica con exceso de azúcar, aunque él lo negara hasta la saciedad, lo tenía loco y el cerebro no le funcionaba bien cuando la tenía cerca.

—Vayamos a nuestro apartamento, pedimos unas pizzas y así podrás irte a la cama cuando te dé la gana, vejestorio.

Cat se colocó a su lado tirando de la mano de su amiga y empujando a Harris y a Dean para que avanzaran frente a ellas, sacándolos del salón y diciendo que ellas comprarían la comida, ya que ellos pondrían la casa y las bebidas.

Aquello no era buena idea, porque si Davis se enteraba, por alguna extraña razón que él había tonteado con su hermana la noche de la fiesta, sabía que la amenaza se podía convertir en una realidad, y no se podía permitir estar mal con él. Ya no solo porque fuera su compañero de piso, sino porque además era su mano derecha en el campo de fútbol, su mejor amigo en la universidad, y ya se sentía lo suficiente mal ocultándole aquello.

Aquella comida iba a ser una auténtica pesadilla.

—Cat, me voy a nuestro apartamento.

Jackie estaba contemplado el de los chicos, de doble tamaño que el de ellas. Harris se había ido justo después de que la última porción de pizza desapareciera de la mesa, sin dar ningún tipo de explicación. Su hermano se había ido a la habitación diciendo que se iba a dar una ducha, pero media hora después, cuando veía que no salía, se asomó a la puerta y lo vio dormido en la cama. Mientras, Cat estaba tonteando con Cody en uno de los sofás y Killiam, al que había intentado ignorar durante todo el rato, se había ido a la terraza exterior. Estaba sentado en una de las sillas de playa que tenían allí, con el teléfono en una mano y un cigarrillo al que le daba caladas distraídamente. El chico se había colocado unas gafas de pasta nada más que entraron en el apartamento y Jackie sintió que el corazón se le salía del pecho. Aquel chico cada vez tenía más aspectos que le atraían y que le gritaban que tenía que alejarse de él.

—Vamos, quédate un rato más —le soltó Cody, aunque se sabía que lo que él quería era que Cat no se fuera con ella.

—Ella puede quedarse, no tiene que acompañarme hasta el apartamento. Puedo ir sola, no me va a pasar nada.

Tal como dijo aquello, escuchó cómo se arrastraba la silla del exterior y se giró justo en el momento en el que Killiam se levantaba de ella, metía el cigarrillo en una lata vacía que había en el suelo y se asomaba por la puerta.

—Te acompaño.

No fue una pregunta, sonó tan categórico que le fue imposible negarse a que lo hiciera. Se puso de pie a la vez que el caminaba hasta la puerta que daba al pasillo. La esperaba sujetándola para que saliera delante y, aunque no quiso hacerlo, no pudo evitar mirar hacia abajo, a la manera tan insinuante y candente en la que sus caderas se movían. Pudo observar que tenía una forma redondeada y un culo respingón, que hizo que casi salivara, pero borró rápidamente la expresión cuando escuchó unas risitas a su espalda y, al mirar hacia el sofá, Cat y su amigo Cody lo miraban. Antes de que ninguno de los dos dijera nada salió para cerrar con fuerza la puerta a su espalda, consiguiendo que Jackie diera un respingo por el sonido.

—Perdona, pero esos dos son como críos.

—Son tal para cual, a ella solo hace tres días que la conozco y a Cody lo he conocido hoy, pero solo hay que verlos juntos para saber

que lo que sea que tienen, cualquier día les va a explotar en la cara —respondió ella porque, aunque no era de hablar mucho, cuando se ponía nerviosa, sobre todo si había un chico de por medio, hablaba de más.

—Cuando lo haga, me da a mí que nos va a salpicar a todos.

Después de aquello caminaron uno al lado del otro en un silencio incomodo, que de repente traía demasiados recuerdos de dos noches atrás y, aunque los dos querían romperlo, no sabían cómo hacerlo. Jackie no quería usar el fútbol como tema de conversación, no quería que él supiera que ella no podía compartir nada con él. Killiam, por su parte, estaba sorprendido de que no sacara el tema del fútbol como conversación, no es que a él no le gustara, era de lo que más disfrutaba, pero estaba cansado de que todo el mundo usara la conversación fácil para hablar con él.

—Ya has hecho el papel de caballero —soltó Jackie cuando estaban en el inicio de su pasillo—, ya no creo que me pase nada de aquí hasta la puerta.

—Me parece bien, pero cuando digo que voy a hacer algo, lo cumplo.

Y, sin más, siguió caminando por el pasillo sin importarle que aquella chica lo siguiera o no.

Como había dicho Cody, cuando Davis les explicó que era su hermana pequeña, ellos la cuidarían como tal, aunque antes de saberlo él quisiera perderse en el interior de sus piernas, como ella misma dijo y, aunque venía de un pueblo pequeño en el que la delincuencia era casi inexistente, algo le decía de que aquel chico que había aparecido en la cafetería sin ser invitado podía aparecer otra vez en cualquier sitio, y si eso pasara en aquel momento, cuando llegara al apartamento, y él no estaba allí porque había aceptado irse antes, no se lo perdonaría. Su madre le había enseñado educación y respeto y, aunque eso muchas veces podía usarse en su contra, le daba igual.

Ella bufó y cuando lo adelantó hasta llegar a la puerta y sacar las llaves del bolsillo trasero de sus vaqueros, abrió la puerta lo suficiente como para que él supiera que le estaba invitando a entrar. Aquello parecía que se iba a convertir en un tira y afloja de protocolo hasta el extremo.

—¿Quieres tomar algo? —dijo sorprendiéndole.

—No hace falta, ya he hecho lo que he dicho, y ahora que sé que

te dejo en tu apartamento, me voy al mío, si es que esos dos no se han atrincherado en el sofá.

—Puedes comprobarlo, tenemos buenas vistas desde aquí.

Y, sin saber por qué, aceptó entrar en aquella habitación y no se sorprendió cuando escuchó cerrarse la puerta a su espalda. Aquello era como el cuento de la caperucita y el lobo feroz y Killiam lo que menos parecía en aquellos momentos era al lobo.

7

Killiam caminó hasta el pequeño balcón del apartamento. Tal como ya sabía, el que compartía con los chicos se veía a la perfección desde allí y, aunque el poco sol que aún alumbraba aquel día se reflejara sobre los cristales de la terraza del apartamento de enfrente, podía ver que en el sofá estaba su amigo con Cat y los juegos estaban subiendo a un nivel mucho más caliente. Le daba igual aparecer por allí cuando estuvieran en pleno polvo, no era algo que no hubiera interrumpido más de una vez en los dos años que llevaban compartiendo el mismo techo, pero algo le dijo que tampoco pasaría nada si estaba un rato allí con aquella chica que se le antojaba un misterio.

Al entrar se la encontró de espalda a él, sentada en uno de los taburetes de la isla de la cocina, con los codos sobre esta y la cabeza apoyada entre sus manos. Se acercó hasta ella y se sentó en el taburete vacío que estaba a su lado. Observó cómo su pelo caía en cascada, de un castaño tan brillante que quería tocar, tapándole el rostro, pero podía ver que su expresión se había vuelto sombría a través de aquellos mechones de pelo de color chocolate. Reprimió el impulso de retirárselo y colocarlo detrás de una de sus orejas para poder mirarla con más claridad. Era guapa, pensó, aunque realmente la veía preciosa con esos rasgos de niña, la nariz respingona y unos labios que reclamaban ser besados. Ella no decía nada y a él ese tipo de silencio le ponía nervioso, así que decidió romperlo.

—Creo que voy a aceptar esa copa.

Ella dio un respingo sobre el taburete. Sin darse cuenta se había metido en sus propios pensamientos, esos que la llevaban una y otra

vez al día que le había hecho tomar la decisión de plantarle cara a sus padres, de salir de aquella burbuja en la que, aunque debería sentirse segura, solo hacía que pensara que su vida no le pertenecía. Se giró hacia el chico que tenía a su lado, que la miraba de una manera en que nadie había hecho nunca.

Varias noches atrás había tenido claro que era el chico más guapo y atractivo que había conocido jamás. Si hubiera querido, habría entrado sin problemas en su juego y lo habría disfrutado. Menos mal que no lo había hecho, porque ahora estaría metida en un gran lío. Era uno de los amigos de su hermano, y ya había dejado demasiados problemas atrás como para sumar uno más a la lista.

—No sé lo que tendremos por aquí —dijo recuperándose de sus pensamientos.

Se levantó y rodeo la isla. No quiso mirar a Killiam, pero algo le decía que él sí que la estaba observando con claridad. Sentía que estaba siendo sometida a un escaneo de pies a cabeza, seguramente deteniéndose en alguna parte de su anatomía que ya había sido alabada por algún que otro chico, pero de la que ella no se sentía especialmente orgullosa. Enterró la cabeza en el frigorífico, nuevamente se dio cuenta de que aún no habían hecho la compra, pero que había suficiente comida para esa primera semana. Se apuntó mentalmente que debía hablar con Cat para que le diera las gracias a su padre. Algo le decía que aquel militar adicto al orden era el responsable de que no murieran de inanición.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó sacando la cabeza de aquel electrodoméstico que estaba empezando a ponerle los pelos de punta por el frío que desprendía.

Al darse la vuelta, se dio cuenta de que Killiam había rodeado la isla y que se encontraba demasiado cerca de ella. No la tocaba, aún quedaba espacio suficiente entre ambos, pero sintió que estaba invadiendo demasiado su espacio personal. Intentó dar un paso hacia atrás, pero no tenía espacio, por lo que intentó que no se le notara el nerviosismo que había sentido y pasó por su lado, dejando la lata de cerveza que tenía en la mano sobre el cuarzo de la cocina. Tenía que hacer algo, aquella situación era demasiado extraña.

«¿Por qué tenía que ser tan educada?», pensó. Tenía que haberle dado las gracias cuando estuvo a tiempo, que él se hubiera ido por donde había venido y estaría tranquilamente sentada en el colchón de

su cama regodeándose de su miseria y analizando la llamada a su padre. Tenía tanto que pensar que le era imposible con aquel chico en su cocina, con su diferencia de altura, con todo lo que desprendía. Ella llegaba escasamente al metro sesenta y a él se le notaba que superaba el metro noventa, y no solo su estatura le parecía demasiado intimidante.

Killiam llevaba unos vaqueros que se le ajustaban como un guante a sus caderas, la camiseta básica de color gris se pegaba a la perfección a su pecho que, sin necesidad de verlo, sabía que tenía que estar perfectamente perfilado, con unos músculos definidos, al igual que los de su espalda, y si recorría la mirada hacia abajo en esa zona de su anatomía, podía ver el culo más perfecto que había visto en su vida y, todo eso la estaba poniendo demasiado nerviosa.

Estaba acostumbrada. Su mundo siempre había estado rodeado de lo que su madre llamaba la gente guapa. El equipo de fútbol del instituto, las animadoras, de las que ella había sido la capitana hasta la mitad de ese curso, cuando quiso romper con todo y las circunstancias la habían llevado hasta Austin, aquella vez gracias a su propia elección. Por eso mismo no se podía permitir ni siquiera mirar a aquel chico, la razón más obvia era que era el mejor amigo de su hermano, pero otra, también de peso, es que ya había incumplido demasiados puntos de su lista y el de no interactuar con los futbolistas, aunque la situación hubiera cambiado, lo modificaría. Ella misma se había engañado con una norma tan vaga y ambigua. Lo que tenía que haber puesto desde primer momento era que tenía total y absolutamente prohibido fijarse en ningún futbolista, porque lo había hecho el primer día que pisó el campus, y ahora sabía que estaba allí, en medio de esa cocina, babeando por un chico demasiado guapo como para ser real.

—¿Pasa algo?

Killiam había acortado de nuevo la distancia entre ambos. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había hecho y de que, de nuevo, estaba demasiado cerca de ella.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó sin girarse para no mirarlo a la cara.

—Tú me has invitado a pasar. —Él mismo no sabía qué hacía allí —. Me parecía descortés rechazarlo.

—Podías haberlo hecho. No me hubiera molestado. —Pero en el

fondo pensó que, si hubiera sido así, le hubiera fastidiado.

Killiam no sabía qué le estaba pasando con aquella chica. Bueno, sí entendía que lo atraía como nunca lo había hecho otra, pero siempre le había sido fácil escabullirse de la atracción que una chica bonita ejercía sobre él, y más cuando se trataba de una novata. Siempre había conseguido decirse a sí mismo que no tenía que meterse en cualquier historia que pudiera surgir con una novata y debía ser aún más fácil si a eso se le sumaba de que aquella chica estaba totalmente vedada para él. Davis era la mayor razón de peso, pero sin ni siquiera darse cuenta había colocado una mano en la cadera de Jacklyn, acortando la distancia entre ambos y dejándose embriagar por el aroma que desprendía. Una mezcla de olor a gominolas y algo que tenía claro, que solo ella era capaz de poseer. No la conocía de nada, por lo que aquello solo tenía que ser atracción sexual. Tenía que encontrar la manera de resistirse, pero al sentir el tacto de su piel, cómo ella había puesto su cuerpo en tensión cuando sus dedos rozaron el trozo de piel que quedaba al descubierto por esa blusa que llevaba, le fue imposible quitar la mano. Lo único que hizo fue dar un paso más hacia aquel cuerpo que lo atraía.

Jackie, por su parte, se había quedado totalmente rígida. No porque no le gustara que él la estuviera tocando, todo lo contrario, esa sensación había conseguido que su pulso se acelerara y que solo pensara que no pasaría nada si se giraba y se quedaba mirándolo directamente a ese rostro que, sin haberse dado cuenta, había analizado hasta el último rincón de sus facciones. Esa nariz recta y masculina, su mandíbula fuerte y marcada, aquellos ojos que achinaba con una sonrisa, que se marcaba con unas pequeñas arruguitas que hacían que las facciones duras se relajaran y hasta pareciera un buen chico, la barba bien recortada con la que anunciaba que el roce con ciertas partes de su cuerpo la excitaría aún más.

En el momento en el que se dio cuenta de que sus pensamientos estaban volando hacia donde no debía, supo que estaba totalmente perdida, sobre todo cuando ni siquiera conocía a aquel chico. Tal vez, pensó, debía dejar que su imaginación volara un poco, que se permitiera aquel pequeño desliz y que después cada uno siguiera por su lado. Tenía claro que él también sentía esa atracción, si no fuera así, no estaría trazando círculos con sus dedos por la piel desnuda de su cintura. Sin querer pararse a pensar en lo que estaba haciendo, se

giró para mirarlo directamente a la cara.

El capitán del equipo se perdió en aquella mirada de color de la miel fundida, ahora que la tenía aún más cerca, que la luz de aquella habitación iluminaba mejor su rostro, no como en aquella habitación de la casa donde había tenido lugar la fiesta. Podía ver que pequeñas motas verdes lo hacían brillar aún más, que delicadas pecas, casi imperceptibles si no estabas demasiado cerca, enmarcaban aquella pequeña nariz que le parecía tan mona y, sin siquiera darse cuenta, se había agachado para darle un beso en la punta de esta. Jackie hizo que un pequeño jadeo se escapara de su boca y él sintió que le golpeaba en el pecho, que le recorría una descarga eléctrica en todas direcciones.

—Esto no puede ser… —balbuceó Jackie.

—No, es una locura…

—Hay demasiadas razones para que demos un paso atrás, razones que debemos escuchar —contestó Jackie colocando las manos sobre su pecho, comprobando que estaba aún más fuerte y que el pulso de Killiam se estaba acelerando bajo la palma de sus manos.

—Demasiadas razones…

Y cuando estaban a punto de colisionar uno contra él otro, labios contra labios, como dos trenes sobre una misma vía que se encontraban sin opción de frenar, un golpe en la puerta de entrada del apartamento hizo que dieran un paso hacia atrás, poniendo distancia entre ellos. Miraron en dirección del sonido y justo en ese momento la puerta se abrió y apareció Cat, que se quedó mirándolos a los dos.

—¿Todavía estas aquí? —preguntó entrando y dejando su bolso sobre la isla de la cocina, junto a la lata de cerveza.

Killiam se pasó una de sus manos por el rostro para después deslizar sus dedos por el pelo y darse cuenta de que había estado a punto de cometer una locura. No podía hacer eso, no debía hacerse eso y menos a su mejor amigo, así que, aunque era una verdad a medias, respondió:

—Estabas muy entretenida con Cody en el sofá, y Jackie me invitó a tomar algo mientras terminabais lo que sea que teníais entre manos.

—Bah, entre ese cabeza de chorlito y yo no hay nada, solo nos divertimos. —Cat tomó la lata entre las manos y vio que ni siquiera se había abierto—. ¿Vas a tomártela?

Él negó con la cabeza y ella la abrió sin importarle que algunas

gotas salpicaran aquí y allá. Le dio un buen trago, casi apurando la mitad de su contenido, para después coger de nuevo su bolso y balbucear que se iba a su habitación a ducharse y a descansar un poco antes de dormir.

De nuevo ambos estaban solos en aquel espacio con una distancia mucho más prudente entre sus cuerpos. Se miraban mientras escuchaban cómo Cat se movía por su habitación. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada de lo que había estado a punto de pasar, al menos hasta que escucharon el agua de la ducha correr y sintieron cómo sus hombros se relajaban, pero no la atracción que había nacido en su interior.

—Creo que tendría que irme antes de que hagamos algo que no deberíamos. —Killiam caminó hacia la puerta para irse esperando que ella dijera algo.

Jackie lo miraba alejarse. Un millar de contradicciones bullían en su interior. Quería que lo que casi había ocurrido sucediera, que él la tomara entre sus brazos, que deslizara su boca por la de ella, que sus dedos volvieran a tocar su piel, poder clavar sus uñas sobre su espalda y que todo lo que había querido dejar atrás, aunque solo fuera por un día, volviera. Porque sentía algo que no conocía, que le sugería que no había nada de malo en jugar un poco, en dejarse llevar. Pero él tenía razón, la atracción que ambos sentía era un error, algo que no debían dejar que ocurriera, porque al menos ella acabaría por arrepentirse.

Killiam salió del apartamento y cuando cerró la puerta a su espalda, sin que ella se hubiera despedido de él, se golpeó con la palma de la mano sobre la frente. ¿Qué había estado a punto de hacer? No, aquello no podía volverse a producir. Las reglas estaban para algo y menos aquel año, que gracias a la beca que le habían otorgado tendría mucho más tiempo para el equipo y sus estudios. No se podía permitir ninguna distracción más.

Sabía que siendo la hermana de su mejor amigo sería casi imposible que no volvieran a coincidir. Haría todo lo posible por ignorarla, por desoír esa estúpida atracción de la que ahora se tenía que hacer cargo en el interior de su habitación, bajo el agua de la ducha. Podía llamar a cualquiera de las gatitas, muchas estarían dispuestas a ayudarle con su problema, pero no era un idiota, sabía que cada rincón de su cuerpo solo aceptaría a una persona para relajar aquella tensión. Así que en vez de irse a su apartamento y tener la

tentación de pasar el resto de la tarde asomado a su ventana o en la terraza, bajó al gimnasio que disponía la residencia. A nadie le parecería raro que se pasara allí las horas hasta que se relajaba lo suficiente como para volver con sus compañeros.

Jackie, por su parte, se había quedado en medio de aquel salón mirando la puerta, pensando que tenía que haberle respondido algo, pero se había quedado paralizada. Sentía que si mientras él salía ella hubiera dicho algo, se hubiera girado y ella no hubiera podido evitar lanzarse a rodear su cuello con sus brazos y saltar para enroscar sus piernas alrededor de sus caderas para salvar la diferencia de alturas y fusionar su boca con la de él, pero tenía claro que había tomado la decisión correcta, así que, al igual que su compañera, se metió en su habitación intentando borrar las imágenes de lo que había pasado, o podría haber pasado minutos antes, pero lo único que consiguió fue que la llamada a su padre apareciera clara en su mente.

Sacó el pijama de debajo de la almohada de su cama, ropa interior limpia y, una vez dentro del baño, abrió el agua caliente al máximo. Necesitaba el calor recorriéndole cada fibra de su piel para que borrara todo lo que había pasado en aquel primer día de clase. Si sus días de estancia en la universidad iba a ser como ese, ya no tenía claro si las razones por la que había decidido ir allí eran las correctas.

Ryan había aparecido poniéndolo todo patas arriba. Al momento había tenido claro quién era la culpable de que él estuviera allí, y todo se confirmó con la llamada a su progenitor.

Se sacudió todos esos pensamientos de la cabeza, igual que estaba haciendo con la ropa que estaba quitándose. La dejó caer en el suelo sin importarle que se arrugara o se mojara. Cuando se metió en el interior de aquella ducha el agua caliente hizo que se estremeciera. Estaba lo suficientemente ardiente como para que dejara marcas rojas en su piel, pero no lo necesario para que los pensamientos dejaran de atormentarla.

No había hecho falta verle la cara a su padre mientras discutían. Sabía que él era el único que la comprendía de sus dos progenitores, pero eso no significaba que disculpara a su madre por ser como era. La adoraba desde que habían empezado a salir juntos cuando solo tenían quince años. La relación de sus padres, hasta que terminaron la universidad, había sido intermitente, pero siempre habían tenido claro que su futuro era uno al lado del otro. Jackie era el ojito derecho de

su padre, pero no le gustaba estar a disgusto con su madre, por lo que, aunque supiera que ella no hacía las cosas bien en algunas ocasiones, siempre buscaba razones para justificarla.

—Cariño, tu madre quiere lo mejor para ti —le había respondido justo después de confirmarle que ella era la culpable de que Ryan estuviera allí—. Ese chico te quiere, y ella tiene claro que te conviene.

—Pero ella no es yo, papá. No puede planearme la vida, ya no. Ryan salió de ella después de… —No podía siquiera pronunciar lo que había pasado. Aquello era demasiado doloroso.

—Lo sé, ratoncito, lo sé. Lo solucionaré.

Se despidieron y quiso creer que de verdad lo solucionaría, que después de que hablara con Dean, entre ambos conseguirían que su madre se mantuviera al margen de todo aquello, al menos sabía que lo intentarían, pero él ya estaba allí. Sabía que era muy cabezota, que llevaba casi un año intentando que volvieran, pero eso no podía pasar. Ya no. Habían roto en varias ocasiones durante los tres últimos años, y siempre habían vuelto. Ellos eran la pareja perfecta a ojos de toda aquella sociedad que los rodeaban. Su madre se veía en su hija, y todo eso, junto a lo que había pasado, hacía imposible cualquier tipo de reconciliación entre ambos.

Cuando salió de la ducha con la piel enrojecida y sin haber conseguido poner en orden sus ideas, abrió el cajón del escritorio y sacó de su interior su cuaderno de dibujo y su estuche de lápices. Aquello era lo único que la relajaba, pintar, y era lo único que iba a hacer hasta que el sueño la atrapara.

Tres horas después, cuando Cat ya se había pasado un par de veces para saber cómo estaba y si necesitaba algo, consiguió quedarse dormida con el dibujo que habían trazado sus dedos sin siquiera haber sido consciente. Esos dibujos eran los que mejor le salían, los que se dibujaban solos, sin tener que pararse a pensar. Con los cinco sentidos.

8

—Vamos, Killiam. Puedes hacerlo mucho mejor.

El entrenador Lewis gritaba al chico que intentaba llevar el ritmo del resto de sus compañeros, pero aquella mañana le estaba siendo imposible.

El día anterior, en el gimnasio de la residencia, había pensado que con la rutina de siempre —media hora en la cinta de correr y varias repeticiones en las que pusiera al limite su cuerpo— podría quitarse de la cabeza todo lo que había estado a punto de hacer, pero cuando hubo terminado se sentía mucho más furioso consigo mismo, por eso había repetido en varias ocasiones todos y cada uno de los ejercicios, poniendo más kilos de los que solía usar en cada uno de ellos y exigiéndose mucho más de lo que podía soportar. Por eso esa mañana su cuerpo le dolía incluso en zonas que ni siquiera conocía.

Killiam asintió al entrenador pidiéndole disculpas por su falta de velocidad en aquellas series de *sprints* que estaban realizando en aquel momento. Sus compañeros se rieron de él los primeros minutos, diciéndole que se estaba convirtiendo en una nenaza que no era capaz de correr por miedo a romperse una uña, pero cuando los fulminó con la mirada todos se callaron y siguieron haciendo sus ejercicios.

Los de primer curso ese día entrenaron con todos los demás. El entrenador Lewis había comprobado que varios de ellos tenían potencial y que seguramente no echaría en falta las bajas que habían sufrido al perder a los alumnos de último curso que se habían graduado, por lo que no quería esperar para verlos en acción con todos los demás. Decidió que, aunque solo fuera el segundo día de

entrenamiento, quería verlos en un partido improvisado y así terminar de tomar las decisiones de qué jugadores serían los que formarían parte del primer equipo. Aún quedaban algunas semanas para el primer partido y era necesario que empezaran ganando, era la única manera de que el público que los veía quisiera hacerlo en cada uno de los partidos, tanto los que se hacían en casa como en los que harían como visitantes.

Killiam, con más dolor del que recordaba, lo dio todo. Finalmente, el entrenador lo alabó por ese esfuerzo, aun así le pidió que se quedara tras mandar a sus compañeros al vestuario. No le extrañó aquella petición. Tenía claro que el comienzo de su entrenamiento había sido un completo desastre y estaba preparado para escuchar los gritos y las quejas que se merecía.

Sus tres compañeros de apartamento le golpearon en las protecciones del pecho cuando abandonaron el campo de fútbol, infundiéndole ánimos. Todos, en algún momento, habían sufrido las broncas de aquel hombre, además de que estaban preocupados por él. Lo habían visto muy feliz cuando les había contado las buenas noticias sobre la ayuda que tendría para poder estudiar ese año, y en como su actitud había cambiado en tan solo unos minutos. Ninguno entendía qué había pasado y sabían que cuando Killiam se encerraba en sí mismo era prácticamente imposible que contara nada de su vida. Después de compartir dos años con él en la facultad sabían lo justo de su vida fuera de aquel campus.

Cody fue el último en pasar por su lado, y él que mejor lo conocía.

—Tío, no sé lo que te pasa, pero sabes que puedes contar conmigo. —Le pasó la botella de agua que llevaba en la mano y se fue detrás de sus compañeros. Sabía que tenía que dejarle espacio para obtener una respuesta.

—Lo sé, colega. Ve a la ducha, nos vemos en un rato.

Killiam fue cabizbajo hasta el borde del campo, donde estaban los banquillos y lo esperaba el entrenador mirando ese cuaderno que siempre lo acompañaba y donde anotaba las jugadas, tanto las que ya usaban, como las nuevas que iba creando según las necesidades del equipo. Lo miró y le indicó que se sentara mientras él terminaba de garabatear sobre el papel. Killiam aprovechó para quitarse las protecciones, le dio un trago a la botella de agua que le había dado su

amigo y el resto lo vertió sobre su cabeza para después secarse con una de las toallas que siempre tenía a mano.

—¿Qué te pasa, chaval? Hoy te he notado más cansado que nunca —preguntó sentándose a su lado en el banco.

—Ayer me machaqué más de la cuenta en el gimnasio. —Killiam esperaba que la preocupación del entrenador se disipara con esa simple respuesta, pero ese hombre no dejaba las cosas pasar con facilidad.

—Sabes que me alegra saber que seguís entrenando cuando ya no estáis aquí, pero no es sano que le pidáis al cuerpo más de lo que es capaz de resistir. Tenéis una tabla de ejercicio que os hago llegar tal como termina el curso para que el verano no lo paséis vagueando, y sé que eres de los que la cumple a rajatabla. ¿Cuántas de más hiciste ayer?

Ese hombre era mucho más inteligente de lo que quería demostrar a todos los demás. Cualquiera en el campus lo veía solo como el entrenador, ese que pegaba voces y que lo único que le importaba era machacarlos hasta la extenuación para así conseguir victorias. Pero era más que eso, para todos y cada uno de los que pisaban el césped como jugadores era como un padre. Se preocupaba de todo lo que pasaba dentro y fuera del campo. Siempre les decía que si la mente no estaba en calma, el cuerpo lo notaba y se revelaba y en aquel momento tenía claro que algo no andaba bien en la cabeza de la estrella de su equipo.

—Demasiadas. —Contestó Killiam cuando el silencio se estaba alargando.

Tenía claro que si no le daba respuestas más claras y directas a su entrenador, no se movería de allí. Pero ¿qué le iba a decir? ¿Que no entendía nada de lo que había pasado en el día anterior? Bueno, podía decírselo, pero no podía añadir más porque no era incumbencia de aquel hombre, por mucho que lo apreciara, el que una chica de primero a la que ni siquiera conocía y que era la hermana de uno de sus mejores amigos lo había puesto cachondo y casi comete la mayor de las locuras.

—Chico, sabes que todos sois importantes en mi equipo, hasta el estúpido de Cody. El muy cabrón, aunque parezca que no se esfuerza en los entrenos, es el mejor receptor del equipo, y lo sabe. Pero tú tienes un don que no puedes ignorar. Sé lo que han hecho desde las

oficinas este año, y lo hacen porque ven en ti no solo a un jugador de fútbol que puede alcanzar lo que le dé la gana, sino también a un gran estudiante que conseguirá graduarse con muy buenas notas. —Killiam lo miró asombrado. El entrenador Lewis estaba al tanto de las ayudas que había obtenido—. Este año sé que en los *Draft*, porque espero que te inscribas, conseguirás que muchos ojeadores te ofrezcan suculentas sumas para que te unas a sus equipos, pero de la misma forma sé que rechazarás todas y cada una de ellas, aunque eso signifique empezar más tarde en la liga profesional. Te preocupas por tu futuro, así que sigue como hasta ahora y si necesitas hablar, sabes que puedes acudir a los profesionales de tu facultad, o a mí si lo prefieres.

El entrenador no tenía ni idea de lo que le estaba pasando en aquellos momentos, pero conocía a Killiam. Sabía parte de su pasado y de todo lo que había tenido que superar en Albany. Aquello era demasiado para un chaval que tenía solo veintiún años. Había superado demasiados baches en su vida, y entendía que fuera capaz de salir adelante de cada golpe que esta le asestaba. Muchos chicos como él habían caído en picado, sin manera de salir de aquel agujero negro que los engullía, y esperaba poder ayudar a Killiam, aunque solo fuera con su charla, aunque no le acabara de contar nunca nada de lo que realmente le pasaba.

—De verdad que no es nada, entrenador. Solo una gilipollez.

El entrenador Lewis se levantó del banco asintiendo con la cabeza y esperando que, en algún momento, fuera lo que fuera lo que le pudiera pasar, acabara contándoselo a alguien y saliendo de esa espiral que notaba que cada año le pesaba más. Le dio un par de palmadas en la espalda y se alejó para entrar por el pasillo que daba a los vestuarios y a su despacho.

A no muchos metros de allí, Jackie paseaba por la zona deportiva. Esa mañana, mientras caminaba desde el aparcamiento hasta la cafetería de la facultad, unas chicas con el uniforme de animadora se habían acercado a ella dando saltitos y haciendo que sus faldas se movieran con el vaivén de sus caderas. Le entregaron un papel en el que animaban a las chicas de primer año a que realizaran las pruebas para inscribirse en el equipo. Sabía que si quería, uno de los puestos podía ser suyo. Desde séptimo grado había formado parte del equipo de animadoras de su instituto y cuando alcanzó el décimo fue

nombrada capitana. Se le daba bastante bien bailar, le apasionaba crear coreografías, pero en el último año, de nuevo, otra de las cosas que adoraba había dejado de ser importante en su vida. No sabía siquiera cómo había acabado andando en aquella dirección, con un café en aquel vaso de poliuretano en su mano.

Supo que había llegado a su destino cuando escuchó el algarabío que había allí. Muchas chicas se animaban unas a otras, pegaban chillidos de los que ella había formado parte no hacía mucho tiempo. Pudo distinguir fácilmente a las que ya formaban parte del equipo por sus uniformes. Llevaban una falda naranja muy corta, una camisa totalmente tejana de color blanco, una banda naranja bajo el cuello abierto y otra del mismo color que recorría la zona de los botones, además de los flecos blancos que bordeaban las mangas y el pecho. Se las veía a todas tan felices y contentas de estar allí que sintió que ella no pintaba nada en aquel lugar, por lo que cuando estaba a pocos metros se dio la vuelta para largarse. Cuando lo hizo, la misma chica que le había dado el panfleto no mucho antes estaba frente a ella dibujando una enorme sonrisa en la cara.

—¡Has venido! —gritó entusiasmada para después enganchar su brazo y tirar de ella hasta el grupo de animadoras que había estado observando.

Tuvo que agarrar con fuerza el vaso que llevaba si no quería que se le cayera. La cartera que llevaba cruzada en el pecho con el material que necesitaba para las clases de aquel día golpeaba sobre su espalda por tener que ir al trote y poder seguirle el ritmo a aquella chica con el pelo tan rubio que casi parecía blanco.

Cuando llegaron junto a las demás, la saludaron efusivamente y todas se quedaron mirándola sin entender qué hacía ella en medio de aquel grupo. La chica que la había llevado hasta allí se dio cuenta al momento de la situación y quiso ponerle remedio.

—Yo soy Cassie y estas son Diana, Lessie y Gina —empezó a decir nombres, pero a ella le estaba siendo imposible poder quedarse con ninguno porque seguía sin entender qué estaba pasando—. Chicas ella es…

—Jackie —consiguió decir cuando se dio cuenta de que todas la observaban.

—Eso, Jackie —soltó Cassie, como si de verdad lo supiera de antes y hubiera tenido un lapsus—. Sé que hay que hacerle las pruebas

como a las demás, pero la he visto en el campus a punto de entrar en la facultad de Artes Escénicas y algo me ha dicho que es lo que necesitamos este año.

Todas ampliaron su sonrisa, como si lo que aquella animadora estuviera diciendo fuera lo más normal del mundo. Empezaron a hablar entre ellas, explicando cómo sería la primera prueba y la incluyeron a ella como una más del grupo. Se sentía rara pero, aunque no las conocía de nada y no tuvieran nada que ver con sus antiguas compañeras, sintió que algo que había perdido podía volver a formar parte de su vida de nuevo.

—¿Has sido animadora? —preguntó la que creía recordar que se llamaba Gina.

De manera tímida asintió y espero que alguna le hiciera alguna pregunta más, pero todas, aquel grupo de diez chicas contándose a ella, la miraban esperando que contara su historial como animadora. La estaban interrogando de la misma forma que ella hacía cuando en su instituto entraba alguna chica nueva y quería formar parte del equipo.

—Fui la capitana en el instituto de mi barrio, en San Ángelo.

—Os lo dije, esta chica puede ayudarnos a que la salida de Rach del equipo no sea tan mala. Seguro que habiendo sido la capitana pueda ayudarnos con las coreografías.

Todo lo que pasó a continuación parecía que iba a cámara rápida. Entre Cassie y Gina la tomaron de un brazo cada una obligándola a que tirara el café que ni siquiera había probado a una papelera. La llevaron al interior del edificio que tenían a sus espaldas. Miró hacia atrás y se dio cuenta de que todas las chicas que habían ido a las pruebas se habían puesto en fila y llevaban el mismo panfleto que ella en la mano. Cuando ya estaban dentro la hicieron ir con ellas hasta una mesa larga que habían colocado para hacer las audiciones. Pusieron una silla para que se sentara también y Gina, que parecía que era la que mandaba en aquel grupo, indicó a las chicas que fueran pasando de una en una. Les preguntaba el nombre, de qué instituto venían y les pedía que hicieran una pequeña prueba libre de treinta segundos al ritmo de una canción que no conocía, pero resultaba muy pegadiza.

No sabía cuántas chicas habían pasado ya desde que estaba allí sentada. Seguro que más de veinte, pero ¿quién las contaba?, porque a

ella le parecía todo demasiado surrealista. Estar allí sentada, con el que era parte del primer equipo, sin saber qué pintaba con ellas.

—Pausa de cinco minutos —gritó Cassie poniéndose en pie y acercándose a la puerta para que las chicas que aún había fuera supieran que tenían que esperar.

Todas las demás se levantaron también y ella lo hizo, porque le parecía ridículo quedarse sentada, pero no se acercó al pequeño coro que habían hecho a un lado de la mesa, además de que habían bajado el volumen al que hablaban, hasta que se dio cuenta de que se giraron hasta ella y estaban todas mirándolas con una sonrisa en la cara.

—Te toca. —Gina fue la que se acercó hasta ella, la tomó de la mano y la colocó sobre la señal que había en el suelo y que las anteriores candidatas al equipo habían usado de punto de referencia.

—Yo… ni siquiera sé que hago aquí. Yo me iba cuando…

—Si de verdad querías irte, lo podrías haber hecho en cualquier momento, pero te has quedado.

Y tenía razón, porque realmente aquel mundo le gustaba. El baile, la interpretación, el dibujo… como con el que se había levantado abrazada aquella mañana y que ni siquiera recordaba haber empezado a dibujar.

Hizo un gesto con la cabeza a las chicas que empezaban de nuevo a ocupar su sitio detrás de la mesa. Cassie le dio al botón del mando que tenía junto a ella para que la canción volviera a reproducirse a través de los altavoces que había instalados en el gimnasio. Jackie había pensado durante todo el tiempo qué pasos eran los que ella haría durante aquellos treinta segundos y en cómo prácticamente todas habían errado en el mismo punto en el que la música cambiaba de ritmo. Seguramente por eso habían elegido aquella canción. Ella la conocía, pero seguía sin poder descifrar dónde la había escuchado alguna vez.

Golpeó un par de veces con el pie el suelo para marcarse el ritmo que quería llevar. Cerró los ojos y, aunque sabía que la ropa que llevaba aquel día no era la más cómoda para realizar la voltereta que tenía pensada para el cambio de ritmo, le dio igual que su falda corta, pero con bastante vuelo, hiciera que se le viera la ropa interior. En aquel lugar solo estaba ella y las otras nueve chicas. Flexionó los brazos, marcó con los puños cada golpe de nota y se agachó cada vez que lo vio oportuno hasta que estuvo segura de que el cambio llegaba

y dio un par de pasos hacia atrás, lo justo para que su impulso la dejara dar aquella voltereta sobre una pierna, marcando la vuelta con la otra y con un giro perfecto mientras sus manos seguían sobre sus caderas. Ya solo quedaban escasos tres o cuatro segundos para que aquella pieza acabara y ella se sentía llena, completamente feliz. Cuando la música dejó de sonar y acabó con los brazos extendidos y marcando con sus dedos la señal de los cuernos que identificaban a la universidad, se hizo un silencio absoluto. Abrió los ojos lentamente para mirar a las animadoras que estaban frente a ella, y cuando creía que su trabajo no había estado a la altura, todas empezaron a aplaudir con fuerza para después levantarse y rodearla.

—No tenemos que buscar más, os lo dije —gritó Cassie a su lado, abrazándola con fuerza.

—La verdad es que tienes razón. —De nuevo Gina era la que ponía orden en aquel grupo para después ponerse en frente de ella—. Siempre y cuando no sigas preguntándote qué no sabes que haces aquí.

A Jackie le fue imposible reprimir la sonrisa que se le dibujó en la cara, y sin querer pensárselo, aceptó aquel puesto que le estaban ofreciendo y del que esperaba no arrepentirse más adelante. Ya había roto prácticamente todas las reglas que se había puesto antes de llegar allí. ¿Por qué no intentar de nuevo hacer una de las cosas que más feliz la habían hecho los últimos años?

Pero aquellas animadoras no eran las únicas que vieron cómo Jackie había bailado, cómo había movido su cuerpo al son de la música. Killiam estaba allí, salía del vestuario cuando había escuchado la música y se había sentido atraído por ella. Se acercó al lateral del gimnasio y se dio cuenta de que era ella la que estaba bailando. No pudo dejar de mirarla en ningún momento. Aquella chica tenía algo, despertaba algo en él que no entendía, y que tenía claro que le iba a traer demasiados problemas. Y él era especialista en atraerlos y dejarse atrapar por ellos, porque él era el primero que acarreaba demasiados en su vida.

9

Cat seguía asombrada escuchando cómo Jackie le relataba todo lo que le había pasado aquella mañana. Se limpió la boca con la servilleta antes de hablar y poner perdida a su compañera con la ensalada de pollo que estaban comiendo y que habían preparado entre ambas.

Después de aquella extraña prueba para ser aceptada en el equipo de animadoras del equipo de fútbol, el cual estaba decidida ignorar desde un principio, y ahora se encontraba con que iba a pasar demasiadas horas con ellas, había corrido para poder asistir a las clases de aquella mañana. Había llegado veinte minutos tarde a la primera, Cassie y Gina la habían acompañado hasta el edificio donde se impartía y cuando vieron que no podían hacer nada, decidieron pasar el tiempo que quedaba hasta la próxima clase juntas. El resto de la mañana había sido normal, hasta que llegó al apartamento, donde la esperaba su compañera para ir juntas a hacer la compra y que su frigorífico no solo pareciera de exposición. A Jackie le estaba costando mucho no contarle aquello a Cat. La conocía muy poco, pero algo le decía que podía confiar en ella y que de verdad podían ser buenas amigas, y no las chicas que se hacían llamar así en su pueblo y que cuando de verdad las necesitaba nunca estaban a su lado.

—Sigo sin entenderlo, porque perdona que te diga, ahí no entra cualquiera. —Cat dio un trago al refresco de cola y colocó los codos en la mesa para después apoyar la barbilla sobre sus manos—. Sí que todos los años reparten panfletos, pero esas pruebas están más que amañadas. Si una chica de primero entra es porque viene más que

recomendada. Dime la verdad.

—Te lo estoy diciendo en serio. Me ha abordado una chica que se llama Cassie en la entrada de la facultad para darme el panfleto. Yo no pensaba ir, pero no sé en qué momento he empezado a caminar en dirección hacia donde se hacían las pruebas, y te juro que cuando he visto lo que había montado me he dado la vuelta, pero la misma chica me ha cogido del brazo y todo ha pasado tan rápido…

Cat empezó a reírse, tanto y tan fuerte que tuvo que sujetarse a la encimera de la isla para no caerse del taburete. Jackie la miraba sin entender lo que pasaba. No le gustaba que la tomaran por mentirosa, y mucho menos tener que explicar las cosas varias veces para así intentar que la creyeran de verdad, pero en aquella risa contagiosa de Cat había algo que la estaba poniendo nerviosa.

—¿Me he perdido algo y no me he enterado?

—Vale, eres nueva, así que creo que lo primero que tengo que hacer es ponerte al día de cómo funcionan las cosas aquí, y lo primero que tienes que saber es que esto no se diferencia mucho al instituto. —Se volvió a acomodar en el taburete y comió un poco ante la atenta mirada de su compañera—. Bueno, tú has sido capitana de las animadoras en tu instituto y sabrás que os volcáis en cuerpo y alma con los jugadores, y normalmente cada una de vosotras ayuda a alguno en concreto un poco más…

Cat dejó las palabras en el aire y no le hizo falta pensar mucho a qué se refería para tener claro quién podía estar detrás de aquella extraña casualidad. Dean era hombre muerto.

Jackie siguió comiendo sin pronunciarse sobre la información que había recibido. Si aquello era cierto, muy pronto lo sabría. Solo tenía que calmarse, tomar aire un par de veces y apartar las ganas de asesinar a su hermano por ahora. Cat tenía una sonrisa burlona en la cara y Jackie no pudo evitar dibujar otra y seguir cenando. Ambas estaban planeando qué era lo siguiente que iba a pasar sin tener que cruzar ninguna palabra entre ellas.

Cuando terminaron de comer, recogieron tranquilamente los platos y vasos de la encimera y lo fregaron todo. Lo colocaron en su sitio y se quedaron unos segundos de pie, una frente a la otra, hasta que Cat fue la que rompió aquel silencio.

—¿Vas a ir a patearle el culo? Porque me encantaría acompañarte.

—Debería de hacerlo ahora mismo, si lo dejo pasar hasta mañana

le dará tiempo para darse cuenta de que sé lo que ha pasado y buscará la manera de que su culpa no sea tan grande. Pondrá los ojitos de cordero degollado y al final me apiadaré de él y se irá de rositas. Voy ahora.

Cat cogió su teléfono y le dio a Jackie el suyo, ya que ambas lo tenían cargando sobre una de las mesitas del salón. Cuando llegó a su lado pasó un brazo por sus hombros, y cuando abrieron la puerta para salir, se encontraron de frente con la misma persona a la que iba a buscar.

Davis miró a su hermana y vio la ira que acumulaba en aquellos ojos color chocolate, tan parecidos a los suyos. Él era un chico alto y fuerte, su hermana había heredado la altura de la parte materna y rozaba escasamente el metro sesenta, pero con aquella mirada que le dedicaba se sintió tan pequeño e indefenso que sin darse cuenta dio un paso hacia atrás, poniendo distancia entre ambos.

—Puedo explicártelo, te lo juro.

Todavía no había podido hablar con Cassie y viendo la actitud de su hermana lo primero que pensó fue que la había cagado a base de bien. A ella le gustaba todo aquel rollo de bailar y sabía que disfrutaba viendo los partidos de fútbol desde el césped, y no como una fan más. Que llevaran dos años teniendo una comunicación escasa no significaba que no se preocupara por ella, por eso había hecho todo aquello. Cuando se había despertado la noche anterior porque tenía hambre y se había dado cuenta de que ni siquiera había cenado, hizo aquella llamada a su padre. Estaba preocupado, entendía por qué su pequeña quería alejarse de todo aquello, y aceptaba el futuro que había elegido por ella misma, al igual que el de Dean. Llegado el momento ya lidiaría con la histeria de la madre de ambos. Aunque le encantaría que siguieran sus pasos, nunca les obligaría a hacer nada con lo que no se sintieran cómodos. Theo Davis le había explicado cómo había sido la última bronca entre madre e hija varios meses atrás y cómo Jacklyn había decidido romper con todo lo que la hacía feliz. Entendía que no solo lo hacía para cabrear a su madre, aunque casi todas esas decisiones tomaran más fuerza en aquella dirección, su hija había decidido empezar de cero, pero que lo hiciera no significaba que por ello tuviera que dejar de ser feliz con lo que disfrutara. Por eso, después de que padre e hijo se despidiera, Dean ni siquiera se lo pensó, llamó a Cassie e ideó todo aquel plan para que

ella siguiera siendo animadora.

—Voy a dar un paseo. —Jackie asintió después de que su amiga le mostrara el móvil diciéndole sin palabras que la podía llamar si necesitaba algo.

Se colocó a un lado de la puerta y dejó espacio para que su hermano pasara. Este lo hizo con la cabeza cabizbaja y no protestó cuando ella le golpeó con la mano en la cabeza. Se lo tenía merecido y lo sabía.

Dean escuchó cómo la puerta se cerraba con demasiada delicadeza, y eso ya lo puso sobre aviso de que era mejor no abrir la boca hasta saber cuál era el punto de enfado de su hermana y qué había pasado. Ni siquiera sabía si había asistido a la prueba, pero Jackie era muy lista y si sumaba dos más dos el resultado siempre iba a ser el mismo. Él era el culpable y no tenía escapatoria.

Escuchó cómo su hermana trasteaba a su espalda. Pasó por su lado, ya que no se atrevía ni a moverse ni decir nada hasta que ella lo hiciera. Vale que fuera el mayor de los dos, pero aquella chica los tenía muy buen puestos y él aceptaba la derrota. La vio sentarse en el sofá y poner dos botellines de cerveza sin alcohol sobre la mesa. Ella los abrió y Dean levantó un poco la cabeza para encontrarse con la mirada directa y seria de Jackie.

—Siéntate, creo que me debes un par de explicaciones.

Había dicho un par, por lo que pensó que no tenía que preocuparse mucho, pero para salvaguardar su integridad física, en vez de sentarse junto a ella en el hueco del sofá, lo hizo en uno de los sillones que había enfrente. Ella cogió uno de los botellines y se lo tendió, pero no bebió de él. Estaba tan impaciente que aquella bazofia de bebida solo conseguiría que el estómago se le revolviera un poco más. Estaba seguro de que su hermana había elegido dársela por eso mismo.

—Cassie es tu animadora —empezó a decir Jackie. Él permanecía callado—. Tú te has encargado de organizar todo esto, de que ese encuentro fortuito con ella fuera de todo menos casual. Puedes cortarme cuando creas que me equivoco.

Dean se atrevió a mirarla de nuevo y vio que las comisuras de sus labios se elevaban un poco. Así que simplemente le devolvió aquella leve sonrisa para que entendiera que estaba dando en el clavo con todo lo que estaba diciendo.

—Sabes que no me gustan que se metan en mis asuntos y por eso mismo creo que había quedado claro en la llamada que tuvimos antes de que yo viniera aquí que cada uno iría por su lado, que mi relación con los jugadores de fútbol se había acabado en el momento en el que Ryan y yo… —A Jackie se le quebró la voz en aquel mismo momento, a Dean, por su parte, la sangre empezó a hervirle cuando lo nombró.

—Pues por eso mismo he roto nuestro acuerdo, Jackie. Ese hijo de puta ha aparecido aquí. No me dejaste darle la paliza que se merecía. No puedo permitir que siga pavoneándose por ahí cuando hizo…

—No lo digas, por favor.

Jackie se había encogido sobre sí misma. De repente toda la ira que sentía sobre su hermano se había congregado en un sentimiento que conocía demasiado bien y del que le era imposible deshacerse. Dean se levantó del sillón cuando se dio cuenta de lo que había provocado y se sentó en el sofá para pasar un brazo por la parte baja de las rodillas de su hermana, otra alrededor de su cintura y sentarla sobre sus piernas y acunarla. Le vinieron tantos recuerdos y si antes la sangre le hervía, en aquellos momentos sentía que su cuerpo estaba cubierto por llamaradas.

—Lo siento, ratoncita, perdóname. Sé que no quieres que me meta en tu vida. Lo respeto, de verdad, pero tienes que entender que esta es la única manera en la que siento que estoy cuidando de ti. No me puedes culpar por eso.

Jackie aguantaba los sollozos e intentaba que las lágrimas solo le escocieran los ojos y no surcaran sus mejillas. Dejó que su hermano la acunara, y entendió por qué lo había hecho.

—Me han hecho la prueba, la he pasado y he aceptado.

—Joder, Jackie. Eso es fabuloso. —De verdad que lo sentía así porque cuando ella dijo aquellas palabras supo que era feliz diciéndolas—. ¿Me perdonas?

—Solo si consigues que no me asignen a ningún jugador.

Dean empezó a reírse, porque él también sabía que aquello seguía funcionando igual que en el instituto. Aunque ahora fueran algo más adultos, no por ello eran también más maduros, pero cuando analizó realmente las palabras de su hermana se puso rígido y muy serio.

—Por encima de mi cadáver. Te prometí que los futbolistas no iban a ser un problema para ti y seguiré cumpliendo al menos esa promesa.

Ambos empezaron a reírse, a disfrutar de ese momento de estar

juntos como en los viejos tiempos en el que lo compartían todo sin tener que preocuparse de lo que pensaran los demás. No eran solo hermanos, eran mejores amigos, y siempre lo compartían todo.

—Y ahora dime qué te traes con Cassie.

Dean la miró y si quería que ella siguiera confiando en él, que siempre fuera sincera y que cada vez que lo necesitara pudiera contar con él sin ningún problema, tenía que devolverle la misma confianza que pedía.

—Es una compañera, porque las animadoras, como ya sabes, son parte del equipo también. —Aquello no era suficiente para Jackie y él lo sabía—. Tuvimos algo el año que entré en la universidad, pero ambos sabemos que no va a llevarnos a ningún lado.

La manera en la que lo dijo hizo que él mismo se diera cuenta de que era una verdad a medias. Jackie no insistió más y decidieron pasar el resto del día juntos, hasta que Dean recibió un mensaje de sus compañeros y se despidió de ella prometiéndole que seguiría cuidándola, aunque ella pensara que no necesitaba a nadie y se bastara para solucionar los problemas que pudieran surgir durante su estancia en Austin. El nombre de Ryan se quedó flotando en el aire cuando se despidieron en la puerta del apartamento.

10

*H*abían pasado dos semanas desde que el curso había empezado y Jackie se sentía cada vez más feliz por haber tomado la decisión de arriesgarse e ir a la universidad que quería. En aquellas dos semanas se había encontrado con bastantes personas que asistían a su antiguo instituto. Supo que hubo miradas como las que había recibido en aquel último año, pero las ignoró todas y cada una de ellas ya que apenas si tenía tiempo para pensar en ellas. Las clases estaban siendo intensas y aun así las estaba disfrutando todas ya que las tardes las pasaba entrenando con el grupo de animadoras y estudiando en casa con Cat o en el grupo de estudio al que se había apuntado el primer día de clase.

Aquel día estaba junto a Fred, un chico pelirrojo y con unos enormes ojos expresivos de color verde. Wendy, su compañera de asiento en prácticamente todas las clases, una chica que venía de la Costa Este y que el moreno de su piel era totalmente envidiable, y con quien había congeniado estupendamente, y James, un loco enamorado de los videojuegos al que todavía no le había cogido el punto, ya que siempre estaba quejándose de las clases, pero tenía un don para ser el primero en entender toda la materia.

—No sé cómo lo haces, la verdad. —Wendy estaba tomándose un batido verde que decía que era el mejor diurético para después de un verano de excesos—. A mí me sería imposible sacar adelante todo lo que tú estás haciendo.

—Básicamente porque yo he decidido hacer una sola licenciatura, aunque esta pueda ser combinada.—Cometó Jackie.

Jackie estaba terminando de recoger sus apuntes de la mesa, si no se daba prisa llegaría tarde al entrenamiento y no se lo perdonaría, sobre todo cuando aquel fin de semana era el primer partido de la temporada. Se jugaba en casa y era contra los Baylor Bears. Todo el que tuviera un mínimo de idea sobre el fútbol universitario entendía que la poca distancia entre ambas universidades los hacía rivales directos y necesitaban empezar la temporada con una victoria.

Jackie se despidió de sus compañeros prometiéndoles que intentaría adelantar lo máximo la mañana del sábado antes del partido, ya que el profesor de *Acting* 101 era un incordio. El curso estaba compuesto por tres asignaturas en dos niveles diferentes y esa en concreto le encantaba, sobre todo porque les enseñaba a estudiar a los personajes, a saber cómo meterlos bajo tu piel. Si conseguían terminar ese primer semestre con notas excelentes tenían muchas posibilidades de que los alumnos de segundo en adelante contaran con ellos para una de las tres actuaciones que se hacían durante el curso.

Con esa idea y una sonrisa enorme salió corriendo de la biblioteca del edificio para llegar a tiempo. Miró el reloj de su teléfono y se dio cuenta de que solo tenía veinte minutos para hacer un recorrido del mismo tiempo y ni siquiera se había cambiado de ropa. Se colgó bien la bandolera donde había guardado sus apuntes y donde llevaba la ropa del gimnasio y corrió sorteando a todos los alumnos que se encontraba por el camino. Recibió más de una queja, y gritando en alto se iba disculpando de unos y otros hasta que de repente chochó con el cuerpo de alguien. Perdió el equilibrio y cayó de culo. El calambre que le recorrió toda la espalda hizo que se le saltara una lágrima, acompañada de un grito ahogado. Antes de darle tiempo a levantar la vista y mirar a la persona con la que se había golpeado, unas manos la asieron de la cintura y la pusieron de pie.

—¿Te has hecho daño? —Killiam…

La había visto salir corriendo, no pudo evitarlo, al igual que cada vez que las animadoras entrenaban y él estaba cerca. Se había pasado por allí con cualquier excusa para verla saltar y bailar. Aquella chica tenía algo que cuando la veía, aunque solo fuera de pasada, sus ojos la seguían sin ningún remedio. Sabía que se iba a chocar con él, no había que sumar dos más dos para llegar a aquella conclusión, pero creía que ella estaba pendiente de lo que tenía delante y que pararía a tiempo, antes de que sus cuerpos colisionaran, por eso no fue capaz de

frenarla y agarrarla. Sus reflejos habían fallado estrepitosamente.

Jackie se había quedado muda. Había estado evitándolo durante aquellas semanas. Su hermano le había pedido en más de una ocasión que se pasara por su apartamento a cenar con él y los chicos, pero ella las había rechazado todas y cada una con la excusa de los ensayos y estudiar. No es que fuera mentira, pero aquel chico alto, de pelo castaño y barba recortada y cuidada siempre estaba allí por donde ella iba o miraba.

Si se asomaba a la ventana de su cuarto o al balcón, él estaba allí. Cada vez que llegaba a la residencia o salía, él estaba allí. Llegó incluso a plantearse que la estaba siguiendo, pero sabía que aquello era una soberana tontería y solo producto de un pasado que seguía persiguiéndola allá donde iba.

Se sacudió la suciedad que había impregnado la parte trasera de sus vaqueros y se recolocó la bandolera a su hombro.

—Estoy bien, gracias.

Y continuó andando en la dirección que llevaba solo momentos antes, pero no podía hacerlo tan rápido. El dolor que se le había instalado en la parte baja de su espalda, aunque ella supiera que no era nada de lo que preocuparse, ya que cada vez que había hecho algún salto o torre durante todos los años que llevaba entrenando como animadora había sufrido alguna caída en la que esa misma parte salía perjudicada, era bastante intenso. Killiam la observó irse y sabía de sobra hacia donde se dirigía. Todos los chicos del equipo se sabían el horario de entreno de las animadoras, y él no iba a ser menos. Caminó a paso rápido dándose cuenta de que iba algo encorvada y, cuando se colocó a su lado, pudo ver la expresión de dolor que se reflejaba en su cara.

—Puedo llevarte. Tengo el coche ahí mismo. —Jackie miró en la dirección en la que su dedo señalaba y vio un viejo *jeep* de color gris.

—No hace falta, si hubiera querido ir en coche me habría traído el mío.

Necesitaba irse de allí y que aquel chico dejara de estar a su lado. No lo conocía de nada y aun así la ponía demasiado nerviosa. Siguió caminando y cuando creía que él se había quedado unos pasos atrás, sus pies perdieron contacto con el suelo y de repente se vio con un brazo de él rodeándole la cintura y el otro bajo sus rodillas, acomodándola sobre su pecho. Al momento el aire dejó de entrarle en

los pulmones y estaba segura de que no era a la única que le pasaba. Varios «¡oh!» se escucharon a su alrededor, pero no se veía capaz de mirar para comprobar cómo todos estaban viendo cómo el capitán del equipo de fútbol americano tomaba en brazos a una alumna nueva y caminaba con ella hasta su coche. Quería protestar, gritarle que la soltara y se alejara de ella, pero no sabía si lo que se lo impedía era la vergüenza que estaba pasando o que se encontraba realmente bien en aquella postura, sintiendo el calor del cuerpo de Killiam sobre el de ella, y el olor que desprendía, ese tan agradable que la había impactado la primera vez.

Killiam hizo malabarismos para abrir la puerta del copiloto y depositarla sobre el asiento, pero eso último fue lo que más le molestó. Si supiera que el llevarla en brazos al gimnasio no hubiera provocado una conmoción allá por donde pasaran, lo hubiera hecho. Aquella chica se amoldaba a su cuerpo de una manera perfecta. La miró de nuevo cuando cerró la puerta para ir hacia el lado contrario del coche, ella miraba fijamente hacia el frente. El color de su piel se había tornado a un tono rojizo y tenía claro que aquello no era rubor ni vergüenza.

Jackie estaba que echaba humo por las orejas, así que optó por contar hasta mil si era necesario para no estallar. Le había costado no gritarle cuando se sentó tras el volante e hizo rugir el motor. Le costó no golpearlo con fuerza cuando encendió la radio del coche e hizo como si ella no estuviera allí, pero lo que más le costó fue no quedarse mirándolo mientras conducía camino al gimnasio. Una de sus manos sobre el volante, golpeando con los dedos el cuero de este, marcando el ritmo de *It Was You*, de 12 Tones. El otro brazo se quedó apoyado sobre el hueco de la ventanilla y relajado contra el asiento. Se le veía tan cómodo después de lo que había hecho que le era imposible no mirarlo, y él sabía que lo estaba haciendo, por eso una estúpida sonrisa se le había dibujado en la cara cuando ella no le había dicho nada en todo el camino. Le hubiera gustado que explotase, que le dijera todo lo que se le estaba pasando por la cabeza. Al menos con eso hubiera tenido una excusa para entablar algún tipo de conversación con ella.

Cuando llegaron al aparcamiento que estaba frente al gimnasio, ella había mirado en varias ocasiones su teléfono móvil y cuando él casi había parado el coche, Jackie se bajó a toda velocidad, ignorando

el dolor que aún le recordaba el golpe que se había dado contra su pecho, y corrió hasta las puertas, donde el recepcionista le sonrió cuando pasó su tarjeta de acceso por el torno. No tenía tiempo que perder, por eso sin cambiarse de ropa llegó hasta donde sabía que estaban las demás.

—Llegas tarde. —Gina la reprendió.

—Ha sido culpa mía.

Se quedó parada en medio de aquel gimnasio y todas las miradas del resto de animadoras se dirigieron a la persona que había hablado a su espalda, la misma que tenía colgando sobre su hombro la bandolera que se había dejado en el interior del coche y que no se había dado cuenta de que se había olvidado.

Gina dio unos pasos hacia ellos. Jackie no se atrevía a girarse y mirarlo a la cara, estaba demasiado mosqueada con él y no quería verter sobre Killiam todo lo que había acumulado en aquellos minutos que habían tardado en llegar, y era mucha ira la que había en su interior en aquellos momentos.

—Le dije que me encargaba de traerla y he llegado un poco más tarde de lo que habíamos acordado. —A Jackie se le aceleró el pulso porque no entendía por qué estaba diciendo aquella mentira, sobre todo porque lo único que estaba consiguiendo era que el grupo de las animadoras empezaran a cuchichear.

No había que ser muy listo para imaginarse todo lo que estaba pasando por la cabeza de aquellas chicas, y ella tenía que ser rápida para desmentir cualquier tipo de cotilleo que pudiera surgir de aquel comentario, pero las palabras no le salieron de la boca.

—Vaya, vaya, Killiam. Me sorprende que te hagas cargo de una novata de primero, creía que eso no entraba en tus planes. —Gina dibujó una sonrisa que al momento se le antojó demasiado hipócrita a Jackie.

—Digamos que estoy haciendo de niñera, ya sabes quién es su hermano, y me pasó el marrón a mí.

Jackie estaba a punto de explotar, tomó aire con fuerza sabiendo que todos la miraban y que ya no había manera de decir otra cosa que desmintiera lo que Killiam estaba diciendo, por lo que optó por alejarse de ellos y caminar hacia los vestuarios, cambiarse de ropa y hacer como si todo aquello no hubiera pasado.

Killiam la observó alejarse y supo que, si había alguna manera de

meter más la pata, él lo había hecho en aquel momento. No pretendía decir aquella estupidez, pero era lo único que le salvaría el culo frente a los rumores, y sobre todo frente a su amigo Davis cuando le preguntara qué narices estaba haciendo con su hermana, así que optó por la versión más fácil para él, sin darse cuenta de que no era la mejor para ella, y ahora tenía que buscar la manera de solucionarlo.

Cuando supo que ya no podía escucharlo, se acercó a Gina y, sabiendo que aquello podía ser la peor decisión del mundo, no quiso pensarlo y no dejó que las palabras se quedaran atrancadas en su garganta, por lo que las materializó tal como se le pasaron por la mente.

—Este año sí quiero una animadora, y la quiero a ella.

No dijo nada más. Se dio la vuelta y salió con velocidad del gimnasio. Había dejado el *jeep* de cualquier manera y sabía que si se quedaba allí más tiempo acabaría diciendo alguna gilipollez más o tal vez yendo a los vestuarios para buscarla y hacer lo que llevaba queriendo hacer desde la primera vez que la había visto en aquella fiesta, pero eso solo le traería problemas, y no solo con uno de sus mejores amigos.

El entrenamiento para Jackie estaba siendo intenso, pero la estaba ayudando mucho a ignorar todo lo que había pasado desde que saliera del grupo de estudio. Al día siguiente tenían una actuación muy importante, y no podía fallar en ninguno de los movimientos, por lo que se exigieron todos y cada uno de ellos hasta que el gerente del gimnasio les dijo que en diez minutos se apagarían las luces y tenían que abandonarlo.

Se despidieron a la salida. Gina les recordó que tenían que descansar y que esa noche estaba totalmente prohibido ir a ningún tipo de fiesta. Se tomaba muy en serio su posición como animadora jefa y al igual que Jackie cursaba también el Artes Escénicas , aunque ella estaba ya en el último curso.

—Jackie, espera. Quiero hablar contigo.

—De verdad que no quería llegar tarde al entrenamiento…

—Lo sé, olvídate de eso —la cortó—. Creo que tienes muy claro cómo funciona todo esto, así que ya va siendo hora de que tengas un jugador asignado.

A Jackie se le había acelerado el pulso. Creía que su hermano se había hecho cargo de que eso no ocurriera. Le prometió que lo haría.

Cuando fue a protestar, Gina levantó una mano para que no lo hiciera y fue clara con lo que le dijo.

—No íbamos a asignarte ninguno, pero viendo que tu hermano confía en Killiam para que cuide de ti, creo que la mejor opción para todos es que tú te encargues de sus necesidades básicas, empezando con que mañana tienes que llevarle el desayuno a su apartamento.

—Pero…

—No te preocupes, te haré llegar toda la información cuando llegue a mi habitación.

Y con un golpe de melena se alejó de ella y se metió en el interior de su coche para dejarla allí. La noche había caído en el campus y el aparcamiento estaba alumbrado por las luces amarillas de las farolas. Se colocó mejor la bandolera en su hombro y en aquel momento estaba cabreada con ella misma por no haberse llevado el coche, pero a quien más odiaba era a Killiam, porque al tenerlo cerca le iba a ser imposible respetar sus propias reglas.

Caminó hasta su residencia sin querer pensar en nada, sin saber que a varios metros de ella, bajo una de las farolas que había fundidas, alguien la observaba.

11

El mensaje con las indicaciones no le llegó a Jackie durante el camino del gimnasio a su apartamento. Podía haber cogido un taxi, avisado a un Uber desde la aplicación de su móvil o incluso coger el transporte público. Prefirió no hacer nada de aquello y caminó hasta su apartamento.

En el interior de este había oscuridad que se rompía por el hilo de luz que se filtraba bajo la puerta de la habitación de su compañera. Pensó en llamar a la puerta, avisarla de que ya había llegado. No lo hizo, solo encendió la luz tenue de la cocina y se preparó un sándwich de pollo con aguacate, lechuga y un poco de mayonesa. No tenía mucha hambre, pero se obligó a masticar cada bocado evitando mirar al frente y comprobar si en el apartamento que se encontraba en el otro lado había algún tipo de actividad.

Cuando dejó todo recogido, se metió en su habitación, cogió su pijama y se metió en la ducha dejando que el agua templada recorriera su piel, y aun así no consiguió que esta arrastrara de su piel todo lo que había pasado en aquel día. No entendía por qué Killiam se había mostrado al principio tan cortés y después había soltado aquello. Tampoco quería pararse a pensar en que al día siguiente tenía que aparecer en su habitación con un desayuno para él. Ya había hecho algo similar en el instituto cuando se encargaba de Ryan antes y después de los partidos.

Una vez que se metió en su cama cogió el cuaderno, esperado aquel mensaje de Gina que no llegaba. Estaba tentada en escribir a su hermano, aquel que le había prometido que aquello no iba a pasar,

que ella no tenía que encargarse de ningún jugador del equipo, pero sabía que si hacía aquello seguiría rompiendo una vez más sus normas. Acudir a Dean no podía entrar en sus planes, ella era la única que podía arreglar aquello, y con aquel pensamiento, intentando saber qué pasaría a partir de la mañana siguiente, se quedó dormida.

El sueño fue intranquilo. Demasiados recuerdos acudieron aquella noche y ninguno de ellos era bienvenido.

El sonido del teléfono hizo que se despertara de aquel momento que más odiaba. Estaba sudando, su cuerpo ardía y el corazón le latía a toda velocidad. Por primera vez en aquellas dos semanas se despertó sin saber exactamente donde se encontraba y la habitación se le hizo tan ajena a ella que sintió ganas de llorar, de volver a meter todas sus pertenencias en las cajas que había plegado, y aún guardaba bajo su cama, y volver a casa. No deseaba darles la razón a sus padres, pero parecía la opción más fácil y rápida.

Cogió el teléfono de la mesilla de noche que había junto a la cama. No había dejado de emitir el sonido que avisaba que un mensaje tras otro entraba en él. Cuando miró la pantalla descubrió seis mensajes, cinco de ellos de Gina y uno de su hermano que fue el primero que abrió.

Dean: «*Lo siento, ratoncita. Prometo que arreglaré lo que ha pasado, pero hoy tienes que hacerlo… por favor*».

Respiró hondo y se sentó en la cama pensando qué responderle. ¿Quería que lo arreglara? La respuesta que se le quedaba enganchada en la punta de la lengua era un sí rotundo y contundente, pero una vocecita en su cabeza le decía cosas tan contradictorias… Pasó al resto de mensajes esperando que allí se encontrara la respuesta a lo que debía hacer. No, allí no estaba, solo las indicaciones de que a las siete de la mañana un repartidor le dejaría en su apartamento el desayuno que habían encargado para Killiam. En otro le pasaba la dirección del apartamento de él, como si ella no supiera que estaba a pocos metros. En un tercero le indicaba que debía usar el uniforme de animadora desde primera hora de la mañana, lo que significaba que debía de llevarle el desayuno vestida con los colores de la universidad.

Aquel día usarían el pantalón marrón con la cintura blanca de tipo *cowboy* que realmente eran unas perneras que solo cubrían un *short* de color naranja y el exterior de sus piernas hasta los tobillos. Sabía que con aquel pantalón en los pasos de cada movimiento sus piernas

quedarían al aire. Eso no era un problema para ella. En la parte superior un top del mismo color que el *short* que cubriría solo su pecho y una chaqueta blanca con flecos, que no llegaba siquiera a su ombligo.

En el cuarto mensaje le deseaba buenos días, ya que no lo había hecho en los tres anteriores, y en el quinto y último mensaje le deseaba suerte con el inicio de la mañana, le daba ánimos y le indicaba que sabía que lo iba a hacer bien. A ella no le quedaba duda de aquello, solo temía por los nervios que empezaban a apretarle cada vez más el estómago. Eran las seis de la mañana y tenía solo una hora para organizarse. Aunque se había duchado nada más llegar la noche anterior, decidió hacerlo de nuevo para eliminar el sudor que había empapado su cuerpo por la noche y así poder arreglarse el pelo para que aguantara el resto del día. El partido no era hasta las siete de la tarde y debía lucir perfecta en todo momento.

A las seis y media, cuando estaba en la cocina con un café en las manos e intentando no hacer ruido para que su compañera no se despertara, unos nudillos golpearon en la puerta del apartamento. Dejó la taza sobre la isla y abrió lo justo para ver quién era la persona que había detrás de esta. Un repartidor con una bolsa térmica en las manos la saludó con una sonrisa y le mostró lo que llevaba en las manos. Ella abrió un poco más para intentar tomarla, pero él la retiró justo a tiempo y le dijo que tenía que explicarle qué era cada cosa y cómo debían ser presentadas. Le pareció todo demasiado ceremonioso para tratarse de un simple desayuno para un jugador de fútbol. Entendía que era el capitán del equipo y que normalmente se le solían ofrecer atenciones más especiales, pero eso solo ocurría si su animadora quería que fuera así, para todo lo demás cada uno de los jugadores eran tratados del mismo modo.

Abrió la puerta un poco más para dejarlo entrar, ganándose una mirada de él que la recorría de arriba abajo. Sabía que aquel uniforme, siendo el más discreto de los varios que le habían entregado a los pocos días de formar parte del equipo, hacía que cada curva de su cuerpo se acentuara en cada lugar que dejaba de ser tela para convertirse solo en su piel. Se abrazó a sí misma para intentar ocultar su piel a aquel desconocido. Debía tener su edad, o un par de años más, y seguramente aquel trabajo le ayudaba a pagar los gastos de la facultad. Le apremió a que le explicara todo y se sorprendió al ver lo

completo que era aquel desayuno. Realmente era un desayuno de campeones. Zumo de naranja que el repartidor exprimió allí mismo, un termo con café, leche y azúcar al gusto del jugador que ella tenía que atender para que lo sirviera en una taza justo cuando entrara por las puertas de su apartamento. Un par de plátanos, una manzana, dos rebanadas de pan, mermelada de arándanos, mantequilla de cacahuete y los platos, vaso y cubiertos que tenía que usar para entregarle el desayuno a Killiam.

Cuando el repartidor se fue, se metió a toda prisa en su habitación para terminar de prepararse. Le quedaban escasos quince minutos para estar en su apartamento y terminar aquella tarea, despedirse de él y buscar una solución para que sus obligaciones como acompañante de un jugador del equipo acabaran en aquel momento. Se hizo una cola alta, recogiendo cada mechón de su pelo y fijándolo con gomina para que aguantara lo máximo posible y solo tuviera que retocarlo si fuera necesario antes del partido. Un lazo blanco era lo único que decoraba su melena. Se hizo un maquillaje sencillo y natural, cuando se reuniera con el resto de animadoras para organizarse para el baile de inauguración de la temporada seguramente, Gina, Cassie o cualquiera de sus compañeras le cambiarían la sombra de ojos natural por una más llamativa.

Una vez fuera de la habitación se encontró a Cat hurgando en el interior del maletín térmico donde había vuelto a guardar todo. Solo le quedaban cinco minutos y tenía claro que si llegaba tarde, todo se complicaría. Ella había sido capitana durante mucho tiempo y sabía qué cosas podía pasar si una no cumplía con sus responsabilidades. Le dio un golpe en la mano que intentaba hacerse con una de las piezas de fruta y Cat la miró con cara extrañada.

—Saca tus manos de ahí antes de que tengamos una desgracia —dijo mientras cerraba la cremallera—. Este no es tu desayuno.

—¿Y de quién es entonces?

Cat se había sentado en uno de los taburetes. Llevaba un extraño moño en lo alto de su cabeza. Sus ojos, normalmente de mirada amplia y grandes, se encontraban pequeños y arrugados, seguramente porque la luz que se filtraba desde el exterior era muy molesta para una persona que se acababa de despertar.

—Tengo que llevar el desayuno a uno de los del equipo.

En aquel momento Cat se dio cuenta del atuendo que llevaba su

compañera y quiso preguntarle mil y una cosas. Conocía aquella tradición del año pasado, y sabía que era algo que se hacía desde el instituto. Cuando fue a preguntarle quién era el responsable de que su cara reflejara fastidio, Jackie se despidió de ella y salió por la puerta de la habitación, haciendo que su cola oscilara de un lado a otro, simulando el movimiento de un péndulo.

Killiam llevaba despierto desde las seis de la mañana, aunque realmente apenas había podido pegar ojo en toda la noche. Cuando había llegado al apartamento la noche anterior, se había encontrado a Dean sentado en el sofá, y la cara que tenía ya le avisaba de que no estaba de muy buen humor. Se había sentado en el sofá junto a su amigo después de coger un par de cervezas del frigorífico y tenderle una a Dean. Todo había ocurrido tan rápido que no había sido capaz de esquivar el golpe que este le había asestado en el estómago, doblándolo en dos. Efectivamente la cara de pocos amigos venía por algo que él había hecho y tenía claro que el nombre de la hermana de Dean saldría en la bronca que vendría detrás.

—Eres un completo hijo de puta.

Harris había asomado la cabeza desde la puerta de su habitación después de escuchar el alarido del capitán. Lo había visto encogido en el sofá y a Dean de pie, frente a él, con una posición bastante agresiva. No quería meterse en lo que fuera aquello, ya que si de verdad había un problema, aquel puñetazo que se había ganado Killiam hubiera sido un golpe más doloroso, y él tenía cosas más importantes que hacer en el interior de su cuarto.

—¿A qué ha venido eso? —había balbuceado Killiam mientras intentaba ponerse derecho.

—¿De verdad me preguntas por qué? —Dean tenía los puños apretados a cada lado de su cuerpo, intentaba controlar su respiración para no abalanzarse sobre su mejor amigo—. Dirás que no tienes nada que ver en que mi hermana sea «tu» animadora.

Las dudas se le habían despejado al momento. Sabía que lo que había hecho traería consecuencias, pero no las esperaba tan pronto. Creía que Gina no iría diciendo que él era quien había solicitado las atenciones de Jackie y que no iría corriendo a contárselo a Cassie. Decir que estaba equivocado era quedarse corto, pero no había pensado en que aquello se podía poner en su contra y en que al final

tendría que enfrentarse con su amigo cuando ni siquiera había hecho nada.

—Tío, no es así realmente. —Había intentado pensar con rapidez, pero el dolor en el abdomen se lo había puesto demasiado complicado —. Deja que recupere el aire.

Dean estaba que echaba humo por las orejas y apreciaba a su amigo a partes iguales, por lo que le había permitido que se sentara más cómodo en el sofá y se había dejado caer a su lado. El silencio se había hecho entre ambos, lo único que lo rompía era el sonido de la televisión, donde Dean había estado viendo la redifusión de la última SuperBowl. Killiam había abierto la lata de cerveza que había traído y había vaciado casi la mitad de su contenido intentando hacer tiempo. No quería mentir a su amigo, pero sabía que si le decía la verdad, que su hermana lo atraía de una manera que ni siquiera él comprendía, aquel puñetazo sería solo una caricia comparada con la paliza que se llevaría, así que lo que le había dicho una mentira a medias.

—Solo me preocupo por ella, por eso lo he hecho. Así no le asignarán a cualquier idiota del equipo, y sabes que hay demasiados en él. —Dean lo había mirado con el ceño fruncido.

Sabía que tenía razón, pero él ya había hablado con Cassie y le había comentado que si llegado el momento le tenían que asignar un jugador, él sería el elegido. Cassie haría aquello por él, lo sabía, pero cuando un rato antes había recibido su llamada contándole el cambio de planes, y recalcando que ella no podía hacer nada porque había sido una petición directa, había tenido ganas de ir a buscarlo y partirle la cara, pero su amistad le decía que tenía que haber una razón de peso.

—Imagínate que me lo creo —había dicho, consiguiendo que Killiam se relajara—. Solo te voy a pedir una cosa, piensa que es tu hermana pequeña y que, si tienes cualquier pensamiento indecoroso con ello, te cortaré los huevos y haré que te los tragues, ¿entendido?

Killiam había respirado hondo e, inconscientemente, se había llevado la mano a su entrepierna, sabiendo que aquello no era una simple llamada de atención y que posiblemente su amigo cumpliría la amenaza. Si supiera que aquellos pensamientos ya habían invadido su mente desde el primer momento que la había visto semanas antes…

Le había dicho que aquello era una locura, que claro que la vería como una hermana y que, además, lo conocía demasiado bien y él

nunca se relacionaba con las chicas de primero. Sí, lo había dicho de aquella manera, porque si lo hubiera hecho como siempre, hablando de las novatas en busca de carnaza, se hubiera ganado un nuevo puñetazo. También le había prometido a su amigo que buscaría una solución, una que satisficiera a todos.

Dean se había ido a su cuarto cabreado con todo lo que había pasado y con una extraña sensación de que algo se le escapaba, pero no podía pensar así de su amigo. Además, su hermana tenía las ideas muy claras y sabía que nada podía salir de aquello.

Killiam seguía meditando aquello mientras estaba sentado en el sofá del salón. Le dolía todo el cuerpo. Se había quedado allí sentado desde que Dean se había acostado, Cody había vuelto de vete a saber dónde y las luces del apartamento de enfrente al fin se habían encendido, diciéndole que Jackie ya estaba en su interior. No sabía qué le pasaba ni por qué tenía la sensación de que tenía que cuidar de ella. Por eso aquella mañana, cuando la luz del amanecer había empezado a filtrarse en el apartamento lo primero que hizo fue mirar al exterior. La cristalera del balcón estaba cerrada y no se veía apenas nada del interior, pero sabía que ella estaba despierta. Cada sábado de partido, daba igual si era en casa o jugaban como visitantes, las animadoras eran el despertador de los jugadores, y él no había podido dejar de mirar el reloj. Los minutos le parecían horas por la lentitud con la que pasaban, hasta que llegaron las siete y cinco minutos y supo que ella no aparecería por allí. Ya lo habían hecho Cassie, Lessie y Diana cargadas con el desayuno de sus compañeros, y todos estaban en el interior de sus habitaciones. Se lo tenía merecido.

«Toc, toc, toc».

Se sobresaltó, y casi saltó del sofá para llegar hasta la puerta y abrirla de par en par. Allí estaba ella, con la respiración acelerada y con el uniforme de animadora. Sabía que aquella imagen le excitaría muchísimo, porque no solo las mujeres son las que tienen fantasías con un hombre de uniforme. Cada prenda se le ajustaba al cuerpo de una manera tan delicada y perfecta que sus manos le empezaron a picar, y tuvo que aguantarse las ganas de atraparla de la cintura y que sus cuerpos quedaran unidos el uno a otro. Ella levantó la cesta para que él pudiera ver lo que llevaba, y la dejó entrar echándose hacia un lado. Cuando lo hizo no pudo evitar inhalar el olor que desprendía. Estaba acostumbrado al de otras chicas de la universidad, con

perfumes demasiado fuertes, afrutados o infantiles. En cambio el de ella era algo diferente que lo tenía todo y no tenía nada. ¿Tal vez no usaba y ese era su propio aroma? Meneó la cabeza eliminando aquel pensamiento y la siguió al interior del apartamento.

Ella iba a empezar a sacar las cosas de la cesta, pero Killiam puso una mano justo encima en el momento en el que agarraba la cremallera.

—Aquí no. —Le quitó la cesta de las manos y se encaminó hacia su habitación.

—¿Aquí no?

—Sabes que vivo con otros tres jugadores del equipo, por lo que también les han traído el desayuno esta mañana. ¿Ves alguno aquí fuera? —Ella negó con la cabeza—. Exacto.

Killiam no dijo nada y se metió en su habitación dejando la puerta abierta y esperando que ella lo siguiera. Jackie, por su parte, estaba muy nerviosa. Él tenía razón, ninguno de los otros tres estaban allí. Agudizó el oído y pudo escuchar cómo salían risitas del resto de habitaciones, pero no por ello tenía que estar pasando algo en su interior, ¿no? Ella no se tenía por una chica cobarde, y sabía que podía manejar aquello, así que al final entró.

—La puerta se queda abierta —dijo cuándo la cruzó.

Killiam estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y sacando todas las cosas que había en el interior de la cesta. Tenía claro que aquello no la había preparado Jackie, pero había algo que sabía que no estaba allí puesto por el catering que les preparaban los desayunos a los jugadores. No se atrevió a sacarlo, pero lo desdobló con cuidado y vio los trazos de un dibujo realizado a lápiz. Cuando se dio cuenta de que Jackie se estaba acercando a su cama, lo apretó dentro de su puño y disimuladamente lo dejó caer al lado de su cama.

—Siéntate. —Ella lo miró con mala cara por aquella forma en la que parecía que le estaba exigiendo que hiciera algo. Killiam se dio cuenta y relajó el tono—, por favor.

Jackie miró por la habitación, pero allí no había ninguna silla que poder ocupar. Solo tenía dos opciones, sentarse en la cama con él o hacerlo en el suelo. La segunda le parecía la más apetecible, pero a la vez la más descortés. Killiam golpeó sobre el colchón indicándole donde podía hacerlo, y a regañadientes ocupó el espacio más alejado de él en aquella enorme cama.

Mientras él seguía acomodando las cosas encima del colchón, Jackie se permitió mirar el interior de aquella habitación. Se notaba que ya habían pasado dos años desde que la había ocupado. Sobre la cama había un banderín con el Longhorn que identificaba al equipo. Aquella habitación, aunque pertenecía a un apartamento mayor, era casi idéntica en disposición de la de ella. Incluso en la ubicación del escritorio, el cual estaba repleto de papeles y libros. Sobre él había un tablón de esos de corcho repleto de fotos, lo que parecían un par de entradas de cine y más papeles que no sabía lo que eran. El cuarto estaba mucho más limpio de lo que había imaginado. Estaba acostumbrada al desorden de su hermano y esperaba el mismo tipo de desastre en aquel lugar.

—No mires dentro del armario. —Killiam se dirigió a ella al darse cuenta de cómo observaba a su alrededor.

—¿Tienes un cadáver ahí dentro?

Jackie no sabía de dónde había salido aquel comentario, pero le dibujó una sonrisa en la cara al chico que tenía enfrente, y estaba casi segura de que ella tenía una casi idéntica en la cara.

—Ojalá fuera eso, pero creo que si lo abres, solo acabarás sepultada bajo varios kilos de ropa deportiva.

Ambos empezaron a reírse sin siquiera ser consciente de ello. Killiam esperaba que ella terminara la paliza que su hermano había estado a punto de darle y Jackie esperaba encontrarse al típico capitán que iba de sobrado y se creía el más guapo. Killiam podía hacerlo, pero le sorprendió que con un simple intercambiando de palabras no encontrara lo que solía ver en los chicos como él. Había vivido durante dieciséis años con uno bajo su mismo techo, y había salido con otro el suficiente tiempo como para acabar metiéndolos a todos en el mismo saco.

De repente, Killiam se sentían relajado, incluso compartieron el desayuno, aunque pocas palabras más. Ella no se atrevía a conocerlo más y él solo pensaba en que uno no podía pensar que una chica que tenía que ser como una hermana para él le resultara tan bonita y enigmática.

—Siento que…

Killiam le iba a pedir disculpas por lo que había pasado, le iba a explicar que él era el único culpable de que ella estuviera en aquella habitación haciendo algo que, por lo que le había dicho Dean, no

quería hacer, pero la cabeza de Cassie apareció en la puerta con la mano sobre los ojos.

—¿Apto para menores? —dijo con una mueca de burla.

—Y para el Baby TV —dijo Jackie levantándose de la cama y recogiendo los restos del desayuno que había quedado entre ambos.

—Lo siento, K, pero me llevo a tu chica. Hoy tenemos mucho trabajo y tenemos que conseguir que el espíritu de la universidad se sienta desde primera hora. —Cassie se acercó hasta la cama y tomó a Jackie de la mano haciendo que se levantara—. A la hora del almuerzo nos veremos por aquí.

Estuvo a punto de decir que no era necesario que Jackie viniera si no quería, que ella podía elegir si seguir con aquella estúpida tradición de la universidad, pero ella se giró lo justo para que él se quedara contemplando aquella naricita respingona salpicada de pecas.

—¿Quieres que te traiga algo en especial?

Jackie se dirigió a él y cuando se dio cuenta de que su mirada estaba recorriendo cada facción de su cara, no pudo evitar ruborizarse. Estaba segura de que en aquel momento sus pecas, que normalmente se mantenían en un segundo plano, se habían acentuado. A Killiam le encantó ver cómo ella se sonrojaba y se mordió el labio para no decir lo que pensaba, pero su boca le traicionó.

—Con tenerte aquí, ya estaré más que satisfecho.

Cassie la sacó de la habitación riéndose de esa manera que hacen algunas chicas cuando el comentario dice todo lo que tiene que decir. Killiam se dejó caer de espaldas sobre su colchón. Le dio igual que aún hubiera restos del desayuno sobre la cama. Se puso las manos sobre el rostro. Si días antes había tenido claro que aquella chica solo atraería problemas, en aquel momento se sentía lo suficientemente afortunado por haberla conocido como para enfrentarse a todos ellos.

12

Cuando salió de aquella habitación lo primero que vio fue la mirada seria de su hermano y cómo esta cambiaba a más relajada al fijarse en la tonta sonrisa que llevaba Jackie dibujada en la cara. En aquel desayuno compartido ni Jackie ni Killiam encontraron lo que esperaban, sino todo lo contrario. Jackie iba con unas expectativas tan negativas que estaba preparada para atacar cualquier comentario malintencionado o de chulería, sin embargo, Killiam se había comportado de una manera tan diferente a lo que esperaba encontrar que poco a poco se había ido relajando, e incluso el tiempo que había pasado con él en aquel cuarto le había parecido demasiado corto.

—¿Todo bien?

Dean la había tomado de la mano y separado de Cassie para poder hablar con algo más de intimidad. Ella asintió a su pregunta. La verdad era que estaba todo bien para Jackie en aquellos momentos.

—Sabes que puedes negarte a venir en al almuerzo. No tienes por qué hacerlo.

Y ella lo sabía. Si quería no tenía que hacer aquello, podía hablar con Gina. No tenía que contarle lo que había pasado realmente para que la eximiera de sus obligaciones, pero sí que podía decirle algo que sirviera para que ella no tuviera que seguir con aquella practica que era casi tan antigua como el propio deporte. Ella misma se sorprendió cuando la respuesta salió de su boca.

—No me importa hacerlo, la verdad. —Le dio un beso a su hermano en la mejilla y salió con las chicas del apartamento.

Como ya le había indicado Cassie, la mañana fue bastante movida.

Las diez animadoras que formaban el equipo, más los cinco chicos, que les servían de pilares en las pirámides más complejas y complicadas, la pasaron paseando por todo el campus. Que fuera sábado no significaba que el número de estudiantes hubiera disminuido demasiado. Muchos profesores daban tutorías esos días, los alumnos aprovechaban para estudiar en las distintas bibliotecas. Pero los días de partido parecía que el número de estudiantes aumentaba al doble respecto a los que asistían a clase. En todas y cada una de las calles, plazas y cafeterías se veían los colores del equipo, las banderas con los famosos cuernos que identificaban ese espíritu Longhorn que tantos años llevaba haciendo vibrar a una ciudad, no solo a la universidad, y las animadoras y animadores parecían héroes de guerra en aquellos días.

Jackie había disfrutado de previas de partidos fantásticas en San Ángelo, aunque aquello solo era un instituto de barrio y, a pesar de que eran un buen equipo, no se podían comparar a uno universitario que pertenecía a una liga superior, sobre todo cuando había muchas posibilidades de que algunos de sus jugadores acabaran en la NFL.

No podía parar de reír, saltar y animar con el resto de sus compañeras en todo momento. Alguna que otra vez tuvieron que pararle los pies a algún fan que ya había bebido más de la cuenta, y eso que aún faltaban horas para el encuentro. Los alrededores del Darrel K. Royal-Texas Memorial Stadium estaba atestado de estudiantes y personas de la ciudad que disfrutaban de todo lo que allí se había montado. El primer partido de la temporada siempre era bien recibido y una buena excusa para divertirse. Estaba demostrado que a los partidos de casa asistían un mínimo de cien mil personas. La capacidad del estadio solo era de unos mil más, y aquel partido sería un lleno absoluto.

Camiones de *food truck* ocupaban un lateral del aparcamiento, aunque aquella zona no era muy grande, ya que la mayoría de personas accedían al estadio en el transporte público y los alumnos iban andando desde sus propias residencias. Para Jackie, vivir aquello era algo que nunca había podido imaginar, ya que no entraba en sus planes formar parte de las animadoras y, aunque no le gustaba que su hermano intentara cuidarla de aquella manera tan sobreprotectora, agradecía que aquella vez hubiera metido las narices donde no le llamaban, aunque no pensaba decírselo.

Era casi la hora del almuerzo y Gina ya los había reunido a todos en el vestuario que ocuparían aquella tarde, antes de salir al campo, antes de que todo empezaran. No eran los que correrían, los que se llevarían los golpes ni los que conseguirían puntos en el marcador para hacer vibrar a un público enfebrecido, pero sí serían los que se encargarían de que los espectadores llegaran a ese punto de ebullición antes de que los verdaderos protagonistas de aquel partido saltaran al césped.

—Ha estado todo genial, chicas y chicos. —Gina empezó a dar su discurso con una nota de voz alegre—. Nos vemos aquí a las cinco y media, no olvidéis traer el uniforme de gala. Intentad descansar, olvidaros del alcohol hasta esta noche y no dejéis de disfrutar. Eso es lo que importa esta noche, si nosotros lo hacemos, lo hará todo el mundo.

Todos aplaudieron. No era el discurso más largo del mundo, ni el más bonito, pero tenía tanta razón con ese *disfrutad* que Jackie solo pudo sonreír y pensar en que hubiera sido una idiota si el día de las pruebas no hubiera andado de manera inconsciente hacia ese gimnasio. «*La mente es muy sabia, muy directa, pero a veces demasiado cruel*», pensó. El corazón le decía que cada latido que sentía bajo su pecho era un paso más hacia esa independencia que tanto anhelaba.

Diana, Cassie, Lessie y ella se despidieron de los demás y, agarradas del brazo unas a las otras, caminaron dando pequeños saltitos durante el paseo que las separaban de la residencia. Jackie sabía lo que era tener amigas que se aprovechaban de quien eras y de la facilidad con la que te daban la espalda cuando ya no podían conseguir nada que fuera beneficioso para sus intereses. Con ese pensamiento sonrió a Cassie, que era la que estaba a su lado, ya que ella ocupaba uno de los extremos del grupo y aunque también tenía claro que se podía equivocar, sentía que en aquel grupo sí que había encontrado buenas compañeras y alguna gran amiga, como lo estaba siendo Cat, su compañera de apartamento.

Cuando llegaron a la residencia, Jackie se dio cuenta de que no llevaban nada para el almuerzo y, por alguna razón, pensó que se les había olvidado o que tal vez también un catering sería el encargado de llevarlo, por lo que se lo comentó a sus tres compañeras, pero Cassie la sacó de su error.

—Veo que Gina no te dio toda la información que necesitabas.

Nosotros les llevamos el desayuno por la mañana y ellos se encargan de que, después de la jornada de la mañana en la que les preparamos el terreno para que el partido sea lo más festivo posible, nos tienen preparados un banquete en sus apartamentos.

Jackie quiso decir que aquello no era necesario. A ella le gustaba todo lo que había hecho y no por ello necesitaba ningún tipo de recompensa, pero Cassie no le dejó siquiera protestar. Volvió a enlazar el brazo con ella y se metieron en el interior de la residencia para después coger el ascensor. Las cuatro chicas iban muy animadas, hablando entre ellas, Jackie no sabía qué esperar en el interior de aquel apartamento. En el desayuno había estado cómoda, más relajada de lo que esperaba.

Mientras, Killiam había tenido una nueva charla con Dean y le había tenido que prometer que se comportaría como un hermano con ella. Aquella promesa la hizo cruzando los dedos de una mano, porque por mucho que quisiera controlar la atracción que sentía por ella, se estaba convirtiendo en un absoluto desastre. No sabía qué tenía aquella chica, pero lo poco que había compartido con ella lo hacía sentir bien. No es que no hubiera estado bien con ninguna de las otras chicas con la había estado, que no eran pocas, pero era una sensación distinta. A ella no solo le apetecía besarla, recorrer cada curva de su cuerpo con las manos y perderse en su interior. En las pocas ocasiones que habían coincidido, hasta las batallas dialécticas le habían parecido excitantes.

—¿Qué le gusta a tu hermana? —Dean había abierto mucho los ojos aquella mañana, después de que las animadoras se fueran del apartamento y Killiam le hiciera esa pregunta.

—Tú, desde luego que no —instintivamente había soltado aquello y, sin darse cuenta, le había lanzado un dardo a su amigo que ni el mismo había reconocido en aquel momento y que le había abierto una pequeña grieta en el pecho.

—Capullo, hablo para el almuerzo de hoy.

Dean se había sentido realmente como un capullo en aquel momento, pero llevaba demasiado tiempo cuidando de su hermana, y después de que Ryan se comportara como lo hizo, necesitaba de verdad cumplir todas las promesas que le había hecho. Ya la había cagado con lo de las animadoras y en no protegerla para no acabar con uno de los idiotas que solo pensaban en sexo de su equipo, pero al

menos había sido Killiam aquel idiota, y vivía bajo su mismo techo, por lo que podría controlar cada uno de sus movimientos.

—Cualquier cosa que no lleve champiñones, con mucho queso y algo de picante.

—Cualquiera diría que me estás diciendo que pida una pizza, y me parece lo más fuera de lugar… —En aquel momento había sonado el timbre de la puerta y Killiam, que estaba justo al lado, le había abierto a un repartidor de la pizzería que había en aquella misma calle—. Venga, no me jodas, Dean. Podrías currártelo un poco más, además de que va a estar helada cuando Cassie llegue.

Dean era un poco despistado para algunas cosas, y no valoraba todo lo que aquella animadora hacía por él. Killiam tenía claro que estaba colada por aquel idiota, aunque entendía a su amigo y su negativa a tener una relación. Él era igual en aquel aspecto, pero aquellas animadoras siempre estaban pendientes de ellos, y no todo tenía que estar relacionado con cosas románticas. Ellos las invitaban a comer cada día de partido por todo lo que ellas hacían antes, durante y después.

—Déjame a mí que arregle esto. —Killiam había cogido la caja que le tendía el repartidor, le había dado un billete para pagarla y la había dejado encima de la mesa del salón.

Dean la había abierto sin miramientos y había tomado una porción de su interior para comérsela de casi un bocado. Killiam tenía claro que, si él no hacía nada por su amigo, Cassie tampoco iba a tener pizza para el almuerzo, y tal vez si hacía aquello… No, había sacudido la cabeza y eliminado aquel pensamiento antes de que se asentara en su cabeza.

Miró los imanes que había pegados en la nevera de la cocina, todos eran de comida rápida. Ninguno era suficiente para las chicas, así que había buscado en la aplicación que tenía en su teléfono, hasta que había dado con uno que podía servir. Había hecho el pedido para cuatro y lo había programado para que llegara quince minutos antes de la hora en las que ellas le habían dicho que estarían allí.

Se había dejado caer en el sofá junto a su amigo y había pillado también un trozo de aquella pizza, que efectivamente rebosaba de queso.

—Me debes cincuenta pavos. —Dean había girado la cabeza con velocidad a su amigo—. Ya me lo agradecerás, pero la pasta me la

debes.

Habían holgazaneado prácticamente toda la mañana viendo un partido de fútbol y, cuando la comida llegó, ambos se encargaron de que todo estuviera bien dispuesto en sus habitaciones. Killiam notaba un pellizco en el pecho que no había sentido nunca en una situación como aquella. Sabía que eran nervios, ¿pero a qué? Lo entendió en el momento en el que el timbre de la puerta del apartamento sonó y al mirar la hora en el reloj de su teléfono supo que eran ellas.

Cody salió como una exhalación de su habitación, se había pasado toda la mañana allí metido, y solo salió cuando lo avisaron de que el repartidor con su pedido había llegado. Agarró a Lessie de la mano y la llevó al interior de su habitación. Harris, por su parte, había llegado solo cinco minutos antes que ellas. Killiam, Dean y Cody ya habían hablado de la actitud tan extraña con la que había empezado aquel curso, pero los tres estuvieron de acuerdo en esperar a preguntarle qué le pasaba, y que fuera Harris quien les contara lo que se traía entre manos últimamente.

Diana saludó a los chicos y entró en la habitación de Harris después de golpear un par de veces en la puerta. Cassie sonrió a Dean y, al acercarse a él, puso sus manos sobre sus hombros para así, poniéndose de puntillas, darle un beso en la mejilla. Él dibujo una sencilla sonrisa ladeada, ya que no dejaba de mirar a su hermana y a su mejor amigo, quienes al parecer se habían quedado congelados en el espacio uno frente al otro.

—Vayamos a comer. —Cassie entrelazó los dedos de la mano con Dean y tiró de él sin moverlo del sitio.

—Cuidado con lo que hacéis —comentó Davis mirando a su hermana y a su amigo.

Killiam se dio cuenta al momento que ese comentario iba dirigido a él y que era porque se había quedado demasiado tiempo mirando a Jackie. Seguía llevando el mismo uniforme, pero en su cola, aunque aún tirante, se habían desprendido algunos mechones de pelo que, junto al corte recto de su flequillo, enmarcaban su cara dándole un aspecto mucho más dulce e inocente porque tenía las mejillas sonrojadas y las pecas que le salpicaban la cara eran claramente visibles en aquel momento. Si los ángeles existieran, estaba casi seguro de que tendrían ese mismo aspecto. Con el toque de atención de su amigo se amonestó mentalmente por dejar que sus pensamientos

llegaran hasta ese punto.

—Lo mismo digo, hermanito.

Jackie fue quien respondió a aquel comentario, destensando el ambiente que parecía cargarse por momentos y cogiéndolos a todos desprevenidos. Esa vez fue ella quien entrelazó los dedos con un jugador de fútbol, como momentos antes había hecho Cassie, y se llevó a Killiam al interior de su habitación, sorprendiéndolos a todos.

Al entrar, se asombró con lo que Killiam había preparado. A su espalda, él volvió a sentir el mismo pellizco en el pecho al ver la reacción de ella, y esa vez se permitió sonreír y saber que había hecho algo bueno. Jackie se había llevado las manos a la boca para contener la exclamación que estaba a punto de soltar. La cama había sido retirada hacia el lado en el que estaba el armario, dejando un espacio bastante amplio en el centro de la habitación. Había colocado la colcha en el suelo, junto a varios cojines, como si fueran dos asientos, uno frente al otro, y entre ellos había dos bandejas en las que la comida estaba tapada con una de esas campanas metálicas que se ven siempre en los programas de cocina de televisión.

—Esto es…

—La manera de disculparme por haber sido un gilipollas el primer día que nos vimos. Un capullo el resto, y por habértela jugado dos veces en el día de ayer.

Jackie se dio la vuelta y casi chocó contra su pecho, ya que él había acortado casi toda la distancia entre ambos y estaba junto a ella. Killiam no pudo evitar coger uno de esos mechones de pelo suelto y tocarlo con sus dedos, sentir la suavidad de su cabello para después colocarlo con lentitud tras su oreja, permitiéndose rozarla y sentir cómo ella se estremecía tras el contacto.

—No hacía falta. Esto es demasiado… una pizza hubiera sido suficiente. —Killiam empezó a reírse con ganas—. ¿He dicho algo que te haga gracia?

—Para nada, solo que tu hermano te conoce muy bien.

Ella supo al momento a que se refería, y era cierto. Era de las chicas que no necesitaban un despliegue para sentirse bien. No necesitaba una flor el día de San Valentín ni un te quiero a todas horas. Era de las que los actos más simples, los que demostraban que de verdad la conocían y se preocupaban por ella, la hacían sentirse de verdad especial, pero no podía negar que aquel chico al que había

metido en el mismo saco que al resto de deportistas, la estaba sorprendiendo. Así que dejó que él colocara una mano en su espalda y la guiara hasta el interior de la habitación. Observó que en los ojos de él había un brillo que nunca había visto en nadie.

13

Jackie había estado en esa misma habitación aquella mañana y, sin embargo, parecía otra totalmente distinta. No solo porque los muebles hubieran sido desplazados para poder organizar ese extraño pícnic sobre el suelo, sino que había algo más, y no dejaba de mirar hacia todos lados buscando esa pieza que lo hacía todo diferente.

Killiam le pidió que se sentara en el lado que estaba pegado a la cama, de esa manera podría apoyar la espalda y sentirse más cómoda. Su madre siempre le había dicho que a las chicas hay que tratarlas de manera especial, pero sin que se sientan diferentes. No, él no era un caballero, era un chico educado, y aquella chica estaba sacando lo mejor de él. Se sentía cómodo en su presencia y quería que ella se sintiera igual. Era la hermana de su mejor amigo desde hacía algo más de dos años, y no sabía nada de ella. No entendía por qué Dean nunca le había hablado a nadie de ella de manera clara. Jacklyn no era la niña pequeña que todos creían. Era una chica que iba camino de convertirse en una mujer preciosa y algo le decía que Davis había guardado mucha información de ella porque era la manera que tenía de protegerla. Aquella chica tenía demasiadas incógnitas, y él normalmente huía de todos los problemas, demasiados había dejado atrás en Albany, pero desde el momento en el que la había visto en aquella fiesta, y sobre todo después de lo que había pasado con el tal Ryan, algo le decía que tenía que cuidar de ella, y estar cerca era la única forma de hacerlo, aunque le hubiera prometido a Davis cosas que sabía que le iba a ser casi imposible cumplir.

Jackie aceptó sentarse en los cojines y se fijó bien en las bandejas

que había entre ambos. Una sonrisa se le dibujó en la cara al comprobar que había una botella de agua para cada uno, una ensalada de pollo para compartir y lo que debía ser el almuerzo tapado con una campana. Cuando estuvieron sentados el uno frente al otro esbozó una amplia sonrisa que le dibujó un hoyuelo casi oculto bajo su barba recortada y bien cuidada. Killiam alcanzó ambas campanas y las destapó haciendo que el aroma de unos bistecs de ternera con patatas al horno llegara hasta ella, eso consiguió que su estómago rugiera y él pudiera escuchar el sonido que le provocó una carcajada.

—Veo que tienes hambre.

—No te voy a decir que no, la mañana ha sido un no parar —respondió ella deseando hincarle el diente a tan deliciosa comida.

—No te cortes y come, yo también estoy famélico y tengo que alimentarme bien para que esta tarde en el partido mi cuerpo no se coma a él mismo.

Y tal como lo dijo, Killiam empezó a cortar su filete, sabiendo que la chica que tenía frente a él no dejaba de mirarlo. Aquello solo era un almuerzo más de los que compartían los jugadores del equipo con las animadoras que le asignaban, aunque aquella vez fuera él quien la había elegido. Cuando cogió su botella para beber, y así ayudar a la comida bajar por su garganta, se fijó en que Jackie seguía con los cubiertos en las manos, pero no había probado bocado, y eso que la comida estaba deliciosa.

—¿No me digas que eres vegetariana? —Al momento se dio cuenta de que tal vez había metido la pata hasta el fondo, y pensó que tenía que haberle hecho caso a Davis.

Jackie empezó a reírse con ganas, confundiéndolo. Se pasó las manos por el pelo y quiso quitarle el plato de enfrente para que ella tuviera total acceso a la ensalada, pero esta también tenía pollo, así que se levantó del suelo.

—¿Pero a dónde vas?

—Voy a buscarte algo que si puedas comer. Joder. Ni siquiera me he preocupado por lo que preferías. Si mi madre estuviera aquí, me estaría llevando ahora un buen sermón, y con razón.

—Siéntate. Me encanta la carne, solo me río porque esta situación me parece de lo más surrealista. —Killiam la miró interrogante—. Es solo que cuando decidí que vendría a la universidad, todo esto no entraba en mis planes.

Killiam volvió a sentarse en el suelo, pero esa vez aprovechó para hacerlo a su lado. Sabía que estaban demasiado cerca, pero algo le decía que tenía que hacerlo, que fuera lo que fuera lo que ella iba a contarle, necesitaba toda su atención. Por alguna extraña razón, quería saberlo todo de ella. Jackie se sentía relajada y quería contarle más cosas, como si de repente hubiera visto en aquel chico, que se ajustaba a todo lo que había dejado atrás y de lo que quería huir, fuera exactamente lo que más necesitaba en aquel momento.

—No es que no quisiera que la gente supiera que Dean era mi hermano, pero si conseguía estar distanciada de él, mi mundo se mantendría alejado del fútbol y de todo lo que he conocido hasta ahora. Creo que lo conoces lo suficiente para saber que es muy protector con las personas que le importan, y sabía que la situación no duraría mucho, pero tampoco esperaba que en el primer fin de semana se supiera.

—Fue culpa mía. —Killiam se sentía responsable de ello, aunque no sabía exactamente por qué.

No podía dejar de mirar a la chica que estaba sentada a su lado. Jacklyn empezó a relatarle que ser animadora siempre había sido algo de lo que había disfrutado, que era parte de ella, al igual que la danza y la interpretación, pero que su familia ya tenía planes para ella, y el estar en aquella universidad haciendo algo que le gustaba solo era un mero trámite más para que cuando se acabara volviera a la vida que había dejado atrás. No entró demasiado en detalles de lo que había pasado en su anterior vida para que, aún sabiendo casi tanto como él del deporte que practicaba, quisiera alejarse de todo lo que le gustaba.

—No es que no quiera ser animadora, es solo que no quiero repetir los mismos errores.

—Hablaré con Gina para que anule el que seas la animadora que «tenga que encargarse de mí» —recalcó las últimas palabras haciendo comillas con sus dedos, sintiéndose aún más culpable por haber provocado todo aquello.

—No quiero que lo hagas. Creo que es una experiencia más de todo esto que me gusta, y ahora que te voy conociendo más, creo que me gustará vivir esta experiencia contigo. Creo que podemos ser buenos amigos.

El capitán del equipo tuvo dos sentimientos tan contradictorios que no supo si sonreír o hacer un mohín con la cara, por lo que finalmente

optó simplemente por hacer un gesto de asentimiento con la cabeza. Se sintió feliz de saber que seguiría viendo a Jackie, que compartirían momentos buenos y disfrutarían de ello, pero al momento se vio en la *frienzone* y, aunque sabía que era lo correcto, le molestó. Jackie tenía algo que lo atraía demasiado. El tenerla cerca le aceleraba el corazón. El ver cómo movía aquella boca carnosa solo le hacía tener deseos de descubrir a qué sabrían sus labios y qué pasaría si en aquel momento, en el que estaban los dos tan cerca, pasara sus dedos con suavidad por su rostro y colocara su pelo detrás de la oreja. No se dio cuenta hasta que notó el cosquilleo en sus dedos de que lo estaba haciendo.

Jackie lo contemplaba directamente, mirándolo a los ojos e identificando en el color caramelo de estos la misma necesidad que ella estaba sintiendo. El roce de los dedos de Killiam la hicieron estremecerse y, al contrario de lo que creía que pasaría cuando otro chico la tocara de aquella forma íntima después de lo ocurrido, acabó inclinando su rostro hacia la mano de este, dejándola reposar y sintiendo el tacto rasposo de las durezas provocadas por el juego. Resultaba agradable. Algo en su pecho hizo que su corazón empezara a latir con mucha velocidad. Había sentido con Ryan al principio algo parecido, pero no era ni una milésima parte de la electricidad que estaba sintiendo con aquel pequeño roce de Killiam. Ninguno de los dos supo quién fue el que se inclinó hacia delante, tal vez fue una extraña energía la que los atrapó en aquella pequeña habitación, o simplemente fueron las ganas que se habían quedado escondidas en aquella salita de la fiesta donde se vieron la primera vez, pero sin darse siquiera cuenta ambos estaban bebiendo del aliento del otro.

Sus labios estaban a escasos milímetros, sentían el calor del cuerpo del otro abrazándolos. Killiam había dado un paso más y había colocado su mano tras la nuca de ella, despejada por la cola y, cuando su dedo trazó un circulo delicado, ella supo que aunque quisiera no podía resistirse, y se lanzó a esos labios que la llamaban ansiosamente.

Una explosión de colores.

Un destello de luz.

Una supernova deshaciéndose en el espacio.

El olor de la lluvia en una tarde de verano.

Césped recién cortado.

Todas esas cosas y muchas más fueron las que reconocieron en ese primer beso.

Killiam estaba asustado. Nunca había sentido nada de esa magnitud. Había besado a más chicas que dedos en sus manos y pies juntos, pero ninguna había conseguido dejarlo sin aliento y con la sensación de que le daba igual si podía respirar de ella o no.

Jackie había besado a tres chicos en su vida, y ninguno había conseguido que el mundo a su alrededor se parara y dejara de girar. A ella lo único que le importaba era no quitar la mano del pecho de Killiam, donde la había colocado, para no dejar de sentir el latido de su corazón, tan similar al suyo.

No fueron más allá. Había sido un beso casto, de esos en los que solo los labios se sienten. Sus lenguas no entraron en juego. Ambos se separaron con la respiración acelerada. La mano de Killiam aún estaba sobre la nuca de ella. La mano de Jackie se resistía a perder el contacto. Ambos sabían que aquello había sido diferente. Especial.

Si los sentimientos se midieran por calor y ganas, aquellos eran extremadamente grandes e incontables. Seguían manteniendo el contacto, sin poder dejar de mirarse el uno al otro, evaluando lo que acaba de pasar.

Ambos sabían que aquello era algo que no se podía describir con palabras y que lo que realmente sentían era miedo por todas las consecuencias que aquel simple beso podía crearles, pero no se pararon a pensarlo. Aquel beso reclamaba otro que los llevara de nuevo a sentir todo aquello, así que se dejaron llevar. Sin importarles lo que estaba pasando, lo que pasaría y lo que significaba realmente. Solo querían sentir.

—Killiam…

Él no le dejó hablar. Ella no protestó.

Sus bocas volvieron a unirse y, si el anterior beso había sido una explosión y un reconocimiento de cosas que les gustaba, este era eso y mucho más.

Se permitieron acercarse un poco más. Jackie deslizó su mano por el pecho de Killiam, sintiendo cómo se estremecía bajo el tacto de su mano. Llevó la otra hasta su pecho también, y poco a poco las fue deslizando hasta sus hombros para poder llevarlas a la parte de atrás de su cabeza, enredar los dedos en los mechones cortos de su pelo y así profundizar en aquel beso. Killiam se dejó llevar al ver que ella le daba más. Entreabrió su boca lo suficiente como para rozar con su lengua el labio inferior de ella y ahí mismo, en la punta de su lengua,

sintió una conexión especial, sobre todo cuando ella salió a su encuentro y se tocaron. Aquel beso era distinto, y parecía que ambos llevaban tiempo esperando algo así. No dejaron que los pensamientos atravesaran las capas de aquella pasión con la que el roce de sus labios se volvió más ansioso.

Les faltaba el aire, pero ignoraron cualquier cosa que pudiera interponerse entre aquel beso y la realidad que los envolvía, porque en aquel momento solo existían ellos. Sus manos recorrieron el rostro del otro para que la memoria táctil de cada uno de ellos no olvidara en ningún momento qué era sentirse así. Tan cerca.

Poco a poco ambos empezaron a dejar delicados besos en la boca del otro. Un pequeño bocado que desembocó en una corriente eléctrica que se perdía por el bajo vientre de Jackie, hasta ese punto en que se calentaba y humedecía. Un golpe en la puerta les sobresaltó, haciendo que Killiam se levantara del suelo con el corazón a punto de salirse por su boca. Esperaba que la persona que había tras la puerta no fuera su mejor amigo.

—¿Quién es? — preguntó Killiam con un gruñido en la voz.

—Joder, chico. —La voz de Cassie se escuchó a través de la madera—, cualquiera diría que he interrumpido algo importante.

Killiam se giró a mirar a Jackie. Se encontraba mirándolo con una sonrisa tan delicada que estuvo a punto de ignorar a la persona que había interrumpido aquel acercamiento para volver a sentarse a su lado y besarla hasta que le faltara de nuevo el aliento.

—Solo quería recordarle a Jackie que se tiene que poner el uniforme de gala. Es el primer partido. —Aquello último lo dijo con tanta efusividad que ambos se la imaginaron con el brazo flexionado sobre su cadera y el otro extendido hacia el cielo.

—No te preocupes —dijo Jackie—. ¿Nos vemos en mi apartamento a las cuatro y media?

Tal vez había sido demasiado brusca, pero en aquel momento solo pensaba en lo que había pasado entre ella y Killiam, y que quería saber que significaba, porque nadie besaba de aquella manera si no sentía nada.

Cassie se despidió y ambos se quedaron mirándose. Él de pie, junto a la puerta. Ella sentada, con esa maravillosa sonrisa.

—Creo que deberíamos comer, se va a enfriar la comida.

Killiam eliminó el espacio entre ambos y se sentó de nuevo junto a

ella. No sabía qué pasaría a partir de aquel momento, y le daba miedo pensarlo. No estaba acostumbrado a no llevar el control de su vida, y desde que Jackie había aparecido tenía la impresión de que eso ocurriría siempre que la tuviera cerca.

Comieron en silencio, compartiendo miradas, sonrisas y anécdotas de su vida antes de la universidad, que no implicaran meterse de lleno en los problemas que habían sido el eje de sus vidas.

Killiam era un chico que pensaba las cosas antes de hacerlas y aquel beso se había salido de todos sus planes. Se consideraba el peor amigo del mundo por haber roto la «no promesa» de Davis. No se iba a comportar con ella como un hermano, eso era imposible cuando ella lo atraía de aquella manera tan devastadora, pero sí que tenía claro que se iba a comportar con ella. Había muchas razones para ello.

Era la hermana de su mejor amigo, alguien que confiaba en él tanto dentro como fuera del campo de fútbol. Davis era el único que sabía todas las cosas que había dejado atrás en Albany para intentar alcanzar su sueño. Ella era una chica de primero, pero no era como todas las que había conocido hasta entonces. Aunque Jackie le hubiera confiado parte de su historia, sabía que había muchas cosas que no sabía. Lo entendía, no se conocían de nada, pero aun así había confiado en él contándole otras que a cualquiera podían parecerles insignificantes, pero las escuchó todas, empapándose de ella.

Cuando ambos terminaron de comer, fue Jackie quien se levantó del suelo. Él la miró moverse de manera ágil. Aquel pequeño cuerpo con unas curvas perfectas. Aquellas pecas que desde los besos compartidos se marcaban más sobre su rostro, aquellos labios que quería volver a sentir sobre los suyos.

Jackie estaba nerviosa. Una parte de ella necesitaba salir de allí y analizar todo lo que había pasado. No porque no quisiera compartir el mismo espacio con él, todo lo contrario, solo quería volver a acortar la distancia y pedirle que la volviera a besar, que volviera a hacerla sentir libre, aunque solo fuera por unos segundos. Miró la hora de su teléfono móvil. Aún quedaban cuatro horas para el partido, pero los chicos del equipo tenían que estar allí dos horas antes para prepararse ,y ella tenía que ducharse y cambiarse el uniforme, así que aquella era la excusa perfecta para salir de allí.

—Me voy, la comida estaba deliciosa, pero se hace tarde. —Dio los pasos que la separaban de la puerta, pero justo antes de abrirla se

giró, y por un momento dejó que las palabras salieran sin filtros de su boca—. Todo ha sido fantástico. Tú eres fantástico.

Killiam abrió los ojos y cuando iba a levantarse para evitar que cruzara aquella puerta, ella fue mucho más rápida y él se quedó allí mirando cómo la puerta se cerraba y sintiendo que estaba cometiendo el mayor de los errores dejándola salir en aquel momento e intentando que las ganas de repetir ese beso se esfumaran con ella.

Cat estaba tirada en el sofá deslizando su dedo por la pantalla de su teléfono. En aquellas semanas que llevaban conviviendo, Jackie sabía que navegar por las redes sociales era una asignatura más en el día a día de su amiga. Incluso vio cómo casi sufría un ataque de ansiedad cuando una noche su móvil tenía menos de un diez por ciento de batería y no encontraba el cargador, pero en el momento en el que ella entró y Cat despegó los ojos de la pantalla para saludarla, vio que entraba con el rostro pálido y dejó el teléfono sobre la mesa para acercarse hasta ella. Era uno de aquellos momentos en los que no se sabe qué le pasa a la otra persona, pero quieres ayudarla, y Cat sabía que lo mejor era dar abrazos, por eso la envolvió entre los suyos y Jackie se dejó arropar.

No le gustaba que la vieran vulnerable. Sus amigas nunca la habían visto así, por eso siempre que se sentía de aquella manera se iba a su casa, pero aquel no era su hogar. Si lo hubiera sido, su madre simplemente la hubiera visto caminar hasta su habitación y su padre ni siquiera eso, porque estaría encerrado en su despacho o aún no habría vuelto del instituto. Cuando sintió los brazos de Cat alrededor de su cuerpo se dio cuenta de que eso era lo que le había faltado los dos últimos años. El calor y el amor de una persona que se preocupaba por ella, o que al menos lo fingiera, pero sabía que en ese momento Cat sentía de verdad que aquel abrazo la ayudaría a respirar mejor, a sentir que no todo tenía que ser blanco o negro, que hay muchos grises entre esos dos colores.

—Vamos, siéntate. Voy a prepararte una infusión. Seguramente mi padre también dejó alguna por ahí.

Jackie dejó que Cat la sentara en el sofá. Aunque todavía hacía suficiente calor, y más en aquella tarde donde el verano debería de empezar a despedirse y, aun así, parecía que estaba llegando de nuevo, agradeció que le pusiera una manta fina sobre las piernas. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que estaba

temblando.

Observó a su amiga trastear en la cocina. Ya le había quedado claro que no se llevaba bien con todo lo relacionado con los electrodomésticos que no fueran el microondas, por lo que dibujó una tímida sonrisa cuando la vio meter dentro el vaso de agua para calentarla, en vez de usar el hervidor que estaba justo al lado. No le iba a decir nada porque el que estuviera haciendo aquello le demostraba que de verdad había encontrado una amiga que no se parecía en nada a las que había dejado atrás.

—¿Azúcar? —preguntó Cat desde la cocina. Jackie asintió.

Cuando llegó a su lado se sentó junto a ella y le dejó el vaso en la mesa. Estaba muy caliente, y su madre le había enseñado que una buena infusión había que dejarla reposar al menos cinco minutos antes de tomarla para que sus hierbas hicieran el efecto deseado.

—No me has preguntado qué me pasa —susurró.

—No soy yo quien tiene que preguntarlo, eres tú quien tiene que querer contármelo. —Sonrió a Jackie y tomó una de sus manos—. Yo hoy soy la chica de las infusiones.

Consiguió arrancarle una sonrisa y a Cat aquello le pareció suficiente en aquel momento. Sabía que Jacklyn era una chica a la que le costaba contar cosas de su vida. En aquellas dos semanas que llevaban viviendo juntas había conocido poco de ella, pero algo le decía que era de las personas que más la conocían. No iba a bombardearla a preguntas, pero sí intentaría que se riera, así que volvió a coger su móvil e, ignorando que Jackie la miraba con una sonrisa de felicidad, empezó a enseñarle la página de memes en la que estaba navegando justo antes de que llegara.

Poco a poco Jackie se fue tranquilizando. No entendía por qué se había puesto de aquella manera, o tal vez sí lo sabía, pero le daba miedo pensar en ello. Dejó que Cat la entretuviera, que le contara chistes absurdos, hasta el momento en el que le llegó un mensaje de Gina con las indicaciones para el partido al que le quedaban tres horas para comenzar. Se puso de pie y se dijo que tenía que ser esa chica fuerte y decidida que había llegado dos semanas atrás. La misma que se había pasado todo el verano planeando ser mejor y que aún podía escribir unas nuevas reglas para poder seguir sintiendo que su vida, al menos durante aquellos cuatro años, le pertenecía.

14

Desde los vestuarios los chicos podían escuchar a toda la afición gritando con ganas. Era el primer partido y sabían que el estadio tendría lleno absoluto y que, según el resultado, aquella temporada sería estupenda o un completo desastre.

Solo dos semanas de entrenamiento podían parecer poco para un equipo que aspiraba a ganar el campeonato, donde muchos de sus jugadores buscaban tener oportunidades en los *Draft* que se realizarían en abril. Aún faltaba tiempo, pero desde principio de temporada muchos ojeadores empezaban a vigilar a los chicos universitarios en busca de estrellas para tener muchas más oportunidades de incluirlos en sus fichas, y el entrenador Lewis ya les había avisado de que varios de ellos estarían en aquel partido.

No estaban nerviosos, era euforia lo que corría por sus venas. La pasión de un deporte que los hacía sentir vivos, o al menos a aquellos cuatro amigos que desde el principio habían visto en los otros a un igual.

—Tío, te veo especialmente callado. —Cody se colocó junto a Killiam, que seguía con la mente dentro de su habitación—. Es un partido más, no tenemos que preocuparnos de nada.

Killiam se giró hasta él y le pasó el brazo por los hombros. Con las protecciones puestas era complicado, pero tenía que agradecer haber hecho tan buenos amigos. Seguía diciéndose a sí mismo que no se los merecía, que el destino había sido demasiado indulgente con él. El entrenador Lewis le hizo señales a los chicos para que ocuparan su sitio en el vestuario. El hombre de pelo rojizo, y cada vez más canoso,

se colocó en el centro con su carpeta de jugadas bajo el brazo y la gorra con su micrófono ya puesta. En los partidos de fútbol americano era necesario usar ese tipo de comunicación con los segundos entrenadores y el resto del equipo técnico. El ruido de fondo siempre era atronador y ya desde el vestuario se podía intuir que aquel partido superaría los decibelios de la ciudad, siendo el estadio el protagonista de aquella tarde.

—Chicos, empieza la temporada y varios de vosotros acabareis este año la universidad, ya sea porque este es vuestro último año o porque conseguiréis cumplir vuestros sueños y un gran equipo se interesará por vosotros. —El entrenador siempre empezaba de la misma manera los discursos, dirigiéndose a los de último año, así conseguía motivar mucho más a los que el año anterior no habían conseguido un puesto fijo en el equipo, y a las nuevas incorporaciones.

Se escucharon los gritos ensordecedores de aquellos jugadores a los que se estaba refiriendo. Mike Kavinski era el mejor defensa del equipo. Aquel alumno de casi dos metros de estatura, espalda ancha y brazos capaces de frenar el ataque de la mayoría de los equipos con los que se enfrentaban, golpeó el casco contra el de Killiam. Aquel chico esperaba tener más suerte que el año anterior. Lo cierto es que no se había inscrito en los *Draft* porque, al igual que el capitán, quería terminar su educación, pero esperaba tener alguna oferta que le hiciera cambiar de opinión. Habían llegado, pero no la que deseaba, y a cualquiera aquello podía desanimarle, a él, sin embargo, le sirvió para que estuviera mucho más motivado que el año anterior.

—Tanto las nuevas incorporaciones y los que estáis ocupando puestos de importancia, sabed que espero mucho de vosotros. En mi equipo no entra cualquiera, y si vosotros estáis aquí, es porque espero que brilléis.

El entrenador dio algunas indicaciones más y después de que se unieran en el centro junto a él, hombro con hombro y con las cabezas agachadas, uno de los chicos rezó una oración. Después de todo aquello, el entrenador depositó el balón en las manos de Killiam. Aquello significaba que el juego estaba a punto de empezar, y el chico consiguió quitarse todos los pensamientos que esa tarde lo estaban acompañando concentrándose en el partido. Por él y por sus compañeros, era en lo que único que debía preocuparle en aquel momento.

Tocó el césped con el pie derecho, se agachó y se santiguó antes de seguir avanzando por el pasillo que los animadores habían organizado para el equipo, no pudo evitar mirar, sin necesidad de buscarla, a Jackie. Allí estaba ella, con su uniforme a juego con el de él y una enorme sonrisa en la cara. Sus miradas conectaron unos segundos, los suficientes para reconocer aquella electricidad e intimidad que habían compartido solo unas horas antes.

El rugido del público era un chute de adrenalina que motivó al equipo a saltar y saludar a la afición que había congregada, hasta el momento en el que en la megafonía se escuchó al *speaker* invitando a todos a que mantuvieran unos momentos de silencio para anunciar a Rachel Gareb, una de las mejores alumnas de cuarto, que había sido la elegida para cantar el himno estadounidense en la pequeña plataforma que se había instalado en la yarda cincuenta, justo en el centro de la pista de césped.

Los jugadores ocuparon los bancos del lateral derecho. Se mantuvieron de pie, observando tanto a aquella chica que entonaba el *Star-Splanged Banner* y al equipo contrario. Cuando la chica terminó, acompañada por unas gradas que coreaban con ella, los aplausos les hicieron saber a los dos equipos que el encuentro estaba a punto de empezar, pero primero era el turno del equipo de animadores.

Mientras realizaban sus piruetas, saltos y demás pasos bajo el himno de la universidad, se alzaron miles de cuernos realizados con los dedos del público y todos sintieron la emoción del primer partido. Los entrenadores estaban junto a sus equipos técnicos y hablaban con los árbitros de las normas de respeto y deportividad de aquel partido.

Los Bears también habían sufrido cambios en sus filas y se veían a jugadores nuevos, que al igual que los de los Longhorn, estaban más que motivados para aquel encuentro. Estos últimos serían los encargados de empezar el juego, por lo que Killiam escuchó atentamente las indicaciones de su entrenador y asintió a cada una. Aquel partido podía ser pan comido si jugaban en equipo y con cabeza.

Por su parte, los animadores estaban eufóricos por la acogida de sus nuevas rutinas y por cómo había aplaudido el público una vez que habían abandonado el campo para quedarse en el lado del equipo que jugaba en casa, y así seguir animando a pie de campo. Jackie miró hacia el banquillo y sonrió a su hermano, que levantó los pulgares de

ambas manos como indicativo de que estaba orgulloso de ella. Él ya tenía el casco puesto y aun así supo distinguirlo entre todos aquellos cuerpos forrados de protecciones que ayudarían a que los golpes se amortiguaran, dentro de sus posibilidades. También ayudaba el que ella supiera que su hermano siempre llevaría sobre su pecho el numero sesenta y nueve.

Los árbitros se colocaron en sus posiciones en el campo. Killiam en el centro de este, justo detrás del *center*. El árbitro hizo sonar su silbato y, cuando el balón quedó oculto entre los cuerpos, un silencio de respiraciones contenidas y tensión reinó entre las más de cien mil personas que estaban presenciando el partido, hasta que al fin vieron cómo la pelota con forma ovoide, pero puntiaguda por ambos lados, salía volando. Jackie observó cómo el movimiento de Killiam era como una coreografía perfectamente ejecutada. Aquella era la magia de aquel deporte. Otras personas veían solo el contacto, pero eso era porque no veía más allá de los golpes. El fútbol americano para ella era como una danza perfecta, matemáticas en estado puro y emociones a flor de piel.

El movimiento de caderas de Killiam dejó de lado a uno de los atacantes y cargó su brazo con fuerza al comprobar que Cody había conseguido desmarcarse de la defensa de los Bears, ganando varias yardas. El entrenador les había indicado que la mejor manera de empezar aquel partido era con una gran ventaja en el marcador desde el primer segundo y solo aquel pensamiento era el que ocupaba su mente desde el momento que la piel y las cuerdas del balón habían llegado a sus manos. El lanzamiento fue perfecto. El balón silbaba con una trayectoria que cogió desprevenida a toda la defensa, al darse cuenta de que el receptor había conseguido romper sus líneas. Cody atrapó el balón sin tener que despegar los pies del suelo ni tener que pararse, ya que la carrera era una parte clave de su vida, y antes de que nadie del otro equipo fuera capaz de darse cuenta de lo que había pasado, el marcador anunciaba los primeros seis puntos con las palabras parpadeantes *touchdown*, seguidos después por un gol de campo.

La afición se volcó con aquel inicio de partido, los animadores lo dieron todo en el borde del campo y el partido desde aquel momento se convirtió en una auténtica avalancha de golpes, idas y venidas de balón, donde solo el equipo local conseguía anotar de seis en seis.

Los chicos del equipo defensivo estaban haciendo un partido increíble. Impedían que los Bears avanzaran yardas y conseguían que perdieran la posesión de la pelota una vez detrás de otra. Como el entrenador Lewis había vaticinado, si conseguían hacer daño desde la primera jugada, el partido sería mucho más fácil para los chicos de la Universidad de Austin. Habían pasado escasas dos horas desde el comienzo del partido, y ya se encontraban en la última posesión de balón del último cuarto. Solo quedaba un segundo para que el árbitro indicara el final del partido y aun iban diez yardas por delante. Era imposible que se realizara una jugada en aquel tiempo que beneficiara al equipo contrario, sobre todo cuando el marcador indicaba un 59-10 a favor de los Longhorn.

Efectivamente, eso no pasó. El segundo restante solo sirvió para que todos los jugadores esperaran en posición a que el balón se despegara del suelo y el sonido del silbato anunciara que el partido había terminado. Los chicos del equipo contrario se retiraron del césped cabizbajos y sabiendo que ese había sido un partido demasiado importante y que habían fallado estrepitosamente. Por su parte, los cuarenta y cinco chicos del equipo de Austin habían saltado eufóricos al campo. Llevándose consigo al entrenador e irrumpiendo entre los animadores que intentaban realizar el baile de despedida, aunque ni público ni jugadores estaban pendiente de ellos.

Dean Davis se colocó delante de su hermana y, con una enorme sonrisa en la cara, le colocó las manos en las caderas y la elevó en el aire, y ella explotó en carcajadas. A Jackie aquel movimiento le recordó a tres años atrás, cuando ella ya era la capitana del equipo del instituto y Dean uno de los jugadores estrella que se despedirían para ir a la universidad. Aquel partido le valió la beca que disfrutaba ahora y fue la despedida más agridulce de la historia porque después de aquella fiesta, todo empezó a cambiar para Jacklyn.

Killiam estaba siendo saludado por todos y cada uno de sus compañeros, recibiendo golpes en el pecho, en la espalda y sobre el casco que aún llevaba puesto. Ni siquiera le habían dejado espacio para poder deshacerse de él y así poder tomar aire con más comodidad, pero agradeció el llevarlo puesto, porque de esa manera sus ojos se podían deslizar por el cuerpo de la chica que tenía enfrente

sin que se diera cuenta. Pudo ver cómo sonreía y disfrutaba saltando de un lado hacia otro con la alegría de una gran victoria. Aquel partido era un buen comienzo de temporada, y estaba contento de haber sido uno de los protagonistas. No por cantidad de puntos marcados, aquel no era su cometido, él se encargaba de empujar a su equipo hasta las yardas finales de aquel extenso campo, y había conseguido que sus tres mejores amigos fueran tan protagonistas como él.

—Tío, la fiesta va a ser apoteósica.

Cody apareció a su lado y, antes de que le diera tiempo a protestar, estaba arrancándole el casco para verter el contenido de una botella de agua en su cabeza. Agradeció el frescor que le recorrió el cuerpo y que el agua arrastrara el sudor de su pelo. Cuando iba a contestarle a su amigo, este ya estaba acercándose al resto del equipo y Killiam no pudo evitar mirar en la dirección en la que se encontraba Jackie y descubrir que ella estaba mirándolo también a él. Jackie dibujó una amplia sonrisa y, sin ser consciente de lo que estaba haciendo y de lo que podía significar para el jugador que estaba frente a ella, corrió hacia Killiam y se lanzó a sus brazos.

Él dejó caer el casco al suelo cuando se dio cuenta de cuál era la intención de aquella chica que corría hacia él. Si algo conseguía Jackie cada vez que hacía algo era sorprenderlo. Justo cuando vio que se disponía a saltar, colocó sus brazos en posición y ella enredó sus piernas alrededor de las caderas del *quarterback*, consiguiendo que, al golpear el pecho de uno contra el otro, sus respiraciones se entrecortaran, pero no por el golpe, sino por lo que sin darse cuenta aquel gesto significaba para ambos. Killiam colocó un brazo alrededor de su cintura y llevó su otra mano libre hasta su cuello, enterrando su mano en el pelo que se había soltado sobre su nuca después de las más de dos horas de ejercicio y, antes siquiera de que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que estaba pasando, sus bocas se unieron en un beso tan sencillo, pero a la vez tan intenso que varias miradas se quedaron clavadas en aquella muestra de amor.

Las animadoras fueron las primeras en hacerse escuchar alrededor de aquella pareja. De todos era sabido que Killiam había sido el encargado de que ella fuera su animadora y todos esperaban que algo así pudiera pasar, pero ninguno esperaba que fuera frente a todo el mundo, justo después del partido. El capitán del equipo era siempre

muy cuidadoso con su intimidad. Esa espontaneidad no era algo con los que los tuviera acostumbrados, sobre todo a uno de los miembros de su equipo, que tras ver la escena dejó caer su casco al suelo y en un par de zancadas se colocó junto a ellos, con las manos sobre sus caderas y con cara de pocos amigos.

—¡No me jodas, K!

Aunque el ruido que envolvía el campo era atronador, tanto Jackie como Killiam distinguieron perfectamente la voz que se había elevado sobre todo lo que les rodeaba. Se miraron a los ojos, dibujando una sonrisa tímida, tanto en sus bocas como en sus ojos. Killiam aflojó su agarre, pero sin soltarla del todo, cosa que Jackie aprovechó para dejarse deslizar por su cuerpo y volver a tener los pies sobre el suelo. No quería mirar hacia el lado, donde sabía que su hermano le demostraría con solo una mirada que estaba más que cabreado con lo que estaba pasando. Ni ella misma sabía por qué había reaccionado de aquella manera, pero no se arrepentía de haber sentido de nuevo la boca de Killiam sobre la de ella.

—¡Es mi hermana, joder! ¿Qué es lo que no entendiste cuando te dije que no te acercaras a ella y la trataras como una hermana también?

Aquello sobresaltó a Jackie. Aceptaba ser la hermana pequeña de Dean Davis. Aceptaba que él siempre la había protegido frente a todos y todo. Sabía que lo seguiría haciendo después de ser la única persona de su entorno que la creyó después de que le contara lo que había pasado Ryan, pero no podía siempre protegerla cuando ella era quien quería saltar al vacío y arriesgar su corazón. Eso mismo fue lo que había sentido cuando se había lanzado a los brazos de Killiam y había visto en su mirada que, aunque él era todo aquello de lo que quería huir, no era como el resto de las personas que habían formado parte de su vida hasta entonces. Él era diferente, o al menos así lo sentía y así se lo hizo saber a su hermano, girándose hacia él después de haberle agarrado la mano a Killiam.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —gritó haciendo que se convirtieran más en el centro de atención sobre el césped del campo de fútbol—. No puedes ir diciéndole a la gente que lo que puede hacer o no…

Dean se había encendido, su cara lucía roja, sus puños estaban apretados a cada lado de su cuerpo y comprimía la mandíbula hasta casi hacer que los que le rodeaban pudieran escuchar el rechinar de

sus dientes.

—Me dijiste que no querías esto. —Señaló a su amigo, que permanecía callado a causa de todo lo que estaba pasando—. Sabes lo que pasará y después volverás a caer en ese pozo del que siempre has querido salir. Tal vez el problema no son los demás…

Aquellas palabras fueron como un puñetazo directo al estómago de Jackie. Harris y Cody estaban unos pasos atrás observándolo todo, al igual que la mayoría de los jugadores del equipo, pero ellos dos eran los que mejor sabían que la rigidez en el cuerpo de su capitán no presagiaba nada bueno. Killiam no era un chico que se caracterizara por meterse en peleas, pero si tenía que hacerlo, era implacable y ambos reaccionaron con rapidez cuando vieron cómo soltaba la mano de la chica para dar un paso al frente.

Antes de que se produjera una pelea entre ambos amigos, Cody y Harris se lanzaron sobre Killiam, simulando que no habían sido espectadores de lo que estaba pasando. Lo tomaron de los brazos y tiraron de él hasta alejarlos de la escena que se estaba produciendo entre los hermanos Davis.

No eran los únicos que se habían dado cuenta de todo lo que estaba pasando. A varios metros de allí, en las gradas, justo donde estaban los bancos donde el equipo había estado durante el partido, Ryan, el exnovio de Jackie, sonreía con una picardía extrema. Le iba a ser más fácil de lo que esperaba conseguir todo lo que había prometido para que Jackie volviera a San Ángelo y él conseguir todo aquello por lo que había luchado durante los últimos cinco años.

15

Jackie había sido arrastrada por las animadoras. Aquello fue como un salvavidas. No podía enfrentarse a su hermano, no podía hacerlo porque sabía que él acabaría arrepintiéndose de cada una de las palabras dichas y las que quedaron en el aire, pero eso no quitaba que aquel dolor que la había seguido durante tanto tiempo se hubiera instalado de nuevo en su pecho. Apretando. Haciendo que todos sus demonios, aquellos que creía que había conseguido dejar atrás, le recordaran que seguían allí y que no era tan fácil huir del pasado.

Pasaron por el vestuario solamente para secarse el sudor, arreglar su maquillaje y así poder tomar rumbo hacia la fiesta de después del partido. Gina, Cassie, Lessie y el resto de los compañeros de equipo iban cantando el himno de la universidad mientras se subían al autobús que habían alquilado para poder ir allí sin tener que coger sus propios coches. Noches como aquellas merecían el gasto extra que realizaban de los fondos que iban consiguiendo al cabo de los distintos cursos, además de que recibían ayudas por parte de la universidad.

Aquella fiesta no le apetecía nada, y menos después de lo que había pasado con Dean. No sabía por qué se había lanzado a brazos de Killiam, pero no se arrepentía de ello. Había sido uno de esos impulsos que siempre había retenido y que por una vez había dejado que tomara forma. Le había gustado ver la reacción de él porque le resultó tan natural que se sintió querida de verdad en aquel instante.

Natural. Esa era la palabra que describía todo lo que estaba viviendo desde que había llegado a la universidad. Su vida siempre había sido una planificación constante. Desde que tenía uso de razón,

todos y cada uno de los movimientos que había realizado estaban organizados por una madre que tenía que controlarlo todo: Qué ropa se ponía, qué clases escogía, cómo debía llevar el pelo y hasta con quién tenía que salir. No, ella no era la culpable de que ese pozo del que había hablado su hermano siguiera engulléndola. Sacudió la cabeza intentando con todas sus fuerzas borrar aquel pensamiento de su cabeza y, con una sonrisa en la cara, una que sentía de verdad, se subió al autobús y se sentó junto al hueco vacío que había junto a Cassie. Algo le decía que aquella chica era la única que no preguntaría ni la juzgaría en aquel momento, y así fue.

Al principio lo único que se escuchaba en el interior del autobús eran los canticos de la victoria. Se sentía la euforia y la alegría de haber ganado el primer partido de la temporada, hasta que después de poco más de diez minutos en la carretera, cada uno de los que ocupaban el interior del autobús empezó a entablar conversación con la persona que tenía a su lado.

—Tu hermano seguramente no ha querido decir eso —dijo Cassie a su lado, tomándola de la mano que tenía apretada con fuerza y se estaba clavando las uñas haciéndose un gran daño que ni siquiera estaba notando.

—Sé que no ha querido hacerlo, pero eso no quita que sus palabras no me hayan hecho daño.

Jackie no era de las que se sinceraban e iban contando su vida a desconocidos, pero había descubierto en las dos semanas que llevaba en el equipo de animadores que eran casi como una familia. Gina era aquella hermana mayor que se comportaba como una madre y estaba pendiente de todos y cada uno de ellos, a veces incluso era demasiado controladora. Lessie y Diana no eran hermanas, aunque se parecían incluso en el color de su pelo y ojos, en las líneas de su cara y en su forma de ser, podían pasar por hermanas gemelas y seguramente todo el mundo se lo creería. Por lo que le había contado Cassie en alguna ocasión, se conocieron en primer curso y se habían hecho inseparables, además de que habían decidido que no todo el mundo podía formar parte de esa relación que las había unido. Sí, como esas hermanas que tienen hasta un lenguaje secreto pero que, si tienen que dar la cara por el resto de la familia, lo harían sin ningún tipo de problema. Todo el grupo era así. Cassie, sin embargo, era distinta a todas ellas y la que más le recordaba a sí misma.

Era una chica que siempre estaba dibujando una amplia sonrisa en su cara. Su pelo de color tan negro como el carbón contrastaba perfectamente con su piel clara y aquellos ojos tan celestes como el amanecer de un día de verano. Era guapa, muy guapa.

—Las palabras que vienen de las personas a las que más queremos, son las que más duelen. —Aquellas palabras parecieron que se las dirigía más a ella que a Jackie—. Verás cómo lo solucionáis cuando encontréis un momento para hablarlo a solas.

Tenía razón, pensó Jackie mientras apoyaba su cabeza sobre el hombro de su compañera, sobre todo porque sentía que aquellas palabras también le estaban sirviendo de consuelo a la propia Cassie.

—¿Desde cuando estás enamorada de él?

Ni siquiera se dio cuenta de que las palabras habían salido de su boca hasta que Cassie se puso rígida y soltó su mano para llevarla junto a la otra a su rostro, tapárselo y de esa manera tomar aire profundamente. Intentaba tranquilizar cada salto que daba con fuerza su corazón.

—No estoy… —No podía engañarse más, así que decidió sincerarse con aquella chica que apenas conocía—. No quiero estarlo, pero simplemente ocurrió.

Jackie analizó las palabras de Cassie y pensó si ella había estado enamorada alguna vez para poder entenderla. Pensó en cómo Ryan empezó a formar parte de su vida de una manera más íntima, ya que siempre había estado ahí, pero le estaba siendo imposible. Aquello había pasado de forma gradual y si lo pensaba, en ningún momento habían hablado de que tenían una relación.

—¿Qué es estar enamorada? —preguntó, porque de verdad que sentía curiosidad por saberlo.

Cassie dibujó una amplia sonrisa, una que Jackie no había visto nunca y era de verdad, no como las que siempre iba dedicando a todos los que la rodeaban. No es que esas no lo fueran, solo que esta se le hizo más sincera y cálida.

—No sé cómo explicártelo, la verdad. Simplemente sientes que tu corazón se acelera, que los momentos se te pasan demasiado rápidos cuando esa persona está a tu lado y demasiado lentos cuando no lo está. Que tus pensamientos son casi un monotema, aunque no se pueden convertir en una obsesión, porque eso ya no sería amor y simplemente conseguirías hacerle daño a esa persona. —Jackie se

acomodó de lado en su asiento para escucharla hablar más atentamente—. Si estás enamorada, lo sabes cuándo al ver a esa persona te falta el aire… Creo que no hay manera de describirlo. Simplemente lo sabes.

—Y si creías que estabas enamorada y te das cuenta que no es así…

—Hay muchas maneras de querer, pero no a todas ellas se les llama amor. Puedes estar con alguien y creer que lo amas, pero realmente lo que sientes es respeto y cariño. Muchas veces pasa eso. Al principio yo creía que con Davis era eso lo que me pasaba. El primer año pasaba tanto tiempo con él que llegué a pensar que las ganas de conocer a alguien del que me podía enamorar en la universidad y que fuera para siempre, habían conseguido magnificar todo lo que sentía por él. Metí la pata y después me di cuenta de que él era el chico que podía ser parte de mi mundo, porque yo no creo en medias naranjas. Somos naranjas completas que necesitan a otra igual a su lado para que el vaso se vea siempre medio lleno. El segundo año supe que no tenía nada que hacer y este, pues simplemente me queda terminar de curar mi corazón y ya está.

Aquella animadora empezó a sonar demasiado triste y Jackie simplemente se dejó llevar y la envolvió entre sus brazos. Por lo que había entendido, ella se sentía culpable de lo que quiera que hubiera pasado entre ambos y conociendo a su hermano, sabía que tendría parte de razón, pero que él también tendría su parte de culpa, pero no era nadie para inmiscuirse en la relación de nadie cuando ni ella sabía qué era el amor.

Estuvieron así varios segundos, no mucho más, ya que el sonido dentro del autobús volvió a retumbar contra las paredes de metal y ahora era acompañado por el himno de la universidad, que se colaba tras las ventanas abiertas. Todos se asomaron por las ventanas laterales de la izquierda, esas que daban a la zona industrial donde se habían dirigido. Frente a ellos había una gran nave en la que la principal decoración del exterior eran las banderas con los colores del equipo y el Longhorn ocupando cada una de ellas. Aquello estaba abarrotado, y cuando las personas que estaban allí se dieron cuenta de que aquel era el autobús de los animadores, dejaron hueco suficiente para que pudieran salir.

Cassie tiró de la mano de Jackie cuando poco a poco el autobús se

quedaba vacío cada vez que uno de los compañeros lo abandonaba. Nada más pisar el suelo de piedras, Jackie se dio cuenta de que Gina estaba organizando a todo el equipo, colocándolos en aquella posición de semicírculo que habían ensayado las últimas semanas. Ella fue a paso rápido para ocupar el lugar que le correspondía junto a Diana y Hugo, un chico latino con fuertes brazos que conseguía alzarla sin apenas cansarse. También que ella fuera bastante menuda era un punto a favor para que le resultara tan fácil.

Gina hizo una señal al final del camino, por donde ellos habían entrado hasta aquel polígono de naves que se distaban en bastantes metros unas de otras, dejando espacio para que la fiesta se pudiera trasladar también al exterior y que no molestaran a nadie. Intuía que aquel era uno de los motivos por los que ese sitio era el elegido. Por el camino que señalaba su capitana distinguió el autobús que transportaba a los chicos del equipo hasta la fiesta y de repente su corazón se aceleró ante todo lo que podía haber ocurrido entre su hermano y Killiam y todo lo que podía pasar en aquellos momentos.

Su vida parecía un camino de rosas para todas las personas que la habían rodeado durante su vida en San Ángelo y, sin embargo, ella sabía que cada una de aquellas hermosas flores aún conservaban sus espinas y que cada una de ellas le desgarraba la piel de los pies abriendo heridas hasta que sentía que todo su cuerpo sangraba, y ahora estaba allí, intentando empezar de nuevo y con las palabras de su hermano reproduciéndose en su cabeza una y otra vez cuando tenía que enfrentarse a la realidad de su primer impulso como la chica nueva y feliz que creía que estaba empezando a ser.

El autobús del equipo aparcó en el hueco que había dejado el de las animadoras y la música que salía de aquel viejo edificio empezó a sonar más fuerte. Jackie se dio cuenta de que había varios altavoces estratégicamente colocados. La universidad, o quien fuera que se encargara de organizar aquellas fiestas después de los partidos, tenía que estar acostumbrada a todo aquello. Pensó qué pasaría cuando el equipo no ganaba y si aquella fiesta seguiría siendo un punto de encuentro. Diana le dio un pequeño codazo cuando se dio cuenta de que estaba perdida en sus pensamientos y es que el equipo estaba bajando de aquel viejo autobús amarillo que parecía rescatado del transporte escolar de algún instituto.

El primero en bajar fue el capitán del equipo. Killiam mostraba una amplia sonrisa, toda dientes. Jackie incluso creyó reconocer su hoyuelo. Esperó que mirara en su dirección, pero no ocurrió. Nada más que Killiam puso los dos pies en el suelo de piedras fue engullido por una multitud, mayoritariamente compuesta por chicas de la universidad que iban bastante ligeras de ropa. Una sensación extraña se le instaló en el pecho. «*¿Son celos?*», se preguntó, pero no podía sentir aquello por alguien a quien apenas conocía y con el que solo había compartido un par de besos.

El siguiente en bajar del autobús fue su hermano y, aunque fue abordado también por bastantes chicas, él sí cruzo una mirada con Jackie. Fueron milésimas de segundos, pero las suficientes para que ella pudiera leer arrepentimiento y ese cariño que tanto le tenía. Algo había tenido que pasar, lo tenía claro, pero no sabía si estaba preparada o si quería saberlo.

No le dio tiempo de perderse mucho más en sus pensamientos. El equipo siguió bajando del autobús y las voces, la música y todo lo que rodeaba al equipo de animadores se hizo más denso y ruidoso. Ella ni siquiera sabía qué tenía que hacer en aquellos momentos, pero cuando la música que sonaba a través de los altavoces cambió y la letra de *Overload* de Sugarbabes empezó a sonar con fuerza, no hizo falta que nadie le indicara cuál era su posición ni qué movimientos tenía que realizar. Habían ensayado aquella canción como un plus. Una desconexión a cada uno de los pases que hacían para que todo saliera perfecto en el partido, pero nunca había imaginado que lo usarían para dar la bienvenida al equipo después de la victoria de un partido.

Strange fear I ain’t felt for years

The boy’s coming and I’m close to tears

I can’t let go of you now

Imagination’s playing round for free

In my world I take him out for tea

Oh my God, can’t say no

Skipping school, go walk for air

I just had to get out of bed

I'm on overload in my head

Train comes I don't know its destination

It's a one-way ticket to a madman's situation

Train comes I don't know its destination

It's a one-way ticket to a madman's situation

Life is a dream, time does come true

And in my sleep I think of you.

Tal vez aquella no era la canción con más ritmo de la historia. Puede que tampoco un sonido actual, pero cuando todos sus acordes fueron tomando forma, la gente que se reunía allí dejó hueco suficiente para que el cuerpo de animadoras se moviera a su antojo, agitando sus caderas para el deleite de todo el que quisiera observarlas. Comprobando como con unas notas simples y unas voces sensuales se podía llegar al máximo erotismo sin convertirlo en vulgar.

La letra, todo lo que transmitía, y que Jackie formara parte del grupo que se había instalado en primera línea, era lo que hizo que a Killiam se le secara la boca.

Después del partido, de compartir varias miradas con Davis y de que todo el equipo entendiera sin tener que decirlo en voz alta que necesitaban un momento a solas, dejaron vacío el vestuario. Ambos sentados en los bancos de madera y hierro que habían vivido tantas derrotas y victorias como años que llevaba aquella universidad en la liga de fútbol. El goteo de una de las duchas mal cerradas y el burbujeo de la afición que aún rodeaba el campo era lo único que se escuchaba dentro de aquellas paredes, además de la respiración de ambos jugadores.

Aquella conversación había sido dura para ambos. Para Davis por ser su hermano, para Killiam por no saber qué le movía a querer saber más de ella, por perderse en su mirada cada vez que sus ojos se

encontraban o por volver a saborear sus labios. Ahora que la miraba en la corta distancia que lo separaban en aquel suelo de piedras frente a la nave donde siempre celebraban las victorias, supo que no iba a ser fácil para él cumplir su palabra, pero que haría todo lo posible para que aquella chica de mirada penetrante no volviera a sufrir y menos que él se convirtiera en el causante.

Jackie disfrutó con cada movimiento ensayado y el que habían dejado para que fuera para el propio disfrute de cada animadora. La letra iba tan acorde con los últimos acontecimientos de su vida que cualquiera podía pensar que se estaban burlando de ella, pero el tener a Killiam a pocos metros y ver cómo él no se perdía ninguno de sus movimientos, la hizo sentirse poderosa. Como cuando el rasgueo de aquella guitarra que le recordaba a una vieja canción de *country* o un rock de los años ochenta la hizo avanzar hasta quedar a pocos centímetros de él.

Comprobó cómo se ponía rígido. Sintió cómo su corazón trotaba en su pecho como cada golpe de la batería y justo cuando parecía que todos los que estaban observando lo que estaba ocurriendo entre ambos, con un golpe de su melena se giró sobre sí misma volviendo a imponer distancia entre ambos, colocándose entre Gina y Cassie para acabar abrazada a ellas y dedicándole una amplia sonrisa a todos los que los rodeaban.

Todo el mundo empezó a aplaudir con fuerza y al momento el himno de los Longhorn empezó a sonar de nuevo y no hizo falta ninguna señal para que todos los allí reunidos empezaran a perderse a ritmo de aplausos, gritos y vítores, al interior de aquella nave.

Si no fuera porque los compañeros de Killiam le pasaron un brazo por los hombros mientras otro lo empujaba, podía haberse quedado clavado en aquel lugar viendo cómo aquella chica que empezaba a ponerlo más nervioso de lo normal se iba con el resto de animadoras como si no hubiera pasado nada. Como si ella no le hubiera dicho con cada movimiento que esperaba mucho de él. Como si él no hubiera querido clavar las rodillas contra el suelo, atrapar sus caderas entre sus manos y apoyar la cabeza en su estómago y decirle que entendía todo lo que había pasado y que, si lo elegía a él, nada de aquello le volvería a ocurrir.

Se dejó arrastrar. Aquella era la única manera de borrar aquellos pensamientos de su cabeza. Él nunca sería bueno para nadie. Ni

siquiera lo fue para su madre cuando tuvo la oportunidad, aunque ella le hubiera dicho mil y una veces que no tenía que perdonarle por nada de lo que había hecho. Él no era bueno ni siquiera para él mismo, ¿cómo lo iba a ser para los demás?

16

La noche había caído tan rápido que ni siquiera cuando los focos del campo de fútbol se encendieron Dean se dio cuenta de ello. Llevaba pensando en la última llamada de sus padres desde que Jackie se había ido de su apartamento tras el almuerzo de jugadores y animadoras.

Durante el partido había conseguido bloquear los pensamientos y concentrarse en cada jugada. Tenía que hacerlo por ella, por su equipo y por él si quería seguir luchando por sus sueños, pero escuchar la voz estridente y autoritaria de su madre durante diez minutos y después ver cómo su hermana y Killiam se habían besado delante de todos era mucho más de lo que podía soportar en un solo día. Su hermana le había dejado claro no quería relacionarse con los jugadores de fútbol. Sabía todo lo que había pasado con Ryan. Sabía lo que su madre esperaba de ella y sabía más del pasado de Killiam de lo que le hubiera gustado conocer en aquellos momentos, por eso había reaccionado de aquella manera. Tenía una gran obsesión por cuidar de su hermana, pero es que no podía permitir que le hicieran daño de nuevo, que sufriera y que esa vez no tuviera la fuerza necesaria para recomponerse, y Killiam podía ser el chico que consiguiera aquello. Todos lo veían como el chico bueno, que lo era ahora, pero arrastraba demasiados fantasmas del pasado y él conocía uno que podía acabar con su hermana, y si ese beso podía llevar a una relación, Dean tenía claro que su hermana era más importante que una amistad.

No podía permitir que ocurriera nada entre ellos. No después de aquella llamada. No hasta que no obtuviera todas las respuestas a todo

lo que estaba pasando en relación a su hermana.

—Llevas casi toda la noche en este rincón. —Cody se colocó a su lado y le entregó un botellín de cerveza que agradeció. El suyo ya se había quedado caliente. Lo dejó sobre una mesa alta que tenía a su lado para coger el que le tendía Cody—. No es que me importe, pero aquí hay diversión de sobra.

Su amigo abrió los brazos abarcando la nave donde estaban. Aquellas fiestas siempre le habían resultado más que entretenidas a Davis, pero ese no era el día en el que su mente lo dejara disfrutar. Sabía que, si quería, Cassie estaría dispuesta a pasar la noche con él. Aquella chica le gustaba mucho, pero él no quería atarse a nada cuando tenía claro que su futuro estaba lejos de su casa, de San Ángelo, de Austin, y a ser posible de Texas. Quería ir a la costa este. Sabía que no era fácil, pero tampoco era imposible, y no podía permitirse ninguna distracción. Además, desde aquel lugar podía ver a su capitán en una esquina rodeado de compañeros y de muchas chicas que le mantenían entretenido. También veía a su hermana, muy separada de él y rodeada de sus compañeras y compañeros del equipo de animadores y de algún tío que intentaba conseguir que alguna de ellas bailara, seguramente algo más privado que el espectáculo de verlos a todos en medio de la pista, cosa que hacían bastante, y se notaba que por diversión y no por obligación de mantener la fiesta. Desde allí también podía ver cómo ni Jackie ni Killiam se habían acercado el uno al otro desde aquel extraño baile de su hermana a la entrada de la fiesta. Sabía que su amigo pondría distancia después de la conversación, pero no podía controlar a Jackie.

—¿Qué le has dicho? —Cody seguía a su lado intentando sacarle información.

No era tonto, era normal que ambos se sentaran juntos en el autobús y que mantuvieran una conversación sobre las jugadas que se habían realizado en el partido. Killiam era el capitán, pero todo el mundo sabía que Dean Davis era su mano derecha y su persona de mayor confianza cuando estaban en el campo. No le molestaba, en absoluto. Killiam era la unión de todos en aquel equipo, tanto fuera como dentro del campo. Para él también era su mejor amigo, por eso no pudo dejar de observarlos mientras Mike, el defensa, seguía diciéndole cosas a las que tan solo asentía y soltaba algún que otro comentario que sabía que sería útil para poder seguir observando a

sus dos amigos.

—No estabais discutiendo, pero tenía que ser algo muy importante cuando habéis terminado la conversación compartiendo un apretón de manos. Aquello parecía más una transacción comercial que una conversación entre amigos.

Davis se puso rígido, aunque al momento se relajó. No quería que Cody notara su incomodidad. Ni siquiera recordaba que hubieran terminado la conversación con aquel gesto que le recordaba demasiado a su padre y a cómo terminaba él las conversaciones. Sin darse cuenta de nuevo se vio transportado a la conversación con su madre:

—Eres el responsable de esa mocosa. Ambos sabemos que se mueve por caprichos y que este ni siquiera le durará demasiado como para terminar el primer año, así que no quiero que hagas nada, ¿entendido? Deja que se caiga y no se te ocurra ayudarla a levantarse. Tiene que volver a casa, seguir los planes que siempre habíamos tenido y dejar de hacer el idiota, pero dejémosle un poco de margen para que se crea que ella tiene las riendas de su vida. Así, cuando vuelva todo será mucho más fácil para todos y para que vuelva a ser la Jacklyn que siempre ha tenido que ser.

—¿Y en esos planes entra Ryan? —No pudo evitar preguntarlo, pero se arrepintió de hacerlo nada más que el nombre de aquel hijo de puta salió de su boca.

—Eso no es asunto tuyo y menos si pretendes llegar a ser un jugador de fútbol profesional. Sabes que no es lo que quiero para ti, pero tú eres distinto a ella y creo que hasta ese futuro podría salirte bien, así que haz lo que te digo y espero verte con ella aquí en Acción de Gracias. Sobra decirte que si le dices algo de esta conversación, negaré que existiera y tu solito tendrás que acarrear con las consecuencias.

No le dejó responder nada más cuando el sonido de la llamada finalizada sonó a través de la línea de teléfono. Tenía claro que no iba a traicionar la confianza de su hermana, pero no podía contarle los planes de su madre. Ya era un hombre, sabía que no dependía de sus padres tanto como años atrás, pero solo tenía que aguantar un poco más y entonces rompería el vínculo con ellos. Sería cuando de verdad podría encargarse de que su hermana pudiera soñar a lo grande, pero

por ahora tenía que seguir cumpliendo aquel papel de hijo complaciente y obediente.

Aquella había sido la conversación que había mantenido con Killiam en el autobús. Cuando le preguntó qué coño había pasado con su hermana después del partido y este simplemente le contestó con un «es ella». Supo que ya no podía hacer nada. Killiam podía ser el mejor pasaporte para su hermana. Sabía que la universidad no era un capricho para ella. Ver a su hermana bailar era como una lluvia de estrellas, la explosión de una supernova que brilla intensamente, pero que aunque explote, siempre queda esa nebulosa brillante que te recuerda que ese es su lugar, el sitio al que pertenece. La sonrisa, la pasión y tantas cosas a la vez que sabía que ella disfrutaba con cada paso. Solo quería tener claro que era lo que ella necesitaba para, al igual que él, poder hacer planes de verdad y disfrutar, porque la vida era eso, disfrutar con lo que se hace, con lo que uno elige que quiere hacer el resto de su vida.

—Mi madre, que me ha jodido la noche. Que quiere que vayamos a cenar en Acción de Gracias —soltó aquello como excusa, aunque realmente sí que había formado parte de la conversación y tenía que darle una respuesta a Cody.

Este dibujó una amplia sonrisa antes de pasarle un brazo por los hombros a su amigo. Todos pensaban que Cody era el bromista del grupo, el chico que sentía que los problemas resbalaban y que nunca les daría la suficiente importancia como para que le hicieran ningún tipo de daño, aunque sus amigos, porque en dos años en eso se habían convertido sus tres compañeros de equipo y de apartamento, sabían que él no era así. Sentía y sufría como todo el mundo, solo que tenía predilección por ayudar a las personas, tal vez por eso, aunque esperaba poder vivir del deporte, estaba estudiando Psicología y después le gustaría poder seguir especializándose en la rama deportiva y así firmar un futuro después de que sus piernas ya no le permitieran correr de la misma manera sobre el césped. Un bonito sueño…

—Pues vayamos, aunque aún quedan dos meses para hacer planes tan pronto. Yo siempre me apunto cuando hay comida.

—Cuando he dicho que vayamos me refería a… Joder, Cody, gracias tío. Me acabas de alegrar la noche. Vamos a levantar el ánimo de este lugar antes de que se convierta en un velatorio.

Cody no tenía ni idea de lo que había pasado, pero tampoco le

importaba mucho, al fin Davis movía ficha aquella noche. Había conseguido lo que quería, que uno de sus mejores amigos dejara de tener cara de acelga y que disfrutara de la noche como todos se merecían después de aquella grandiosa victoria. Sabía que Davis era reacio a llevar su relación jugador-animadora a un nivel superior, pero eso no quitaba que ambos pudieran seguir jugando durante los dos años de universidad que les quedaba.

Después observó a Killiam. Cody tenía ese don de darse cuenta de todo, no había dejado de observar a Jackie durante toda la noche, y sabía que él también podía intervenir en aquello, pero Davis no le había contado nada y no quería meter la pata más de lo necesario, así que fue a por su siguiente víctima, Harris. Él era el único que se había dado cuenta de que cada vez que todos estaban despistados, desaparecía, y dos días atrás había conseguido estar muy cerca de saber el motivo, y esperaba que aquella noche obtuviera todas las respuestas, o al menos algunas que le sirvieran para ayudarlo si su amigo lo necesitaba.

Harris lo vio llegar momentos antes de que el golpe de su mano sobre su espalda lo desestabilizara, aunque era algo complicado si te fijabas bien es su cuerpo. Dean Harris era un tipo grande, con una barba espesa y el color del pelo de un tono rojizo y encrespado que hacía que muchas personas dudaran que fuera americano. Lo era, incluso era de los pocos que había nacido en Austin y que realmente no necesitaba tener un apartamento o habitación en la residencia de la universidad. Sus padres habían sido los que lo habían obligado a vivir la experiencia completa de la universidad.

—¿Qué pasa, Cody? —Le rodeó el cuello con su fuerte brazo antes de que su amigo intentara alguna maniobra más para golpearlo. Siempre estaban igual.

—Te he visto aquí con estas preciosas chicas y quería pasar a saludar.

Efectivamente, Harris estaba hablando con un par de chicas, pero no eran las típicas que siempre rodeaban a los jugadores, y no es que hubiera un patrón físico y mental que pudiera diferenciarlas, aunque seguramente alguien podía realizarlo y estaba seguro de que aquello sería un maravilloso proyecto de fin de curso. Aquellas dos chicas parecían más simpáticas que cualquiera que Cody hubiera visto cerca de su amigo, ambas con el pelo tan rubio que seguramente al sol se les

vería blanco. Ambas con los ojos azules y casi de la misma altura. Él podía decir que no eran demasiado bajitas, podían rondar el metro setenta, que comparado con su metro ochenta y cinco no era una diferencia destacable, pero al lado de Harris se veían muy pequeñitas. El jugador de fútbol americano con pinta de irlandés y ojos verdes se acercaba a los dos metros.

—Mi nombre es Grace y ella es Rose, mi hermana. —No podían ocultar tal obviedad, aunque quisieran, eran casi dos gotas de agua. Aun así, había algo que las hacía muy diferentes—. ¿Cómo estas, Cody?

—Son mis hermanas, tío —interrumpió Harris cuando vio cómo la cara de su amigo empezaba a cambiar incluso de color—. Están hartas de ver fotos de todos vosotros.

—Joder, no os parecéis una mierda —soltó a bocajarro—. Ahora entiendo por qué eres un puto *bigfoot*. Ellas se llevaron lo mejor de la herencia genética.

Grace y Rose empezaron a reír, pero era normal, porque ellas también se metían con él. Realmente Harris era idéntico a su abuelo, que sí que era irlandés, y ellas, tan rubias y con aquellos ojos tan verdes, no podían negar que su descendencia también era europea. No solo habían heredado el nombre de su abuela, también su belleza.

Harris no se ofendió. Cody era un gran amigo con el que podía reír y de esa manera intentar dejar todos sus problemas atrás. No podía olvidarlos, pero al menos cuando su amigo estaba cerca se podía relajar un poco. Sus hermanas habían ido al partido para asegurarse de que lo daba todo y que no dejaba que una piedra en el camino le hiciera desviarse del rumbo y las decisiones que desde que era un crío siempre habían sido su objetivo.

Cody les preguntó a las gemelas si estaban en otra universidad y si ese era el motivo por que no las había visto en aquellos dos años que ya llevaban allí, y más siendo ellas de la ciudad. Le explicaron que no solo se llevaron los mejores rasgos de la familia Harris, sino que el elixir de la juventud recorría sus venas. Ambas eran cuatro años mayores que ellos, por lo que habían terminado su carrera universitaria hacía ya tres y ahora disfrutaban de trabajar en la galería de arte familiar.

Harris no estaba preocupado por que su amigo prestara demasiada

atención a sus hermanas, sabía el rollo que se traía con Cat y que, aunque ambos negaran lo evidente, era cuestión de tiempo que la relación se formalizara o que cada uno tomara su propio camino por no haberse dado la oportunidad que ambos se merecían. Al menos tenía que obligarse a pensar así.

Mientras los cuatro amigos iban cada uno a lo suyo, Cody disfrutó de la compañía de las hermanas de Harris. Este se hacía el ofendido cada vez que aquellos tres usaban cualquier cosa para insultarlo. Dean Davis se había acercado a su hermana y le había dado un beso sobre la cabeza, le había pedido disculpas y prometido que hablarían. Lo harían porque él había trazado un plan y esperaba que funcionara. Después atrapó a Cassie por la cintura y, tras despedirse con un guiño de ojos de todos los que estaban allí, se la llevó para que ambos disfrutaran mejor de aquella noche y de la victoria. A nadie le pareció raro, ya estaban acostumbrados a que esos dos desaparecieran juntos.

Jackie y Killiam se estaban permitiendo mirarse sin que nadie los detuviera o les dijera que aquello estaba mal. Ambos sabían que no lo estaba, pero después de todo lo que había hecho Jackie para llegar hasta allí y conseguir un poco de libertad en una vida que tenía más que planeada por terceros, sentía que en cualquier momento todo lo que había conseguido se lo arrebatarían y ya no habría más oportunidades.

La animadora de sonrisa jovial les dijo a sus compañeros que iba un momento al baño y, aunque ya tenía una excusa por si alguna de las chicas que componía el grupo le decía de acompañarla, tuvo suerte de que ninguna se ofreciera. Al girarse hacia la zona donde le habían indicado que estaba y que daba la casualidad que era donde estaba Killiam, se dio cuenta de que él ya no se encontraba allí. No es que quisiera cruzarse con él, que tampoco le hubiera importado porque necesitaba saber que había hablado con su hermano, pero le sorprendió que en aquel pequeño instante que había dejado de mirar en su dirección él hubiera desaparecido.

Caminó dejando que la música que sonaba en aquellos momentos dentro le golpeara en cada fibra de su cuerpo, era un tema de *Girls like You*, de Marron 5 y para ella era como un himno, así que dejó que la atrapara y se movió olvidándose que necesitaba ir al baño.

Bailó, movió los brazos de un lado a otro y cerró los ojos con fuerza para solo concentrarse en la música.

—¿Qué cojones haces aquí, gilipollas? —Killiam había dejado de hablar con sus amigos para acercarse a esa persona que ya había visto varias veces.

Llevaba toda la fiesta observando a Jackie, no podía evitarlo. Aquello le hizo darse cuenta de que no era el único que lo hacía. Detrás de ella, a varios metros y en una zona en la que podía pasar desapercibido, se dio cuenta de que había otro chico. Le sonaba su cara, pero no tenía muy claro de qué. La distancia y el sitio que había elegido para ocultarse, porque tenía claro que lo había hecho aposta, le hizo tardar más de lo que le hubiera gustado en darse cuenta de quién era, pero cuando lo hizo y la conversación con su mejor amigo, sumado a que Jackie había decidido alejarse un poco de donde se encontraba, le sirvió para acercarse a él sin que este se diera cuenta, pero Killiam no era el único que se había dado cuenta de la presencia de aquella persona que no pertenecía a la universidad y que para ellos se había convertido en *non grata*.

—Yo me estaba preguntando lo mismo —dijo a su lado Cody, que venía acompañado de Harris.

—Creo que tienes que explicarme por qué narices sigues aquí si no quieres que esta vez te haga una cara nueva.

Davis se había dado cuenta del movimiento de sus compañeros y, dándole un beso a Cassie, se separó de ella para intentar poner fin a todo lo que sus padres estaban planeando.

Ryan se vio de repente rodeado de cuatro jugadores de fútbol, aunque él también lo era y no podía decir que se viera pequeño junto a ellos, pero sí sintió que estaba en minoría y que finalmente tenía que hacer lo que la madre de Jacklyn le había pedido antes de tiempo. Tampoco le importaba siempre que el final fuera el mismo, y él no iba a parar hasta que consiguiera todo aquello que le habían prometido. No se iba a dejar amedrentar por cuatro tíos que lo podían hacer papilla.

Jackie era ajena a todo lo que estaba pasando a varios metros de ella, cuando la música conseguía eso con ella se sentía bien. No, bien no conseguía describirlo, la palabra era demasiado simple para todo lo que su cuerpo generaba cuando disfrutaba bailando, dejando que cada parte de ella se moviera al son de cada nota, tanto las que sonaban como las que se quedaban ocultas en el pentagrama, y siempre había

creído que esas eran las que de verdad querían que se escucharan.

No supo en qué momento sus compañeros empezaron a crear un coro alrededor de ella, pero no le importó sentirse por unos momentos el centro de atención de todas las personas que estaban allí reunidas. Cuando aquello le pasaba, todo lo que la rodeaba dejaba de existir y en aquel momento tenía que agradecerlo, porque los tres jugadores de fútbol que compartían apartamento junto a su hermano, y él, salían por la puerta de la nave acompañados de lo que podía hacer cambiar su vida otra vez.

17

Sentirse ajena, desvanecerse y desconectar era un don para Jackie que en aquellos momentos su hermano agradecía. No quería que se involucrara en todo lo que estaba pasando en su cabeza mientras acompañaban al exterior de la nave a Ryan. No era el único que se encontraba en tensión. Tanto Cody como Harris sabían que debían apoyar a Dean. Habían visto a aquel chico en el bar de la universidad y desde que había pasado, todo parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados, y no solo en la forma en la que su compañero actuaba. Killiam también parecía más nervioso y desde que habían visto cómo besaba a la hermana de su compañero, sabían que tendrían que unirse sin importarles las consecuencias.

Eso era lo que hacían los amigos, y quizá si estaban allí conseguirían que no se les fuera de las manos. Cody y Harris fueron los encargados de sacar a Ryan. El primero lo llevaba agarrado del cuello con bastante fuerza y el segundo hacía una pantalla protectora a su espalda. Estaba casi seguro de que una vez fuera de la nave tanto Davis como Killiam se le echarían encima, y no podían permitirse que sus compañeros se ganaran una amonestación del entrenador si una pelea llegaba a sus oídos.

—¿Dime qué cojones haces aquí? —gritó Dean cuando se separaron lo suficiente de las personas que se encontraban en el exterior.

—Celebrando vuestra victoria. —El tono que usó Ryan era confiado, sabiéndose ganador de aquella batalla incluso antes de empezar—. Ya que estaba aquí, tu madre me pidió que cuidara de

Jacklyn.

Cody colocó una mano sobre el pecho de Davis. Conocía lo suficiente a su amigo para saber que no necesitaba mucho para explotar. No sabía mucho sobre la historia de su familia, pero sí lo suficiente como para saber que aquello había sido una provocación y que estaba funcionando. Aquel gesto no le permitió ver la reacción de Killiam, que sí comprendió lo que aquel gilipollas intentaba decir entre líneas, y avanzó los pasos suficientes como para colocarse frente a él.

Killiam era algo más alto que Ryan, aunque a este no le importó. Se había enfrentado con jugadores mucho más grandes y fuertes que él y estaba dispuesto a pelear si la situación lo requería, pero tenía claro que había usado las palabras adecuadas para poder salir de allí indemne y seguiría haciéndolo.

—Es bonita, ¿verdad? —Ryan amplió su sonrisa al notar que estaba consiguiendo lo que buscaba—, pero no te encapriches. Pronto volverá a casa y yo estaré allí esperándola.

El capitán del equipo cerró los puños y empezó a notar cómo la sangre le bullía con velocidad, acelerándole el pulso. Apretó con fuerza los dientes, sintiendo cómo su mandíbula se endurecía antes de dar el primer golpe para después estar preparado a la respuesta de su contrincante, pero Dean se colocó a su lado y le puso una mano sobre el hombro, consiguiendo sorprenderle la tranquilidad que ahora veía en su mejor amigo.

—Dile a mi madre que no se preocupe, que Jackie estará allí para Acción de Gracias. —La idea que había tenido momentos antes ahora le parecía mucho más acertada—. Hemos hecho un trato y espero que lo cumpla hasta entonces.

Ryan sentía que su premio estaba cada vez más cerca. Se relajó cuando comprobó que los cuatro chicos estaban menos ansiosos de empezar una pelea. Sabía que la madre de su chica, porque no podía pensar de otra manera cuando Jacklyn estaba en su cabeza, le había pedido que esperara un poco más. Que le diera esos días para que ella sola fuera quien tomara la decisión de volver y retomar su vida donde la había dejado. Ni siquiera se despidió. Se dio la vuelta dándole la espalda a los cuatro jugadores y se alejó de la fiesta pensando en su siguiente movimiento.

Killiam no entendía por qué Dean había dejado que aquel

malnacido se fuera sin recibir lo que se merecía. Él había dejado las peleas cuando había abandonado su pueblo para ir a estudiar, pero de repente se dio cuenta de que por aquella chica que apenas conocía sería capaz de hacer más de una locura, aunque eso significara que sus problemas acabarían encontrándolo de nuevo.

Davis observaba cómo Ryan se alejaba. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Tenía que pensar en Jackie y en que él era el único que en aquellos momentos podía ayudarla a conseguir todo lo que se merecía. Deshacerse de los planes que su madre había trazado para ella. Miró a su lado y comprobó que, aunque Killiam había relajado la tensión de su cuerpo, seguía mirando al frente. Deseaba que aquel tipo se diera la vuelta y así tener una excusa para romperle la cara.

—Chicos, no sé si este año tendréis planes, pero estáis invitados a la cena de Acción de Gracias en mi casa.

Dean se dio la vuelta tras decir aquello, sabía que hasta entonces el ex de su hermana no le daría más problemas. Volvió al interior de la nave y comprobó que su hermana seguía danzando en el mismo lugar donde la había visto antes de salir. Ahora las notas de la banda sonora de *The Umbrella Academy* sonaba a todo volumen. Sabía que a su hermana le encantaba esa serie.

—K, anda. Baila con ella.

Aquello le cogió desprevenido, sobre todo después de aquella conversación en el autobús. Se quedó mirando a su amigo sin moverse, sin saber cómo reaccionar después de que le hubiera hecho prometer otra vez que no intentaría nada con su hermana.

—No hagas que me arrepienta de esto. Si mi hermana te ha elegido a ti, será por alguna razón. —Se acercó más a su amigo—. Solo prométeme que la cuidaras.

—De eso que no te quepa duda.

Y, sin esperar a saber si aquello estaba sirviendo para ponerlo a prueba o algo, se encaminó hasta aquella chica que lo estaba volviendo loco. Muchos estudiantes estaban haciendo un circulo a su alrededor y varias animadoras contoneaban las caderas, pero ninguna de ellas le hacía poner los pelos de punta como aquella chica de pelo castaño que mechas que lo aclaraban y curvas espectaculares.

Las compañeras de Jackie se dieron cuenta de cómo él la miraba y cómo poco a poco se iba introduciendo en aquel circulo improvisado, sin importarle que con su tamaño destacara frente a todos los demás.

Le fueron haciendo hueco hasta que quedo a la espalda de ella y sintió cómo el aroma que desprendía, aquel que le era tan difícil de identificar y que lo atraía tanto, se deslizara por su piel haciendo que sus dedos hormiguearan con el deseo de tocar la piel que quedaba expuesta bajo la camiseta de su uniforme de animadora.

Aquella chica tenía algo que le era indescifrable.

Jackie, por su parte, aunque no se había dado la vuelta, había notado cómo sus compañeras le sonreían y le guiñaban algún que otro ojo con picardía. No le hizo falta más para notar la presencia que se había colocado a su espalda. La electricidad que había notado varias semanas atrás en su primera fiesta de universidad la recorrió por completo. La canción que estaba bailando en aquellos momentos estaba llegando a su fin y quienquiera que fuera el encargado de pinchar la música aquella noche parecía que estaba viendo lo que pasaba en esa pequeña porción de la pista de baile.

All of Me, de John Legend, se empezó a mezclar y el ambiente de aquel lugar cambió por completo. Se empezaron a formar parejas. Davis buscó a Cassie y, sin darse cuenta, llegó hasta ella para atraparla entre sus brazos y balancearse al son de la música. Harris, por su parte, buscó a sus hermanas, y ellas entendieron que era el momento en el que necesitaba salir de allí y desaparecer como hacía siempre. Cody dejó que una de las chicas que se le acercó le rodeara el cuello con los brazos y se le arrimara lo suficiente como para conseguir que una chica que lo observaba en la distancia notara cómo su corazón se paraba y otro trozo más se desprendía.

Jackie dejó de nuevo que las notas resbalaran por su piel. Dio un paso atrás, consciente de que de esa manera su espalda acabaría apoyada sobre el pecho del chico que la estaba volviendo loca. Aquello era tan nuevo para ambos que se dejaron llevar. Él colocó sus manos sobre esa piel que tanto ansiaba tocar, y sintió cómo la electricidad los recorría en ambas direcciones.

—¿Qué me has hecho? —susurró Killiam a su oído mientras sentía cómo cada parte de su cuerpo reaccionaba a cada roce de Jackie.

El pulso de ella se aceleró cuando el aliento de él le rozó el oído y movió un pequeño mechón de pelo que se había soltado. Quería sentirlo más cerca, por lo que se giró y se colocó frente a él. La diferencia de altura era considerable entre ambos mientras se mantenían en aquella burbuja que habían creado, donde muchas

personas los rodeaban, pero ellos no veían a nadie.

Jackie deslizó sus manos sobre el pecho de él, que aún la tenía agarrada por las caderas. Las deslizó por su pecho, llenándose del calor que emanaba su cuerpo y sintiéndose mareada ante tantas oleadas de sentimientos nuevos, hasta que estas llegaron a sus hombros. Él no tuvo que pensárselo mucho. Usó la fuerza justa y necesaria para elevarla y de nuevo encontrarse con las piernas de ella rodeándolo. Con sus rostros tan cerca que respiraban del mismo aire.

—No lo sé, pero no quiero que tú dejes de hacerlo tampoco.

No les hizo falta mucho más. Ninguna palabra cabía en aquella conversación. Se acercaron los pocos centímetros que quedaban entre sus bocas para volver a saborearse. Para sentir de nuevo cómo sus mundos encajaban sin buscar ninguna respuesta. Solo disfrutando de aquel momento que aquella canción les estaba regalando.

Cuando la canción empezaba a llegar de nuevo a su fin y unas notas de una con más ritmo se entremezclaron, sin necesidad de decirse nada, Killiam dejó que el cuerpo de ella se deslizara por el suyo. Cuando supo que ella tenía los pies sobre el suelo, la tomó de la mano y, aunque seguían en silencio, ella lo acompañó hacia el exterior sabiendo que tenían una conversación pendiente.

Ninguno de los dos entendía cómo, sin conocerse apenas de nada, sentían que lo hacían de verdad. Él sabía lo poco que Dean le había contado sobre ella, aunque era mucho más de lo que esperaba escuchar. Ella solo conocía lo que había visto en los chicos que eran como él. Jugadores de fútbol y estrellas de su equipo, pero sentía que Killiam era diferente a todos. Había algo en él que la atraía de una manera inexplicable.

Salieron al exterior de la nave y él la guió entre los coches hasta un pequeño rincón donde había una farola que desprendía una luz amarilla suave que les permitía tener la intimidad que necesitaban para aquel momento. Killiam quería hacerle mil preguntas, pero no sabía por dónde empezar, así que fue ella quien abrió primero la boca.

—Dean se ha puesto difícil, ¿verdad?

—Él te quiere mucho. Se preocupa por ti —respondió sabiendo que todo lo que había hecho y quería hacer su hermano era por el bien de ella.

—A veces se preocupa demasiado, y estoy segura de que si nos viera ahora aquí se cabrearía mucho con ambos.

—Tal vez me ha permitido cuidarte cuando él no esté. —Dibujó una sonrisa ladeada, haciendo que su hoyuelo se marcara y que Jackie diera un par de pasos hasta estar lo suficientemente cerca de él para mirarlo a la cara y no ser incómodo por su diferencia de altura.

—No necesito que nadie me cuide. —Colocó un dedo sobre el pecho de él para marcar cada una de las sílabas de aquella frase.

—Por alguna razón, te creo. Pero digamos que me gusta cuidarte, que quiero estar a tu lado y saber que nada ni nadie te hará daño mientras tú me permitas protegerte.

Jackie sabía que aquellas palabras ocultaban mucho más de lo que estaban diciendo. Sintió que su hermano había desvelado mucho más de lo que ella quería, pero en la mirada de él no sintió que le tuviera lástima ni nada de lo que había vivido desde que todo se estropeara en su vida. No era la misma mirada que le dedicaron sus antiguos compañeros de instituto. No era la mirada de su madre. Era algo nuevo que quería descubrir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jackie, esperando que él supiera la respuesta.

—No lo sé. Lo único que me importa ahora es estar a tu lado, si me dejas.

Y eso fue lo mejor que él pudo decir. Ella volvió a alzar sus manos hasta el cuello de él. Killiam volvió a alzarla, pero esta vez no aguantó todo el peso sobre sus caderas. Dio un par de pasos hasta un viejo banco de madera que estaba oculto de la débil luz de la farola. Se sentó con ella en su regazo y dejó que todo lo que estaba pasando en aquella fiesta fuera totalmente ajeno a lo que ellos estaban sintiendo, a lo que estaba dispuesto a compartir, porque ambos sabían que quedaban muchas cosas por decir y Killiam tenía claro que, fuera lo que fuera lo que aquella chica estuviera haciendo con él, quería contárselo todo. Sincerarse con ella. Necesitaba que lo conociera de verdad antes de que todo avanzara lo suficiente como para que ella sufriera. Ya lo había hecho demasiado y no quería ser el siguiente en destrozar de nuevo su vida.

Mientras, en el interior de aquella fiesta seguían pasando demasiadas cosas. Dean se había dejado llevar sin saber qué quería de aquella chica. Cassie se estaba convirtiendo en algo demasiado importante en su vida. No quería hacer algo que les perjudicara a ambos. A su futuro, ese que llevaba tantos años planeando. Al de ella,

que, aunque él no lo supiera, ya lo incluía a él. Soñar era gratis, y Cassie sabía que solo en esos sueños podría tener al chico del que se había enamorado.

Harris quería irse, pero sus hermanas, que lo conocían demasiado bien, lo habían retenido. Estaban hartas de verlo huir, de que no plantara cara y, aunque sabían que él nunca se enfrentaría a un amigo, tenía que escuchar a su corazón y dejar de sufrir. Plantarle cara a la vida y luchar por lo que quería.

Cody seguía disfrutando de aquella noche rodeado de chicas. Viviendo aquellos momentos en los que disfrutaba sintiéndose el centro de atención sin ser consciente de que estaba haciendo daño a dos personas demasiado importantes en su vida y de que, si no empezaba a ser consciente de sus actos, el día que lo hiciera ya sería demasiado tarde.

A varios kilómetros de allí, Ryan había llegado a su habitación del hotel. Llamó a la madre de Jacklyn y le aseguró que esta iría a la cena donde él esperaba conseguir su recompensa por todo lo que llevaba haciendo desde hacía ya cinco años. Sabía que en aquel momento tenía que abandonar Austin, solo esperaba no tener que volver a pisar aquel lugar.

18

Las clases continuaron, la rutina en el campus era la misma día tras día. Jackie y Killiam no se veían tanto como querían, pero disfrutaban juntos cada momento que podían compartir.

Killiam era muy consciente de la oportunidad que le habían dado aquel año y no podía desaprovechar ningún minuto disponible para estudiar y poder licenciarse en la carrera que había escogido. No solo quería ser un abogado más. Quería ser el mejor y especializarse en violencia de género. Aquello era demasiado importante para él, al igual que el deporte.

Estaba en el interior de su habitación, enfrascado en los apuntes y pensando en todo lo que aún le quedaba por delante para cumplir sus sueños, cuando unos nudillos golpearon la puerta. Esta se abrió y Davis asomó la cabeza. Por inercia, Killiam escondió bajo los apuntes el dibujo de Jackie que siempre tenía a mano.

—Tío, tienes que cambiar de opinión. Tienes que venir a la fiesta de Halloween de este fin de semana.

Jackie le había preguntado de qué se iba a disfrazar el fin de semana anterior y él le había dicho que no asistiría a la fiesta. Llevaba siete años sin celebrar aquel día y quería seguir haciendo lo mismo. No pudo inventarse ninguna excusa para explicar aquel no rotundo que le había dado. No estaba preparado para compartir con nadie todo lo que aquel le hacía recordar. Tampoco quería mentirle, y vio en la cara de ella la decepción por no querer acompañarla, sobre todo sabiendo que ella no había querido ir a ninguna fiesta desde que había empezado la universidad, exceptuando la de días antes de empezar las

clases, donde se conocieron y las de celebración de los partidos, que eran más una obligación por pertenecer al equipo de animadoras, que pura diversión.

—No insistas, Davis. Te digo lo mismo que en las dos últimas. Esas fiestas no son para mí.

Dean esperaba que aquel año fuera diferente. Había notado un cambio en su amigo desde que estaba con su hermana. Ese cambio les estaba yendo bien a los dos y, aunque al principio no había querido que hubiera algo entre ellos, se alegraba de que así fuera. Era el único de sus amigos que sabía por lo que había pasado Killiam. Entendía que aquella fecha no fuera un motivo de celebración para él, pero quería que avanzara un poco, que dejara de esconderse en el dolor que parecía que se instalaba en él.

—¿Dejarás que mi hermana vaya sola?

—Tú estarás allí para cuidarla.

No pudo evitar sentir un escalofrío recorrer su cuerpo al pensar que Jackie fuera sola a una fiesta como aquella. No había estado nunca en esa en concreto, pero sí en muchas de esa hermandad, y sabía que el alcohol, el desmadre y muchas cosas estaban permitidas aquel día. Incluso la UT, Universidad de Texas, animaba a sus alumnos a decorar el campus, a que se disfrazaran, e incluso iluminaban de rojo el reloj del Main Building. Sabía que Ryan había vuelto a San Ángelo, pero no era el único hijo de puta suelto que había en Austin.

—Claro que lo haré, pero estoy seguro de que preferirías hacerlo tú —respondió Dean sabiendo que ya lo había convencido.

—¡Mierda!

Dean empezó a reírse y cuando se dio cuenta de que su compañero estaba a punto de lanzarle algo salió de allí contento de haber conseguido lo que quería. Le había preguntado a su hermana de qué iría disfrazada y cuando esta se encogió de hombros supo que no iría si Killiam no lo hacía con ella. No le gustaba que la felicidad de su hermana dependiera de nadie, pero entendía que ella se sentía más segura si él estaba a su lado, y por eso había tenido la necesidad de entrometerse donde no le llamaban.

Jackie estaba sentada en el salón de su apartamento viendo la televisión cuando la puerta de este se abrió y Cat entró cargada de bolsas. No le dio tiempo de reaccionar cuando esta le gritó que la acompañara a su habitación y desapareció tras la puerta. Dejó sobre la

mesa la taza de café que tenía en las manos. Aquella tarde habían suspendido el entrenamiento porque las animadoras irían a comprar sus disfraces para Halloween. Todas se vestirían igual y, aunque habían intentado convencer a Jackie para que se uniera, había rechazado la oferta. Aquella era una de las fiestas que más le gustaba del año. Desde pequeña había disfrutado compartir disfraz con su hermano y pasear por las calles de su barrio acompañados de su padre, llamando a la puerta de los vecinos y gritar el «truco o trato».

Se levantó del sofá y entro en la habitación de su amiga para comprobar que estaba vaciando el contenido de las bolsas sobre la cama. Parecía que se había colado en un contenedor de ropa usada.

—Mira qué maravillas he encontrado en Thrifth. —Jackie la miró asombrada, porque la cantidad de prendas que empezó a ver le decía que Cat no había asistido a ninguna clase esa mañana.

—¿Has estado todo el día de compras?

—Tenemos que preparar nuestro disfraz de Halloween y me niego a usar uno prefabricado cuando soy capaz de hacer algo único para ambas.

Jackie empezó a negar con la cabeza. Ya le había dicho a Cat que no pensaba ir a ninguna fiesta. No quiso hacerlo a principio de curso y estaba cansada de tener que ir a las del equipo cada semana. Aunque sabía que echaría de menos disfrazarse ese año, tras saber que Killiam no iría, ella sentía que debía estar con él aquel día. Sabía por experiencia que una simple negativa escondía demasiadas cosas atrás.

Llevaba saliendo con Killiam varias semanas y empezaba a darse cuenta de que aquel chico de ojos café, al igual que ella, escondía algo en su interior. Sabía que él conocía parte de su historia, y a veces sentía que debía contársela, que él supiera la verdad de todo, pero también necesitaba que Killiam confiara en ella y le contara aquello que guardaba tan hondo que no dejaba que nadie conociera. Podía haberle preguntado a Dean y seguramente este le hubiera desvelado parte de la verdad. Si fuera algo que pudiera dañarla, tenía claro que ya lo sabría. Aunque no fueran a la fiesta pensaba pasar el día con él y conocerlo más. Contarle más sobre ella.

Una historia por otra historia.

—Deberías hablar con tu novio, algo me dice que puede que haya cambiado de opinión —volvió a decir Cat sacándola de sus pensamientos.

Su amiga tenía esa manera de decir las cosas. No sabía cómo se enteraba de todo tan rápido y, aunque prácticamente te lo decía, siempre dejaba esa incertidumbre para que el receptor de la información fuera el encargado de averiguar lo que realmente le interesaba.

—No es mi novio. —Se sorprendió al decir aquello, pero realmente en las semanas que llevaban juntos nunca habían definido qué eran exactamente—. Bueno, quiero decir, no estamos conociendo y eso, pero que él no vaya no significa que yo tampoco lo haga…

—Bah, no me cuentes milongas. Acabo de encontrarme con Cody y me ha dicho muy entusiasmado que han tenido que encargar un disfraz más, y eso solo puede ser que Killiam ha cambiado de opinión.

Jackie iba a negar aquello cuando el sonido de su teléfono hizo que ambas miraran hacia el salón. Cat corrió más que ella y cuando Jackie se colocó a su lado esta ya lo tenía en la mano con una sonrisa enorme en la cara.

—Te lo dije. Venga, contéstale y manos a la obra. Tengo mucho trabajo que hacer.

Cat le dejó el móvil en la mano y se metió de nuevo en su habitación tarareando una canción que no conocía, aunque ya empezaba a darse cuenta de que su amiga mezclaba melodías y era casi imposible saber cuál sería. Se le dibujó una sonrisa enorme en la cara cuando leyó el mensaje.

Killiam: «*¿Es tarde para que te busques un disfraz? Los chicos me han traído esto y creo que me falta mi novia al lado*».

El mensaje iba acompañado de una foto en la que él ponía cara de arrepentido y le enseñaba un traje de chaqueta negro. El corazón le latió con fuerza y se metió corriendo en la habitación, entregándole el móvil a su amiga que, cuando vio la foto lo dejó en la mesa y empezó a rebuscar entre la ropa que había esparcido sobre la cama. Cuando consiguió encontrar lo que buscaba se lo enseñó a Jackie y esta empezó a aplaudir de manera exagerada.

Cat se encargó de prepararlo todo. Killiam y Jackie hablaron esa tarde un poco por teléfono, pero no lo que hubieran querido. Que las chicas no tuvieran entrenamiento no los eximia a ellos y, aunque ese fin de semana no hubiera partido, el entrenador Lewis no permitía que su equipo se escaqueara de sus obligaciones y menos cuando el final de temporada estaba tan cerca. Eso y los exámenes hicieron que

aquella semana no pudieran verse y eso que lo que los distanciaba no era más que el patio interior de su residencia.

La semana avanzó demasiado lenta para ellos, pero Cat se encargó de que la de Jackie fuera entretenida. Los profesores habían bajado el ritmo de trabajos para esa semana. La universidad al completo parecía cambiar para aquella fiesta, y el campus se teñía del marrón de las hojas de los árboles que empezaban a cubrir las aceras, del naranja de las calabazas y de la decoración de los escaparates, del olor a manzanas de caramelo. Jackie paseaba feliz pensando que, aunque llevaba tres días sin ver a Killiam, iba a disfrutar de su fiesta favorita al lado del chico que la estaba haciendo volver a creer en el amor.

Por su parte, Killiam había dejado que Cody se llevara su disfraz al día siguiente de que se lo diera. No sabía qué se traía entre manos su amigo, pero tampoco le importó mucho. Al contrario que el resto de alumnos del campus, los integrantes del equipo de fútbol tenían los entrenamientos aún más duros. Sabían que al entrenador Lewis le encantaba esa fiesta y que los chicos se desmadrarían sin poder ponerle remedio, por eso los cansaba lo suficiente. Cuando pasaran las fiestas les costaría demasiado volver por la resaca y el cansancio. No quería que ninguno se quedara atrás y menos cuando tenían muchas posibilidades de poder jugar la Sugar Bowl, el partido final de la liga universitaria, ese año.

Dean estaba contento de que su amigo hubiera cambiado de idea, pero sabía que no iba a estar del todo feliz. Sabía que debía contarle a su hermana algo de la historia de Killiam, al igual que hizo con él, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

El viernes, un día antes de la fiesta, Dean le había mandado un mensaje a su hermana para que supiera que se pasaría por su habitación al salir del entrenamiento, aunque fuera tarde. Jackie esta estaba nerviosa porque algo le decía que lo que le revelaría su hermano podía cambiar mucho las cosas. Daba igual si era alguna noticia que viniera de San Ángelo u otra cosa. Siempre tenía aquellos cosquilleos en el estómago cuando algo podía alterar su felicidad.

Pasaban de las once de la noche cuando Dean llamó a su puerta. Jackie llevaba sentada en el taburete de la cocina más de una hora, desde que había visto la luz del apartamento de enfrente se había encendido. Estaba muy nerviosa.

—Hola, ratoncita —dijo nada más le abrió, para después

depositarle un beso en la cabeza—. ¿Está Cat?

—¿Qué pasa, Dean? —Cada vez se ponía más y más nerviosa. Al ver que su hermano miraba hacia la habitación de su compañera, lo tranquilizó—. Tiene los cascos puesto y la música a tope. Está ultimando los disfraces. No va a enterarse de nada.

Dean pareció más tranquilo. Su hermana le indicó que entrara y ambos se sentaron en el sofá. El silencio los rodeaba y él solo miraba hacia su apartamento sintiendo que estaba traicionando a su amigo, pero necesitaba que su hermana entendiera a Killiam, que supiera algo más de él y que fuera ella quien tomara las decisiones que marcarían su vida. Tomó aire y, aunque le reveló solo algunas cosas de por qué su mejor amigo había decidido no ir a esa fiesta, de lo que significaba aquel día para él, supo que su hermana podría imaginarse mucho más de lo que sus palabras contaban.

—No puedo obligarlo a ir —dijo cuando Dean llevaba demasiado tiempo callado y supo que no le diría nada más.

—No lo estás haciendo. Al contrario, es la primera vez que va a salir en esta fecha después de muchos años, y tú eres el motivo. Los dos os hacéis mejor al otro.

—Entonces, ¿por qué me lo has contado?

Dean pensó cuál sería la mejor respuesta, pero de todas las que se le pasaron por la cabeza, ninguna le parecía la correcta.

—No lo sé. Solo pensé que debías saber algo más de él. Ambos habéis sufrido mucho y… —Hizo una pausa antes de seguir—. Simplemente disfruta y haz que ese día sea inolvidable para ambos.

Se levantó del sofá. Le dio un nuevo beso en la cabeza y se fue antes de que ella pudiera preguntarle algo más y él acabara por contarle toda la verdad que escondía su amigo. Que a veces los desastres ocurren por algo bueno. Que nada es perfecto y que dos personas que han sufrido pueden hacerse más fuertes juntos.

Aquella noche, Jackie soñó con lo que había pasado dos años atrás y se despertó sudando. Era la misma pesadilla de siempre. Era lo que le había ocurrido repitiéndose una y otra vez, pero en aquella pesadilla había algo distinto. El rostro que había visto no era el de Ryan. Sabía que tampoco era el de Killiam, pero se parecía tanto al de él…

Cuando salió a desayunar, Cat ya estaba en la isla de la cocina con un café en las manos y una sonrisa de euforia en la cara.

—Ahora sí está perfecto —empezó a decir Cat—. Vas a ser el centro de atención en la fiesta. Me hubiera gustado serlo yo, pero algo me ha hecho hacerte el mejor disfraz del mundo y, ahora, desayuna. El día es muy largo.

Killiam se había despertado el primero aquel día, como le había pasado en los dos años anteriores. Había llamado a su madre y, dentro de su habitación, ambos habían llorado por todos los recuerdos de aquella última fiesta que habían compartido como familia. Por todo lo que había pasado y les había cambiado la vida. Por una vida que fue y ya no sería.

La señora Connor, su madre, como cada año le había pedido que saliera, que disfrutara y, sin saber por qué, acabó hablándole de Jackie. Ella se emocionó de que su hijo le hablara de una chica al fin y de que su voz sonara feliz al contarle cosas sobre ella. Le gustó saber que era la hermana pequeña de su mejor amigo. Quería mucho a Davis por todo lo que le había ayudado desde que había entrado en la universidad y saber que iría a aquella fiesta con sus amigos y su chica le alegró. Su hijo se merecía ser feliz. Tenía que dejar el pasado atrás y vivir todo lo bueno que le estaba dando la vida.

Se asomó al balcón del apartamento y desde allí vio a Jackie hablando con Cat. Una sonrisa bobalicona se le dibujó en la cara justo en el momento que uno de sus amigos se ponía a su lado y le tendía una taza de café.

—Es una gran chica. —Harris no solía meterse en los asuntos sentimentales de sus amigos, pero estaba contento de ver los cambios en Killiam.

—Lo es. Mucho. —Cogió el café y le dio un trago antes de mirar a su amigo—. Las dos lo son.

Harris miró a su espalda. Se había ruborizado y en aquellos momentos se alegraba de llevar una barba que ocultara la mayor parte de su rostro. Volvió a mirar a su amigo y, sin que ninguno de los dos dijera nada, se dio cuenta de que Killiam era un gran observador.

—Ella está enamorada de Cody —dijo sin pensar.

—No estaría tan seguro de ello. Tampoco voy a negar que hay algo. Ambos sois mis amigos y no quiero que haya ningún problema. No soy un experto en estas cosas. Joder, si ni siquiera soy capaz de poner en orden mis sentimientos, pero si de verdad te gusta, deberías hablarlo con él.

—No es tan fácil, K. Ellos tienen una historia de dos años…

—¿Y la tuya con ella? ¿Desde cuándo dura? —respondió.

A Harris le sorprendió muchísimo que le hiciera aquella pregunta. Se había cuidado mucho de no desvelar nunca nada a nadie, de ocultar sus sentimientos, de desaparecer cuando las cosas se ponían difíciles, de verla cuando nadie se daba cuenta de ello.

—Soy el capitán del equipo y tengo que saber dónde estáis siempre, aunque no me lo digas, pero ante todo soy tu amigo y me preocupo por vosotros. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Harris se dio la vuelta y apoyó las caderas en la barandilla del balcón, dejando de mirar a la chica que lo volvía loco, a los problemas que podría traerle aquella historia si sus demás amigos se enteraban. Cody era uno de sus mejores amigos, y sentía que le había traicionado al haberse enamorado de la chica con la que él tenía algo. Desde la primera fiesta antes de empezar las clases no los había vuelto a ver juntos. Él solo había tenido una noche con ella, y le había sido más que suficiente para saber que era la chica que de verdad quería conocer.

—Cody no se va a cabrear si le cuentas la verdad. Ya sabes que no tienen nada serio y si algo te caracteriza, es que siempre has sido sincero con todos. Sé que lo has sido con ella, no me cabe duda. Ninguno os merecéis no saber qué es lo que está pasando.

Killiam se había dado cuenta de que cada vez que Cody y Cat estaban en la misma habitación, Harris desaparecía. Había notado cómo aquella chica lo miraba cuando este no se daba cuenta, y al revés era de la misma manera.

¿Por qué era tan difícil contar las cosas? Porque abrir tu corazón y decirle a la persona que empieza a ser importante en tu vida que no eres más que un desastre nunca es fácil.

Harris volvió al interior del apartamento y él volvió a fijarse en Jackie. Pensó que él también tenía que ser valiente y sincerarse con ella. Aquella noche podía, no, debía contárselo. A lo mejor no sería capaz de hablarle de todo, pero podía usar aquel día para sacar parte de lo que lo torturaba de verdad.

19

Killiam no sabía quién se había encargado de que su disfraz volviera a estar en su habitación. Aunque aquel día no había entrenamiento necesitaba seguir con sus rutinas, por eso después de desayunar se había ido al gimnasio de la residencia. El ambiente era más que festivo. Muchas chicas y muchos chicos corrían de una a otra habitación cargando con bolsas y portatrajes que guardaban sus disfraces. El campus se llenaba de una alegría que él quería disfrutar, pero que le costaba. Los recuerdos de aquella noche le seguían atormentando. El sentimiento de culpa, por mucho que los terapeutas que había tenido años atrás le hubieran dicho que era infundado, seguía estando ahí.

Cuando volvió a su habitación y vio el traje, después de sacarlo de aquella funda de plástico, se le dibujó una enorme sonrisa en la cara al ver lo que habían hecho con él. Tenía claro que Cat estaba detrás de aquello y solo significaba que Jackie iría a juego. Tal vez aquella fiesta no sería tan traumática si la tenía a su lado.

—Joder, K. Eso mola mucho.

Como siempre, Dean asomaba en su habitación y se colaba en ella sin apenas pedir permiso. No le importaba, era la persona que más le había apoyado desde que se conocían. Su mejor amigo, en quien confiaba, pero ahora también se había convertido en el hermano de la chica con la que salía.

—¿De qué te vas a disfrazar tú? —Colocó el traje estirado en la cama y en ese momento Dean se acercó con paso decidido al escritorio, donde un papel había llamado su atención.

—¿Te ha dibujado? —preguntó Dean asombrado.

Su hermana había dejado todos sus dibujos atrás. Le constaba que había decidido dejar ese capítulo de su vida aparcado. No era que ya no dibujara, pero había dejado de compartirlo con todo el mundo y le resultaba extraño que Killiam tuviera uno de ella. Podría distinguir el estilo de su hermana fácilmente. Había disfrutado viéndola dibujar mientras él practicaba con el balón en el jardín trasero. Sus dibujos siempre empapelaban las paredes de su cuarto, por lo menos hasta el día en que todo ocurrió.

Killiam permanecía en silencio. No sabía qué decirle a su amigo. Tampoco quería mentirle.

—No te lo ha dado ella, ¿verdad? —Killiam negó con la cabeza—. Ni siquiera sabe que lo tienes.

Aquello no era una pregunta. El capitán del equipo sabía que el día que lo encontró en la cesta se lo tendría que haber devuelto, pero algo lo impulsó a esconderlo y cuando pudo verlo y darse cuenta de que era él quien estaba trazado con líneas delicadas, en tonos grises creados por un lápiz, supo que ella nunca le hablaría de él.

Dean seguía esperando una respuesta de su amigo. Había ido a su habitación para avisarle de que se empezarían a disfrazar y de que tenían que recoger a su hermana y a Cat antes de irse a la fiesta. Killiam decidió desvelarle otra información que esperaba que desviara el tema.

—Le voy a contar a tu hermana lo que pasó en aquella fiesta de Halloween.

Dean Davis no se esperaba aquella confesión, y menos de su amigo, aquel al que le había costado casi un año contarle a él su gran secreto y temor. Tenía claro que era un paso grande para Killiam, y si había decidido contárselo a Jackie era porque de verdad sentía mucho más de lo que él creía.

—Estas muy pillado, hermano. —Soltó el dibujo de nuevo sobre el escritorio, olvidándose por el momento de él, y se acercó hasta su amigo—. Te diría que te compadezco, pero joder, ella es mi hermana y ahora mismo no sé si abrazarte o pegarte una paliza. No quiero que le hagas sufrir.

—Yo tampoco quiero hacerla sufrir, pero esto se me está yendo de las manos. —Apretó fuertemente los parpados cuando notó cómo el nudo de su estómago se apretaba al saber que iba a poner en palabras

los pensamientos que se estaba negando—. Me gusta. Me gusta mucho. Me he enamorado de ella, y yo no quería que esto pasara. No quiero que haya secretos entre nosotros. Tú me contaste parte de su historia, y en el tiempo que llevamos juntos nunca he sido capaz de sacar la conversación. Sé que ella está al corriente, pero tampoco habla del tema. Quiero que sepa que estoy ahí para ella y creo que esta es la única manera de que se dé cuenta.

Dean miró sorprendido a su amigo. Se alegraba de que sus sentimientos hacia su hermana eran fuertes, que no era solo un capricho más. Lo conocía y entendía que todo aquello era superior a él. Nunca había querido mantener una relación en la universidad, hasta que la conoció. También conocía su hermana, y si ella había empezado una relación era porque de verdad le gustaba aquel chico. Lo había pasado muy mal, y seguía pasándolo.

Ambos tenían que compartir su pasado si querían pensar en el futuro.

Dean se despidió de Killiam después de decirle que en una hora saldrían hacia la fiesta. Él se quedó mirando el traje que había sobre su cama, pensando que, aunque le doliera, aquella era la única cosa que podía hacer. Ella se merecía que lo hiciera.

Por su parte, Jackie estaba sentada en la silla del escritorio de Cat después de haberse duchado. Su amiga insistió en maquillarla para conseguir un *look* más real. La pequeña chica que se había convertido en tan buena amiga de Jackie esperaba que Killiam se lo estuviera tomando tan en serio como ella.

—¿Es necesario tanto maquillaje? —Jackie llevaba ya diez minutos notando cómo su amiga esparcía un color blanco azulado por su cara y aún parecía que quedaba mucho más—. Estoy empezando a cansarme.

—Solo me queda un poco. Cuando haya terminado de maquillarte empezaré a hacerlo yo, y después te ayudaré a vestirte. Tu disfraz es mi mejor creación en años y tú me vas a dejar disfrutar del momento.

Jackie optó por no protestar más y cuando su amiga terminó de rociarle el pelo con un spray de color y al fin le dijo que había acabado, salió corriendo hacia el espejo de su cuarto de baño a mirarse. Se quedó asombrada con lo que veía. Aquel era el maquillaje más sorprendente que recordaba llevar para una fiesta de Halloween. Estaba deseando ponerse el vestido que su amiga había reciclado.

Volvió entusiasmada a la habitación y Cat ya estaba terminando de retocar su maquillaje después de colocarse una capa roja sobre su cabeza.

—¿A que es fantástico? —Se señaló a sí misma y ambas esbozaron una enorme sonrisa.

Disfrutaron muchísimo terminándose de arreglar. Solo quedaban unos minutos para que los chicos pasaran a por ellas. Cuando unos golpes les hicieron saber que ya estaban allí, Cat le pidió a Jackie que esperara dentro del cuarto mientras ella salía a abrir.

Tras la puerta se sorprendió al ver a Harris, pero no solo porque fuera él quien estuviera allí, sino por el disfraz por el que había optado. Lo miró de arriba abajo, igual que estaba haciendo él, y cuando sus ojos se encontraron no pudieron reprimir la carcajada que escapó de sus labios.

Harris se había recortado la barba y eso lo hacía más sexi. Llevaba unos vaqueros descansando sobre sus caderas, con las rodillas rajadas y manchadas y una blusa de cuadros a la que le había cortado las mangas debajo de los codos. La llevaba abierta para que se pudiera ver la camiseta blanca de debajo. Parecía que unas garras habían dejado tres grandes arañazos sobre su pecho. El maquillaje de su cara le hacía parecer más feroz. Un maldito lobo feroz.

—Vaya, creo que al fin te he encontrado, Caperucita —dijo poniendo una voz profunda, que a Cat le resultó tremendamente sexy.

Aquel chico la volvía loca. No sabía lo que los sentimientos despertaban en ella. Estaba casi segura de que estaba enamorada de Cody, pero desde la única vez que había intimado con Harris, cuando lo veía su estómago se revolvía.

—Creo que no, lobito —contestó intentando que no se le notara el nerviosismo—. Aún queda la persecución.

Abrió más la puerta para que él y los otros tres chicos entraran en el apartamento. Dean iba disfrazado de Gómez Adams, con un traje de finas líneas blancas verticales, su peinado engominado con la raya en medio y un fino bigote sobre su labio superior, además de una mano sobre su hombro.

No pudo evitar escanear a Cody cuando se colocó a su lado, además de sentirse incomoda porque su disfraz fuera a juego con el de uno de sus amigos. Se había decantado por disfrazarse de Joker en la versión de *Escuadrón suicida*, y le sentaba como un guante. Además, su

parecido con el actor Jared Leto lo hacía más real.

—Te mola lo que ves, ¿nena? —Aquello hizo que Cat saliera de su ensimismamiento y volviera a la realidad.

—No está nada mal. —Le guiñó un ojo intentando que no se notara que estaba incomoda en aquella situación.

Algo le decía que Cody nunca sería alguien que se interesaría por ella más que para lo que ya habían hecho. Sin embargo, mirando a Harris de nuevo, aquel chico sí que tenía algo especial. Siempre la había tratado con educación. Tal vez estaba muy equivocada. Tal vez solo se había dejado deslumbrar por la desfachatez de Cody, por su descaro y la forma de vivir la vida, pero ¿era aquello lo que ella quería?, ¿lo que había buscado sin saber que ya lo había encontrado?

—¡Joooooder!

Cat miró a Dean, quien había hablado rompiendo aquel extraño pensamiento y se dio cuenta de que él estaba mirando a su espalda. Después miró a Killiam y, sin tener que girarse para saber qué estaban observando embobados los cuatro chicos, se acercó hasta la isla de la cocina para coger el bolso en forma de cesta que usaría aquella noche.

—Jackie… —Killiam dio los pasos suficientes hasta ponerse frente a ella y tomarla de las manos—. Estás… estás increíble.

—Tengo que decirte lo mismo, Killiam. ¿O tal vez tengo que llamarte Víctor?

Jackie sabía que su amiga se había encargado del disfraz de Killiam. Tenía claro que ambos irían a juego, pero no se esperaba encontrarse a un perfecto Víctor frente a ella. Realmente no sabía lo que ella esperaba.

—¿Nos vamos o qué? —Cody, como siempre, rompió el momento.

Ninguno dudó en seguirlo cuando salía por la puerta dispuesto a disfrutar de la fiesta, aunque Killiam cada vez se sentía más nervioso, cosa que pudo comprobar Jackie cuando este se mantuvo en silencio durante todo el trayecto, que habían decidido realizar a pie hasta la fraternidad. No estaba muy lejos y aquella noche era para lucir sus disfraces.

Muchos compañeros del campus iban en su misma dirección y se unieron al grupo, haciendo que Cat y Jackie se quedaran unos pasos atrás y escucharan cómo alguien las llamaba. Cuando se giraron para saber quién era, vieron a una fantástica Morticia Adams andando rápidamente hasta alcanzarlas.

Jackie dibujó una enorme sonrisa en la cara. Aquella noche se encontraba eufórica, y darse cuenta de que Cassie había decidido no ir vestida como las demás para ir a juego con su hermano, la emocionó.

—Estás preciosa —dijo cuando estuvo a su lado—. Mi hermano va a alucinar, porque él lo sabe, ¿verdad?

Afirmó enérgicamente y les contó que había sido idea de él. Aquella chica le caía genial y esperaba que su hermano se diera cuenta de que ella se había enamorado sin poder remediarlo y que él la correspondía. Le encantaría que Cassie acabara siendo no solo una de sus mejores amigas, cosa que ya estaba consiguiendo, sino que en un futuro no muy lejano fuera su cuñada. Aquella idea le parecía fantástica.

Las tres juntas avanzaron dándose cuenta de que muchas miradas escaneaban a los cuatro chicos que iban unos pasos delante de ellas. Jackie no podía dejar de pensar en que Killiam estaba demasiado serio. Sabía que no quería ir a aquella fiesta y solo esperaba que no estuviera molesto con ella por haber cedido en una cosa que no le apetecía. Cassie estaba eufórica porque Dean parecía más atento con ella, pero no quería hacerse falsas ilusiones. Cat no sabía qué pensar. Cody le gustaba mucho. Ambos habían dejado claro desde el principio que su relación era abierta, que no tenían nada serio, y a ella no le molestaba que él hubiera estado con otras chicas durante aquellos dos años. Después estaba Harris. Aquel chico que parecía duro y serio cuando lo conocías, pero una vez que hablabas con él, que lo mirabas a los ojos, sabías que era distinto. Especial.

Una vez que empezaron a acercarse a la casa, los chicos esperaron a las chicas y se colocaron a su lado. Killiam junto a Jackie, Dean rodeó con el brazo la cintura de Cassie y, sorprendiéndolos a todos, le plantó un beso en la boca. Cat tenía a su derecha a un Harris que se moría por cogerle la mano y a su izquierda a Cody, que ya estaba silbándole a una chica disfrazada de Harley Quinn, que iba en la misma dirección que ellos. No tardó ni un segundo en despedirse de sus amigos y salir tras ella. Lo que más le sorprendió a Cat fue que no sintió nada, que no le importó que se fuera.

Cuando entraron en la casa ya había mucha gente bailando con los típicos vasos rojos en sus manos. Había disfraces de todo tipo. Varios Freddy Krueger, payasos de *IT*, diablos, esqueletos, conejitas, enfermeras, brujas, catrinas mexicanas. Eso sí, todas las chicas

llevaban con un toque sexi. A las tres chicas les pareció todo tan cliché que no pudieron más que dedicarse una mirada de decepción.

Dean, que aún seguía rodeando la cintura de Cassie, se despidió de su hermana diciéndole que iba a por algo de beber y a saludar a algunos amigos. Harris miró a Cat, y esta le devolvió una amplia sonrisa.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó dubitativo.

—Sí, por favor. —Y fue ella quien lo tomó de la mano, haciendo que ambos sintieran una corriente de electricidad por todo el cuerpo, y se perdieron entre toda la gente.

Jackie no podía dejar de mirar a Killiam, que lo observaba todo. No podía descifrar qué transmitían sus ojos. Era la primera vez que lo veía así, y sentía que lo había forzado a hacer algo que no quería, o más bien, para lo que no estaba preparado, así que lo tomó de la mano y sin que él se resistiera, tiró de él hasta que lo sacó de nuevo de la casa.

Cuando de nuevo estaban en el exterior, ella no esperó a que el preguntara qué pasaba. Tenía que sacarlo de allí porque sentía que estaba a punto de desmoronarse.

—Vámonos, llévame a cualquier otro sitio.

—No, Jackie. Quieres estar aquí y yo quiero estar contigo —intentó sonar convincente, pero no lo consiguió.

—Te equivocas. Ya has hecho mucho más de lo que esperaba. No sé lo que te pasa, y no voy a forzarte a que me lo cuentes, pero lo que sí quiero es que sepas me da igual donde sea, pero esta noche la quiero pasar contigo.

Aquello hizo que el corazón de Killiam latiera desbocado. Sabía que no se merecía a la chica que tenía delante. Tenía claro que debía contárselo todo, o al menos todo aquello que pudiera antes de que se derrumbara o de que ella saliera huyendo.

La tomó de la mano, le dio un beso sobre la cabeza y la guio por las calles de Austin sin prestar atención a las personas que se cruzaban con ellos. No estaban muy lejos del Parque Pease. Jackie nunca había estado allí, sobre todo porque llevaba poco tiempo en la ciudad, pero a Killiam le encantaba aquel lugar, sobre todos los senderos que había entre los árboles y que conseguían la tranquilidad que buscaba cuando la necesitaba. Ella no protestó en ningún momento. Notó que fuera lo fuera lo que le pasaba, si abría la boca, él perdería aquel ímpetu, y

quería saber qué le pasaba. Con Killiam se sentía segura.

Dentro del parque había niños jugando en la zona destinada para ellos y muchas más personas disfrazadas, cosa que ayudó para que ellos no se sintieran incómodos vistiendo como lo hacían. Caminaron hasta que él pareció encontrar el sendero que le llevaba hacia donde quería, y allí fue cuando Jackie vio un banco que quedaba casi oculto entre varios árboles y arbustos. Llegaron hasta él, se sentaron y Killiam apoyó los codos sobre sus rodillas para después posar su cabeza en las manos.

No sabía por dónde empezar. Quería contarle lo que le atormentaba, lo que le había hecho aislarse del mundo y…

—Yo no quería una relación cuando llegué a la universidad. Nunca la he querido. —A Jackie se le cortó la respiración ante aquella declaración, y sintió que estaba a punto de saber de verdad cómo dolía cuando se rompe el corazón—. Hasta que llegaste tú. No sé lo que me has hecho. No sé qué demonios es esto que hay entre los dos. Lo único que sé es que no puedo dejar de pensar en ti, en que, si un día no consigo hablar contigo, esa noche volverán las pesadillas. Joder, hasta le he hablado a mi madre de ti.

—Tú también me gustas, Killiam. —Intentó calmarlo con aquellas palabras, pero solo consiguió que él se pusiera de pie y empezara a caminar de un lado a otro murmurando palabras.

—No me conoces, no sabes qué hice. No sabes si volveré a hacerlo…

—No me importa lo que hiciste. El pasado es algo que debe de quedarse allí. Solo tiene que servirnos para hacernos más fuertes. Para aprender de los errores —respondió. Quería levantarse y abrazarlo. Que supiera que ella estaba allí, pero entendía cómo se sentía, lo duro que era que tu pasado te persiguiera una y otra vez.

—Pero no puedes olvidar nunca que dejaste a tu padre encadenado a una cama para el resto de su vida.

20

Cuando el silencio es tan ensordecedor que no te deja escuchar lo que hay a tu alrededor hace que sientas que el mundo tiembla bajo tus pies. Que todo lo que te rodea a desaparecido y que solo quedas tú. Y la soledad.

Killiam no se atrevía a mirar a Jackie. Quería contárselo, quería que supiera que sus demonios siempre iban a estar ahí para atormentarlo. Para sentir que amar a alguien no era algo para lo que él estuviera preparado. Porque el miedo de sentir que podía acabar de aquella manera, como lo hizo su padre, su madre, su familia. Pero había sido cruel con ella por decirlo de aquella manera. Cruel con él por no ser consciente de las palabras que saldrían de su boca hasta que lo hicieron. No estaba preparado para que ella fuera comprensiva. No en ese tema. No se lo merecía.

Ella no dejaba de procesar la frase una y otra vez. No consideraba a Killiam un chico violento. Nunca lo había visto perder el control y con ella siempre se había sido protector. «Pero *no puedes olvidar nunca que dejaste a tu padre encadenado a una cama para el resto de su vida*». No, le era imposible pensar que Killiam le hubiera hecho daño sin un motivo que lo justificara, y así se lo hizo saber.

—¿Qué pasó? —Necesitaba saberlo. Quería comprenderlo. Conocer a ese chico que se ocultaba tras tanto dolor.

Para el capitán del equipo de fútbol americano, el que tenía que ser fuerte ante todos, fue la pregunta más complicada que le habían hecho es su vida, y no es que no fuera la primera vez que la

escuchaba, pero sí era la primera que de verdad quería contarlo todo, sabiendo que las consecuencias podían ser duras, que lo que los unía era un fino hilo que podía romperse en cualquier momento y que la promesa de que iba a protegerla se rompería. Porque, ¿cómo vas a proteger a alguien de lo ajeno si no eres capaz de protegerla de ti mismo?

Volvió a sentarse en aquel banco, manteniendo la distancia con ella. Pensaba que, si la tenía más cerca, si sentía su calor, su piel, sería capaz de hablar.

—Ocurrió tal día como hoy, hace siete años, pero si me preguntas realmente cuándo empezó todo para llegar hasta ahí, me sería imposible recordarlo. —Las imágenes de tantos años de sufrimiento empezaron a pasar por su mente consiguiendo que un nudo se le pusiera en la garganta y las palabras no quisieran salir. Como si se tropezaran unas con otras.

Jackie acortó la distancia que había entre ambos y le tomó una de las manos, ya que no dejaba de pasarlas por sus muslos arriba y abajo. Hizo que él se sorprendiera. No estaba preparado para ese contacto. No quería que ella le tuviera compasión, solo quería que conociera quien era y que, si no podía soportar el monstruo que era, se alejara. Aunque aquello le doliera en el alma. Le había dicho a Dean que sentía mucho por su hermana, que estaba enamorado de ella y solo por eso le debía una explicación.

—No tienes que contármelo si no puedes. —El tono de voz de Jackie fue tan suave y reconfortante que sintió como si en medio de aquella oscuridad que lo consumía, ella iluminara su vida. En eso se había convertido en tan poco tiempo.

—No sabes lo que significas para mí. No puedes ni llegar a imaginártelo, pero creo que cuando sepas toda la verdad, cuando veas quien soy, ya no querrás que siga a tu lado. —Entrelazó sus dedos con los de ella, esperando que aquella electricidad que siempre recorría su cuerpo no desapareciera. Que ella no lo hiciera.

—No me importa tu pasado. Sé que si lo que hiciste fuera realmente grave, tú y yo ahora no estaríamos aquí sentados. Tengo claro que la mayoría de las personas somos un desastre, pero quiero creer que eso es lo que nos hace perfecto, que todas las personas seamos diferentes y encontremos esa que nos hace sentir mejor. —Jackie no estaba preparada para contarle su pasado como él estaba

intentando hacer, pero sí para abrirle su corazón, para que sintiera todo lo que despertaba en ella—. Cuando llegué a la universidad tenía una lista. Te reirías ahora si vieras que no he podido cumplir ni la mitad de las estúpidas normas que me impuse. Eso ha hecho que te conozca y, sé que tú conoces parte de lo que me pasó, porque Dean es mi hermano y a veces no puede mantener la boca cerrada cuando se trata de mí, y aun así quieres estar a mi lado, ¿por qué no puede ser al revés también?

—Mi padre quería a mi madre, al menos eso pensaba cuando era un niño. Ellos siempre habían parecido felices. Él siempre era atento con ella. Trabajaba en una empresa de marketing empresarial y tenía que salir a menudo de viaje. Cada vez que volvía le traía un regalo y a ella se le iluminaba la sonrisa. Siempre decía que papá cuidaría de nosotros. Que no importaba lo que escuchara, que ella se encargaría de que siempre fuéramos felices.

Tomó aire pensando cómo contar la historia sin que sonara demasiado cruda y real. Al principio no quería explicárselo todo, pero sabía que no había otra manera de hacerlo. Ella no le había soltado la mano, y ese contacto entre ambos le permitió seguir con el relato.

—Cuando cumplí doce años empecé a ser consciente de que la sonrisa de mi madre, aunque siguiera siendo la misma, ya no la hacía brillar. Ella intentaba disimular frente a mí, pero yo ya no era un crío que no se daba cuenta de que las cosas ya no eran igual en casa. Mi padre empezó a viajar más y a estar menos en casa. Aquellos momentos en los que nos quedábamos los dos solos era cuando mi madre parecía ser la mujer de siempre. Era un día de verano, mi padre se había ido de viaje esa mañana. Entré en su habitación para pedirle a mi madre que me permitiera ir a la piscina de unos amigos, y entonces lo descubrí y, aunque en aquel momento no supe lo que significaba, lo cambió todo.

Algo le decía a Jackie que tenía que parar aquel relato, que lo que estaba a punto de contarle lo destrozaría más de lo que ya estaba. Se acercó más a él y, soltándole la mano, se abrazó a su cuerpo apoyando la cabeza sobre su pecho. Sintió el latido acelerado de su corazón y cómo su pecho se elevaba con rapidez con cada bocanada de aire que tomaba para poder seguir hablándole.

—Yo… no supe por qué mi madre tenías marcas en la espalda, en el pecho, en sus piernas. Todas eran zonas de su cuerpo que siempre

estaban cubiertas. Le pregunté, pero ella me pidió que saliera inmediatamente de allí. El tono de voz que usó conmigo fue tan severo que le hice caso sin protestar. Los siguientes días todo volvió a ser igual. Yo era un niño, cómo iba a imaginarme que aquello significaba que mi padre llevaba años maltratándola.

—Killiam… —Lo abrazó más fuerte. Aquella historia era demasiado dura. Demasiado fuerte para que un niño de doce años tuviera que vivirla. Para que una mujer tuviera que soportarla.

—Pasaron tres años y yo empecé a estar más atento a todo lo que pasaba a mi alrededor. Mi madre cada día estaba más apagada. Mi padre empezó a beber cada vez más, y cuando estaba en casa las discusiones de ambos ya no me pasaban desapercibidas. Aunque me mandaran a mi habitación para que no las presenciara, podía oír cómo él la gritaba. Cómo mi madre lloraba. Cómo lo hacía yo en mi habitación al sentirme impotente por no poder hacer nada. Yo lo quería, Jackie. Lo quería porque él siempre se había portado bien conmigo, hasta aquella noche.

De nuevo se hizo el silencio entre ambos. Él porque empezó a recordar las escenas de aquella noche. Ella porque no quería sentir lo que estaba sintiendo. Ambos rotos. Ambos dos piezas de un puzle que parecía que siempre permanecería incompleto.

—Mi padre había estado de viaje la última semana y yo era feliz porque mi madre lo era. No esperábamos que volviera aquella noche. Yo ya sabía qué pasaba y lo había intentado hablar con mi madre, pero ella se cerraba, disculpándolo, diciendo que era culpa de ella. ¿Cómo va a ser tu culpa que esa persona a la que quieres te demuestre su supuesto amor a golpes? No podía soportarlo más. Yo había quedado con mis amigos para ir a una fiesta, pero no quería dejar a mi madre sola. Ella insistía en que estaría bien. Insistía tanto que algo me decía que no debería hacerle caso, por lo que me quedé en casa. No me imaginaba que aquello sucedería diferente, pero, aunque me gustaría cambiar muchas cosas de las que pasaron, no me arrepentiré nunca de haberme quedado.

—No tienes por qué contarme nada más. Déjalo… —Jackie había empezado a llorar, y ni siquiera se había dado cuenta.

Él mantenía la vista al frente, perdida entre los árboles, contando aquella historia, y por primera vez sintiéndose libre al hacerlo. No podía parar ahora. Quería hacerlo, no solo para que ella conociera su

historia y supiera lo que había hecho, sino porque era él quien necesitaba sacarlo.

—Me había ido a mi habitación y escuché cómo la puerta de casa se abría. Vivíamos en una casa pequeña de una sola planta. Era pequeña y modesta. Tras aquel golpe escuché su voz y supe que venía borracho. Mi madre le pidió que bajara el volumen, pero eso solo consiguió que él se mosqueara más. Las voces fueron en aumento y cuando escuché el primer golpe seguido de un grito de mi madre no pude evitarlo. Cogí el bate de béisbol que tenía tras la puerta de la habitación y ni siquiera pensé qué estaba haciendo. Cuando entré en el salón me encontré a mi madre tirada en el suelo. Ella se sujetaba el estómago, las lágrimas bañaban su cara, al igual que un hilo de sangre mostraba que le había partido el labio. Él solo gritaba que le había jodido la vida una vez y que no permitiría que lo hiciera una segunda. No lo pensé, no era capaz de hacerlo en aquel momento…

Volvió a callarse y cuando Jackie levantó la vista para mirarlo se le rompió el alma. Killiam, aquel chico que le había parecido en un principio uno más de esos chicos populares que tenían todo lo que querían sin apenas tener que esforzarse, se había derrumbado. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas e iba mojando la camisa blanca de su disfraz. Apretaba los ojos, como si así intentara parar el llanto, pero le estaba siendo imposible. Ella volvió a cambiar su postura y se sentó a horcajadas sobre él, rodeándole con pies y brazos. Llorando también, mezclándose el dolor de los ambos.

—Lo golpeé con todas mis fuerzas en la espalda. El grito tuvo que escucharse en toda la urbanización. Cuando se giró y me miró, no pude reconocerlo. Aquel no era el hombre que amaba a mi madre, no era el padre que se había preocupado por mí. Dejó a mi madre en el suelo y yo solo quería acercarme a ella. Mi padre siempre ha sido un hombre grande y fuerte. Con quince años yo todavía era escuálido y mi cuerpo no se había desarrollado. Tenía fuerza por el deporte, pero no la suficiente como para enfrentarme a él. Me dio un puñetazo que me tiró al suelo y perdí el arma con la que podía defenderme. Empezó a golpearme como lo estaba haciendo con mi madre, pero yo era rápido y pude levantarme. Simplemente usé la poca fuerza que tenía y mi velocidad para lanzarme contra él. Caímos los dos al suelo y me deshice de él para acercarme a mi madre. Ninguno de los dos fuimos conscientes de que no se movía hasta que nos dimos cuenta de que no

se había acercado a nosotros. Mi madre se levantó con rapidez y se acercó a él. Respiraba, intentaba hablar, pero no se movía. Se había golpeado en la nuca y su cuerpo se paralizó para siempre.

—Fue en defensa propia, Killiam. No puedes culparte por lo que pasó.

«Claro que es mi culpa», pensó. Si él hubiera estado más pendiente, si no hubiera dejado pasar las marcas que cada vez que su padre estaba en casa aparecían en el cuerpo de su madre, aquello no hubiera pasado. Levantó a Jackie de su regazo y volvió a levantarse del banco. Sentir cómo ella lo abrazaba, cómo se compadecía. Todo aquello lo hacía parecer peor persona de lo que era. No, no se culpaba por lo que le había pasado a su padre y así se lo hizo saber.

—Volvería a golpearlo una y mil veces si lo hiciera de nuevo. Pero soy el culpable de que mi madre sufriera aquellos años. Si yo hubiera estado pendiente de ella y no solo de las chicas y del fútbol, ahora ella no estaría triste. Seríamos una familia, ella, él y yo.

—Pero solo eras un niño, Killiam. Es normal que no supieras qué estaba pasando. Tu madre no quería que te enteraras, quería que vivieras la vida, que fueras un niño feliz.

Aquellas palabras le recordaban tanto a las que su madre le repetía una y otra vez, que no podía soportarlas. No quería hacerlo. Quería seguir sintiendo ese dolor.

—No, Jackie. No supe protegerla a ella como no voy a poder hacerlo contigo.

Dicho aquello le dio la espalda y empezó a caminar entre los árboles por el sendero que tan bien conocía. No quería que ella intentara disculpar sus actos. Que le dijera que era normal lo que le había ocurrido. Nada de aquello era normal.

Ni siquiera pensó en que había dejado allí sola a Jackie hasta que la noche se había cerrado y seguía en el interior de aquel parque, sentado a los pies de un árbol, llorando, empapándose de las imágenes de un recuerdo que le iba a ser imposible olvidar, solo porque no quería hacerlo. Cuando volvió sobre sus pasos hasta aquel banco, ella ya no estaba, pero encontró algo sobre las tablas de madera. La pequeña diadema que sujetaba el velo de ella.

Jackie había esperado casi una hora. Había pensado en seguirlo, pero sabía que necesitaba distancia, que en aquel momento ella no era una buena compañía. Se arrepentía de haberle insistido para que

asistiera a la fiesta. Tal vez si se hubieran quedado en el apartamento con el plan inicial, unas pelis de terror y palomitas, él no hubiera querido contarle su historia. Ella no necesitaba escucharla. Sabía que el pasado marcaba a las personas, pero quienes sabían gestionarlo lo usaban para aprender de él. Killiam parecía no querer hacerlo. Ella no podía hacer nada si no quería que lo ayudaran.

Se quitó la diadema que llevaba y la dejó allí, esperaba que entendiera que lo hacía para que supiera que, aunque se había ido, seguiría esperándolo. Que no le importaba lo que había hecho. No lo culpaba por ello. Cómo iba a hacerlo si lo que había hecho era proteger a su madre.

Al llegar a su apartamento, como aún era temprano, estaba vacío. Se metió en su habitación, se quitó el disfraz, el cual dejó tirado en un rincón del cuarto, y se metió en la ducha. El agua se iba tiñendo de azul con los restos del spray que había usado Cat para su pelo y el maquillaje de su cara. Qué distintas habrían sido las cosas si ella hubiera cumplido las normas de aquella maldita lista.

Cuando salió del baño, se secó y se puso el pijama, cogió la agenda donde tenía aquel maldito papel y lo rompió en pequeños trocitos. Ya no servía de nada. Se había enamorado de Killiam, y algo le decía que mientras él no consiguiera avanzar, mientras no se diera cuenta de que él no era culpable de nada, aquella relación nunca funcionaría.

¿Por qué su vida tenía que ser tan complicada?

Las decisiones se toman por algo, y en aquel momento ella no sabía si arrepentirse de todas las que había tomado en los últimos años.

21

El caos a veces puede ser un completo desastre, otras ser algo tan perfecto que no sabes distinguirlo de un día fabuloso. O tal vez una semana, un año o tu vida completa. Así era cómo se sentía Killiam dos semanas después de haberle contado todo lo que ocultaba en su interior a Jackie.

Los días habían pasado en una rutina tan cómoda que hasta sus compañeros habían decidido dirigirle la palabra lo menos posible. Dean conocía parte de la historia, o al menos lo que su hermana le había querido contar. Cuando lo hizo quiso ir a buscar a su mejor amigo y pegarle la paliza de su vida, pero le había hecho una promesa a su hermana y, aunque le estaba siendo complicado cumplirla, entendía por qué lo había hecho.

Él conocía el pasado de su amigo. Entendía, o al menos eso esperaba, lo duro que fue criarse con una madre sumida en una depresión y tener a un padre postrado para el resto de su vida en una cama. Dean no podía hacer nada por su amigo si este no quería avanzar, si se quedaba cada día atrapado en aquella noche, por eso le prometió a su hermana que no le diría nada, que seguiría siendo su amigo y lo apoyaría en todo lo que necesitara. Jackie era un pequeño ángel caído del cielo que se preocupaba más por los demás que por ella misma, y sabía que con aquella promesa solo estaba protegiendo al chico del que se había enamorado.

No tuvo necesidad de decírselo a su hermano, él lo sabía, al igual que también había visto cómo su mejor amigo miraba a su hermana, pero si ellos no eran capaces de estar juntos, tenía que respetar la

decisión de ambos.

Killiam y Jackie habían coincidido en un par de ocasiones, los dos partidos que hubo en los siguientes fines de semana. A todos les pareció raro no verlos juntos después de la cantidad de muestras de amor que se habían prodigado después de aquel primer partido, pero nadie dijo nada y ambos se sintieron aliviados por ello.

Jackie lo miraba jugar, no podía dejar de hacerlo mientras él estaba en el campo de fútbol. Lo animaba sin decir su nombre en voz alta, sufría por cada golpe que se llevaba del equipo contrario y se alegraba cada vez que una jugada conseguía avanzar las yardas necesarias y él era el protagonista. Deseaba con todas sus fuerzas que Killiam la mirara y entendiera que ella sí quería estar con él, pero después de haber abandonado el parque tras la hora esperando a que él regresara, ninguno de los dos volvió a ponerse en contacto con el otro. Como si fueran desconocidos. Como si nunca hubieran sentido algo tan grande, aunque estaba ahí y los había sobrepasado. Killiam había sido incapaz de ir a buscarla.

Creía que había metido la pata hasta el fondo. Que aquello que habían empezado a vivir podía ser para siempre. Que Jackie era para siempre. No podía dejar de darle vueltas a cómo le había contado la historia, no se había guardado nada y después, el notar como ella sentía pena por él, fue demasiado duro. Se fue de aquel banco, de aquel rincón donde había compartido todo de él. Cuando se dio cuenta de que ella era distinta a todas las demás, volvió sobre sus pasos arrepintiéndose de haber huido de aquella manera. No fue consciente de que se había demorado tanto hasta que no la había encontrado allí.

No fue capaz de ir a buscarla, de llamarla. Si ella se había ido era porque también veía a aquel niño que lo destrozó todo, que seguía siendo un cobarde aun cuando ahora fuera un hombre.

Esperó paciente sentado en el sofá del apartamento a que Dean apareciera, se merecía que le diera una paliza, que no solo el dolor por lo perdido fuera lo que le atormentara. Eso no pasó. No vio a Dean Davis hasta dos días después y lo que le dijo nunca lo hubiera esperado.

—No te mereces pasar por lo que pasas, pero sí que te quedes solo si no sabes salir del agujero en el que te has metido.

Aquellas palabras le retumbaron más que el portazo de su mejor

amigo dio cuando se metió en su habitación. Cody y Harris seguían comportándose casi como siempre, y se dio cuenta porque, aunque siguieran compartiendo con él sus bromas, lo incluyeran en las conversaciones y en los entrenos parecía que nada había pasado, pero cuando Dean estaba delante todo se volvía más frío.

La primera semana no había llamado a su madre, no se encontraba con fuerzas para hacerlo. Sabía que en el momento en que escuchara su voz a través del teléfono se derrumbaría, y llevaba demasiado tiempo sin hacerlo. No quería que su madre supiera que toda la mierda que ella creía que al fin había dejado atrás cuando había ingresado en la universidad, seguía ahí.

La segunda semana fue más de lo mismo, pero esa vez sí tuvo que hacer frente a su madre. Hablaron de los estudios, de cómo iba la liga y de cuantas yardas había recorrido hasta ahora. Killiam había intentado desviar la conversación, procurando que su madre no hiciera la pregunta que sabía que le quemaba en la lengua, pero no tuvo esa suerte.

—¿Y con la chica de la que me hablaste? ¿Qué tal va todo? —La boca se le había secado, la rabia le bullía y quería contárselo todo a su madre, pero no quería preocuparla.

—No funcionó, mamá. Ya sabes, las niñas de primero… —No quería mentir a su madre, pero qué otra cosa podía hacer.

—Ratoncito, no me engañas. Ella no es una chica de primero como las demás, y no te lo digo porque sea la hermana de tu mejor amigo, sino porque era la primera vez que me hablabas de una. —Se había callado un segundo, pensando que tal vez ese era el problema—. ¿No te habrás peleado con Dean?

—No, mamá. Simplemente no funciono. Ella…

Se había empezado a poner demasiado nervioso porque sabía que ninguna de las excusas que pudiera inventar serían lo suficientemente creíbles para su madre. Lo conocía muy bien.

—Cariño, no pasa nada. —Lo había tranquilizado ella—. Sé que me dijiste que no podías venir en Acción de Gracias, pero he estado ahorrando y he pensado…

—No voy a discutir de nuevo, mamá. —Había agradecido que ella cambiara de tema, pero ese tampoco era de sus favoritos—. Tienes muchas cosas que pagar y a mí me pasa igual. Cada centavo que ahorremos servirá para el futuro. Te prometo que esta será el último

día de Acción de Gracias que pasemos separados.

Ella no había querido protestar, sabía que cuando su hijo tomaba una decisión era casi imposible que le hicieran cambiar de idea. Le había pedido que al menos no pasara aquel día solo, pero no pudo prometerle nada. Dean lo había invitado semanas atrás a su casa para que cenaran todos con su familia. Había accedido porque de esa manera estaría cerca de Jackie, pero ya no quería ir. No podía ir.

Habían pasado más días, hasta que solo quedaban un par para el fin de semana de Acción de Gracias. Estaba tirado en la cama, con el dibujo de Jackie en sus manos y queriendo salir al salón para asomarse como cada día al balcón, por si la podía ver. Era la única manera en la que se había permitido observarla, pero aquel día sus otros tres compañeros estaban viendo la reposición del último partido de los Houston Texans, al que todos aspiran pertenecer algún día. A él le hubiera gustado compartir con sus compañeros aquel momento, como en los años anteriores, pero no quería ser el culpable de que se sintieran incomodos. Unos nudillos golpearon la puerta de su habitación y cuando esta se abrió no le hizo falta mirar para saber quién era.

—Tío, espero que hayas preparado lo que te vas a llevar a casa de mis padres. Después de la cena me gustaría que conocierais a algunos colegas con los que jugaba allí al fútbol.

—Pero…

—No seas gilipollas. Sigues siendo mi mejor amigo y te entiendo tanto a ti como a mi hermana, y soy lo suficiente inteligente como para no meterme en medio, pero de la misma manera sé que ambos necesitáis un empujón para que arregléis vuestras mierdas.

¿Qué era lo que Dean le estaba diciendo? ¿Quería él hablar con Jackie? Sí, quería, pero no había sido capaz en las últimas tres semanas y presentarse de repente en casa de ella no le parecía la mejor opción.

—¿Ella sabe que iré?

Aquello le puso una enorme sonrisa en la cara a Dean. Su amigo no se había negado, por lo que era un gran paso para él. Claro que Jackie no tenía ni idea de sus planes, pero no se lo iba a decir a Killiam.

—Sabe que van mis amigos, así que si es inteligente…

Siguió hablando mientras abandonaba la habitación, pero Killiam no alcanzó a oír lo que le decía.

Su mente empezó a bullir de ideas. Tenía una oportunidad para hablar con Jackie, pero no sabía lo que le diría. Sabía que ella querría alguna explicación de por qué había actuado así, y esperaba que eso al menos pudiera hacerlo.

Jackie estaba en su habitación mirando el interior de su armario mientras Cat estaba sentada en la cama. Le había pedido a esta que la acompañara a aquella cena de Acción de Gracias, ya que Cat se iba a quedar en la residencia sola porque su padre tenía guardia aquella noche. Cuando Jackie se enteró de que su hermano llevaría a algunos amigos, ella había decidido que tener a Cat allí haría menos incomoda la cena con sus padres.

—¿Va a ir Killiam? —preguntó Cat mientras Jackie dejaba una falda de tubo y una camisa sobre la cama.

Su amiga no había querido meterse en ningún momento en lo que había pasado entre ambos. La única información que había recibido fue que todo se había acabado, que ninguno de los dos estaba preparado para una relación y el tono en el que Jackie se lo dijo le hizo saber que solo conocería más de la historia cuando ella quisiera contárselo.

—No lo sé. —Y era la verdad. Por un lado, quería verlo, hablar con él, decirle que, aunque ellos no fueran capaces de avanzar, sobre todo porque él no parecía querer hacerlo, podía contar con ella como amiga.

—Y si lo hiciera…

Cat quería ayudar a su amiga. No había que ser muy lista para darse cuenta de que después de aquella fiesta de Halloween, Jackie se había apagado y volvía a parecer aquella chica de los primeros días de universidad. Una chica que solo quería huir y que volvía a hacer lo mismo.

—No quiero preocuparme ahora mismo por eso, Cat. Vamos a cenar a casa de mis padres y no quiero que la noche sea una completa mierda, y si dejo que la presencia de Killiam allí me afecte, lo va a ser.

—Ahora entiendo por qué estás eligiendo esta mierda de ropa. —Cogió la blusa que había caído a su lado y empezó a mirarla como si estuviera maldita—. Quieres pasar desapercibida.

—No. Solo pretendo que mi madre no monte en cólera si aparezco con lo que me pongo aquí. Le prometí a mi padre que iría a la cena, aunque ahora sea lo que menos me apetezca en el mundo, pero si tú y

Dean estáis allí, será más fácil.

Cat soltó la blusa y se levantó de la cama. Se acercó hasta su amiga y la envolvió entre sus brazos. Jackie no estaba acostumbrada a las muestras de afecto, pero se había convertido en fan número uno de los abrazos de su amiga. Desde la conversación con Killiam ella le había regalado muchísimos, sin ella saberlo los había necesitado todos, como ese que se estaban dando en aquel momento.

—Nunca te lo he dicho, pero espero que sepas que te has convertido en alguien muy importante en mi vida. —Una lagrima resbaló sobre la mejilla de Jackie y no se preocupó por eliminarla.

—Tú también eres mi mejor amiga.

Dean había quedado con su hermana en que irían en el coche de ella. Él no tenía ninguno en Austin, no le había hecho falta porque tenía todo cerca, y cuando necesitaba alguno siempre tenía a su disposición en de Killiam, Cody o Harris. Como su casa estaba a poco más de hora y media, y su padre les había dicho que hasta las siete no empezaría la cena, habían decidido salir a las cinco e ir ya arreglados. Ninguno de los dos tenía intención alguna de pasar más del tiempo necesario con sus padres. Cat y Cassie irían con ellos en el coche.

Mientras guardaban las cosas en el maletero, Dean agarró a su hermana de la muñeca, esa tarde estaba más nerviosa de lo normal y él sabía cuál era el motivo. Esperó a que la chica que lo estaba volviendo loco y la amiga de su hermana se metieran en el coche para hablar con ella.

—Pregúntalo ya y deja de poner nervioso a todo el mundo.

—Va… va a venir. —No era una pregunta, pero es que no necesitaba hacerla. Algo le decía que era así.

—Voy a ser claro contigo, ratoncita. Killiam es mi mejor amigo y tú eres mi hermana. Os quiero a los dos un motón y entiendo la postura que habéis decidido tomar cada uno. Conozco su historia y no me gustaría estar en su pellejo. Él es el único que puede encontrar una solución, pero también sé que tú puedes ayudarlo y que los dos sois unos cobardes.

Cuando terminó de decir aquello se dirigió al lado del conductor del coche y se montó en él. No esperó que su hermana le contestara. Ya había dicho lo que tenía que decir y ahora era el momento de que

ella tomara la siguiente decisión. Los siguientes pasos en el camino tenía que darlos sola.

Tanto ella como Dean, después de aquella corta conversación, agradecieron no ir solos en el coche. Cat y Cassie hablaron de todo, cantaron y consiguieron sacarle alguna que otra sonrisa a Jackie, que no dejaba de mirar a través del espejo retrovisor al *jeep* que les seguía. En aquel coche iban Cody, Harris y un Killiam demasiado nervioso por todo lo que le depararía aquella noche.

Cuando ambos coches aparcaron en el porche de entrada de casa de los Davis, Jackie fue la primera en bajarse y, sin mirar atrás, se dirigió a la puerta de entrada. No quería estar en aquella cena, no quería mirar de frente a Killiam, pero para lo que menos preparaba estaba era para ver a Ryan frente a ella cuando la puerta se abrió.

Si aquella cena ya tenía muchas opciones de ser la peor cena del mundo, aquello lo acababa de empeorar más.

22

«¿Qué hace Ryan aquí?». A Jackie le hubiera gustado preguntárselo ella misma. Gritárselo a la cara y decirle que se fuera de allí. Ya no solo tenía que luchar contra la idea de que en aquella cena fuera a estar Killiam, y de la necesidad de hablar con él. de volver a besarlo, de decirle que lo amaba y que juntos podían superar cualquier cosa, aunque mientras él no supiera ver más allá de su pasado hiciera todo más complicado. Tenía que lidiar con su ex sabiendo que todos los chicos que habían ido con ella a la cena tenían ganas de patearle el culo.

Dean llegó a su lado nada más vio aparecer a Ryan, pero no le dio tiempo de reaccionar ya que justo detrás de él apareció su madre con una enorme y falsa sonrisa en la cara. Sabía lo que significaba aquello y que desde el principio todo había sido orquestado por la mujer que los había traído al mundo. Quería que sus dos hijos siguieran siendo sus marionetas, manejar sus vidas. En aquel momento se alegró de estar acompañado por sus amigos, los que ahora consideraba su verdadera familia. La que él había elegido y de la que quería cuidar a toda costa.

—¡Oh, cariño! ¡Pero qué delgada estás! ¿No te están dando de comer? Si ya decía yo que no era buena idea que te fueras tan lejos de casa. Podías haber seguido estudiando aquí. Dejando que yo te cuide. Y Ryan. —Y ahí estaba su madre, diciendo las cosas tal como las pensaba, sin importarle la opinión de nadie.

Killiam al principio era un simple observador. Cuando vio la cara del exnovio de Jackie su sangre empezó a arder. Notaba cómo le

burbujeaba por todo el cuerpo y el estómago se le revolvía. La ira le cubrió cada centímetro de piel. Harris se colocó a su lado y le golpeó sobre una de las manos, de esa manera se dio cuenta que había cerrado los puños y los apretaba con fuerza, preparado para dar el primer golpe sin importarle a quien se llevara por delante. «¿Esto son los celos?», se preguntó. Si era así estaba en un gran lío. Después de haber escuchado parte de la historia de la chica por la que se estaba volviendo loco solo había pensado en darle a aquel idiota su merecido.

Miró a su compañero y le hizo un gesto de asentimiento para que entendiera que estaba más calmado. No era así, pero era un invitado en aquella casa y su relación con Jackie se había roto. Dean estaba junto a ella. Ya no tenía ningún derecho a protegerla, aun así, dio los pasos suficientes hasta colocarse a su espalda.

Jackie no necesito mirar a la persona que se había puesto detrás de ella. La mirada que Ryan echó sobre su hombro le fue suficiente. Quiso dar un paso atrás, sentir el calor de su cuerpo más cerca, darle las gracias por estar junto a ella, pero no era el momento para hacerlo y el tono en el que volvió a hablar su madre se lo hizo saber.

—¿Habéis traído invitados? —Miró de Jackie a Dean con furia. A aquella mujer no le gustaban las sorpresas ni los imprevistos—. Es una falta de respeto a vuestra familia. No hay sitio en la mesa para ellos.

Los allí presente sintieron un escalofrío recorrer su cuerpo. Cassie se había encogido junto a los chicos, como si necesitara pasar desapercibida. Algo le dijo que aquella insufrible mujer era la causante de que Dean Davis no se abriera a las personas, que guardara tantas cosas en su interior. Harris y Cody ya conocían a aquella mujer y seguían pensando que alguien le tenía que sacar el palo que tenía en el culo. Cat estaba conteniendo la risa, cosa que hizo que Cody le golpeara con el codo para que se controlara. Todo aquello le resultaba demasiado cómico.

La señora Davis, Susan, nombre que no usaba a no ser que estuviera con sus íntimas amigas, era más alta que Jackie. Su piel no se parecía en nada a la de sus hijos. Demasiado clara para un pueblo del sur donde el sol brilla. Su cuerpo era delgado y se notaba que había retocado algunas partes de él. Llevaba el pelo teñido de un color rubio antinatural y demasiado maquillaje, pero eso no ocultaba que su hijo Dean había sacado bastantes rasgos de ella, al contrario que

Jackie.

—Cariño, hay sitio de sobra en la mesa. Yo he invitado a los chicos. No te preocupes por nada.

El padre de Jackie apareció tras su madre y tras decir aquellas palabras, la mujer dedicó una mirada de asco a todos los allí presentes, y al momento se puso su máscara de anfitriona, dejó la puerta abierta y se fue hacia el interior de la casa. Cuando Jackie vio a su padre no pudo evitarlo, se lanzó a sus brazos y este la recibió con el mismo entusiasmo. Su relación era mucho mejor que la que mantenía con su madre. Él también había sido duro, la había controlado y, aunque no le había impuesto su futuro, sí que esperaba que hiciera caso a su madre y se quedara en el pueblo con ellos, que creara una familia y que encontrara un buen marido que la cuidara.

En aquel abrazo notó cómo su padre la apretaba como nunca lo había hecho. Sintió que algo en él había cambiado y cuando habló lo tuvo claro. Aquel hombre ya no era el mismo que había dejado meses atrás en San Ángelo.

Ryan se había ido con Susan sin que ninguno se diera cuenta, pero a nadie le importó que desapareciera.

—Hola, chicos. Soy Michel, pero podéis llamarme Mike.

El señor Davis saludó y todos pensaron que aquel hombre no tenía nada que ver con la mujer que los había recibido primero. Era un hombre alto, con el pelo canoso y arrugas en la cara, pero no de las que te hacían parecer mayor, aquellas denotaban el paso de los años de una persona sabia y que había disfrutado de la vida. Jackie se parecía mucho a él. En sus ojos grandes y de color chocolate. En esa sonrisa que le iluminaba la cara cuando estaba a gusto con las personas que lo rodeaban.

Les hizo pasar a la casa. Desde fuera se notaba que era grande. Dos plantas con un gran porche en el que a uno de sus lados había un asiento colgando de las vigas de madera pintada de blanco y con grandes ventanales que tenían que proporcionar bastante luz en su interior. La decoración de Acción de Gracias estaba realizada con buen gusto y los tonos naranjas, ocres y marrones daban un calor a aquel lugar que más de uno pensó que era el que le faltaba a la dueña. El interior, si no hubiera sido porque la decoración seguía allí, podía resultar frío. Los colores blancos eran los predominantes y los muebles denotaban elegancia y poder monetario. Killiam pensó que él no

pegaba en un lugar así, que no podía tener nada con una chica que se hubiera criado en su interior, no porque pensara que ella podía ser superficial, sino porque él nunca podría darle nada así.

Llegaron hasta el salón, el que solo usaban para ocasiones especiales, como era aquella, y a Jackie no le sorprendió ver a los padres de Ryan. Ambos estaban de pie junto a su hijo y su madre con una copa de vino en la mano, a una distancia prudencial de la chimenea. Estaba encendida, dando el calor necesario a la estancia ya que las ventanas permanecían abiertas. Cuando los señores Grimes la vieron, no dudaron en acercarse a saludarla con besos que apenas rozaron sus mejillas.

—Estás preciosa, Jacklyn —dijo Channel—. Ya me lo había dicho Ryan cuando fue a visitarte a la universidad. Estábamos deseando verte.

Jackie se tensó frente a aquella mujer. Su hijo les había dicho una mentira. Él no había ido a visitarla, le había exigido que volviera con él. ¿Acaso creían sus padres que habían vuelto a salir? No se extrañaba que lo hicieran, su relación había sido tan intermitente que podían pensar aquello, y sobre todo si su hijo seguía siendo tan manipulador, cosa que no le extrañaba.

—Gracias, señora Grimes. —Killiam la estaba observando y se dio cuenta de que aquella sonrisa que le dedicaba no era real. No la hacía brillar—. Permítame que le presente a mis amigos.

Cat se acercó resuelta y cuando le fue a dar dos besos, porque ella era así de afectuosa, la mujer dio un paso atrás. A Cat no le pasó desapercibido que aquella familia que tenía ante ella no merecía la pena, por lo que, nada más que las presentaciones terminaron, dio un paso atrás y se quedó en un rincón observando la frialdad que desprendía aquella estancia.

Los demás simplemente hicieron un gesto de saludo. Jackie estaba evitando mirar a Killiam, que era el último que se había acercado. Notó la tensión del cuerpo de este a su lado y cuando ella estaba a punto de presentarlos, el extendió la mano hasta Ryan.

—No tuvimos el placer de conocer nuestros nombres en el campus. —La mano de ambos se apretaba con fuerza, la mirada era desafiante y parecía que ninguno de los dos iba a dar su brazo a torcer en aquel apretón—. Killiam Connor.

—Ryan Grimes —contestó con rencor—. Veo que eres un buen amigo de mi chica.

Aquellas dos palabras le golpearon con fuerza en el pecho. «Mi chica», sí aquel tío concordaba con la casa, con la forma de vida que había llevado Jackie. Con la chica que no conocía, pero no era para ella. Un tío que de verdad fuera para ella no solo tendría que darle las cosas materiales que se merecía, también debía de haber amor y el que Ryan le proporcionó le recordaba demasiado a su pasado.

Seguían con las manos apretadas, retándose con la mirada y tuvo que ser Jackie quien rompiera aquel contacto, tanto físico como visual. Dio un paso al frente y puso una mano sobre el bíceps de Ryan, que la miró directamente a los ojos. Su sonrisa se amplió y cuando soltó la mano de Killiam e iba a dar un paso hacia ella, Jackie levantó la mano y le prohibió que avanzara.

—No soy tu chica. Ya no.

No dijo nada más, se dio la vuelta y se acercó hacia donde estaban sus amigas.

Aquella afirmación hizo que Killiam dibujara su sonrisa ladeada y que su hoyuelo se marcara. Ryan estaba cabreado, mucho. Sabía que volver a conquistar a Jacklyn le iba a costar, pero tenía a la madre de esta de su parte y pensaba jugar bien sus cartas.

El señor Davis les indicó que podían ocupar sus sitios. Susan intentó en vano que su hija ocupara el lugar junto a Ryan, pero esta fue más rápida y se sentó entre sus amigas, dejando aquel privilegio a su hermano, pero no pudo evitar tenerlo frente a ella en la mesa, por lo que sus miradas se cruzarían durante toda la cena.

En aquella casa se hacía todo a lo grande, y cuando la señora Davis hizo sonar una campanilla, varios camareros entraron en el salón cargados de bandejas y botellas de vino. Jackie deseaba poder llevarse a los labios un sorbo de aquel liquido color sangre, pero tuvo que conformarse con el agua que le habían servido en la copa.

El salón no estaba en silencio, su madre hablaba con Channel y su padre estaba preguntándole a Dean qué tal le iban las clases y por el resultado de los partidos. Pensó que tal vez sí era capaz de poder soportar aquella cena mientras todo siguiera igual.

Killiam estaba alejado de ella, casi en uno de los extremos, junto a Cody y Harris, que sentían que no pintaban nada en aquel lugar, aunque algo les decía que estar apoyando a su mejor amigo era lo

único importante.

Hubo entrantes de calabaza, guiso de judías verdes, mazorcas de maíz y una sopa de verdura de primero. Cuando los camareros retiraron los platos, otro entró con un gran pavo que colocó junto a la cabecera donde estaba sentado Mike. Este miró a sus hijos y cuando tomó los utensilios para trincharlo dio las gracias porque un año más ellos estuvieran allí acompañándolos y permitiéndoles ser una familia. A Jackie se le escapó una lagrima que no le pasó desapercibida a Killiam, pero tampoco a Ryan, que le tendió un pañuelo y ella aceptó para poder eliminar aquella muestra de flaqueza.

La salsa de arándanos era lo único que su madre cocinaba para aquella cena, era su especialidad, y estaba exquisita.

Como la tradición mandaba, una vez que todos tuvieron su porción de pavo asado frente a ellos, se levantarían y darían las gracias.

—Gracias por permitirnos estar un año más aquí con vosotros —comenzó la madre de Ryan—. Porque sean muchos más, y en familia.

Aquella frase la repetía cada año, desde el momento en que Jackie y Ryan habían empezado juntos. Como si aquella relación fuera un contrato entre familias, y así lo sintió un año más.

—Gracias por nuestras familias, por nuestros hijos. Por los que vendrán después —continuó el señor Grimes.

Aquella vez Jackie se tensó. No, no quería volver a vivir aquello. El año anterior, sin la compañía de su hermano, había agachado la cabeza y no había protestado, sin embargo, este era diferente, se sentía fuerte y valiente, capaz de plantarle caras a todos y, de alguna manera, demostrarle a Killiam que el pasado había que dejarlo atrás y luchar por el presente y el futuro que se quiere. Cuando estuvo a punto de levantarse, su madre fue más rápida y carraspeo llamando la atención de todos los que estaban allí.

Rodeó la mesa hasta colocarse detrás de la silla de Ryan, con una mano sobre su hombro y sujetando su copa de vino en la otra. Miró a su hija y dibujó esa sonrisa de superioridad que le hacía saber que pronto habría problemas.

—Gracias por mi familia. Por unos hijos disciplinados y por el que pronto formará parte de la familia.

Ryan se levantó a su vez de la mesa y dejándolos a todos pasmados, rodeo la mesa y se dirigió hacia Jackie. La miró a los ojos y después de saber que ella se había quedado congelada por todo lo que

estaba pasando, clavó una rodilla en el suelo y sacó una cajita forrada de terciopelo del bolsillo interior de su chaqueta. Cuando la abrió un reluciente anillo de oro blanco coronado de un zafiro tan azul como los ojos de este apareció ante ella.

—¿Me harías el placer de casarte conmigo?

El silencio se hizo tan intenso en el salón que incluso parecía que el aire había empezado a escasear en él. Al menos así lo sintió Jackie, a la que de repente le estaba costando respirar. Notaba todos los ojos pendientes de ella. De su respuesta. Cualquiera podía pensar que estaba emocionada por aquella declaración, pero nada más lejos de la realidad. Todo aquello había sido el plan de su madre desde el principio.

Empujó la silla hacia atrás sin importarle el ruido sordo que esta hizo contra el suelo. Miró a Ryan a los ojos y empezó a negar con la cabeza. No fue consciente de que se había puesto a llorar. Los recuerdos de dos años atrás empezaron a dejarla sin respiración. Necesitaba salir de allí. Tenía que huir, otra vez.

—¡Oh, cariño! ¡Qué buena noticia!

Se giró para mirar a su madre. Esa mujer que no era que no la quisiera, solo esperaba que fuera como ella, y eso era imposible. Susan conocía lo que había pasado entre su hija y Ryan, y no entendía cómo aquella estúpida declaración le parecía una buena noticia. No lo era. La odiaba por no haberla apoyado entonces, por seguir queriendo que ella se uniera a un chico que lo único que podía conseguir era arruinarle la vida. Convertirla en un simple trofeo que presentar a sus amigos. Tomó aire y se pasó las manos por la cara para eliminar las lágrimas que empañaban su cara sin importarle el maquillaje. Ignoró que Ryan siguiera en aquella estúpida posición. No le importó que todos los demás la estuvieran mirando. Llevaba demasiado tiempo guardando aquellas palabras y las soltó sin importarle lo que pensaran los demás. Aquella era la nueva Jackie. La que pensaba por sí misma, la que quería forjase sola su futuro. La que necesitaba ser feliz.

—Sabes que te quiero, mamá, pero en estos momentos te odio con toda mi alma. No, no voy a aceptar casarme con él. Ya no estamos juntos y nunca deberíamos haberlo estado. Siempre he hecho lo que has querido, me he comportado como una chica ejemplar, he ido a dónde has querido y me he vestido así solo por ti. —Señaló su cuerpo para que observara la falda y la blusa que había elegido el día anterior

con Cat—. Pero ya no voy a ser esa niña. He cumplido dieciocho años, estoy en la universidad y voy a estudiar lo que me dé la gana.

—No mientras tengas que depender de nosotros. —Su madre soltó una carcajada irónica—. Y no creo que eso pase pronto.

Jackie observó cómo su hermano había soltado la servilleta sobre el plato y su rostro se había puesto rojo de la ira. Lo miró y sin tener que decirle nada este entendió que aquella batalla le pertenecía a ella. Que ya podía defenderse sola, que tenía que hacerlo, pero fue otra persona la que habló en su lugar.

—Susan, deja de hacer el ridículo. Jacklyn ya no es una niña. —Miró a su hija y esta pudo ver que aquel hombre al que tanto quería la apoyaría en todo—. Si quiere dedicarse al arte, yo me encargaré de que lo consiga.

—No seas idiota, Michel. Estabas de acuerdo conmigo en todo. La niña necesita a alguien que le diga lo que ha de hacer, tiene demasiados pájaros en la cabeza. —Jackie ya no pudo callarse más.

—¿Qué me diga lo que tengo que hacer? ¿Cómo él lo hizo? —Se giró hacia Ryan, que seguía a su lado, ya de pie, con el anillo en la mano. Miró a los padres de este, porque ellos también sabían lo que había pasado y nunca habían dicho nada, solo pensó en que su padre se enteraría de todo en aquel momento y que le rompería el corazón cuando la verdad de su historia saliera a la luz, pero no podía guardarlo más—. ¿El mismo que me pegó para que me acostara con él? No mamá. No voy a consentir que ni tu ni nadie dirija mi vida. Ya estoy cansada.

—¿Qué significa esto, Susan? —preguntó su padre.

Dean estaba sorprendido. Sabía que Ryan se la había jugado hasta llevarla a un hotel, pero ¿había pegado a su hermana? Empezó a pensar con rapidez y las fechas empezaron a bailarle en su mente hasta que todo le cuadró a la perfección. Se levantó de la silla y si no fuera porque la mesa que había entre ambos los separaba, hubiera golpeado a Ryan hasta que sus nudillos sangraran.

—¡Le rompiste el brazo! —dijo cabreado—. Ella no se cayó en los entrenamientos.

—¡FUERA DE MI CASA! —La voz del señor Davis retumbó en la estancia y todos los presentes se encogieron ante tal orden. Su hija nunca lo había visto tan cabreado, pero lo que más le impactó fue el dolor y el sentimiento de culpa que transmitían sus ojos.

Ryan se había desplazado sin que nadie se diera cuenta hasta la salida del salón y cuando el Michel gritó fue el primero en salir de aquella casa, seguido de sus padres. Susan miró a su marido, se bebió el contenido que quedaba en el interior de su copa y siguió a aquellos tres, con la diferencia que ella tomó las escaleras que llevaban a la planta superior. A Jackie no le importó que su madre se fuera de allí, iba a ser lo mejor para todos.

—Cariño… —Su padre se había dejado caer de nuevo en la silla y se pasaba las manos de manera desesperada por el pelo.

—Tranquilo, papá. Solo fue un hueso roto. —Intentó que aquello pareciera que no tenía importancia, pero aquel hombre se estaba dando cuenta de lo ciego que había estado durante años.

—No, ratoncito. No solo es un hueso roto. —Se levantó hasta colocarse a su lado, y al igual que cuando había llegado, la abrazó con fuerza—. Podéis iros si queréis. Yo tengo que solucionar muchas cosas aquí.

Killiam lo había observado todo, había estado atento a cada palabra hasta que se había dado cuenta de que todo aquello era mucho más jodido de lo que pensaba. La chica de la que se había enamorado había pasado por lo mismo que su madre, pero ella no había tenido a nadie a su lado para que la ayudara. Por primera vez en la vida dejó de sentirse culpable por no haberse dado cuenta antes de lo que pasaba entre sus padres. Al menos había estado ahí para pararlo, aunque hubiera tardado más de lo que le habría gustado. Ahora quería hacerlo de nuevo.

Se levantó de la silla y salió al exterior de la casa, pero ya era demasiado tarde. Aquel hijo de puta había salido corriendo con el rabo entre las piernas, pero aquello no iba a quedar así. Se sentía muy cabreado, con ganas de golpear algo, pero lo que más quería era envolver entre sus brazos a Jackie y sin ser consciente de lo que estaba haciendo, volvió al interior de la casa para buscarla.

Casi se chocó con ella cuando estaba a punto de entrar de nuevo en el salón. Se miraron a los ojos y no necesitaron decirse nada. La tomó de la mano y al llegar a la entrada cogió las llaves del coche de ella que había visto como dejaba dentro de un cuenco con forma de hoja. Le pasó un brazo por los hombros, cuando llegaron al coche la ayudó a montarse e incluso le abrochó el cinturón.

Cuando él se colocó tras el volante, miró el indicador de gasolina y

la hora que marcaba. El trayecto era algo de más de dos horas, pero sabía dónde quería estar y que ella fuera quien la acompañara hasta allí.

23

Jackie miraba a través de la ventana como el paisaje pasaba sin fijarse en nada hasta que un cartel llamó su atención. No había cruzado ninguna palabra con Killiam desde que habían salido de San Ángelo, lo único que los acompañaba era el sonido de la radio de fondo. En aquel momento sonaba una canción que no conocía, pero estaba segura de que la voz pertenecía a Sam Smith.

Se giró hacia Killiam, que permanecía concentrado mirando a través del parabrisas, con la mirada fija en el horizonte. Ambas manos agarrando el volante y con el rostro serio. Notó al momento que ella lo miraba y se quedó esperando a que le hiciera la pregunta que sabía que le quemaba en la punta de la lengua.

—¿Estamos en la US-277 N? —preguntó sorprendida.

—Sí, ya queda poco para llegar.

—¿A dónde vamos, Killiam? —Jackie no había realizado nunca ese trayecto. Hasta que no había ido a la universidad no había salido de su pueblo. Allí lo tenía todo, al menos eso había pensado hasta que conoció más. Hasta que él formó parte de su vida y comprendió que no se trata de buscar las cosas que quieres, sino de encontrarlas sin ni siquiera saber que las necesitabas para ser realmente feliz.

—En poco más de media hora habremos llegado a Albany. Necesitabas salir de allí.

Claro que lo necesitaba. Esperaba que cuando se montara en el coche él condujera hasta Austin y que una vez que llegaran allí, se despidieran. Volver a la rutina que habían mantenido durante las tres últimas semanas. Aquel pueblo no estaba lejos del suyo, pero era

pequeño. No había nada allí que pudiera ayudarla, o al menos eso pensaba. Killiam no había apartado la mirada de la carretera en ningún momento. Ella notaba la tensión en su cuerpo, en cómo su mandíbula se había contraído y entendió que tal vez para ella no había nada allí, pero para él sí.

Volvieron a el silencio. A que los pensamientos los mantuvieran ocupados hasta que vieron el cartel que anunciaba la entrada a aquel pequeño lugar. Killiam se estaba poniendo nervioso. No quería pararse a pesar el motivo por el que había conducido hasta allí, hasta el que había sido su hogar y que ahora solo le traía recuerdos que le dolían en el pecho, pero ella conseguía que se mundo se tambaleara, que dejara de pensar cosas que lo habían atormentado cada uno de los días durante los últimos siete años.

Cruzaban el pueblo y a Jackie le gustó que aquello pareciera sencillo. Un lugar donde desconectar, que, aunque ya la noche estuviera cerrada y las luces iluminaran lo justo, desprendiera calidez. No le hizo falta preguntarle a Killiam nada más. Se lo pudo imaginar corriendo por aquellas calles. Jugando y siendo un niño feliz… hasta que todo su mundo se volvió oscuro. ¿Por qué estaban allí? Cuando giraron a la izquierda después de pasar por delante del Centro de Administración del condado, Killiam estacionó en unos aparcamientos que daban a una pequeña urbanización. Las casas allí eran sencillas, con tejados a dos aguas y casi todas iguales, pero el color las hacía diferentes.

Se bajaron del coche y él lo rodeó hasta encontrarse junto a ella, que estaba paralizada sin saber qué hacer o decir hasta que él la cogió de la mano, entrelazó los dedos con los de ella y la hizo avanzar. Había una pequeña iglesia presbiteriana y las tiendas estaban cerradas, pero el ambiente festivo demostraba que en aquel pueblo, aunque fuera pequeño, la comunidad disfrutaba de Acción de Gracias. Al llegar al cruce de calles, unos pasos más adelante, Killiam avanzó hasta llegar al porche de una pequeña casa pintada de blanco, con tejas verdes. No se fijó bien en la decoración de la pequeña casa compuesta de solo un par de escalones, en la corona de flores, las guirnaldas colgando de los canalones del techo ni la rueda de carro que reposaba sobre el árbol que había a su derecha. Lo que le sorprendió fue encontrar un coche de policía aparcado frente a aquella casa. Killiam notó cómo ella se tensaba, pero si se paraba, no iba a ser

capaz de dar aquel paso. Volvería al coche y se alejaría de allí sin mirar atrás. Llevaba tres años sin pisar Albany, pero aquella chica de pelo sedoso y grandes ojos marrones estaba trastocando su vida.

Jackie estaba en silencio. No sabía qué decir. Le daba miedo abrir la boca y que las palabras que salieran de ella pudieran estropear aquel momento. Por alguna razón algo le decía que aquello era demasiado importante y no podía estropearlo. Killiam llamó a la puerta demasiado suave. Tenía miedo, pero no de quienes estaban en el interior, sino de todas aquellas cosas que se repetirían cuando entrara. Jackie se mordisqueaba el labio inferior, lo miró y se dio cuenta de que estaba cabizbajo, que ya había usado toda su fuerza de voluntad. Él había dado un paso al frente y sentía que debía seguirlo en el camino. Levantó la mano y golpeó con los nudillos sobre la madera de la puerta con mucha más fuerza que él. Había gente en su interior, la luz se filtraba a través de las finas cortinas de las ventanas. No tuvieron que esperar mucho hasta que la puerta se abrió. Miraron hacia abajo para ver a un niño de unos seis años. Amplió la sonrisa y antes de que ninguno pudiera hacer nada, se abalanzó a los brazos de Killiam y empezó a chillar con alegría.

—¡Mamá, mamá, mamá!

Killiam tenía atrapado a aquel chiquillo en uno de sus brazos, no podía soltar la mano de Jackie, necesitaba su contacto para poder permanecer de pie. Ella los miró a uno y a otro. No le hizo falta hacerlo mucho. A pesar de la diferencia de edad, pudo darse cuenta de que aquel pequeñajo compartía la misma sangre que él. Mirándolo pudo ver a ese pequeño Killiam que momentos antes se había imaginado corriendo por aquellas calles.

Un segundo después la puerta se abrió un poco más y un hombre de aspecto serio, con el uniforme de *sheriff* del condado, salió para ver qué estaba pasando, qué había alterado al pequeño. Primero miró a Jackie, pero cuando sus ojos se posaron en Killiam, miró al interior de la casa. Su semblante se suavizó e hizo un gesto a la persona que aún quedaba dentro. Una mujer un poco más alta que ella, con el cabello rubio como el de su hijo, salió al exterior. Ni siquiera se fijó en Jackie, solo tenía ojos para el chico que estaba frente a su casa abrazando al menor de los Connor. Se unió a aquel abrazo sin dejar de llorar mientras tocaba el rostro de su hijo. Él le había soltado la mano a Jackie porque tuvo necesidad de poder sostener el cuerpo de su madre

junto al de él. Aquella mujer necesitaba a su hijo y Jackie se sentía una intrusa en aquella escena. El hombre que había frente a ella se dio cuenta de la situación.

—Dejémosles un momento a solas, acompáñame al interior.

Hizo lo que le pidió y no se sorprendió al ver aquella casa por dentro. No tenía nada que ver con la suya, pero rezumaba más paz, calor. Aquella casa desprendía hogar desde todos sus rincones. La hizo pasar por un pasillo donde había varias fotos colgadas. Le hubiera gustado pararse a mirarlas porque pudo distinguir a Killiam en la mayoría de ellas a diferentes edades, riéndose, con mirada triste. Llegaron a una pequeña sala de estar que hacía las veces de salón. La vivienda era pequeña. En la mesa estaban los restos de la cena que habían compartido y en la televisión estaba a punto de empezar la retrasmisión del partido de fútbol de aquel día tan señalado. En el sofá había una manta y se imaginó a ese hombre junto a la madre de Killiam rodeando a aquel pequeño justo antes de que ellos irrumpieran aquella estampa.

—Por favor, siéntate. —El hombre quitó la manta y la dobló para dejarla sobre una silla.

—No queríamos interrumpir. —Jackie estaba nerviosa y su voz había sido un pequeño susurro.

—Te puedo asegurar que no lo habéis hecho. —Le tendió la mano —. Soy Daryl.

Jackie le devolvió el apretón de manos y se presentó. Le hubiera gustado decir que era amiga de Killiam, o tal vez su novia, pero no sabía en qué momento estaban. Cuando estaba a punto de sentarse en el sofá, Killiam, su madre y el pequeño entraron en la habitación y, sin darle tiempo a reaccionar, aquella mujer la atrajo hacia ella y la rodeó entre sus brazos.

—Cariño, es guapísima. —Se separó lo justo para mirarla de arriba abajo, sin soltarle las manos—. Gracias por venir, no sabes qué regalo me acabas de hacer.

—Mamá… —protestó Killiam desde la entrada del salón.

—No, Killiam. No intentes romper este momento. Has venido y sé que ella es el motivo por el que estás aquí, así que me vas a permitir agradecérselo.

Tiró de ella hasta que la hizo sentarse en el sofá. Las lágrimas corrían por el rostro de la mujer, pero la luz de unos ojos tan azules

como los de su hijo estaban llenos de felicidad.

—Tú debes ser Jackie. Killiam me ha hablado de ti. Sabía que encontraría a alguien tan bonita como tú. Además, eres la hermana de Dean, no te puedes imaginar la alegría que me dio cuando me lo contó. Si eres como tu hermano, sé que serás capaz de hacer feliz a este cabezota. El que estéis aquí me lo confirma.

Killiam miraba a una y a otra. Su madre estaba feliz por la presencia de ambos, Jackie… no sabía lo que pensaba ella de todo aquello. Habían ido hasta su casa y no le había dicho nada. Ni siquiera él entendía qué demonios hacían allí, y menos cuando ellos ya no eran nada. Porque él lo había estropeado todo.

—Mamá, ella y yo no…

—No queríamos decirle que íbamos a venir. —lo cortó Jackie—. Queríamos que fuera una sorpresa. Killiam y yo venimos ahora de casa de mis padres y quería que él tuviera a su familia a su lado. Sé que necesitaba verla… y usted a él también.

Killiam se sorprendió por las palabras de ella, porque todo lo que había dicho era verdad, y se dio cuenta en el momento en el que las palabras empezaron a salir de su boca. Él quería estar allí, ver a su madre, al pequeño al que le había arrebatado tanto, y quería hacerlo con ella a su lado.

—Un auténtico encanto. —Se giró hacia Daryl—. Cariño, sirve algo de beber, hay mucho que celebrar esta noche. Espero que os quedéis a dormir. Ya no es hora de conducir hasta la universidad.

Hizo un gesto a su hijo y palmeó el hueco que quedaba junto a ella en sofá. Cuando se sentó, aquel pequeño corrió hasta él y se sentó sobre sus piernas. Jackie no conocía su nombre, ni siquiera sabía de su existencia. Era una de las tantas cosas que Killiam se guardaba aún en su interior, una de las tantas que estaba deseando conocer para poder ayudarlo, porque, aunque él hubiera querido protegerla, ella sentía que ese era su cometido desde que había conocido su historia. Ambos guardaban muchas cosas en su interior, pero Jackie había sabido dejar el pasado atrás, le había sido fácil, pero mirando a aquel niño entendía por qué para él estaba siendo tan difícil.

—Travis, acompaña a papá a la cocina.

El niño salió corriendo tras Daryl, justo después darle un nuevo abrazo a su hermano. La madre de Killiam se giró hacia este y le rozó la mejilla para después volver a mirar a Jackie. Se notaba que deseaba

estar con su hijo, pero aquella chica había conseguido un milagro y quería saberlo todo de ella.

—Señora Connor, gracias por recibirnos.

—Llámame Rachel, por favor, y no tienes que agradecernos nada. Esta es vuestra casa y podéis venir siempre que queráis. Soy yo la agradecida de que estéis aquí. Es el mejor regalo que he recibido en años.

—Mamá, yo…

—No, ratoncito. —A Jackie le sorprendió escuchar aquel apelativo que también usaban con ella—. No tienes que decir nada. Te entiendo, ya lo sabes. El que estés aquí ya es un paso muy grande.

—Ha sido una decisión de última hora.

—Y ha sido una decisión increíble. —De repente se levantó del sofá y los miró a ambos para después llevarse las manos a la cara—. Por Dios. ¿Habéis cenado? Nosotros sí, pero solo le he pedido bebidas a Daryl, seguramente tengáis hambre…

—Mamá, ya hemos cenado, no te preocupes. No tienes que preparar nada, además. —Miró a Jackie y tomó aire antes de continuar—. Me gustaría llevar a Jackie a un sitio.

Rachel asintió, no hacía falta que le dijera a dónde quería ir. Si estaba allí gracias a ella, entendía que quisiera hacerlo. Su hijo parecía feliz, aunque todavía había un rastro de esa triste oscuridad que llevaba tanto tiempo acompañándolo. Sus ojos todavía no brillaban como ella recordaba de antes de que todo pasara.

—¿Volveréis?

Killiam miró a Jackie y le gustó la sonrisa que le dedicó. Ya se estaba levantando y él tendió la mano, que ella aceptó para poder entrelazar los dedos de nuevo a los de él. Le gustaba sentir su tacto.

—Sí, lo haremos, y si no le importa, nos quedaremos a dormir —respondió Jackie.

Rachel tenía ganas de saltar, de poder decir que estaba feliz de tener allí a su hijo, a aquella chica que estaba consiguiendo que se quitara aquellas capas que lo ocultaban del mundo, que no lo dejaban seguir por que él mismo no quería. Les dio un beso a ambos y le tendió unas llaves a Killiam para que no tuviera prisa por volver y que así supiera que no molestaría a nadie si decidían volver tarde.

Cuando salieron, el pequeño Travis los interceptó y le hizo

prometer a su hermano que jugaría con él cuando se levantaran por la mañana. Él lo hizo encantado, sin darse cuenta de que la chica que estaba a su lado se sentía orgullosa y feliz. Orgullosa por todo lo que estaba haciendo, porque entendía que para él estar allí no era fácil, y feliz porque lo estuviera compartiendo con ella.

Sin soltarse de la mano, caminaron calle abajo, dejando el coche atrás. Aquel pueblo no debía ser muy grande y Jackie pensaba que podían andar por sus calles sin ningún peligro y pudiendo recorrerlo por entero en poco tiempo. No le preguntó a dónde iban. No le importaba, al igual que el silencio que los acompañaba. Solo lo rompía el crujir de las hojas que se caían en aquella época del año. Los arboles aún tenían sus ramas espesas y aunque Texas era una zona cálida donde las zonas desérticas abundaban, había sitios como aquel que recordaban que un oasis en medio del desierto siempre era hermoso, y aquel pueblo lo era. Llegaron hasta un pequeño puente y cuando Jackie creía que iban a cruzarlo, él tiró de su mano hasta hacerla pasar por detrás de las casas, y se sorprendió al ver un pequeño estanque de agua. No era más que eso, pero por allí no había ningún río, nada que le dijera que hacía aquello allí.

Caminaron hasta llegar a la orilla de aquella pequeña porción de agua, que al parecer abastecía los campos plantados que la rodeaban. Se sentaron sobre algunas piedras. Killiam cogió varias piedrecillas y empezó a lanzarlas al agua. Jackie lo observaba, él tenía la mirada perdida y quería darle el espacio que necesitaba, no quería presionarlo, no quería que de nuevo desapareciera y la dejara allí. No soportaría de nuevo sentir que la apartaba.

—Cuando pasó lo de mi padre empecé a venir más a menudo aquí. Es un lugar tranquilo. Este pueblo entero lo es. —Lanzó de nuevo otra piedra y esta dio varios saltos sobre el agua antes de hundirse—. No quería permanecer mucho tiempo más aquí. Lo que ves es lo que soy, igual que años atrás. Estudié, me esforcé más que nadie y convertí el fútbol en una obligación para poder conseguir una beca decente. No podía estar más tiempo entre esas cuatro paredes, ver cómo le había arrebatado a mi hermano una infancia feliz como la que yo tuve…

Se le cortó la voz y Jackie observó cómo una lagrima solitaria le recorría la mejilla. Extendió su mano y la retiró con su pulgar. Necesitaba tocarlo, sentir su piel y que él supiera que ella estaba a su lado, que podía confiar en ella, que quería estar allí con él.

—Mi padre está ahora ingresado en un centro. No se puede mover, pero la ley lo condenó por los maltratos que tantos años había sufrido mi madre. No conoce a Travis y eso también se lo quité a él. —Respiró hondo y buscó la mano de Jackie, él también necesitaba su contacto—. Volví y te habías ido.

Jackie no necesitó que se explicara, sabía que se refería al día que se le contó una de las partes más dolorosas de su historia.

—No me fui, Killiam. Yo seguí allí más de una hora, esperándote. Fuiste tú el que…

—Huyó. Es la verdad, lo hice, siempre acabo haciéndolo. —Quería ser sincero con ella porque algo le decía que tenía que arrancar con fuerza aquella última capa que le dejaría expuesto. Dolería, sangraría, pero si ella estaba a su lado, sería soportable—. Después de que pasara lo de mi padre, mi madre se levantó y llamó a Daryl. Yo no tenía ni idea de que ella había interpuesto una denuncia, no quería que yo sufriera y aún creía que todo lo que estaba pasando con ella y mi padre era ajeno a mí.

—No tienes por qué contármelo, Killiam. No es necesario.

—Pero quiero hacerlo. —Jackie se acercó más a él, que la rodeó con sus brazos hasta que ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Podía escuchar la velocidad con la que latía su corazón—. Mi madre no sabía que estaba embarazada hasta que no le hicieron pruebas. Daryl se encargó de todo el papeleo de mi padre, de que abandonara nuestra vida sin hacer más ruido del que ya había hecho. Él empezó a formar parte de nuestra vida, yo aún tenía quince años y cuando mi hermano nació la relación de ambos ya era un hecho. La hacía feliz, y solo cuando me miraba a los ojos era cuando sentía que yo era la nota discordante en aquella familia. Daryl nos adoptó a mi hermano y a mí cuando mi padre perdió la custodia, y se casó con mi madre. Fue una de las mejores cosas que me ha dado ese hombre. Desprenderme del apellido de mi padre me ayudó a pensar que tal vez podía haber un futuro para mí, pero seguía sin fuerzas para venir aquí una vez que conseguí salir.

—Pero todo eso es muy bonito. Tienes un futuro, Killiam. No eres culpable de nada, le has dado una oportunidad a tu hermano de tener un buen padre y de que tu madre vuelva a creer en el amor junto a un hombre que no le importaba nada de lo que habéis pasado.

—Ahora lo sé. Esta tarde, en casa de tus padres, me he dado cuenta de que he sido un egoísta. Yo sí ayudé a mi madre, tardé en hacerlo, pero lo hice. Tú, sin embargo, estuviste sola…

—Pero ahora te tengo a ti.

Aquellas palabras golpearon con fuerza el corazón de Killiam y atrapó el rostro de Jackie entre sus manos para besarla. Primero sus labios se encontraron, reconociéndose, sabiendo que aquel era el mejor lugar en el que podían estar siempre, unos sobre los otros, sintiéndose. El beso se profundizó y cuando sus lenguas se tocaron aquel silencio que los rodeaba hizo que todo lo demás se desvaneciera. Estuvieron besándose tanto tiempo que cuando sus bocas se separaron para recuperar el aliento la noche se había cerrado por completo. Killiam la ayudó a levantarse y caminaron hasta la casa de él.

Aquella noche sería diferente. Habían dado un paso al frente, encarado sus problemas y consiguieron ver que la vida continuaba y que juntos podían sentir que sería más fácil vivirla. No es que se necesitaran el uno al otro para conseguirlo, sentían que eran el complemento perfecto para sus desastres.

24

*D*esde el exterior comprobaron que las luces estaban apagadas y entraron evitando hacer ruido. Tras adentrase en el pasillo pasaron por dos puertas que estaban cerradas, una tercera en la que Jackie pudo contemplar un sencillo, pero confortable baño, y al final del pasillo Killiam le hizo pasar por la puerta de la que había sido su habitación. No se paró a comprobar si había cambiado algo en aquellos años, porque sabía que su madre lo tenía todo intacto esperando que él volviera. Cerró la puerta a su espalda y comprobó que Jackie encajaba perfectamente en aquel lugar. Había estado muy equivocado al pensar que ella no podía formar parte de su vida, no tenía nada que ver con el lujo que la rodeaba en San Ángelo. Era distinta, y suya, como él de ella.

Dio los pocos pasos que los separaban para de nuevo unir sus bocas, besándose, acariciando cada centímetro del cuerpo del otro. Hablando sin pronunciar palabras, porque no las necesitaban, sus cuerpos ya lo hacían por ellos. Jackie temblaba, y no de frío, sino por los nervios que afloraban en su cuerpo cada vez que él recorría un trozo más de su piel. Habían pasado tiempo a solas juntos, pero nunca de aquella manera. Ninguna de las veces que habían estado solos habían podido dar rienda a todo lo que burbujeaba en su interior. No porque no quisiera, sino porque querían hacerlo bien, aunque no se lo dijeran. Necesitaban desprenderse de la losa que les aplastaba el pecho y no les dejaba poder disfrutar de aquella relación que poco a poco se estaba convirtiendo en algo muy importante.

Se desnudaron el uno al otro. Primero él le quitó aquella blusa

blanca que para muchos podía ser recatada, pero que bajo aquella tela sedosa ocultaba un pecho pequeño, redondeado y cubierto por un sujetador de encaje blanco que consiguió dejarle la garganta seca. A Jackie todo aquello, aunque ya lo había vivido, le parecía totalmente nuevo. Nunca la habían mirado de aquella manera, y no era lujuriosa, era admiración y pasión lo que encontró en aquellos ojos azules que se habían oscurecido. No pudo evitar que el rubor tiñera sus mejillas y que de esa manera las pocas pecas que bañaban su rostro se acentuaran más.

—Eres preciosa —susurró Killiam acercándose a ella y hundiendo su rostro en su cuello para poder empaparse de su olor y sentir el latido de la vena que le palpitaba a causa de su corazón acelerado.

Jackie rodeó con sus brazos el cuerpo de él, metiendo las manos bajo el jersey fino de punto color gris que se había puesto para la cena con sus padres. No estaba acostumbrada a verlo vestido de aquella manera. Siempre vestía con ropa deportiva, alguna vez que otra con vaqueros que podían contar muchas historias, por lo usados que parecían, y la cazadora del equipo de fútbol de la universidad. Él se había quedado paralizado al sentir las manos de ellas, cómo le tocaban, cómo poco a poco le levantaban la fina camisa que llevaba debajo del jersey y con su tacto tocaban la piel que quedaba expuesta, erizándosela, contrayendo sus músculos y deseando que aquella sensación nunca desapareciera, y que recordara siempre lo que era sentirla junto él. Poco a poco hizo que levantara las manos y le ayudó a desprenderse también de aquellas dos prendas.

Ambos acabaron con el torso desnudo, contemplándose. Mirándose. La luz que iluminaba el cuarto era la de la farola que alumbraba la calle y aun así sentían que estaban bañados por los rayos del sol. El calor que emanaban sus cuerpos los hacia arder. Aquella sensación era tan diferente y placentera que volvieron a acortar la distancia que se había producido entre ellos mientras se quitaban la ropa. No podían dejar de mirarse, de tocarse. De sentir la electricidad en la punta de sus dedos.

Killiam hizo que ella retrocediera mientras volvía a besarla. No quería dejar de hacerlo en la vida. Cuando las piernas de ella se golpearon con el borde de la cama, la ayudó a tumbarse, y él se arrodilló entre sus piernas. Colocó las manos sobre sus muslos y empezó a acariciarla. Se sentía como si de nuevo tuviera catorce años

y mirara a escondidas a través de las ventanas que daban al vestuario de las chicas de su instituto. Con temor a que estuviera haciendo algo prohibido, a ser descubierto. A que aquella chica le molestara tener la mirada de él sobre su cuerpo. Jackie se dio cuenta de que él temía avanzar, sus manos recorrían lentamente sus piernas, y ella quería más de aquello. Más de él.

Se inclinó hacia adelante hasta que sus labios rozaron el lóbulo de la oreja de aquel chico que la estaba volviendo loca.

—Te quiero…

La respiración de ella se aceleró, al igual que su corazón, sentía que las costillas estaban a punto de ceder y que su corazón escaparía de su pecho, a él, por el contrario, aquellas palabras lo habían dejado sin aliento. Había estado con muchas chicas que habían despertado su lado más feroz, que habían conseguido ponerlo a mil, pero ninguna de aquella manera. Esas dos palabras eran mucho más de lo que esperaba escuchar. Responderle lo mismo le parecía demasiado poco.

Se incorporó, y la cabeza de ella quedó a la altura de su estómago. Se sentó a su lado en la cama, colocó la mano en el vientre de ella y la ayudó a acomodarse en la cama, ambos tumbados uno frente al otro, perdiéndose en el color de sus iris. Sintiendo que aquel momento siempre sería una de las partes inolvidables de su relación.

—No puedo decirte te quiero. —Le dio un beso suave en los labios —. Porque esas dos palabras se quedan cortas para decirte lo que siento por ti. Desde que te vi en aquella fiesta no he podido borrar tu rostro de mi mente. Verte con aquel libro en las manos y sentir que no eran solo páginas. Querer que permanecieras sentada en mis piernas todo lo que el tiempo nos permitiera disfrutar. —El siguiente beso lo deslizó ella por sus labios—. Ya te lo dije, no sé qué estás haciendo conmigo, pero por favor, no dejes de hacerlo.

No dijeron nada más, la ropa les sobraba. Primero desapareció la falda que ella llevaba y le mostró unas braguitas a juego. Después fueron los pantalones de él, que marcaban la gran pasión que estaba sintiendo en aquellos momentos. Killiam seguía besándola, no podía dejar de hacerlo, ni quería. Sus manos atraparon uno de sus pechos y pensó que estaban hechos para él, se ajustaban a la perfección al hueco que quedaba en su palma. Rozaba la piel que quedaba expuesta en la parte superior y fue introduciendo un dedo a través de la tela hasta que notó el abultado pezón. No se lo pensó dos veces, se deshizo

de aquel dichoso trozo de tela y se llevó el pecho a su boca.

Jackie arqueó el cuerpo ante aquella sensación que le atravesó el cuerpo. Puso sus manos sobre la cabeza de él y sus dedos se perdieron entre aquellos mechones rubios. Él la probaba, la tentaba mientras sus manos recorrían sus brazos, pasando a su vientre, y dibujaba después la línea de tela que marcaba el comienzo de sus braguitas. Coló con cuidado los dedos, no quería que ella se asustara y le estaba costando controlarse. Quería poseerla en aquel mismo instante, pero cuando rozó los rizos de su pubis, supo que ella era distinta y se merecía que la cuidaran, que la mimaran y la adoraran.

Sus dedos empezaron a jugar con la humedad que había entre sus piernas, hasta que encontró aquel lugar donde el balanceo de ella fue en aumento, buscando la fricción de sus dedos. Primero coló uno en su interior, aquella invasión, junto a lo que su lengua estaba prodigándole a sus pezones, era algo totalmente nuevo para ella. No sabía cuánto podía soportar aquello, pero no quería que terminara. Cuando ella inconscientemente abrió las piernas, él introdujo un segundo dedo. Estaba apretada, pero la humedad que se deslizaba entre sus dedos le estaban permitiendo llevar un ritmo marcado y el movimiento de ella le exigía mucho más. Sus jadeos se mezclaban, y cuando con el pulgar volvió a rozar aquel punto que se había hinchado entre las piernas de ellas, tuvo que besarla para que ahogara el grito entre sus labios.

—Killiam…

Su nombre se deslizó entre sus labios cuando el sacó los dedos de su interior y vio cómo se los introducía en la boca para saborear sus jugos. Aquello era pura ambrosía, pensó. Quería probarla de todas maneras, hundir su boca en cada parte de su cuerpo, pero en aquel momento solo necesitaba sentirse rodeado de sus piernas, perderse en su interior y pensaba que el día que podía haber terminado en desastre acabaría siendo el más perfecto de sus vidas.

Se inclinó para coger los pantalones que habían quedado en el suelo, y de su cartera sacó un preservativo. Jackie estaba tumbada en la cama, recuperando el aliento y viendo cómo él desenrollaba el látex por su miembro. Sus piernas se abrieron para recibirlo cuando él se tumbó sobre ella. Sus labios se buscaban y cuando una mano de ella estuvo a punto de tocar su excitación, él la atrapó de las muñecas y le estiró los brazos hasta que quedaron por encima de la cabeza.

—Si me tocas, no creo que pueda controlarme. —Ella se volvió a ruborizar al entender sus palabras, y Killiam pensó que aquella era la visión más bonita del mundo. Jackie tumbada bajo su cuerpo, sonrojada y dispuesta a dárselo todo.

Se inclinó un poco hacia el cuerpo de ella, y cuando su miembro rozó la entrada del de Jackie, esta balanceó las caderas hacia arriba, ayudando a que sus cuerpos se unieran. Ambos ahogaron un jadeo por la sensación. Él había estado con muchas chicas, ella solo había cometido un par de locuras, pero ninguno podía comparar la sensación de esa conexión. Killiam la besó mientras terminaba de introducirse en su interior. Quería saborear cada movimiento, cómo sentía que el cuerpo de ella lo rodeaba. Cuando llegó al final, dejó escapar el aire y la miró a los ojos.

—Joder, Jackie. Te quiero…

El movimiento de sus cuerpos se convirtió en la melodía de aquella noche. Ninguno de los dos quería que acabara, pero sus terminaciones nerviosas estaban tan a flor de piel que cuando el orgasmo los atrapó no pudieron hacer más que sentirlo, saborearlo y atesorar aquel momento en lo más hondo de su alma. Había sido perfecto.

Killiam se dejó caer a su lado y la acunó entre sus manos. Ninguno de los dos dijo nada, ya se lo habían dicho todo, las demás palabras sobraban entre esas cuatro paredes. El olor de sus cuerpos, el calor, todo aquello quedaría siempre impregnado en aquella habitación, y él supo que aquel sitio ya no era uno que albergara dolor. Jackie había conseguido darle un nuevo sentido a su hogar. A la palabra hogar.

Se quedaron dormidos, abrazados, sin saber que varias puertas más allá, en aquel pasillo, su madre hubiera escuchado algo de lo que había pasado, y menos aún que en su rostro hubiera dibujada una sonrisa. Aquella chica era capaz de salvar a su hijo, pero algo le decía que él también la estaba salvando a ella.

Aquella noche habían hecho el amor, y ambos sabían que nada en el mundo podía compararse a aquella sensación. A dos cuerpos que se reconocen, que se estaban buscando sin saberlo. A dos almas que estaban unidas por un fino hilo rojo, como en aquella pequeña leyenda japonesa que Jackie había leído cuando era pequeña.

Aún les quedaba mucho camino por recorrer, y ambos lo sabían, pero aquella noche era de ambos, y la saborearon hasta sentirse saciados.

La luz que atravesaba el cristal de la ventana incidía sobre el rostro de Jackie Intentó apartarlo con las manos, como si fuera algo que le rozaba la cara, y cuando se dio cuenta de que era imposible, abrió los ojos y recordó donde estaba. Aquella era la habitación de Killiam, y estaba despertándose en su cama, donde habían hecho el amor, porque no podía describirse de otra manera lo que habían vivido bajo aquellas sabanas, y ahora la habitación estaba vacía.

En el exterior se escuchaban risas, y pudo distinguir la de Killiam entre todas ellas, y una sonrisa boba iluminó aquella habitación mucho más que los rayos de sol que entraban en ella. Estaba desnuda, y cuando fue a buscar su ropa por el suelo, encontró frente a ella, sobre el escritorio, una camiseta básica blanca bastante amplia junto a unos pantalones deportivos cortos. Aquella ropa era de Killiam, y no dudó en ponérsela, le parecía mucho mejor que la que había llevado el día anterior.

Quería salir y reunirse con él, pero no pudo evitar inspeccionar aquel lugar que había pertenecido al chico que había huido de su pasado, pero que había sido incapaz de dejarlo atrás. Sobre el escritorio había un tablón de corcho lleno de fotos, donde la instantánea principal era la de mayor tamaño: una foto de un Killiam de unos diecisiete años, con un pequeño Travis sobre sus hombros, y uno de sus brazos rodeando el menudo cuerpo de su madre. Lo más impactante de aquella foto era que él no sonreía en ella. No había felicidad en su rostro, aunque la foto intentara transmitir aquella bonita familia que formaban. Vio algunas fotos más con compañeros de instituto, entradas de cine, su carta de admisión en Austin. Recuerdos que parecían gritarle que la vida podía ser mucho más, pero que él parecía que había querido ignorar.

Cuando estaba acercándose a una pequeña estantería para leer el título de cada ejemplar en los dorsos, la puerta de la habitación se abrió y ella se quedó con la mano en el aire como si hubiera estado a punto de cometer un delito.

—Jo… der. —Se giró para mirar a Killiam, que la miraba de arriba abajo. Aquella imagen de ella con su ropa era demasiado para una mañana donde parecía que el día había despertado al fin de un eterno letargo—. Será mejor que vayamos a desayunar antes de que te haga el amor con mi ropa puesta.

Jackie volvió a sonrojarse, parecía que desde la noche anterior le

era imposible contenerse. Dio los pocos pasos que los separaban y él la atrapó de la cintura y se inclinó para besarla. Un beso de verdad, de esos que se sienten hasta en la punta de los dedos de los pies. De los que te encogen el estómago y te expanden el corazón.

—Tu madre está fuera —protestó Jackie cuando le permitió tomar aire.

—Y muy contenta esta mañana, algo me dice que ayer la hicimos muy feliz. —Acompañó aquel comentario con un guiñó que hizo que su piel al completo se rosara aún más. Solo esperaba que no se refiriera a que había escuchado lo que había pasado aquella noche en la habitación.

Cuando llegó al salón, comprobó que lo que decía Killiam era cierto, Rachel desprendía felicidad. La mesa estaba llena de comida y ella tenía un apetito voraz. A Killiam le gustó que no fuera como las típicas animadoras que evitaban comer, aunque se murieran de hambre, para así mantener su físico. Rachel le comentó que Daryl no estaba en casa porque aquel día tenía que trabajar, pero que se alegraba mucho de haberla conocido y que esperaba que coincidieran alguna vez más. Killiam se había sentado a su lado, y su madre estaba feliz por ver cómo él estaba pendiente de Jackie, cómo la miraba, y cada vez que tenía una oportunidad, la tocaba. Aquella chica había conseguido en muy poco tiempo lo que nadie en siete años.

Los invitó a quedarse en Albany, pero Jackie quería volver a la universidad, necesitaba ver a Dean, no sabía nada de lo que había pasado tras su marcha de San Ángelo, incluso había dejado allí a sus amigas. Aunque estuvieran bien acompañadas, algo le decía que su compañera de apartamento la necesitaba. Killiam también quería volver, necesitaba pasar mucho más tiempo a solas con ella, y el viaje de vuelta le daba casi cuatro maravillosas horas para compartir.

Travis estaba serio, porque no se quería despedir de su hermano, pero le prometió que se verían en Navidad. Aún no sabía si él sería quien volviera allí, ni si Jackie lo acompañaría de nuevo, o por el contrario su madre viajara a Austin, pero lo que sí tenía claro era que no quería tener que separarse de nuevo de su familia.

Killiam estaba guardando algunas cosas que su madre le había dado en el interior del coche, además de que le había pedido unos minutos a solas con Jackie. No quería hacerlo, pero entendía que su madre necesitara aquel momento. Él nunca le había presentado a

ninguna chica y sabía que todo aquello era una novedad, pero sobre todo lo era que él se sintiera feliz estando allí, y ambos sabían que Jackie era la responsable de aquello.

Jackie y Rachel se dieron un abrazo en la puerta de la casa. La segunda tenía lágrimas en los ojos y Jackie sentía que si le decía algo ella acabaría llorando también.

—No sé lo que le has hecho. —Aquellas palabras le recordaban tanto a él que la primera lagrima empezó a recorrer su mejilla—, pero no dejes de hacerlo.

Le dio un beso en la mejilla y le soltó las manos para que así pudiera dirigirse al coche. No pudo decir nada, y cuando se cruzó con Killiam en el camino para que fuera él quien se despidiera de aquella mujer, la vio y sintió que aquellas lágrimas eran de felicidad, y serían las únicas que le dejaría derramar mientras le permitiera estar a su lado.

Aquella cena del día anterior no sería recordada como la mejor de sus vidas, pero sí como la que había ayudado a dos almas escondidas a salir a la luz y ver todo el mundo que se dibujaba frente a ellas.

25

La vida gira a veces tan rápido que no te das cuenta de que del punto A al punto B el camino, aunque haya sido difícil, demuestra que el dolor es pasajero, aunque durante el proceso creas que te está rompiendo por dentro y las piezas nunca volverán a encajar. Que se han astillado de tal forma que, aunque las aprietes con fuerza, siempre quedaran huecos que te recordarán lo que pasaste, pero ¿qué es la vida sino recordar para aprender?

Así lo compartieron Killiam y Jackie en el viaje de vuelta de Albany. Con los dedos de las manos entrelazados sobre la palanca de cambios del coche. Miradas que lo decían todo y sonrisas que, cuando en unos años miraran los sucesos de aquellos dos días, los recordarían como algo increíble.

No hablaron de lo que eran, no por miedo. No porque dieran por hecho que eran novios, porque aquella palabra se les hacía demasiado pequeña para lo que sentían que compartían. Como aquel «te quiero». Ninguno quiso parase a pensar si aquella relación tendría fecha de caducidad. Habían vivido tanto tiempo en vidas que les parecían prestadas que lo único que les importaba era el momento. Lo que estaban viviendo juntos, acompañados, pero cada uno dando los pasos que necesitaba, sin que influyeran en las decisiones del otro. Vivir el presente. Solamente. Vivir.

Cuando llegaron a la plaza del aparcamiento que Jackie tenía asignada, ambos se quedaron mirando al frente. La vida había cambiado durante las última veinticuatro horas, no solo la de ellos, sino la de todas las personas que les importaban en la vida, ya fuera

para bien o para mal.

Jackie no puedo evitar pensar en su hermano. Él se había quedado en casa después de que ella explotara, y lo único que sabía era lo poco que le había dicho en un mensaje: que no se preocupara por nada, que había actuado de la única manera que podía hacerlo y que él siempre estaría allí para ella. Era su hermano. Su protector.

Killiam comprendió que él había sido el único que no había avanzado durante los siete años que habían pasado desde el accidente. Aprendió que las cosas pasaban por algo, aunque algunas veces dolieran tanto, pero su madre era feliz, su hermano tenía un padre que lo quería, porque Daryl siempre había sido uno para aquel pequeño, y para él, aunque no se hubiera dado cuenta antes. Miró a la chica que tenía al lado, aquella que le había enseñado tanto, aun con un alma tan magullada. Ella tenía las manos sobre su regazo, se pellizcaba las uñas y miraba al frente sin ver nada. Su rostro no expresaba tristeza ni dolor, aun así, supo que el de él tenía que ser un reflejo. Dudas, desconcierto. Estiró la mano, hasta que volvió a tocarla, como durante todo el viaje, porque desde que le había hecho el amor la noche anterior, tenía la necesidad de sentir su piel, de que ardiera junto a la suya. De que aquellos calambres eléctricos no se acabaran nunca para poder saber que seguía vivo.

—Me siento igual. Llevo viviendo aquí casi tres años y es la primera vez que miro de verdad este lugar —dijo mientras ella empezaba a morderse el labio inferior—. Ahora veo bien los colores.

—¿Qué crees que es?

Le gustó que él pusiera voz a sus pensamientos. Desde la primera vez que sus miradas se habían encontrado en aquella fiesta, supo que aquel chico de cabello rubio oscuro, con unos ojos que te hacían perderte en ellos, era diferente, aunque quisiera negárselo por tener tantas cosas de las que quería huir. Después de hacer aquella pregunta, el silencio invadió la cabina del coche, y solo era interrumpido por el ruido del exterior, compuesto por las voces de los compañeros de residencia. Por primera vez no sentía opresión en el pecho, como si todo aquello supiera a…

—Libertad.

Jackie se giró y se dio cuenta de que él la miraba. De nuevo lo había hecho. Ser parte de ese pensamiento compartido. Ser algo importante sin ni siquiera habérselo pedido. Killiam dibujó aquella

sonrisa que ella ya sabía que no dedicaba a cualquiera, que se guardaba para momentos especiales, la que ladeaba un poco el gesto de su boca y le marcaba aquel hoyuelo que tenía claro que podía volver loca a cualquiera, pero que solo reservaba para ella. Porque antes de todo eso, Killiam reía, pero no sonreía. La sonrisa es algo que no se regala a cualquiera, solo a aquellas personas que se han metido tan dentro de ti que ya, por muchas cosas que pasen, se quedan ahí para siempre.

Avanzó hasta él y al principio fue solo un simple roce de labios que gritaba tanto que sin palabras podían escuchar los pensamientos del otro. Con la mano libre, Killiam le enmarcó el rostro, rozando con su pulgar la comisura de los labios. Un simple roce que los aceleró a ambos, provocando que abrieran las bocas y se saborearan, que sus lenguas se encontraran, que el choque de dientes no molestara y que la saliva del otro se convirtiera en el agua que les saciaba la sed. Se besaron, se lo dijeron todo con aquello. Cuando se separaron, él apoyó la frente sobre la de ella. No quería que aquella sensación en su pecho se acabara nunca, y algo le decía que sería imposible.

No supieron el tiempo que estuvieron en aquella posición, solo el sonido del rugido de sus estómagos les recordó que llevaban más de cinco horas sin comer. Se miraron al escucharlo y no pudieron evitar que una carcajada les hiciera temblar.

—Soy un descuidado, no te he alimentado. —Killiam usó su tono burlón.

—Eres un animal del cromañón. No necesito que me alimentes.

—Ya lo sé, ratoncita. Me gusta cuidar de ti. Me nace solo. Ya te lo dije una vez, no sé lo que me estás haciendo, pero no dejes de hacerlo nunca.

—A mí también me gustas… —respondió ella dándole un nuevo beso, y antes de que volvieran a perderse en la boca del otro, se separó—, pero o como ya o me convertiré en un monstruo que lo arruinará todo.

Pasaron los días y solo se separaban en las horas de entrenamientos y clases, todas las demás estaban juntos, ya fuera con los amigos o escondidos en el interior de sus habitaciones, disfrutando de esos momentos de soledad donde se podían besar con esa pasión que encerraban dentro. Memorizar cada parte de la piel que sus dedos tocase. Y lo que más disfrutaban era hablar, sintiéndose libres por fin

de contarse sus historias. Killiam le hubiera querido dar una paliza a Ryan para que no la olvidara en la vida, pero entendía que Jackie quisiera pasar página, y la respetaba. Ella cada día lo amaba más por eso mismo. Por ser el chico impulsivo al que le daba igual cometer una locura, como aparecer delante de una de sus clases cuando esta terminaba y que lo encontrara con una rosa en las manos. Era el *quarterback* de la universidad, todo el mundo lo conocía, y podía pensar que hacía el ridículo con aquellos actos de amor. Él los veía así, para él eran la manera de decirle que todos los días son especiales sin tener que ser una fecha marcada en el calendario.

Ella lo esperaba cada día en la puerta de los vestuarios y, aunque estuvieran rodeados, corría hasta sus brazos, que la atrapaban al vuelo para que enroscara las piernas en su cintura y se besaran sin que les importara la burla de nadie. Porque el amor es así, no tiene que importarte el qué dirán, solo lo que sientes y cómo lo quieres demostrar.

Conocieron sus infancias. Cómo habían sido sus padres, cómo habían ido cambiando las cosas sin que se dieran cuenta, e hizo que sus mundos cambiaran. Lloraron, los dos, porque esas lágrimas los ayudaban a dejar el pasado atrás, donde se convertía solo en el recuerdo que les alegraba saber quiénes eran y quiénes querían ser.

Una tarde, cuando estaban en el apartamento de Killiam, ya que era más grande y podrían disfrutar de estar todos juntos en el salón mientras veían una película que habían elegido las chicas. Jackie miró a su alrededor y no pudo evitar que la sonrisa se dibujara en la cara cuando observó cómo su hermano estaba sentado en el sofá con Cassie sobre sus piernas mientras descuidadamente sus manos se tocaban. Se alegraba de que a él todo aquello también le hubiera servido para quitarse la máscara que no le permitía disfrutar y pensar que la única manera que tenía de no convertirse en su padre era reforzar con capas de acero su corazón. Jackie le había ayudado a darse cuenta de que no todas las mujeres eran como su madre.

Harris y Cody también estaban allí, cada uno en un lado opuesto del salón, y sentada en la alfombra estaba Cat, que cada día estaba más apagada. Cody se sentía mal por aquello, sabía que él era el culpable de que aquella chica con la que había compartido momentos especiales ya no hiciera bromas a cada instante. Tenía que poner una solución, sobre todo cuando días atrás había observado cómo Harris la

miraba. Con anhelo, con la esperanza de que volviera a ser ella. Harris, por su parte, no podía hacer nada. No quería. Cody era su mejor amigo y ya había metido la pata aquella noche que se permitió pasar con Cat. Tenía un fuerte sentimiento de amistad, y siempre se había prometido que ninguna chica se interpondría entre ellos.

Jackie hubiera querido intervenir en aquello, su amiga era una chica que hablaba por los codos, nerviosa y que hasta hacía poco no se callaba nada, pero algo había cambiado su actitud y, como ella misma entendía, no podía forzarla, pero sí acompañarla.

Cuando la película terminó y las cajas de pizza invadían la mesa del salón, Dean y Cassie se fueron a la habitación de este. Cody miró a sus amigos y, despidiéndose de ellos, se fue alegando que lo habían invitado a una fiesta. Killiam lo fulminó con la mirada, no le gustaba que sus compañeros se fueran de marcha entre semana, y menos cuando estaban al final de la temporada y se estaban jugando tanto. Harris miró una vez más a Cat, todos fueron conscientes de cómo ambos agachaban la cabeza con rapidez para mirar al suelo cuando sus ojos se encontraron. Killiam y Jackie no tuvieron que decirse nada, habían hablado de pasar la noche juntos, ya que ninguno de los dos tenía clase a primera hora al día siguiente. Él entendió que quisiera acompañar a su amiga aquella noche. Se despidieron con un beso y ambas salieron del apartamento en silencio.

Aquel pasillo se le estaba haciendo larguísimo a Cat, sobre todo porque sabía que su amiga había roto sus planes por ella. ¿Qué le iba a decir, si ni ella sabía lo que le pasaba? Cuando llegaron a su pequeño apartamento Cat entró en su habitación, dejado la puerta de esta abierta. Jackie lo tomó como una invitación, así que se cambió rápido de ropa para ponerse su pijama. Cuando traspasó la puerta del cuarto de su amiga, esta estaba acurrucada en la cama, con sus brazos rodeando uno de los tantos cojines coloridos que tenía sobre ella. Apretaba los ojos con fuerza, como si de esa manera pudiera retener las lágrimas que luchaban por mojar su rostro. Jackie se acercó, se tumbó a su lado y, quitándole el cojín, sustituyó aquel hueco vacío que había dejado entre los brazos de su amiga y se abrazaron en silencio. Jackie era experta en esconder sus sentimientos, lo había hecho tanto tiempo que no le fue difícil entender que su amiga estaba haciendo aquello mismo. No la presionó, no le preguntó qué le pasaba. Simplemente se quedó a su lado.

—Gracias —murmuró Cat un tiempo después —. Por estar aquí, por no preguntar, por haberte convertido en mi mejor amiga.

En esos momentos una lágrima rebelde consiguió sobrepasar el muro de contención que Cat había levantado a su alrededor. Jackie se la limpió con el pulgar y después le quitó el pelo del rostro para poder mirarla a la cara antes de hablarle.

—Tú lo hiciste por mí. No tienes que agradecerme nada. Simplemente quiero que sepas que estoy aquí, para hablar, para estar calladas. —Cat le apretó la mano al sentir el cariño en aquellas palabras. Siempre había tenido mucha gente a su alrededor, sabía que su actitud graciosa, extrovertida y llamativa atraía a la gente, pero nunca se había sentido tan contenta de que Jackie hubiera sabido ver bajo aquellas capas de colores que la rodeaban—. Llorar no nos hace más cobardes, simplemente más personas.

Y así, después de esas palabras, Cat rompió en un llanto que hacía que su cuerpo se convulsionara. No habló, no contó lo que pasaba, simplemente dejó que su amiga la abrazara y que sintiera que tal vez tenía razón y que no era una cobarde, que simplemente todo la había cogido por sorpresa y que los sentimientos eran muy difíciles de gestionar cuando crees que al fin has llegado a lo más alto que podías aspirar.

A la mañana siguiente, Jackie se levantó de la cama de su amiga intentando no hacer ruido. Le había costado quedarse dormida y necesitaba descansar. Había dejado su móvil en la habitación olvidado y cuando lo cogió vio un mensaje de su hermano. Tenían que hablar. Se vistió con velocidad. Le había dicho que la esperaba en la cafetería de la residencia. Miró el reloj y se dio cuenta de que ese mensaje había llegado media hora antes. Esperaba que siguiera allí, porque algo le decía que aquello que quería contarle era importante, sino fuera así le hubiera escrito de qué se trataba.

Cuando llegó lo vio al fondo, con los codos en la mesa y la cabeza sobre las manos. Pensó que le había pasado algo con Cassie, pero cuando levantó la vista hacia su hermana, en los ojos de él vio que no podía ser aquello. Su mirada estaba oscura y su rostro cansado. Aceleró el paso hasta llegar hasta la mesa y ocupó la silla a su lado.

—¿Qué pasa? —dijo rápidamente, sonando más como una sola palabra por la velocidad con la que la pronunció.

—Ha pasado algo, ratoncita…

—¿Le ha pasado algo a papá o a mamá…? —La respiración se le aceleró y escenas de lo más raras se le pasaron por la mente.

—Se van a divorciar.

Aquellas cuatro palabras fueron como si le vertieran un jarro de agua fría por encima. Sabía que su padre no podría perdonar lo que su madre había hecho, pero para ambos todo lo que habían construido a su alrededor, tras aquella falsa y fría relación, era lo más importante. No, no es que no quisieran que sus padres fueran felices, sobre todo su padre, que era quien más había aguantado en aquella relación porque, aunque a ojos de los demás su madre pareciera una mujer florero, el premio gordo que mi padre había ganado, él solo era una marioneta para ella. Un medio para un fin.

—¿Cómo está? —preguntó Jackie, y no hizo falta que dijera que se refería a su padre.

—Quiere que sea un acuerdo, por lo que le va a dejar la casa. Quiere venir a dar clases aquí, a la universidad. Ya sabes que siempre ha sido uno de sus sueños, y ahora que nosotros estamos aquí, quiere compartirlo con nosotros. Ha solicitado el traslado.

—Pero va a dejar toda su vida atrás…

—No, Jackie. Va a hacer lo mismo que nosotros, va a empezar a vivir.

Y lo entendió. Supo porque su hermano se sentía tan abatido. Su padre ya no era una persona joven como ellos, que se estaban labrando su futuro. Él ya había planeado el suyo junto a una mujer que creía que lo amaba. Había creado una familia y su vida se había derrumbado frente a sus ojos. Dean había abierto tanto su corazón que se dio cuenta de lo equivocado que había estado y que no sabía cómo podía ayudar a ese hombre que los había ayudado a llegar hasta allí.

—Lo haremos juntos, Dean. Seremos la familia que siempre quisimos ser.

Por aquello había escrito a Jackie, porque ella era más sabia, más adulta que él, aun siendo tres años más pequeña. Ahora sus vidas tendrían que arrancar de nuevo, con baches, curvas y cambios de sentido, pero serían capaces de hacerlo. Juntos.

26

Cualquiera podría pensar que aquel mes de diciembre estaba creando felicidad en torno a aquel grupo de amigos. Nada más lejos de la realidad. Los chicos seguían siendo un grupo, pero no más allá del césped verde del campo de fútbol. Ya no se reunían los cuatro en el salón para ver una reposición de fútbol, máximo conseguían que fueran tres en aquel reducido espacio, porque cuando aparecía el cuarto, Cody o Harris lo abandonaban.

¿Por qué lo hacían? Era mucho más simple de lo que parecía. Lo hacían porque se respetaban, porque no querían tocar aquel tema que tenían pendiente. Porque se habían convertido en unos cobardes que eran incapaces de ser sinceros el uno con el otro.

A Dean y Killiam aquella situación les molestaban, hablaron con ellos por separado, pero no podían ser directos. Si ellos no eran capaces de ver más allá de sus narices, ninguno de los dos podía meterse en asuntos que no debía. Demasiado tenían ya con todo lo que se refería a sus vidas.

Mike, el padre de Jackie y Dean, tras mucho papeleo, había conseguido el traslado a la universidad, conllevando muchas pérdidas por el camino. El que creía que sería un hogar familiar para toda la familia, quedó en posesión de la madre tras el acuerdo de divorcio, además de la mitad de los ahorros y una paga mensual para que pudiera seguir llevando su nivel de vida. Al señor Davis le pareció un precio justo si con ello se liberaba de los grilletes que ni siquiera sabía que había llevado durante años. Sus hijos estaban felices de que él estuviera cerca, aunque durante aquel proceso esperaban que su

madre se arrepintiera de todo lo que había hecho, de que esa parte humana que creían que podía estar escondida en alguna parte, saliera a la luz y se arrepintiera. No dio señales, lo único que hizo fue mandar cajas con la pertenecías de sus hijos que aún quedaban en casa. Como si separarse de ellos solo fuera un trámite más. Sintieron dolor en sus pechos cuando abrieron esas cajas y se dieron cuenta de que aquella infancia no había sido más que un medio para un fin a aquella mujer que habían llamado madre.

Jackie lo pasó mal los primeros días, pero la presencia de Killiam en su vida lo hacía todo más llevadero. Más sencillo.

—Aún te queda una caja por abrir —comentó Killiam, que estaba sentado en el suelo de la habitación de ella mientras observaba sus viejas pertenecías como si fueran un tesoro. Ella dudó que responderle —. ¿Quieres que lo haga yo?

Jackie estaba en *shock*, todo lo que había sacado eran viejas reliquias que contaban su historia. Una niña castaña de tres años que siempre llevaba dos pequeñas colas prendidas por lazos grandes de colores, que iban a juego con sus vestidos de flores. Las viejas Barbies, a las que vestía con los mejores modelos que había en el mercado, su madre se encargaba de que ella siempre tuviera lo mejor. Una foto del primer año que llevó aquel horrible aparato de dientes, no porque le molestara, sino porque había tenido que dejar de abrir la boca cuando inmortalizaban su rostro. Su madre le decía que una señorita debía de saber sonreír sin abrir la boca. El timbre de su vieja bicicleta rosa, la que llevaba cintas colgadas en el manillar y que su madre llevó a la iglesia como donación cuando la descubrió haciendo carreras con su hermano y los amigos de este. Ella tenía que jugar con las tazas de cerámica, sentarse con las piernas juntas para que no se le viera la ropa interior y hablar solo cuando se le preguntaba. Aquella pieza redonda de metal que sonaba como un gato ronco fue lo único que consiguió quedarse, porque tampoco le permitió llorar cuando vio que su padre la cargaba en el coche.

Había tenido tantas cosas y pudo disfrutar tan poco que ni siquiera se dio cuenta de que las lágrimas empezaban a surcarle las mejillas hasta que Killiam le pasó una mano por los hombros y se las secó con el dorso de la mano. Se giró para mirarlo de frente y le pidió sin palabras que fuera él quien abriera la última, era la única manera de hacerse cargo del pasado y darse cuenta de que todo aquello la había

llevado al lugar en el que se encontraba, con tantas ganas de aprender y crear a la Jackie que siempre había querido ser.

Killiam acercó la caja hasta ellos, tomó el cuchillo para romper la cinta adhesiva que la cerraba y levantó las solapas para revelar el interior de esta. Supo al instante lo que era, y quiso tomarlo entre sus brazos y descubrir todo lo que había en su interior, pero fue Jackie quien lo hizo. Era un viejo archivador de piel, con el color tan desgastado que empezaba a cuartearse. Había manchas por todos lados y lo que más destacaban era los colores vivos que cubrían gran parte.

—Son mis dibujos… —No se dirigía a él. Aquellas palabras iban dirigidas a ella misma. Creía que los había perdido, pero estaban allí, lo que indicaba que su madre solo había ordenado a alguien para que empaquetara los recuerdos de sus hijos. Si ella lo hubiera hecho personalmente, esa caja no estaría en su poder.

Sin dejar de apretar el archivador contra su pecho, como si la piel que lo recubría se uniera a la suya para hacerse más fuerte y así poder evitar que el intenso latido de su pecho hiciera que su corazón cayera frente a ella, metió de nuevo la mano en la caja y sacó un estuche de lápices de carboncillo, que podía contar mil y una historia. Fue un regalo de su padre cuando cumplió los doce años, y los profesores le informaron que su hija prefería gastar sus lápices para dibujar en los márgenes de los libros antes de aprender la materia. Mike la comprendía. También había acuarelas, aunque estas las había usado mucho menos, ya que manchaban mucho más y su madre se había percatado de las marcas que había en sus vestidos. El carboncillo era más fácil de limpiar, de eliminar las pruebas de que cuando todos dormían, ella encendía la luz de la lámpara que había en la mesita al lado de su cama y sacaba su mayor tesoro de debajo de esta, escondido dentro de una vieja caja que había guardado el vestido de su último cumpleaños.

Killiam la observaba. Empezaba a conocerla. Aunque siguiera llorando, su labio inferior temblara y sus manos apenas tenían fuerzas para mantener las cosas entre ellas, sabía que todo ello se debía a la felicidad de lo que había encontrado en el interior de la última caja. Esa que de un plumazo borraba los viejos recuerdos que le habían golpeado con fuerza, causándole dolor, nostalgia por lo que no pudo vivir y transformándolo en aquello que la hacía ser perfecta a sus ojos.

—¿Me dejaras verlos algún día? —Quería ver a esa Jackie de verdad, no la de las fotos con metal en la boca. Ni a la niña con vestidos que parecían provocarle sarpullidos en el cuerpo. Quería ver a la chica que había vislumbrado en aquel dibujo que ahora siempre llevaba encima, doblado varias veces y que escondía en el interior de su cartera.

—Algún día… —murmuró ella— Siempre que seas capaz de confesar por qué te quedaste con aquel dibujo.

Aquello lo sorprendió, el único que sabía que lo poseía era Dean, y por alguna razón sabía que no le había dicho nada a su hermana. Podía haberlo hecho, pero fue un pacto no verbal en el que Dean le regalaba un trocito de su hermana para que se quedara cada día más espacio en su interior. Pero ya lo invadía por completo. Ella ya formaría siempre parte de él.

Sacó la cartera y tomó aquel trozo de papel que tenía bastantes arrugas de la cantidad de horas que había pasado observándolo mientras estaba tirado en la cama de su habitación. Dándose cuenta de la manera que lo veía ella cuando se conocieron. Una mirada perdida de ojos tristes, y aun así con algo que le parecía esperanza. No dudó en dárselo, y no porque quisiera ver el resto de dibujos que escondía entre sus brazos, sino porque quería saber qué había significado aquel dibujo para ella.

Jackie lo tomó y no se atrevió a mirarlo a la cara. Solo su hermano tenía permitido ver aquellos dibujos que creaba. Su madre lo hizo una vez y solo escuchó críticas, reproches de que con esas cosas nunca llegaría a nada. Ella no quería ir a ningún sitio con ellos, quería que lo hicieran las personas que los vieran, que viajaran. Que sintieran.

—Llevaba mucho tiempo sin dibujar hasta que te vi aquella noche en la fiesta —comentó mientras ponía el archivador sobre sus piernas y desataba el nudo que lo mantenía cerrado—. Es otra de las tantas cosas que has conseguido que recupere.

Abrió el archivador y ante ellos aparecieron muchísimos folios de color blanco y sepia manchados de pintura, con huellas, con una historia plasmada en cada uno de ellos. Killiam sentía que estaba invadiendo su intimidad, y ella que al fin conseguía abrirse un poco más, dejar que todo aquello que había enterrado, ese pasado que siempre había defendido que tenía que quedarse atrás, también saliera a la luz, porque en esos capítulos que no mostraba a nadie era donde

realmente residía Jackie Davis.

—No tienes por qué enseñármelos si no quieres.

Ella lo ignoró, posó el archivador sobre las piernas de él para levantarse del suelo y acercarse hasta la ventana de su habitación. Aquel día había sido tormentoso, la lluvia creaba una manta de agua tan espesa que no podía ver más allá. Por eso se habían quedado en la residencia y empezaron a abrir las cajas que llevaban varios días olvidadas en la esquina de la habitación. Cada vez que abrían una caja la lluvia fue amainando, mientras sacaba un recuerdo, las nubes desaparecían del cielo y así hasta que los dibujos vieron de nuevo la luz y el cielo se despejó para mostrar una amplia luna y un manto azul oscuro lleno de estrellas. Como si el cielo se hubiera abierto como ella. Con ella.

Killiam los miraba, veía mucho más que líneas y sombras. La veía a ella. Simple y complicada. Que se vaciaba en cada dibujo para llenarse de sentimientos. Como la chica que había vislumbrado subiendo las escaleras en aquella fiesta meses atrás y de la que nunca había tenido dudas de que cambiaría su vida. La misma chica que estaba frente a la ventana, con las palmas apoyadas en el cristal y que paseaba los dedos por este. Se levantó para acercarse a ella, dándose cuenta de que estaba uniendo las estrellas, parecía tocarlas, colocarlas en los lugares que les correspondían, como había hecho con él, demostrándole que uno puede perderse, que está permitido, porque cuando te encuentras te das cuenta de que todo ha ocurrido por algo. Un perfecto desastre que lo colocaba todo en su lugar.

Killiam posó sus manos en sus caderas, acercándose a ella, sintiendo el calor que desprendía y saboreando aquel nuevo recuerdo que habían compartido juntos, que ella le había regalado, porque era la chica que regalaba sin pedir nada a cambio. Que necesitaba tanto o más que él y no pedía. Él se lo quería dar todo.

Sabía que estaba completamente enamorado de ella, no había discusión, pero en aquel momento supo que era mucho más que eso, que pasara lo que pasara, su corazón y su alma le pertenecían por completo y no se arrepentía por haberlas entregado. Ese era su regalo.

—Se ha despejado la noche —susurró en su oído, haciendo que inclinara la cabeza y se apoyara en su pecho.

—¿Los has visto? —preguntó por sus dibujos, con nerviosismo por saber su opinión.

—Te he visto a ti.

Si había una respuesta correcta a aquella pregunta, ella lo supo nada más que las palabras salieron de su boca. Se giró para ponerse frente a él. Aquello que habían visto el uno en el otro el primer día seguía ahí, pero con una nueva intensidad, más profunda y real. Se besaron con pasión y bebieron el uno del otro sin importarles que les faltara el aire.

El capitán del equipo no había dejado de darle vueltas a una idea desde que había visto por primera vez aquel retrato que ella había pintado de él, y cuando sus bocas se separaron lo verbalizó.

—¿Por qué Artes Escénicas? Dibujar se nota que te apasiona, esos dibujos son increíbles. Deberían de estar expuestos en una galería. Seguro que Harris estaría encantado de enseñárselo a sus padres.

—Por la misma razón por la que tú no te has inscrito en los *Draft* —respondió más seca de lo que esperaba, pero él supo que simplemente le demostraba que no eran tan diferentes como habían creído al principio.

—Lo haré si me prometes que pensaras cambiar de carrera. No eres actriz, aunque a veces se te dé bien actuar. Si presentaras tus dibujos, tengo claro que la universidad estará encantada de ofrecerte una plaza.

—Son solo dibujos… —Killiam le puso un dedo sobre los labios para hacerla callar.

—No lo son. Yo no he visto dibujos, te he visto a ti, sentimientos. Tristeza, amor. Alegría, juventud. Pasado, presente y futuro. No tengo ni idea de arte, pero sí de lo que me has hecho sentir.

—Me lo pensaré.

—Y yo hablaré con el entrenador, aunque creo que también debería hacerlo con tu hermano por contarte tantas cosas de mí —respondió con una sonrisa burlona, y dándose cuenta de que no le había sido difícil tomar aquella decisión. Sí, quería ser abogado, pero el fútbol había sido su vía de escape. Lo que conseguía que su mente dejara de lado aquello que le atormentaba y que además disfrutaba.

—Lo del dibujo lo supe por Cat, ella fue quien lo metió en aquella cesta —confesó Jackie—, lo de los *Draft* no me lo ha contado nadie, simplemente lo he supuesto porque todos los chicos están ansiosos y tú ni siquiera lo has comentado.

Aquella noche, después de que cenaran unos sándwiches en la

cocina y se volvieran a meter en la habitación, tras saber que Cat no pasaría por allí, la pasaron juntos entre besos, abrazos y nuevas confesiones. Killiam conoció más a aquella niña que había dejado atrás una infancia de la que ahora aprendía y ella lo amó más porque él estaba cada vez más feliz. Con unos ojos azules que le recordaban al amanecer más despejado.

Cuando Jackie se despertó a la mañana siguiente entre las sabanas revueltas, con el olor de él rodeándola, supo que se había ido. Le había dado un dulce beso cuando se había despedido y ella, aunque dormida, lo recordaba. Se sentó en la cama, se recogió el pelo con una gomilla y miró a través de la ventana. Después de la lluvia del día anterior el cielo iluminado estaba levemente salpicado por esponjosas nubes blancas. Cogió el teléfono y tenía un mensaje de él, al abrirlo comprobó que era una foto de un folio y donde él señalaba estaba su nombre escrito. Lo había hecho. Se había inscrito en los *Draft* y solo porque ella se lo había pedido. Tal vez era el momento de no solo vivir el presente y querer un futuro.

Salió de su habitación con su archivador y energía renovada. Apoyada en la isla estaba Cat con una sonrisa radiante en la cara, y se alegró de que ese día no la acompañaran las ojeras que se marcaban últimamente bajo sus ojos.

—Te veo bien —dijo al llegar a su lado y robarle la taza para beberse el poco café que quedaba de un trago.

—Digamos que al fin sé lo que quiero.

—Pues ya somos dos. —Le mostró el archivador—. ¿Vienes conmigo a solicitar un cambio de carrera?

Y así fue como ambas acabaron en las oficinas del edificio donde estaba la torre del reloj. Jackie había recibido algo aquella mañana, y no quería desprenderse de ello. Valentía.

27

—Tío, esto es un puto sueño hecho realidad —gritaba Cody en el vestuario para que su voz se escuchara por encima de la de los demás —. Hay que celebrarlo a lo grande.

En el día de Nochebuena se había disputado el último partido de la División I de la NCAA, el que los había proclamado campeones y les daba la oportunidad de jugar la Sugar Bowl, cosa que aquel equipo había conseguido dos años atrás, cuando aún tenían a esos chicos de último curso que idolatraban y que habían conseguido en muchos de sus casos cumplir sus sueños y firmar un contrato con un buen equipo. Para ellos, que estaban en tercero, y sería el primer año que se tomarían en serio los *Draft*, era un paso adelante, pero a la vez los ponía nerviosos, si fallaban en el partido que tendría lugar el tercer día del año siguiente, solo les quedaría una oportunidad más para ser profesionales.

Los chicos saltaban de alegría, incluso el entrenador Lewis había dibujado un par de sonrisas en la cara, aunque a los chicos les pareció más que tenía un gran dolor de estómago. Les dio aquel discurso que siempre se encontraba en el inicio de la motivación y se acababa enfocando en las cosas que debían mejorar para poder lograr el éxito. Aún no sabían con quienes se enfrentarían hasta el día siguiente. Ese era para celebrarlo.

—Hemos ganado la liga, sí —indicó Killiam poniendo esa voz firme que usaba cuando quería que supieran que estaba hablando el capitán, no el amigo—. No voy a deciros que no os desmadréis porque no puedo prometeros que yo no lo haga, pero pensad que las clases se

han acabado hasta después de las fiestas, que debemos entrenar por nuestra cuenta estos días y que cuando volvamos a pisar el campo lo haremos con la misma energía que vibra ahora mismo en este vestuario. —Algunos silbaron, otros abuchearon, pero todos lo hacían con risas y emocionado por todo lo que habían compartido esos meses y los que aún les quedaban.

Aquella noche pasaron primero por la nave donde siempre lo celebraban. Como en cada ocasión, las animadoras les dedicaban un baile, se divertían, bebían y bailaban al son de la música que un DJ pinchaba, pero los chicos querían seguir celebrándolo en privado, separándose del resto cuando ya nos lo echaran de menos, y así lo hicieron. Primero desapareció Cody con una chica con la que ya se había perdido en más de una ocasión. Jackie miró a su amiga, que estaba a su lado cuando este se despidió, y no vio esa tristeza que la había acompañado las últimas semanas. No sabía qué había pasado aún, Cat seguía guardándose sus cosas, y ella dándole su espacio para que hablara cuando se sitiera preparada. Más tarde fueron Dean y Cassie los que se fueron. Killiam se despidió de Harris sin que las dos chicas lo hicieran y, como por arte de magia, Cat fue la siguiente en desaparecer de aquel grupo, dejándolos solos. Él estaba nervioso por todo lo que había planeado para esa noche. Al día siguiente se celebraba Navidad, y aún no sabía si podría estar junto a su chica.

Mike estaba en la ciudad, y Jackie esperaba poder pasar aquel día junto a su hermano y que Killiam les acompañara, aunque por otro lado sabía que seguramente se fuera a Albany a pasarlo con su madre y su hermano, pero no habían hablado de nada y aquella noche no lo hicieron tampoco, porque cuando se dieron el primer beso sin que sus amigos estuvieran pendientes, se sintieron libres. El capitán del equipo la llevó hasta su coche, que ahora conducía más él que ella. No le preguntó a dónde iban, no le importaba mientras estuvieran juntos.

Aquella noche durmieron bajo las estrellas, dibujando formas con sus dedos. Abrazados bajo una manta de cuadros en la orilla del lago Travis. Era un pequeño lugar donde no había edificaciones cerca y que para acceder lo tuvieron que hacer a pie. Killiam se había en encargado de guardar en el maletero una mochila con las mantas, algo para comer y una pequeña lamparita que estaba haciendo de su único punto de luz en aquel lugar que se estaba convirtiendo en mágico para ellos.

—¿A cuántas chicas has traído aquí? —preguntó Jackie con picardía.

—Eres la primera, ratoncita. —Golpeó con el índice la punta de la nariz de la chica—. Nunca he querido compartir nada como lo que tengo contigo con nadie, ni conmigo mismo. No voy a engañarte, no he sido un santo, pero ya te lo he dicho muchas veces, no sé lo que has hecho conmigo, pero me encanta. Eres ese aire que me faltaba para no sentirme asfixiado, eres la luz que ilumina un camino que siempre ha estado oscuro, eres el olor de las flores que me hace sonreír.

Ella empezó a reírse, no es que le resultara demasiado romántico, es que nunca había esperado que alguien como él, tan reservado, un chico que pertenecía a ese grupo que ella quería descartar para siempre, le dijera esas cosas, se le metiera bajo la piel. Se convirtiera en su piel. Tuvo que hablar porque su rostro se quedó blanquecino a causa de la reacción de ella.

—Piel, tacto. Sentir, aprender. Todas esas cosas son las que he aprendido en estos meses a tu lado, pero sabes cuál es la más importante: que a la primera persona que tengo que querer es a mí para poder merecerme todo lo que me dices, y al fin lo hago. Me quiero y te quiero a ti por haberme entendido desde el primer momento.

—Me encantó que cogieras aquel libro. —Pensó en el ejemplar del Gran Gastby que él mismo había leído en aquella salita cuando iba a la casa de la hermandad—, ahí supe que ya estaba perdido.

—«El tiempo decide a quien conocerás en la vida —comenzó a recitar Jackie mientras él le rodeaba el cuerpo con sus brazos—, tu corazón decide a quien quieres en tu vida…».

—«Y tu comportamiento decide quién se queda en tu vida»

Él terminó aquella frase por ella, y le sorprendió que la usara en aquel momento, porque aquellas eran las líneas de F. Scott FitzGerald que él había subrayado años atrás en el mismo ejemplar de aquella fiesta. La que los unió sin saber que acabarían allí, tumbados dibujando formas con sus dedos bajo las estrellas, ayudándose a salir de aquellos caminos que ellos no habían decidido, pero por los que avanzaron sin saber hacia dónde transitaban.

Ella se acomodó más sobre su pecho, escuchando cómo el corazón de aquel chico de pelo oscuro latía y el de ella se acomodaba al mismo

ritmo. Los dedos de su mano entrelazadas y el horizonte solo iluminado por las estrellas de una noche de invierno que no resultaba fría si estaban uno al lado del otro.

—Mañana es Navidad. —Jackie necesitaba saber qué planes tenía él—. Mi padre nos ha invitado a cenar.

—Lo sé, y estaremos allí a la hora indicada. No te preocupes.

—¿Y tu madre y tu hermano? —Ella le había comentado en alguna ocasión aquella cena, pero hasta el momento nunca le había indicado cuales eran sus planes.

—Se suponía que iba a ser una sorpresa, pero te voy conociendo y sé que no pararas de interrogarme hasta que me saques la información, y yo me vuelvo un poco débil cuando se trata de ti. —Le dio un beso sobre la cabeza—. Vendrán también a la cena, tu padre insistió porque quería que yo estuviera allí y yo le había prometido a mi familia que estaría con ellos. Así que llegan mañana.

Jackie se giró rápidamente y lo cogió desprevenido. Lo miró a los ojos directamente, esos que se veían casi negros, pero brillaban intensamente, y antes de que volviera a hablar, lo besó. Con una pasión nueva, con algo que estaban aprendiendo juntos, porque todos sus besos sabían diferentes, y en cada uno de ellos encontraban algo nuevo que los llenaban por completo.

—Que nunca se acaben estos besos.

—Que siempre despierten mi alma.

Y se quedaron en silencio, con el ruido del agua del lago balanceando los barcos que algo más lejos estaban atracados en el puerto, las hojas moviéndose en los árboles y sus respiraciones acompasadas hasta que se hicieron un solo aliento y se quedaron dormidos con una declaración de amor distinta. Sin ese «te quiero» que se quedaba corto para ambos.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol que se filtraban fueron los que los despertaron, y el calor de sus cuerpos lo que los acompañó en el coche hasta la residencia después de una noche que ninguno de los dos olvidaría y que, aunque aún no lo sabían, sería el momento que marcaría el resto de sus vidas.

Se despidieron en la puerta de ella con un nuevo beso, y deseando que las pocas horas que les quedaban para volver a estar juntos pasaran rápidas. Una despedida que ninguno de los dos quería hacer, y menos si supieran todo lo que traerían esas horas separados.

Cuando Jackie entró en el apartamento, lo primero que vio fue ropa esparcida por el suelo. Unos pantalones vaqueros justo delante de la puerta de la habitación de Cat, su vestido justo al lado. Los zapatos de ella tirados de cualquier manera en el salón, el bolso sobre él sofá y la chaqueta del equipo de fútbol, lo único bien colocado, sobre el respaldo de uno de los sillones. Sonrió al identificarla, aunque todas fueran iguales, algo le dijo quién era el dueño de aquella prenda, y le alegró que su amiga hubiera dado aquel paso en lo que esperaba que fuera parte de una recuperación que se merecía.

Se metió en su habitación y se deshizo del uniforme de animadora sin poder evitar que el olor que desprendía fuera el del chico que le daba fuerzas y ganas de ser quien quería ser. Incluso le costaba meterla dentro de la cesta donde ponía su ropa para lavar y que aquella noche se perdiera entre pompas de jabón y el olor a vainilla de su suavizante.

Después de darse una ducha y sentirse menos entumecida por haber dormido sobre el suelo de una orilla rocosa, no pudo evitar sacar su archivador, ese que le había acompañado durante tantos años escondido bajo su cama, y que ahora tenía un lugar privilegiado sobre la estantería, al lado de su cama. Pensó en la respuesta que podrían darle sobre el cambio de carrera. Sabía que estaba fuera de plazos para realizarla, pero saber que, aunque con un año de retraso, podía hacer algo que siempre le había ilusionado. Dibujar. Que las líneas sobre un trozo de papel significaran tanto como una ecuación que ayudara a la cura de una extraña enfermedad. Ese era el poder del arte. Sentimientos que podrían alegrar y hacer superar catástrofes.

Dibujó hasta que la alarma de su móvil le avisó de que quedaba poco tiempo para volver a ver a Killiam. Ese era el poder de tener una hoja en blanco frente a ella. Miró lo que había estado haciendo y sonrió cuando se dio cuenta de que la felicidad siempre había estado al alcance de sus manos, solo necesitaba que alguien se lo recordara.

Tenía un mensaje, y las manos le temblaron cuando vio que el nombre de Ryan era el que lo encabezaba, sobre todo al darse cuenta de que él estaba de nuevo en Austin y le pedía, más bien le exigía, que si quería poner fin a todo, tenían que verse de inmediato. Quería terminar con todo aquellos y, sin plantearse lo que estaba haciendo, sin pensar en que apenas quedaban quince minutos para verse con Killiam, que ya debía haber ido a buscar a su familia, se vistió con la

ropa que había preparado para el almuerzo y bajó a la puerta de salida de la recepción para poner fin a un pasado que debía de haber dejado atrás hacia tanto tiempo.

Ryan estaba nervioso, no esperaba verla aparecer, menos aún más guapa de lo que nunca había estado. Para él, Jacklyn siempre había sido la chica perfecta, con ropa elegida para la ocasión, un peinado perfecto y la sonrisa que se esperaba de ella, pero nada más lejos de la realidad, la chica que atravesaba aquella puerta era mucho más de lo que esperaba. Mucho más que la promesa que siempre le habían hecho. Llevaba un sencillo vestido color verde agua que acentuaba cada una de las curvas de su cuerpo. Se entallaba bajo su pecho con un sencillo lazo negro que hacía que la falda se abriera sobre sus caderas y mostrara unas piernas que se le antojaban demasiado apetecibles. Aunque ya la había observado al detalle en la cena de Acción de Gracias, aquel corte de pelo ya no revelaba a la chica sumisa a la que estaba acostumbrado. Había resolución, carácter y una guerra que no estaba dispuesto a perder, por lo que, cuando se colocó a un par de pasos de él, actuó sin pensar en las consecuencias de sus actos.

La tomó del brazo y antes de que ella pudiera protestar, lo retorció sobre su espalda y la acercó tanto a él que Jackie pudo oler el aliento, que le desvelaba que de aquel chico en el que antaño confiaba, ya no quedaba nada. Quiso protestar, pero la mano de Ryan le tapó la boca antes de que fuera capaz de llenar sus pulmones para poder gritar. Sintió cómo su cuerpo se llenaba de un nuevo temor, uno distinto, peor del que le traían aquella noche. Tiró de ella hasta que la metió en el coche y cerró la puerta con el pestillo de seguridad antes de que ella pudiera salir corriendo. No podía permitirse dejarla escapar. Le habían prometido muchas cosas y, si no las conseguía a las buenas, pretendía hacerlo a su manera.

Jackie estaba nerviosa, conocía a Ryan, pero no sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Aun así, no tenía miedo. Sabía cómo manejarlo, o al menos cómo intentarlo, así que se sentó todo lo recta que pudo en el coche y no protestó cuando este arrancó y empezó a alejarse de la residencia. Tenía que pensar qué hacer y qué decir para que él dejara de actuar de la manera en la que lo estaba haciendo, pero cuando se dio cuenta de que estaba dispuesto a abandonar la ciudad, decidió hablar.

—No sé qué pretendes, pero ambos sabemos que esto no es algo que tuvieras preparado. —La voz de la castaña sonó seria y sin temor.

—No, esto no es algo premeditado. —Ryan seguía con la mirada al frente, pensando qué paso dar a continuación—, pero tu solita te lo has buscado.

—No, nada de lo que estás pensando hacer es algo que tú quieras. Te conozco, sé que eres un chico que tienes las ideas claras y te has dejado manipular por una mujer que te ha llenado la cabeza de posibles que ella no podía prometerte, Ry. —Jackie intentaba sonar coherente, que él se diera cuenta del error que estaba cometiendo. No era un chico malo. No lo creía así, por eso siguió con su discurso—. Vales más de lo que te han hecho creer. Tienes un futuro que puede ser el que quieras, no el que te han vendido. Yo no soy la solución a él.

—¿Qué sabrás tú? —ladró apretando el cuero del volante—. Nunca podré acceder a la fortuna de mi padre si no obtengo lo que él cree que es lo adecuado para mí, y tú siempre has sido mi primera y única opción. No tengo alternativa. Solo podré seguir adelante si vuelves a mi lado.

Jackie analizó todas y cada una de las palabras que su ex había pronunciado y se dio cuenta de que no había sido la única que había tenido una vida creada y manipulada por sus padres. Ryan era el chico bueno que todo el mundo respetaba, el capitán del equipo del instituto, el heredero perfecto. El próximo representante político del pueblo donde se habían criado. Todo ello había sido implantado en su cerebro desde que había nacido, regado a diario con palabras, promesas de un futuro perfecto que, aunque no fuera para él, se había acabado creyendo. Ella lo conocía y, aunque no lo habían hablado nunca abiertamente, sabía que aquello era algo que no quería.

—¿Qué quieres tú?

Jackie no supo hasta el momento que él frenó y aparcó a la salida de Austin el poder que había tenido aquella frase en él. Era la primera vez que se lo preguntaban. Era la primera vez que tenía la oportunidad de responder a aquello, y al darse cuenta de que no tenía respuestas, se dejó caer sobre el volante, golpeando con la frente sobre este y provocando que el claxon sonara con fuerza, como las campanas que avisan que algo nuevo va a ocurrir. Una señal que le hacía entender que estaba tan perdido que hubiera sido capaz de

cometer una locura por ser aquella persona que querían que fuera.

—Ser alguien distinto a mis padres —respondió con sinceridad—. Un chico que termine los estudios, que se labre su vida. No ser hijo de. Quiero ser alguien que pueda aspirar a lo que le dé la gana…

—Nada te lo impide, Ryan. Aunque no te lo creas, nos parecemos más de lo que te crees. —Jackie masticó bien las palabras antes de decirlas, no quería meter la pata, y menos si aquello significaba lo que esperaba—. Sabes que te quería, pero en ningún momento de la manera que tus padres o mi madre esperaban. Tú te mereces mucho más de lo que ellos te prometen. No voy a engañarte y decirte que lo que pasó podré olvidarlo algún día, pero te perdono.

Por primera vez desde que lo conocía, aquel chico de pelo rubio y ojos tan azules como el cielo de una tarde de primavera, rompió a llorar. Lágrimas que expresaban todos los años que había estado coaccionado, en los que no quería defraudar a nadie y, sin embargo, lo había hecho con la persona que de verdad importaba. Él mismo. Y lo que más le dolía de todo aquello era que la chica a la que más daño había hecho, la que menos se lo merecía de todos, era la que le estaba abriendo los ojos.

—No me lo merezco. No me merezco que me perdones. Hice algo ruin. Algo que no te merecías. Eres una chica increíble que se merece todas las cosas buenas que le traiga la vida. —Sorbió la humedad de su nariz y pasó la manga de su camisa sobre sus ojos para intentar eliminar las lágrimas—. Ya no puedo hacer nada para eliminar todo el daño que hice en el pasado, pero si hay algo que pueda hacer por ti, dímelo y lo haré.

—Puedes dar la vuelta, llevarme de nuevo a la residencia. Despedirte de mí y pensar solo en ti y en lo que quieres hacer. Ser ese chico que sé que hay escondido, el que sabe lo que quiere y le planta cara a sus padres, como yo hice. Darte la oportunidad de elegir.

Ryan arrancó el coche y deshizo el camino hasta la puerta de la residencia, lo que no esperaba era que cuando aparcó delante de ella la puerta del coche se abriera y una fuerza sobrehumana lo sacara de él para acabar contra la carrocería y que el dolor del golpe no le supiera ni la mitad del que le recorría por todo su cuerpo. Jackie fue testigo de lo que estaba pasando y, sin prestar atención de las personas que estaban observando lo que ocurría, en un movimiento rápido se colocó entre su ex y Killiam, que mantenía el puño en alto, a

punto de golpear con todas sus fuerzas sobre la cara de aquel cabrón que se había llevado a su chica a la fuerza. No había sido espectador directo de cómo había ocurrido, pero un compañero de la residencia le había relatado lo que había visto tiempo antes, cuando lo había visto pasarse las manos con desesperación por el pelo después de llevar más de quince minutos en la puerta de la residencia.

—No, Killiam…

Este miró a la chica que le había robado el corazón y, sin tener que preguntarle nada, soltó a aquel chico que pensaba convertir en polvo a golpes y la abrazó con fuerza, sintiendo cómo su piel se mezclaba con la de ella. Absorbiendo su olor y al fin respirando por tenerla a su lado.

Ryan era espectador directo de la expresión de él, de cómo se relajaba, de cómo su rostro pasaba de la desesperación al placer de sentir que al fin tenía la vida, su vida, entre sus brazos. Él había querido a Jacklyn, pero nunca lo haría como aquel chico, no porque no supiera hacerlo, sino porque ella al fin tenía a su lado a alguien que de verdad pondría el mundo a sus pies sin perderse a él mismo.

—Quiero golpearlo hasta que me sangren las manos. —Escuchó cómo aquel chico que era más grande que él le susurraba a su ex al oído.

—Si lo hicieras, no conseguirías nada. Es un chico tan perdido como tú y yo. —Se separó lo justo de él para levantar la mirada y mirarlo a los ojos—. Si fuera peligroso, yo ahora no estaría aquí. Lo he perdonado, Killiam. Lo he hecho para que pueda pasar página.

Killiam lo miró y antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Ryan se montó en el coche y desapareció de allí. Solo pensaba hablar con ella si alguna vez conseguía solucionar sus problemas, como hacía Jackie. No iba a ser algo fácil, no sería algo que conseguiría de la noche a la mañana, pero era algo que esperaba poder hacer, sobre todo porque de nuevo Jackie, sin ni siquiera ser consciente de ello, había vuelto a liberar un alma que necesitaba ver más allá de una vida que no le pertenecía.

28

*D*urante la cena que compartieron juntos con sus respectivas familias ambos fueron muy conscientes de dónde venían y todo lo que había luchado para llegar donde estaban, pero los más emocionados eran sus padres.

Mike miró a su hijo, a aquel chico que nunca había querido abrirse al mundo, desempolvar sus sentimientos y dejar que el corazón viviera todo aquello que escondía ahora no dejaba de mirar a la chica que estaba a su lado. Ella lo miraba con devoción, como si al tenerlo a su lado hubiera encontrado la razón de por qué merecía la pena todo lo que había luchado para llegar hasta ahí, pero Dean, aunque lo intentaba, no podía disimular cómo la buscaba, cómo cada vez que tenía la oportunidad rozaba el rostro de Cassie para colocar un mechón que siempre acariciaba el contorno de su cara. La excusa perfecta que ambos tenían para tocarse y que así pasaran desapercibidos para el resto. No para el padre del chico, que sentía que su hijo mayor ya no era aquel niño que no quería verse reflejado en la relación de sus padres, que había tomado las riendas de su vida y ahora se permitía disfrutarla.

Después estaba su hija, su pequeña Jackie, la chica que escondía mil mundos en su interior y a la que solo le habían permitido vivir uno. El impuesto, el que él había consentido que su mujer planeara sin darse cuenta de que le cortaba las alas a la mejor ave que podía surcar los cielos. A la chica que encontraba un mundo lleno de colores con un simple folio en blanco y un carboncillo entre los dedos. La misma chica que ahora estaba sentada junto a Killiam, el que ella había

elegido y que la había ayudado a recomponer sus plumas, no para indicarle el vuelo, sino para hacerlo junto a ella, permitiéndole tomar sus decisiones.

Por su parte, Rachel no podía estar más orgullosa de aquel chico que había dejado su casa. Al principio siempre tenía miedo de que se perdiera por el camino, al comienzo había sido así, cada vez que lo visitaba lo sentía más lejanos, menos él y más la sombra de alguien que podría haber sido y que le estaba siendo imposible recuperar. Ahora desprendía luz y no solo por la chica que le volvía a dibujar sonrisas en la cara, que hacía que sus ojos brillaran con la inocencia de un niño que ya no estaba y que ahora era un hombre que sabía lo que quería. Travis estaba encantado por estar allí, era la primera vez que estaba con su hermano y este no parecía enojado. Para un niño de siete años, sentir que su hermano mayor, su héroe, le sonreía de aquella manera, era el mejor regalo de Navidad.

—Toma, esto es para ti. —Después de comer se repartieron los regalos de Papá Noel, y Killiam estaba deseando darle el suyo a su hermano.

Este lo desenvolvió destrozando el papel de estrellas y árboles de Navidad, sin ningún tipo de reparo para sacar lo que había en su interior. Era un balón de fútbol americano, aquel pequeño había admirado tanto a su hermano sin apenas tenerlo a su lado que compartían aquel deporte.

—Jo, mamá es un Wilson de la NFL. ¡Me encanta! —Entusiasmado, se abalanzó a los brazos de su hermano.

—Y esto es para los tres. —Le tendió un sobre a su madre que, cuando lo abrió, hizo que se le humedecieran los ojos—. Ya lo he hablado con Daryl y sé que no habrá ningún problema para que podías asistir.

Rachel miró asombrada las entradas para el partido de la Sugar Bowl, que tendría lugar ocho días después en el estadio Mercedes-Benz Superdome de Nueva Orleans y que jugarían contra los Gators de Gainesville. El entrenador les había mandado las entradas esa mañana, con la noticia de quien iba a ser su rival en uno de los días más importantes de su vida.

—Idiota, ahora me has fastidiado el regalo —protestó Dean tendiéndole un par de entradas a su padre—. Puedes traer a quien quieras.

—Así lo haré. —Se guardó las entradas en el bolsillo interior de su chaqueta para seguir hablando después—. Yo también tengo un regalo para vosotros.

Se levantó de la mesa del restaurante y se colocó junto a sus dos hijos, con una mano sobre el hombro de cada uno.

—Papá, no hacía falta. —Quiso protestar Jackie. Sabía el desembolso monetario que su padre había hecho en el proceso de divorcio y que ahora debía costearse un pequeño piso para poder ser profesor de apoyo en la universidad, lo que conllevaba tener un sueldo bastante inferior al que siempre había dispuesto.

—Sí que hace falta, cariño. No sabes lo enfadado que me siento conmigo mismo por no haber estado ahí cuando te hacía falta. Por haber estado tan ciego, así que he movido algunos hilos y, aunque no podrás realizar el cambio de carrera hasta el año que viene, porque lo has solicitado fuera de plazo, si de verdad quieres hacerlo, intentarán convalidarte todas las asignaturas posibles para que no pierdas un año completo. —Jackie miró emocionada a su padre y sintió cómo Killiam le apretaba la mano bajo la mesa por la gran noticia. Aquello era muy importante para ella—. Y Dean, tú mereces vivir tus sueños, así que esto es tuyo.

Dean tomó lo que le daba y no pudo evitar ponerse de pie y rodear con sus fuertes brazos el cuerpo de su padre. Aquel hombre le estaba dando el mejor regalo del mundo. Jackie miraba sin entender nada, ya que no había visto lo que su padre le daba hasta que se separaron y vio que lo que tenía era un juego de llaves con un llavero de *Star wars*. Pertenecía a aquella moto que siempre había estado guardada en el garaje, porque su madre se negaba a que la arreglasen para poder usarla.

—La traje hace unos días y está aparcada ahí fuera. Algunos amigos me han ayudado a ponerla a punto. Sé que era algo que queríamos hacer juntos, pero hasta eso hemos acabado perdiendo por mi estupidez.

—Es el mejor regalo del mundo. —Tomó a Cassie de la mano, e hizo que se levantara—. Y ahora me despido de todos, tengo que disfrutar del regalo con mi chica.

«Mi chica». Aquellas dos palabras hicieron que Cassie sintiera las mariposas de su estómago, como si hubieran mutado en elefantes que le pisaban con fuerza las entrañas. Dean seguía siendo el mismo chico

del que se había enamorado cuando lo conoció, pero ahora era muchas cosas más. Era atento, romántico cuando tenía que serlo, pero lo más importante de todo era que ya no había nada que lo frenase y se había sincerado con ella, diciéndole todo lo que sentía y por qué se había comportado como el mayor capullo del mundo.

—Nosotros también tenemos que irnos —dijo la madre de Killiam mientras intentaba que Travis no se pusiera a hacer lanzamientos en medio del restaurante—. Tenemos que descansar, mañana quiero ir temprano a casa, además nos veremos en ocho días. —Se sentía afortunada por todo lo que estaba consiguiendo su hijo, y este lo comprobó en la amplia sonrisa que tenía.

Todos salieron al exterior y observaban cómo Dean se alejaba calle abajo conduciendo su nueva moto, una vieja Ducati de color negro que Jackie había visto muchas veces tapada con una manta mientras acumulaba polvo en el garaje de su casa.

Mike, Rachel y Travis se despidieron de ellos y Killiam aprovechó para abrazarla y apoderarse de su boca cuando al fin se quedaron solos.

—He estado a punto de perder el control cuando me he enterado de lo que ha hecho Ryan —dijo cuando separó su boca de la de ella, pero sin apartarse de ella. Tocarla se había convertido en una necesidad—, después te he mirado y he sabido que no tenía nada que temer. Eres una chica fuerte, independiente y que sabe ver dentro de las personas, y todo eso me hace ser el tío más afortunado de Texas. Que digo de Texas, del mundo entero, y hasta de este universo y de los que quedan por descubrir.

—¿Sabes que te vuelves un poco cursi a veces? —susurró Jackie sobre sus labios.

—Pero aun así, te sigo gustando.

—Aun con eso, me gustas.

Entrelazaron sus manos después de besarse apasionadamente y saber que estarían llamando la atención tanto de las personas que podían ver a través de los cristales del restaurante como de las que caminaban por la calle. Pasearon por Austin y, aunque parecía que lo hacían sin rumbo alguno, algo los hizo dirigirse a ese lugar que los había separado para unirlos en un mismo camino que no querían abandonar. Acabaron sentados en el banco donde él se lo había contado todo. Él abrazándola y ella apoyando su cabeza sobre su

hombro. Jackie notó que Killiam le colocaba algo sobre la cabeza.

—Mi diadema —dijo ella rozándola con los dedos. Él la hizo girar hasta que quedaron de frente para que ella se diera cuenta de que no era lo único que tenía que darle. Cuando se percató de ello, se tapó el rostro con las manos, sorprendida. No sabía si sentir miedo o lazarse a sus brazos.

—No te voy a pedirte que te cases conmigo, Jackie. No voy a cometer la gilipollez de poner un anillo en tu dedo y que creas que voy a influir en tu vida, a no permitirte ser quien quieras ser. —Sacó un sencillo anillo plateado con una pequeña pelota de fútbol que lo adornaba—. Este anillo lleva dos cosas importantes para mí. Mi pasión por el fútbol y mi compromiso y respeto hacia ti.

—Vaya, y yo que pensaba decirte que sí. Ahora nunca podré decir que me voy a casar con la estrella del equipo universitario y ser la envidia de todas las chicas que habitan Texas. Que digo de Texas, del mundo entero y hasta de este universo y de los que quedan por descubrir —dijo parafraseando las palabras que él había usado antes.

—Si es lo que quieres, podemos hacerlo, pero me gustaría darte más —respondió Killiam emocionado.

Cuando había empezado aquel curso, cuatro meses atrás, lo había hecho con la misma convicción que los dos años anteriores. Dedicarse a estudiar y a ser el mejor en el campo, y así poder conservar sus becas. Disfrutar de las fiestas, evitar a las chicas y, aunque todo lo primero lo había conseguido, Jackie había irrumpido con tanta fuerza en su vida que era imposible que no se colara por cada rincón de su ser hasta convertirse en algo fundamental que lo completaba, que lo hacía sentirse mejor. No era que la necesitara para ser quien era o para ser feliz, simplemente ya no podía mirar al futuro sin que ella formara parte de él.

—Quiero lo que tenemos, lo que podamos tener y todo lo que queramos soñar siempre que en ningún momento eliminemos los sueños del otro.

—Sigo sin tener una palabra que pueda describir todo lo que me haces, todo lo que quiero que sigas haciendo. Un «te quiero» seguirá pareciéndome demasiado pequeño.

29

Los días pasaron con celeridad. Los chicos del equipo se estaban dedicando en cuerpo y alma a los exigentes entrenamientos para poder darlo todo en el último partido, aquel que podía marcar un antes y un después en sus vidas. Aunque quedaban cuatro meses para saber qué podían depararles los *Draft*, pero todos sabían que muchos ojeadores solían ser espectadores de primera fila en aquel encuentro para de esa manera poder adelantarse a fichajes que podían ser solucionados de manera más rápida y resolutiva para ambas partes.

El fin de año lo pasaron juntos en el apartamento de los chicos. Cassie con Dean, Cody seguía viéndose con aquella chica que últimamente lo acompañaba y, para sorpresa de todos, aunque solo lo demostraron ante los dos implicados para que no se dieran cuenta de que habían tardado mucho en salir a la luz aquella relación, Harris apareció de la mano de Cat. Ambos con una amplia sonrisa en la cara que hizo que todos se alegraran. Era una pareja extraña, ella tan pequeñita, nerviosa y cada día con un *look* nuevo que te hacía imposible incluirla en ninguno de los grupos que existían. Algunos días parecía una hippie, otros una chica de alta cuna, pero en todas y cada una de aquellas facetas se sentía feliz, porque era ella misma. Harris, tan grande y alto, con su barba poblada, pero bien recortada de color anaranjado, su camisa de cuadros sobre camisetas de marca de coches o grupos de música. Tan distintos que a todos les parecía que hacían la pareja perfecta.

Aquella noche de Fin de Año, donde todos habían empezado con unas expectativas y habían madurado con ellas en tan pocos meses,

fue su manera de compartir una amistad que esperaban que los acompañase durante muchos años. Era la última noche del año, pero la primera de muchas cosas nuevas y buenas, y así lo sentían.

Al día siguiente viajarían a Nueva Orleans y tenían que hacerlo por separado. Jackie debería viajar en el autobús con las animadoras, pero ella y Cassie decidieron hacerlo junto a Cat en su propio coche y así, sin importar el resultado del partido, no tener que depender de nadie para volver a Austin.

Era la última noche del año y sentían que estaban con su familia, la que eliges, la que está cuando de verdad los necesitas, y compartirla juntos era mucho más de lo que habían esperado cuando había comenzado ese curso. Habían tenido que sortear baches, miedos y que el corazón sufriera por el camino, pero ninguno cambiaría ninguna de aquellas cosas si el resultado siempre fuera el mismo. Compartir un treinta y uno de diciembre, unas palomitas, pizza a domicilio, cerveza y lo más importante: la amistad.

El viaje en autobús a Nueva Orleans fue tranquilo. Algunos de los chicos llevaban señales en el rostro de que la noche anterior habían dormido menos de lo aconsejable para afrontar el último día antes del partido, pero el entrenador Lewis confiaba en ellos, tanto en los chicos que ya llevaban un par de años o más en el equipo, como aquellos que formaban por primera vez parte de sus filas.

No, aquel hombre no era de discursos motivadores, aquello se lo dejaba a los expertos o a los psicólogos de la universidad si alguno necesitaba salir de algún problema que a él le fuera imposible solucionar. Él era el experto en planificar jugadas, en animar a los chicos si se bloqueaban después de una jugada y de darle un par de palmadas sobre sus protecciones si el resultado de la jugada había sido satisfactorio, pero aquel día se sentía realmente feliz. Había tenido una conversación que, aunque no era la primera vez, sentía que esa era especial.

El día antes del partido los chicos se comportaron, no salieron de las habitaciones del hotel que ocupaban antes del partido más que para ir a la de los otros compañeros. Aunque ninguno lo dijera, se notaba que los nervios estaban a flor de piel, por eso, después de que se despertaran a la mañana siguiente, prepararan los macutos con sus

uniformes, protectores, y más de uno escondiera amuletos en su ropa, al entrar en los vestuarios del Mercedes-Benz Superdome ya no podían disimular cómo esos nervios los hacían algo más vulnerables. Se escuchaba el rugido de la afición en el exterior. La liga universitaria cada vez era más importante en el país y los jugadores que compondrían las filas de los mejores equipos de la NFL salían de aquellas pequeñas ligas donde se forjaban verdaderos superhéroes.

—Chicos, acercaros. —El entrenador reunió en círculo a los chicos y, aunque ninguno esperaba que dijera nada más allá de lo que estaban acostumbrados, lo necesitaban—. No voy a engañaros y deciros que ya tenéis que estar orgullosos por haber llegado hasta aquí, que el resultado da igual, porque esas mierdas ya la sabéis. Me habéis dado un gran dolor de huevos en más de una ocasión. —Miró a Cody, y todos rieron—. Pero ha merecido la pena cada momento, así que espero que os dejéis la piel, algún diente si hace falta, ¡pero qué cojones! ¡Salid a ganar! Ese trofeo tiene que ser vuestro, el orgullo no alimenta a las familias.

Todos unieron las manos en el centro cuando el entrenador lo hizo y como siempre, con la indicación de su capitán gritaron al unísono la palabra que los hacía sentir tener las fuerzas para salir fuera y comerse el mundo si fuera necesario.

—¡Longhorn!

Disfrutaron el partido, eso fue lo más importante de aquella jornada, porque lo hicieron juntos. Las animadoras no permitieron que la euforia decayese en ningún momento, incluso en los más duros, cuando los Gators se pusieron por delante por dos puntos, a escasos treinta segundos para que acabara el partido. Los Longhorn tenían la posesión del balón, estaban en cuarta y diez yardas y si no conseguían avanzar todo predestinaba a que el partido se les escaparía con una derrota. El entrenador estaba gastando su último tiempo muerto y las animadoras esperaban expectantes a que les diera las indicaciones al *quarterback* para la última jugada. La que podía ser la más importante para Killiam en su carrera.

Se acababa el tiempo muerto y se colocaron en posición. El reloj marcaba los segundos que les quedaban para que pudieran empezar la jugada, todo pasó tan deprisa que muchos perdieron de vista el balón. Cassie gritó con todas sus fuerzas cuando se dio cuenta de que Killiam cargaba su brazo derecho y la pelota salía despedida girando sobre sí

misma. Esta sabía quién sería el responsable de recepcionar el lanzamiento, y cuando lo hizo el silencio llenó cada rincón del estadio con cada zancada que daba aquel jugador que corría casi pisando la línea exterior. Los segundos pasaban y al fin rebasaba la *endgame* con los dos pies y varios jugadores del equipo contrario que habían intentado alcanzarlo sin conseguirlo.

Dean miró a su alrededor y se dio cuenta en ese momento de que lo había conseguido. Al reloj solo le faltaban doce segundos para que el partido terminara y las letras *touchdown* parpadeaban con los colores del equipo en la enorme pantalla del campo. Sus compañeros lo rodearon y se golpearon los unos a los otros para celebrar los nuevos seis puntos que subían al marcador. Aquella fue la jugada de la victoria, y los Gators fueron consciente de ello, ya que después de la última patada finalizaba el partido con victoria para la universidad de Austin. Los Longhorn se proclamaron campeones de la Sugar Bowl.

Killiam buscó a Jackie entre toda la gente que se reunía a su alrededor, todos querían felicitarle por su último lanzamiento y porque este hubiera sido el responsable de que aquel partido fuera un trofeo más que vestiría las vitrinas de la universidad. Una página más en la historia de chicos que podían llegar a ser un gran nombre dentro de una liga a la que no era fácil acceder, pero a él le daba igual todo en aquellos momentos, lo único que quería era encontrarla y poder apretarla contra su cuerpo. Solo quería disfrutar con ella de la victoria, por lo que cuando ambos al fin se encontraron con la mirada, ignoraron los golpes sobre la espalda para él, los saltos y grititos de sus compañeras hasta que estuvieron el uno frente al otro y se miraron sin tocarse, pero se sintieron en cada rincón de su alma. Cuando dieron el paso para tocarse de verdad, y que la corriente circulara en ambos sentidos, el entrenador se coló entre ellos.

—Chico, déjame que te presente al señor Anderson, pertenece a los Houston y le gustaría hablar contigo. Quería hacerlo antes del partido, pero le he pedido que esperara a que terminara. —El entrenador Lewis habló rápido, y tanto él como Jackie sabían lo que aquello podía significar. Ella le hizo un gesto de asentimiento para que fuera con ellos y escuchara lo que tuvieran que decirle—. Acompáñanos al vestuario un momento.

Iba un par de pasos detrás del entrenador y aquel hombre, pero no podía dejar de mirar hacia atrás y ver el rostro de Jackie. Aquello

podía ser una gran oportunidad, una por la que había luchado desde la primera vez que tuvo el ovoide de piel en las manos, pero ¿era lo que quería ahora?

—Chico, voy a ser muy claro. He hablado con tu entrenador y sé todo lo que la Universidad de Austin ha hecho para no perderte, y debo decirte que estoy de acuerdo en que quieras terminar los estudios, así que voy a ir al grano: queremos que los termines en la Universidad de Houston, nos haremos cargo de todos los traslados, de las deudas y de que nada de lo que haya en Austin te retenga para que pases a entrenar con el primer equipo una vez que termines. Somos los primeros en querer que nuestros jugadores tengan un futuro cuando decidan finalizar sus carreras.

—Es una gran oferta…

—Tenemos un departamento de arte perfecto para ella —contesto el señor Anderson antes de que Killiam pronunciara un «pero»—. Ya te he dicho que he hablado con tu entrenador sobre todos los detalles y entendemos cuales son las cosas importantes en cada chico que queramos que forme parte de los Texans, y tú eres importante para nosotros.

—Sé que es una decisión difícil, chico. —El entrenador Lewis conocía lo suficiente a Killiam como para saber que era capaz de tomar una decisión pensando más en los demás que en él mismo, por eso había intentado atar todos los cabos que pudieran quedar sueltos durante la reunión que había tenido con aquel hombre el día anterior —. No tienes por qué tomarla ahora, pero no puedes tardar mucho, solo quedan un par de semanas para eliminar tu inscripción en los *Drafts*.

—Es una oferta increíble y sería un estúpido si la rechazara, pero tienen que entender que no es algo que solo me influya a mí.

Iban a continuar hablando cuando el resto del equipo empezó a internarse en los vestuarios, interrumpiéndolos. El señor Anderson le tendió una tarjeta con su nombre y su teléfono, en la que destacaba el logo de los Texans. Aquel gesto no pasó desapercibido ante sus tres compañeros de apartamento, y no pudieron evitar acercarse a él cuando el entrenador y aquel hombre hubieron salido del vestuario.

Cody fue el más rápido y le quitó la tarjeta de las manos para leerla.

—No me jodas, K. Esto es fantástico. —Killiam le arrebató la tarjeta de la mano y no pudo evitar mirar a Dean para saber qué opinaba.

—Si lo rechazas, ella no te lo perdonará nunca. Entiendo que es una decisión difícil, pero creo que debes hablarlo con ella antes de que las dudas te hagan tomar la decisión equivocada. Te está esperando fuera.

No dejó que ninguno de los demás le dijera nada. No le importaba que aún llevara la ropa sudada del partido. Necesitaba estar con ella y saber su opinión. Quería aceptar esa oferta, pero no quería que ella se quedara atrás y aquel hombre había dicho que había un departamento de arte. ¿Qué demonios significaba? ¿Qué sabían ellos que a él se le escapaba?

Como le había dicho Dean, allí estaba Jackie esperándolo con una sonrisa tímida en la cara, y cuando dio los pasos que le separaban, no esperaba las palabras que salieron de su boca.

—Houston es un lugar muy bonito para vivir y creo que tienen muy buenas galerías de arte.

30

—*S*ería cambiarlo todo…

—¿Y qué es lo que te da miedo, Killiam? —preguntó acortando la distancia y tomándole la mano, entrelazando los dedos para que él notara el frío del anillo que ella llevaba desde Navidad.

—Empezar de cero, que el sueño se desmorone. Que tú no estés a mi lado. —Ni siquiera pensó en las palabras que salieron de su boca—. Es algo que siempre he querido y ahora lo tengo delante de mis ojos, y no sé si seré capaz de ser lo que quieren.

—Es que no tienes que ser nadie que quieran ellos, tienes que ser tú. Ese chico que ahora tengo delante. El mismo chico que conocí mi primera noche en la universidad y que decía las cosas tal como le venían a la cabeza. Tienes que sentirte afortunado por poder vivir tu sueño. Joder, Killiam, que son los Texans.

Él pensó en cada palabra que ella pronunciaba, fijándose en el movimiento de sus labios, en cómo se le iluminaba la mirada por el orgullo que sentía por él.

—¿Y tú? ¿Y nosotros?

—Te recuerdo que voy a cambiar de carrera y arte se puede estudiar también allí. Lo he hablado con mi padre, no hay nada que me retenga en Austin, y poner más distancia con San Ángelo solo puede hacerme feliz. No sé qué nos traerá el futuro, pero te recuerdo que tengo un anillo en el dedo con una promesa que espero que algún día cumplas.

Killiam ya no necesitaba saber más. Simplemente el saber que estar allí, tan lejos de su casa, de su padre y su hermano para estar con él y

que de esa forma ella se sintiera más feliz le hacía mucho más fácil aceptar aquella oferta. No sería sencillo empezar de cero, pero ya lo había hecho antes. Los dos. Ahora podían hacerlo juntos, empezar a vivir sus sueños, convertirlos en realidad.

La estrechó entre sus brazos y, sin importarle que el sudor bañara su cuerpo, que estuvieran en un pasillo que daba a los vestuarios ni que todas las personas que pasaban por allí los estuvieran observando, la besó sintiendo que sí, que ahora al fin estaba donde quería estar, que su sueño no era tan difícil si ella estaba a su lado para compartirlo. Que las cosas que te trae la vida, ya sean buenas o malas, sirven para algo.

Se separaron cuando las animadoras los interrumpieron y él tenía la necesidad de ducharse. Cuando volvió al vestuario, sus compañeros estaban eufóricos, no todos los días se ganaba un campeonato como aquel. No siempre uno tenía la oportunidad de que su nombre formara parte de la historia de una universidad, de un equipo de fútbol. No necesitó decirle nada a sus tres compañeros, aquellos con los que tanto había compartido y de los que se tenía que separar pero que sabía que seguirían estando ahí para él.

Dean fue el primero en acercarse y lo sorprendió con un fuerte abrazo, Harris con su habitual temple y seriedad le estrechó la mano y lo siguiente que notó fue cómo un líquido anaranjado lo bañaba de arriba abajo. La bebida isotónica que solían tomar durante los partidos bañaba su cuerpo, y no tuvo que girarse para saber que el culpable de aquello era Cody. En otro momento se habría mosqueado, pero ese era momento de celebrarlo, de disfrutar de la victoria y de que aquellos recuerdos que estaban creando fueran algo que siempre estaría allí para ellos. Algo que recordarían siempre y que pasara lo que pasara en el futuro les hicieran sonreír por lo que habían conseguido juntos.

Aquella noche el entrenador Lewis tiró la casa por la ventana y los llevó a cenar a un restaurante junto al Audubon Aquarium, las animadoras también los acompañaron, al igual que los familiares. Algo les decía que el entrenador no había organizado aquello solo, pero se alegraron de compartir la victoria en un sitio tranquilo donde no tuvieran la tentación de dar rienda a su imaginación y que la fiesta se les fuera de las manos demasiado pronto.

Killiam habló con su madre y le contó la noticia sobre la oferta de jugar en los Texans, el entrenador lo acompañó para que así él

entendiera un poco más de lo que se trataba. Terminaría aquel curso y el último de sus estudios mientras entrenaba con los Texans, pero no participaría en partidos oficiales hasta pasado aquel año y medio. Tendría que buscarse a alguien para que le ayudara a negociar todos los puntos del contrato y el entrenador se sorprendió cuando se lo ofreció a él. Aquel hombre, antes de dedicarse a la enseñanza había formado parte activa de la NFL, y sabía que lo aconsejaría bien. Para Rachel, el saber que su hijo se alejaba cada vez más de su hogar le resultaba doloroso, a la vez que sentía una gran felicidad porque su hijo estuviera consiguiendo todo aquello. No era un mundo fácil, y ella pensaba apoyarlo en todo lo que necesitara.

—Iré a visitarte tanto como me sea posible —le dijo su madre con lágrimas en los ojos.

—Mi hermano se va a hacer famoso —gritaba Travis cuando Jackie le explicó de qué estaban hablando, ya que él no estaba entendiendo nada—. ¿Me llevarás a los partidos?

—Claro que sí, enano. Pero tienes que estudiar, si no lo haces, no creo que mamá te deje venir, aun así, yo iré a veros tantas veces como me sea posible. No os vais a deshacer de mí.

—Killiam, hijo, me alegro de que hagáis esto juntos —dijo el padre de Jackie, que estaba sentado junto a ellos—. Y, sobre todo, cuídala.

Cuando la cena terminó, muchos decidieron dar una vuelta por el acuario, otros pasear junto al río Misisipi y la mayoría buscar algún bar donde no les pidieran el carnet y poder beber hasta que no recordaran su nombre. Killiam y Jackie se escaparon sin que nadie se diera cuenta de ello. Desde que los habían separado en la puerta del vestuario no habían tenido oportunidad de estar un momento a solas, y sentirse uno junto al otro era primordial en aquel momento.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo ella cuando se colocó el abrigo a la salida del restaurante.

Caminaron por las calles Nueva Orleans disfrutando del ambiente festivo pospartido. Pasaron por las puertas del casino Harrah, un lugar lleno de luces, música y personas dispuestas a apostar para pasar la noche. Caminaron por Poydras Street, y Killiam empezó a imaginarse hacia donde iban, pero se permitió observar todo lo que había a su alrededor. Una gran ciudad que recordaría para siempre con alegría. Un lugar donde sus sueños tenían cabida en su vida. Donde se mezclaba las antiguas edificaciones que habían sobrevivido en 2005 al

huracán Katrina y que empezaba a estar llena de nuevos edificios de gran tamaño, que anunciaban que la ciudad seguía en pie y con ganas de seguir siendo un lugar donde la felicidad, la música y sus recuerdos nunca serían destruidos. Donde lo viejo y lo nuevo convivían para crear nuevos recuerdos y que ellos dos, mientras pisaban aquella calle, disfrutando juntos el momento, ahora también formaban parte de ella.

—¿Volvemos al estadio? —preguntó cuándo pudo verlo frente a ellos, con las luces aún encendidas. Con aficionados que habían asistido al partido aún en sus alrededores, sin ganas de abandonarlo y así no dejar de disfrutar de lo que habían vivido aquella noche.

No le contestó, simplemente tiró de su mano un poco antes de llegar a las inmediaciones del estadio y mezclarse con la gente, hasta que lo llevó frente al Hyatt House New Orleans/Downtown, un hotel de tres estrellas que había reservado un par de días después de la cena de Navidad.

—Te debía un regalo de Papá Noel, y me pareció que podíamos aprovechar este viaje.

—No tenías que haberte gastado el dinero, Jackie. No tenías que regalarme nada —intentó protestar, pero ella lo acalló con un beso para después separarse de él y enseñarle la llave que llevaba en la mano.

—Es un regalo para ambos, así que cállate y disfrútalo.

Cuando estuvieron dentro, al no tener que hacer *check in*, se dirigieron a los ascensores. Una vez dentro, ella pulsó el botón que indicaba que se dirigían a una de las últimas plantas. Aquella chica estaba llena de sorpresas, así que no se lo pensó dos veces cuando aprisionó su cuerpo con el de él contra las paredes de madera del ascensor y la besó. Aquel beso volvía a tener nuevas cosas. La pasión y el amor que se tenían, pero había más: ganas de sentirse, de seguir conociéndose todos los días sin dejarse nada en el tintero. De abrasarse por el calor.

El pitido que sonó los avisó de que habían llegado a la planta seleccionada y, a trompicones, chocándose con las paredes del pasillo y casi consiguiendo descolgar un cuadro que decoraba la pared, llegaron hasta la habitación que tenía el mismo número que la llave que Jackie llevaba en su mano. Abrió como pudo, ya que le era imposible separarse de Killiam. No quería hacerlo, aquel beso era urgencia y necesidad, pero quería que pudiera disfrutar de una

sorpresa más, así que, a regañadientes, se separó de él y lo llevó hasta uno de los grandes ventanales, el que daba luz a la estancia donde había una enorme cama de sábanas blancas.

Killiam miró al exterior y las luces que aún iluminaban el campo llenaban aquella habitación. Era una imagen increíble, otra más que atesorar cada día de su vida. Sintió cómo ella le rodeaba la cintura con sus brazos y se ponía de puntillas para poder susurrarle al oído.

—Quiero que me hagas el amor con las vistas del lugar que te ha dado la noticia de que los sueños se tienen para poder cumplirlos. —El aliento de ella le hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo, consiguiendo que su pulso se acelerara. Que sus defensas, las pocas que le podían quedar, terminaran de caer y, a diferencia de lo que esperaba, se sentía mucho más ligero. Como ella le dijo una vez, se sentía libre.

Se giró para quedar frente a ella, tomándola de la cintura y, sin esfuerzo alguno, la alzó obligándola a que fueran sus piernas ahora las que lo rodearan. Dio los pasos necesarios hasta la cama y con cuidado la tumbó en ella colocándose encima, con un brazo a cada lado de su rostro para soportar el peso y no aplastarla.

Aquella visión, la de ella con la melena bañando las sábanas blancas, su rostro sonrojado, las pecas de su nariz acentuadas y el color de caramelo fundido de sus ojos, se le antojaba la imagen más erótica que había visto, y así se lo hizo saber.

—¿Sabes lo bonito de los sueños? Qué a veces no sabemos que los tenemos hasta que lo cumplimos, y eso es lo que me pasó contigo. Tú eres mi sueño hecho realidad, Jackie. Tú eres lo que siempre he querido y nunca he sabido. —Le dio un tierno beso en los labios—. Sigo sin saber qué has hecho conmigo…

—Yo tampoco, pero no dejaré de hacerlo nunca.

Siguió besándola, como si nunca lo hubiera hecho, como si con cada beso descubriera nuevas partes de ella a la que se sentía adicto. Besó sus cejas, esas que se elevaban más del lado derecho cuando se mostraba sorprendida. La punta de su nariz, que tenía una pequeña hendidura que solo podías distinguir si lo hacías de cerca. Sus pómulos, para después ir dejando un recorrido de besos hasta su cuello, donde se entretuvo un poco más, saboreándola, memorizando el latido de su corazón con los labios mientras sus manos recorrían cada curva de su cuerpo e iban retirando poco a poco la ropa de

ambos para sentirse piel con piel.

Él había disfrutado perderse en el interior de ella en varias ocasiones, y todas habían sido diferentes, y cada vez más increíble, pero esa vez, con las luces del Mercedes-Benz Superdome de fondo, sus respiraciones entrecortadas, los sueños que se cumplían y todo aquello que hacía que se sintieran completos, superaba sus expectativas. No eran personas que hubieran soñado encontrarse con su media naranja, no creían en eso. Eran de los que querían sentirse completos siendo ellos mismos, y lo habían conseguido. Todo aquello era mucho más, Jackie empezaba a entender a esas chicas que se enamoraban perdidamente del personaje de una novela romántica, de lo que le hacía sentir y para ella era la independencia que él le daba, incluso en aquel momento, cuando él se empezó a introducir en su interior y lo único que le preocupaba era que ella fuera quien disfrutara de aquello.

Porque el amor no es dar para recibir, es dar para sentirse orgulloso de uno mismo, sin necesitar nada a cambio. Es la mejor manera de demostrarle a la otra persona que vas a estar ahí, de que un beso no necesita otro a cambio. Que las caricias despierten mariposas. Que los desastres pueden ser perfectos, y ellos habían sido el claro ejemplo de que eran el desastre más bonito del mundo, y que todo lo que viniera en adelante era porque lo habían decidido así, con la opinión del otro, pero sin perder su voz.

El mundo está lleno de valientes y pocos que se atrevan a saltar sin cuerdas, pero Killiam lo había hecho. Le había costado darse cuenta de que los errores de otros no tienen por qué convertirse en tuyos, y que la ayuda siempre que llegue, es ayuda. Y ellos dos ahora eran dueños de sus vidas, porque al fin sentían que les pertenecían. Juntos, avanzando de la mano y luchando por que lo que tuvieron sea el recordatorio de lo que habían conseguido alcanzar y de lo que querían en sus vidas.

Jackie no sabía si algún día sus dibujos llegarían a cubrir las paredes de una galería, pero no por ello iba a dejar de hacer lo que la llenaba de felicidad por la opinión de otras personas. Killiam no sabía si algún día sería titular de los Texans, si uno de sus lanzamientos sería el que marcaría la diferencia del resultado de un partido, pero disfrutaría cada entrenamiento y partido que pudiera disfrutar, y es que los sueños realmente son eso, el proceso de luchar por ellos, de

vivirlos y pensar que puedes alcanzarlos, y en aquella habitación, con los cuerpos sudorosos, con sus respiraciones aceleradas y acompasadas, se prometieron no dejar de soñar.

—Por tus sueños. —Killiam le dio un beso sobre la cabeza que tenía apoyada sobre su pecho.

—Por los tuyos, por los nuestros juntos.

Y de aquella manera volvieron a hacerse una promesa que ambos sabían que, aunque tardaran, si era uno al lado del otro, conseguirían cumplir.

Epílogo

Todo era una locura, pero una que había merecido la pena. Había pasado aquel primer año en la universidad, y Jackie se sentía realmente feliz, como nunca lo había sido.

—¿Estás seguro de esta decisión?

Había pasado una maravillosa noche entre los brazos de Killiam, sobre su cuerpo, bajo él, y no le había contado nada hasta que los rayos del sol no habían atravesado la ventana y la luz y el calor de sus cuerpos los había despertado.

—La noticia de los Texans es maravillosa, son un gran equipo, pero no podía tomar una decisión tan importante, así como si nada. Me ofrecían muchísimas cosas, y no solo para mí. —Se acercó un poco más a Jackie y le dio un beso sobre la cabeza—. Quiero terminar mis estudios aquí.

—Espero que no lo estés haciendo por mí…

—Lo estoy haciendo por los dos. Hablé con el equipo y el entrenador respaldó mi decisión. He firmado con ellos, eso ya lo sabes, pero acabaré el año que me queda aquí jugando con mis chicos. No puedo irme ahora, no quiero hacerlo. —Aquella decisión no había sido fácil, sobre todo porque el dinero era algo que hacía falta en su familia, pero no quería robarle a Jackie su futuro, aquel por el que tanto le había costado luchar.

—La escuela de arte de aquí también es muy buena, y ahora tengo a mi padre cerca —empezó a decir—, pero no quiero que dejes tu futuro en pausa por mí. No sabemos qué pasará una vez que empieces a jugar de manera profesional. Tendrás que viajar, pasaremos mucho

tiempo separados, y no quiero ser un lastre para ti.

Killiam se incorporó en la cama, pero solo para atrapar con su cuerpo el de ella y colocarse encima, aprisionándola contra el colchón y besándola con una pasión que no había disminuido en aquellos meses que llevaban juntos, solo había crecido más y más, y por eso tenía tan claro que aquella era la única decisión que podía tomar. Seguiría estudiando, tendría siempre ese plan B que había planeado, pero ahora sabía que su primer plan no podía fallar, porque desde el principio le faltaba algo, y ese algo era Jackie.

Ella dejó que sus cuerpos se aproximaran y que entre ambos no cupiera más que el amor que se tenían. No podía discutir con él porque sabía que aquello lo hacía feliz de verdad, y ella era lo único que quería.

—Mi plan siempre cojeaba, pero ahora que tú estás en él, es perfecto, así que deja de discutir conmigo, no vas a ganar.

—Es que no quiero hacerlo. —Jackie mordió ligeramente el labio inferior de su novio y al rozar con las yemas de sus dedos su mejilla, notó que su hoyuelo estaba bien marcado—, pero esta otra guerra siempre la voy a ganar yo.

Y, con un movimiento rápido, y aun siendo mucho más pequeña que él, acabó sentada a horcajadas sobre sus caderas, notando la creciente excitación de Killiam entre sus muslos y sabiendo que, pasara lo que pasara, ambos ganaban porque se tenían el uno al otro.

En el otro ala del edificio, aquel apartamento donde ya apenas Killiam dormía, estaba completamente en silencio, todas las habitaciones estaban vacías excepto una. El sonido de una vieja canción de rock se filtraba por la puerta, era el único sonido en aquella estancia, pero dentro había mucho más ruido, todo dentro de la cabeza de Cody, que no podía creerse que aquello le estuviera ocurriendo a él, pero eso es otra historia que algún día te contaré.

Agradecimientos

Nunca es fácil cuando se llega a este apartado, sobre todo cuando esta va a ser mi novela número doce publicada y tengo a tantísima gente a quien darle las gracias por haberme acompañado durante todo el camino hasta llegar aquí.

A mi familia, por ser siempre el mejor de los desastres. El más perfecto de todos.

A mis hijas, Sofía y María Jesús, por ser toda la inspiración que necesito.

A Jesús, por aguantarme cuando estoy en pleno proceso de creación, cuando le cuento mis locuras.

A mis amigas, esas que siempre están ahí: gracias por los ánimos, las palabras de aliento, los audios interminables y las correcciones cuando son necesarias.

A mi editora, Mariajo, por confiar en mí y en los chicos Austin.

A todo el equipo que forma eTerciopelo por trabajar con tanto mimo, por cuidarnos en las redes sociales y por soportar todas las publicaciones en las que los etiqueto.

A mis lectoras (y lectores), por acoger con tanta ilusión y cariño cada libro y sumarse a cada locura que se me ocurre sin pensar.

A mis compañeras, ya sabéis quienes sois, muchísimas gracias por estar siempre ahí.

A los blogs, reseñadores, bookstagrammers y todas esas maravillosas personas que me ayudan a que mis libros lleguen cada vez a más lectores: sin vuestro trabajo esto sería muy difícil.

Y, por supuesto, a los chicos Austin por aparecer cuando más los

necesitaba, por ocupar mis pensamientos en cada momento del día, por querer cobrar vida y dejarme que les dé voz. No sabía lo que necesitaba contar vuestra historia hasta que empecé a escribirla y aún quedáis tres por contarla (bendita locura).

Primera edición en este formato: julio de 2021

Av. Marquès de l’Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-123812-6-9